



Zorra
por accidente

De la autora de "El Precio del Placer"

Andrea Valenzuela Araya

Zorra
por accidente



Andrea Valenzuela Araya

“Zorra por accidente”

© 2015, Andrea Valenzuela Araya

Publicado originalmente por Andrea Valenzuela Araya. Todos los derechos reservados.

Fecha de publicación: Noviembre 30 de 2015

Amazon Digital Services, INC.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin previa autorización del autor, ya que se encuentra debidamente inscrita en el Registro de Propiedad Intelectual de la ciudad de Santiago de Chile.

*Para cada una de mis queridas amigas.
Gracias por formar parte de mi vida
y dejarme ser parte de las suyas.
¡Las quiero muchísimo!*

Sinopsis

Magdalena era una mujer sencilla, poseía un trabajo estable junto a una vida tranquila hasta que la palabra “Despedida” irrumpió en su existencia haciéndole comprender, de buenas a primeras, que el vil dinero es lo que, lamentablemente, mueve los hilos de este mundo.

Debido a ello, y frente a más de alguna situación desesperada, terminará tomando medidas desesperadas recordándose siempre a sí misma que una buena chica conoce cuales son sus límites mientras que una mujer inteligente sabe de sobra que no tiene ninguno.

Por lo tanto... ¿qué sucederá cuando accidentalmente, y de la noche a la mañana, su vida cambie en ciento ochenta grados poniendo a prueba su naturaleza, su modo de ver y enfrentarse a los demás y, por sobretodo, a su corazón que tendrá que elegir qué es lo que necesita para seguir latiendo? ¿Podrá esquivar con facilidad cada obstáculo que el destino colocará en su camino? Y lo más importante de todo... ¿Dejará de lado su antigua vida para despertar y abrir los ojos ante una nueva realidad?

Porque la necesidad de sobrevivir a los cambios junto a la oferta y demanda laboral poseen cola de zorra, te invito a formar parte de la “Corporación Z”, una comunidad un tanto particular que te abrirá... algo más que sus puertas.

*“El mundo es redondo, ¿lo sabías?
Y cualquier cosa que hoy pueda parecer el fin,
tal vez mañana
pueda significar tan solo el principio.”*

Uno

Despedida. Estaba total, absoluta e irrevocablemente DES-PE-DI-DA. ¿Podía ser esta situación más maravillosa e increíble de lo que ya lo era? —Léase con tono de ironía, por favor, que no me estoy riendo a carcajadas—. Sí, podía serlo, y así lo sentí en carne propia mientras asimilaba aquella nefasta y única palabra que sobresalía de la maldita carta de despido que tenía entre mis manos y que Benjamín, el lameculos de mi jefe o ex jefe —a estas alturas ya daba igual—, me había entregado personalmente, dedicándome una fingida media sonrisa de aflicción, antes de marcharse a su casa para disfrutar de su placentero fin de semana, el que yo, por razones obvias, no tendría.

¡Cabrón de mierda! Expresé con euforia percibiendo a la par como mi cuerpo temblaba y sudaba a raudales, mi boca se secaba y mis ojos se desorbitaban frente a lo que conmigo iba a suceder.

«¿Y ahora qué, Magdalena? ¿Qué pretendes hacer?». Me dije con algo de espanto en un lastimoso sonido que solo yo logré oír dentro de las cuatro paredes de aquella habitación que aún me cobijaba.

No paraba de dar vueltas por la sala de mi departamento en completo mutismo con la mirada de mi amiga Silvina, literalmente, pegada a cada uno de los frenéticos movimientos que realizaba mientras cavilaba en unas cuantas cosas a la vez. ¿Cómo iba a pagar la renta mensual y los gastos básicos de ahora en adelante? ¿Cómo iba a sobrevivir a la cantidad de cuentas que debía saldar y todo lo demás que tenía que pagar, pagar y pagar? ¿Qué todo en esta vida se trataba del sucio y vil dinero? Vociferé en voz alta oyendo desde su dulce voz un enfático “Sí” que me detuvo de inmediato.

—¿Qué no lo sabías? —Sonrió como solo ella sabía hacerlo, con su particular encanto e ironía que desbordaba a flor de piel.

Moví mi cabeza hacia ambos lados analizándola inquisidoramente con la mirada antes de decir:

—¿Qué pretendes? ¿Joderme?

—Si fuera hombre, bisexual o lesbiana seguro te doy duro contra el muro, preciosa, pero para tu buena suerte aún sigo siendo hetero. ¡Lástima! —Suspiró mientras me otorgaba uno de sus

más coquetos guiños.

—¡Podrías cerrar la boca, por favor! ¡Así no me estás ayudando! ¡Y se supone que para eso te llamé!

—¿Y qué crees que estoy haciendo? No voy a dejar que te arrastres por el suelo como una maldita rata por haber perdido ese trabajo de mierda que te consumía la vida, Magda. ¿Secretaria de Gerencia de un puto cabrón? ¡Por favor, tú no estás hecha para eso, créeme!

Cerré mis ojos por un par de segundos reprimiendo mis imperiosas ganas de anudarle su lengua que no paraba de expresar imbecilidades.

—Si ya lo olvidaste, te recuerdo que ese trabajo me daba de comer.

—Pues te vamos a conseguir otro que te haga comer exquisiteces y te haga lucir muchísimo mejor porque te lo aseguro, ya no te reconozco con ese tipo de prendas que usas de... ¿los años cincuenta? —Una mueca de evidente desagrado delineó la forma de sus labios mientras me observaba mi traje de dos piezas (falda oscura de tubo y chaqueta) que aún llevaba puesto.

—¿Qué tiene de malo?

Se levantó intespestivamente del sofá haciendo amago de toda su amabilidad al regalarme otra de sus muecas, pero esta vez de asco.

—Todo tiene de malo. ¡Mi abuela luce mejor que tú! ¿Qué no te has visto al espejo ultimamente? ¡Solo tienes veintiocho años! Menudo trabajo de mierda te consiguió tu madre con uno de sus...

La detuve alzando una de mis manos advirtiéndole así que guardara silencio. Porque lo que mi madre hacía con los hombres que frecuentaba a espaldas de su segundo marido a mí me importaba un reverendo rábano.

—No te extralimites. No es necesario que metas a mi madre en este asunto. De hecho, ya me estoy imaginando todo lo que me dirá cuando lo sepa —abrí mis ojos de par en par, depositándolos en el reflejo de los suyos que no cesaban de observarme con esa dulzura característica con la cual me lo decía todo—. ¿Y ahora qué haré, Silvina?

Un caluroso abrazo recibí de su parte el cual reflejaba su incondicional apoyo, el que correspondí con profunda y abnegada sinceridad, la misma que nos habíamos entregado la una a la otra desde que decidimos convertirnos en amigas.

—Por de pronto, respirar y no ahogarte en un vaso de agua. Si las cosas suceden es por algo, Magda, y te lo aseguro, ese patético trabajo del demonio no era para ti.

—Estoy hablando en serio. ¿Qué voy a hacer ahora? —Suspiré, separándome de su conmovedor abrazo.

—Respirar, vivir, tranquilizarte y quitarte “eso” que no sé si se le puede llamar “atuendo” porque hoy, tú y yo, nos vamos de fiesta.

Todo daba vueltas a mi alrededor mientras subía las escaleras con bastantes copas insertas en mi desgredado organismo. “No ahogarte en un vaso de agua” me había repetido la muy descarada muchísimas veces y claro, yo la muy obediente y estúpida me había ahogado, pero nada más que en incontables chupitos de tequila los que bebí, unos tras otros, como si fuera agua embotellada, intentando así desprenderme de todo lo que me agobiaba y que aún me costaba asimilar.

—Siempre puedes bailar en un club de nudistas, Magda. Me han dicho que pagan de maravillas —repliqué a viva voz, evocando los singulares trabajos de medio tiempo con los cuales Silvina pretendía arreglarme la vida, hasta que detuve mis pasos frente a la puerta de mi hogar al tiempo que sacaba la llave de mi abrigo. No sé cuantas veces luché con la condenada cerradura para que no se moviera de su sitio insertando la llave, diciéndole y hasta suplicándole que se quedara allí, muy quietecita, pero tras un par de fallidos intentos el sonoro repiqueteo de mi móvil consiguió que abortara, por ahora, esa complicadísima misión que me llevó a contestar en cosa de segundos la inesperada llamada.

—¿Señorita Magdalena Villablanca?

—La desempleada y por ahora patética y algo borracha Magdalena Villablanca querrá decir —le corregí a la masculina voz que se situaba del otro lado—. ¿Con quién más pretende hablar a estas altas horas de la noche? ¿Con el Papa, por ejemplo? Lo lamento, pero no tengo línea directa con el Vaticano. Por lo tanto, si desea hablar con él, se lo aseguro, en este número no lo va a encontrar.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Perfectamente, pero aún no logro dilucidar por qué todo a mi alrededor no cesa de girar como si estuviera montada en un carrusel con esos lindos caballitos brillantes de colores que...

—¡Señorita Villablanca, por favor, la estamos llamando de la Clínica San Juan de Dios!

Un solo segundo me bastó para detener el condenado juego mecánico que tenía inserto en la cabeza y palidecer como una blanca hoja de papel.

—¿Qué fue lo que dijo? —Chillé fuera de mis cabaes.

—Que la estamos llamando de la Clínica San Juan de Dios a usted y no al Papa para informarle que su amiga Silvina Montt ha sufrido un accidente.

Volé en mi coche con destino hacia la clínica, donde la tenían internada, con el corazón latiéndome a mil por hora, jadeante al respirar, pero totalmente espabilada ante semejante noticia que había recibido de golpe mientras le pedía a Dios mil disculpas por haber mencionado al Papa en la dichosa conversación y le rogaba que cuidara de Silvina, porque si algo llegaba a sucederle estaba segura que solo sería por mi culpa.

Teo no contestaba. Su teléfono una y otra vez pasaba mi llamada directo al buzón de voz mientras aceleraba saltándome uno que otro semáforo en rojo. La verdad, poco me importaba mi seguridad cuando la de mi amiga pendía de un hilo.

Sudaba como cerdo en sauna cuando mi móvil sonó un par de veces alertándome que Teo estaba del otro lado contestando los cientos de mensajes que le había dejado en su aparato. Perfecto. Me esperaría en recepción porque precisamente a las cinco con treinta minutos de la madrugada se iniciaba su hora de descanso.

Después de aparcar como una loca desesperada corrí hacia urgencias donde lo primero que divisé, a la distancia, fue a la inconfundible musculatura de Teo Sotomayor bebiendo agua con sus carnosos labios rozando la parte superior de la botella en una caricia que envidié al instante. Sí, porque había soñado tantas veces tener su boca sobre la mía confundándose ambas en un ardiente beso que diera origen a una calentura que nos... ¡¡Pero qué mierda estaba pensando!! Regresé rápidamente a mi realidad arreglándome el cabello y el abrigo para que no notara lo indecente que me hallaba después de la borrachera del demonio en la cual mi amiga y yo nos habíamos bebido hasta los suspiros y pensamientos.

¡Maldición! Tenía que posar sus ojos castaños en mí con esa mirada de corderito a medio morir saltando que me derretía por completo y me hacía soñar de la más placentera forma cuando lo tenía así, tan cerca, como ahora en que mi boca no se atrevía siquiera a pronunciar palabra alguna. ¿Por qué? Básicamente, porque se perdía en su maravilloso rostro al cual ansiaba besar y besar como si se me fuera la vida en ello. Lástima que él... no deseaba lo mismo.

—Volaste —fue lo primero que me dijo a tan solo un par de pasos de donde me detuve abruptamente observando, además, su inconfundible traje azul que lo hacía ver como un lindísimo, sensual y atractivo “Pitufo”. Pues sí, Teo era enfermero—. Tranquilízate, Silvina está

bien. Acabo de preguntar por su estado de salud. En este momento la están revisando y...

No pude contenerme y lloré. Lloré en silencio frente a sus ojos que no dejaban de observar los míos con impaciencia y desazón. Y más lo hice, cuando sus fonidas extremidades me abrazaron y cobijaron con ternura, tal y como lo hacía cuando algo no iba bien conmigo.

—Tranquila. Todo va a estar bien.

—Lo sé —sollocé, aferrándome más y más a su cuerpo en el cual ansiaba perderme, sin advertir como una de sus manos acariciaba mi corto cabello oscuro, el cual apartó hacia un costado para dejar mi níveo cuello al descubierto y en el que posó su boca, segundos después, regalándome uno de sus tibios besos que me hizo estremecer cuando su otro brazo me pegaba posesivamente a él negándose a soltarme.

¡Vaya! Suspiré bastante nerviosa, y a mil años luz de aquí, debido al gesto tan dulce que me había brindado sin sentir ni oír la presencia de ninguna otra persona a nuestro alrededor cuando, más bien, ese lugar se encontraba abarrotado de gente.

—¿Estás bien? —Preguntó llamando toda mi atención.

Asentí sin nada que decir.

—Magdalena...

—Sí —expresé esta vez en un tibio balbuceo, percibiendo como su cuerpo comenzaba a separarse para que su semblante se quedara prendado del mío.

—¿Tequila? —Logró con esa diminuta interrogante que toda mi cara ardiera de absoluta vergüenza—. Porque no voy a creer que te emborrachaste con leche y cereales como me lo hiciste saber la última vez.

Bajé la mirada hacia el piso ocultando mi evidente pena, pero un segundo le bastó a él detener su mano en mi barbilla, alzándola y diciéndome como si fuera un regaño:

—¿Dónde estabas?

—Por ahí.

—No conozco ese lugar. ¿Está de moda? —Se burló enarcando una de sus cejas y endureciendo cada uno de sus rasgos faciales—. Sé clara, por favor, y dime dónde estabas.

—Emborrachándome con Silvina.

—¿Qué ocurrió esta vez?

—Nada —. Y así, descendió mi vista hacia el piso como si entre él y yo existiera una poderosa conexión. Por su parte, Teo evitó hablar. De alguna forma me conocía bastante bien y sabía de sobra cuanto odiaba los interrogatorios. Por lo tanto, solo se separó por completo de mí mientras volvía a beber de su agua embotellada.

—¿Puedo verla?

—Claro que puedes, pero antes asegúrate de quitarte ese apestoso olor a licor que expeles. Estamos en una clínica por si lo has olvidado.

Sonreí de medio lado porque conocía su maravillosa galantería que salía a la luz cuando yo guardaba silencio negándome a explicarle en detalle lo que ocurría conmigo.

—No te preocupes, no pretendo avergonzarte —limpié mi humedecido semblante con una de mis manos mientras mis oscuros ojos almendrados buscaban los servicios higiénicos que encontré después de examinar detenidamente el lugar.

—No me avergüenzas —replicó viendo como me alejaba de él—, solo me preocupo por ti.

Y eso era cierto porque llevaba tres años haciéndolo como el más fiel y bueno de los “amigos” al cual quería con algo más que mi alma.

—No demores —volvió a relajar cada uno de sus rasgos faciales que me volvían loca. ¿Y qué hice yo? Me volteé sin nada más que agregar sintiéndome la más estúpida de las estúpidas. En realidad, siempre que lo tenía cerca me sentía así, ¡de maravilla! ¿Por qué? Sonreí otra vez a medias pensando en la única respuesta que debía darme. Porque estaba enamorada hasta el último vello que me cubría la piel de mi querido amigo, confidente y vecino.

No recuerdo cuánto tiempo estuve aferrada a Silvina en absoluto silencio en la cama de la habitación en la cual se encontraba recostada, siempre bajo la presencia acechante de Teo que no nos quitaba la vista de encima, hasta que, de un momento a otro, decidió abandonarnos explicándonos que regresaba dentro de un instante.

Besé la frente de mi amiga sin nada que decir a la par que ella me hacía notar su pierna izquierda escayolada y su glamoroso cuello ortopédico que la mantenía rígida todo el tiempo.

—En serio, Magda, así no iré a ninguna parte. Ya puedes soltarme. Necesito respirar.

La oí suspirar y luego de ello comenzó a explicarme en detalle lo que había sucedido.

—Se me cruzó una jodida barrera de contención que ni siquiera alcancé a ver, ¿sabes? La muy pendeja debería haberse echo a un lado, pero... aquí me tienes, aún a pesar de este incidente, divina como siempre.

Sus ojos aguados reflejaban su miedo, el mismo que sintió al momento del impacto cuando conducía de regreso a casa.

—Si algo te hubiese sucedido, yo... —sollocé, sorbiendo por la nariz.

—Mala hierba nunca muere —enfaticó, otorgándome un guiño desde uno de sus preciosos ojos azules—. Además, te aseguro que allá arriba no me quieren aún. Y allá abajo pues... tampoco —rió al tiempo que con su mano libre disimulaba un par de lágrimas que osaron derramarse por sus mejillas, las cuales limpió enseguida para que no viera que estaba llorando.

Inspiré como si me faltara el aliento. De hecho, todo el camino lo hice de la misma manera mientras conducía como una loca suicida imaginándome lo peor.

—Lo siento —balbuceé bajito sin quitar mi mano de la suya cuando Silvina silenciaba mi voz.

—Shshshsh... nada de sentimentalismos. Aún nos queda mucho trabajo por hacer.

Entrecerré la vista sin entender a qué se refería con ello hasta que me lo hizo saber de una particular manera.

—No puedo caminar, menos bailar y creo que he perdido todo el maravilloso glamour que me caracteriza, así que...

—Suéltalo de una vez —exigí sin más rodeos.

—Deberás hacer algo por mí., Magdalena Villablanca.

—He dicho que lo sueltes de una vez.

—De acuerdo. Tomarás mi lugar. Asistirás con Martín De La Fuente a la cita que tenía prevista con él la semana que se avecina.

Abrí mis ojos de par en par.

—¿Qué? ¿Cita? ¿Martín De La qué?

—Fuente —corroboró cuando Teo volvía a la acción, pero esta vez acompañado por una de sus colegas enfermeras y unos utensilios médicos dispuestos en uno de los carros de suministros que ella guiaba.

—Es hora, Silvina la Divina. Ve preparando tu retaguardia.

Ambas volteamos la mirada hacia una inyección que la enfermera empezaba a preparar frente a nuestros ojos.

—¡Oh no! ¡No, no y no! ¡Ni lo sueñes! ¡Tú menos que nadie me verá o tocará el culo! ¡Te lo prohibo, Teo!

Reímos de buena gana ante lo que Silvina vociferaba muy segura de sí misma.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de especial? ¿Algo que no quieres que vea, por ejemplo?

—¡He dicho que no, sanguijuela depravada! —Se negó rotundamente a que se acercara y le tocara un solo pelo mientras él lo hacía despiadadamente siguiéndole la corriente.

—¿Me tienes miedo, Divina?

—¿A ti? ¡Por favor!

—¿Estás suplicando?

—¡Largo! ¡No te acerques! ¡No me toques! —Vociferaba pretendiendo por todos los medios posibles, y los imposibles también, alejar a Teo que no paraba de reír gracias a sus engrifados comentarios—. ¡Deja mi culo en paz! ¡Te lo advierto!

Tuve que taparme la boca para no reír a carcajadas cuando la enfermera nos explicaba que sería ella quien pondría la inyección, que resultó ser un calmante que aliviaría posteriormente los dolores que pudiese llegar a presentar.

—Por favor, ¿me dan un momento a solas con la paciente?

Salimos al pasillo todavía riéndonos de la situación acontecida. Situé mi espalda contra el muro evitando la vista inquisidora de mi amigo que en todo momento tuve pegada a la mía.

—Me despidieron —conseguí pronunciar sin contemplarlo—, por eso bebimos. Estaba hecha un manojo de nervios y Silvina creyó que era buena idea salir de fiesta para animarme un poco.

—¿Por qué?

—Si te refieres a mi grandioso cambio laboral, fue por reducción de personal. Eso decía la “afectuosa carta” que me entregó mi jefe antes de regalarme el más maravilloso fin de semana de mi vida —detallé con absoluto sarcasmo entrelazando mis nerviosas y temblorosas manos—. Pero en el fondo sé que no es así. Estaba harto de mí y yo de él. El cariño entre los dos era mutuo. A pesar de ello, hice lo que pude estos tres años, le di lo mejor de mí, pero ya vez... no sirvo para ser una maldita secretaria de gerencia.

Ahora fue Teo quien perdió su mirada en otro punto equidistante del pasillo cuando la enfermera volvía a salir de la habitación y yo regresaba al interior de ella.

—¿Dolió?

—Como un demonio, Magda. ¿El Pitufito ya se largó?

—Está afuera, ¿por qué lo preguntas?

—Porque estaba aterrado.

—¿Aterrado?

—Por ti. Por un segundo pensó que tú ibas conmigo en el coche.

Tragué saliva evocando el abrazo que nos habíamos dado en la entrada del edificio.

—Solo... se preocupa.

—Por ti —aseguró, evitando demostrarme el dolor y a la vez el cansancio que comenzaban a hacer mella en ella.

—Por ambas —le corregí, pretendiendo concluir esa dichosa conversación.

—Siempre te he dicho que te quiere.

—Siempre te he dicho que no en la forma en que tú lo crees.

—Ya no piensa en ella después de lo que ocurrió.

Cerré los ojos sintiendo como mi pecho comenzaba a oprimirse.

—Te lo aseguro, Magda, la olvidó. Grábatelo bien dentro de esa cabecita tuya.

—No quiero hablar sobre eso.

—Algún día tendrás que hacerlo. Se lo debes. Mal que mal...

—¡Silvina, cállate, por favor! —Pedí como si fuera una verdadera súplica mientras empuñaba, en un acto reflejo, cada una de mis manos.

—¿Jamás se lo vas a contar?

Moví mi cabeza hacia ambos lados en señal de negativa.

—¿Estás segura?

—No quiero que sufra.

—Ya no depende de ti que lo haga.

—Te equivocas.

—Magda, Teo tiene derecho a saber la verdad sobre esa car...

—Debes descansar —su poderosa, ronca y masculina voz invadió todo el lugar, interrumpiéndonos, cuando mi vista obligaba a la de mi amiga y más, específicamente, a su boca a guardar el debido silencio—. Si quieres largarte de aquí lo antes posible, como se lo manifestaste hace unos minutos a mi colega, debes dormir y relajarte. ¿Okay?

—Me quedaré —expresé enseguida, pero Silvina me negó esa posibilidad pidiéndome que volviera al mediodía después de haber tomado un caliente y reconfortante baño. ¿Podía rebatirla? Claro que no, porqueapestaba a alcohol y de paso, lo necesitaba.

Después de dejarlos a ambos en la clínica ya estaba en casa sin poder conciliar el sueño, observando la pantalla de mi ordenador y esperando impaciente que él contestara el mensaje de “buenos días” que le había dejado en su bandeja de entrada al igual que lo hacía cada día de mi vida. Pero aún sin obtener ninguna respuesta de su parte me negué a dormir, y más por las palabras que había expresado mi amiga con respecto a “esa verdad” que no cesaba de rodar en mi cabeza.

—Teo... —me froté las manos contra el rostro evocando aquel malogrado día en que Laura irrumpió en mi vida con esa dichosa carta—. ¡Mierda! —Grité a todo pulmón avergonzada por estos largos meses de silencio ininterrumpidos, por mis mentiras, por cada engaño que tuve que afrontar negandome a confesarle la única verdad que pesaba sobre ella.

Me levanté de la cama dirigiendo mi andar hacia donde sabía que encontraría lo que necesitaba tener entre mis manos. Fui por ella. La saqué desde el interior de uno de los baúles de Alerce que me había regalado mi padre tras regresar de uno de sus viajes y la abrí para leerla, como cada vez que lo hacía cuando la culpa me consumía y me hacía sentir miserable.

Automáticamente mis lágrimas brotaron desde las comisuras de mis ojos rodando, unas tras otras, sin poder de contención, cuando mi vista se quedó petrificada en la última frase de aquellas líneas que siempre me negué a leer en voz alta y el pitido de alerta de la bandeja de entrada de mi ordenador me alertó de un nuevo mensaje que había caído en ella.

Aún con la carta en mis manos me acerqué para leer lo que allí decía, sonriendo enseguida con la fotografía que había recibido del hombre al que tanto añoraba. Sin perder mi tiempo, me dispuse a teclear una respuesta a su mensaje ocultando toda mi tristeza y dolor ante su inminente lejanía.

“Ojalá estuvieras aquí. Me haces muchísima falta. No imaginas cuánto necesito uno de tus abrazos.”

“Cierra los ojos y lo tendrás. Sabes de sobra que estoy contigo.”

“Te amo.”

“Y yo a ti.”

“Regresa pronto a casa, por favor.”

“Es lo que más quiero y cuando lo haga ten por seguro que te voy a secuestrar por un buen tiempo.”

“¿Lo prometes?”

“Con mi vida, cielo.”

Acerqué una de mis manos hacia la pantalla en la cual acaricié el rostro de quien me sonreía bellamente, tal y como lo recordaba mientras mis lágrimas no cesaban de aflorar, expresándole en el más rotundo de los silencios la misma frase que Laura le había escrito a Teo de su puño y letra en aquella carta y que decía así:

«Perdóname por no haber luchado por ti. Perdóname por haberte dado la espalda. Te adoro... y donde quiera que te encuentres sabes de sobra que te amo y te amaré por el resto de mi vida.»

Dos

Todo el bendito fin de semana me pasé ignorando cada una de las llamadas que recibí de mi madre y por una obvia razón, seguramente ya estaba al tanto de todo lo que había sucedido conmigo.

Acompañé a Silvina aquellos dos días hasta que su médico optó por concederle el alta médica las primeras horas de la mañana del día siguiente, pidiéndole que descansara y siguiera, rigurosamente, cada una de las indicaciones que le había detallado a cabalidad antes de hacer abandono de la clínica.

Viajábamos de vuelta a casa en mi coche cuando mi teléfono volvió a sonar. Por la mirada asesina que Silvina me brindó me di cuenta que estaba harta de que el aparato sonara y sonara sin que contestara una sola dichosa llamada. Por lo tanto, sin que pudiera detenerla hurgueteó en mi bolso, sacó mi móvil y me amenazó, sin una pizca de cordialidad, que si no contestaba ahora mismo por las buenas terminaría haciéndolo ella finalmente por las malas. ¿Me quedaba otra opción?

—Hola, mamá. No, estaba ocupada. Precisamente... sí, todo el fin de semana. ¿Hoy? Claro que puedo. Tengo tiempo de sobra y creo que ya estás enterada de ello. No, no es sarcasmo. Tu vida no es de mi incumbencia. De acuerdo. Te veré en tu despacho dentro de una hora. ¿Almorzar? No lo sé, déjame pensarlo. Estaré bien, no te preocupes. ¿Piedad? —Eso necesitaba yo cuando salía a la luz la figura de mi hermana—. Por de pronto he perdido el apetito, gracias. Nos vemos dentro de un momento que se pierde la señaaaaaaaaaaaaaaal... —colgué, refunfuñando ante la presencia de Silvina que no me quitaba los ojos de encima.

—Explícame, ¿qué mierda se fumó tu madre cuando le colocó ese nombre a la loca, arrogante y déspota de tu hermana?

Aquello me hizo sonreír porque era exactamente lo mismo que me había preguntado en varias ocasiones.

—¿Irás? —Prosiguió realmente interesada en saber mi opinión.

—Debo hacerlo. Quiere hablar conmigo.

Una palmadita suya un tanto afectuosa recibí en mi espalda que más me sonó a “mi más sentido pésame” que a otra cosa que yo me hubiese imaginado que diría.

—Valor, Magda. Siempre digna, ¿okay?

No respondí. En vez de hablar, preferí solo inspirar profundamente.

—No dejes que te envenene con su lengua viperina, me refiero a Santa Piedad.

—¿Estás segura que quieres que te lleve a tu casa? Sabes que me siento bastante culpable por lo que ocurrió y...

—Fui yo quien conducía, preciosa. Fui yo quien bebió hasta cansarse, no lo olvides. No me siento orgullosa, solo deseo olvidar lo que sucedió como quiero que tú también lo hagas, ¿de acuerdo?

—Sabes que puedes quedarte conmigo.

Como su pierna escayolada se lo permitió se levantó del asiento para —en un rápido movimiento—, plantarme un beso en la mejilla y decir:

—Te quiero, pero no pretendas que abuse de ti. Tengo mi hogar y en él estaré perfectamente. Además, tengo una hermana que va a cuidarme, pero a diferencia de la tuya la mía no está loca.

Reí porque en eso no se equivocaba.

—Así que llévame directo a casa con total tranquilidad que Carla me espera. Eso sí, te quiero de vuelta por la tarde. Tú y yo tenemos que hablar.

Seguí conduciendo hasta que su voz y su particular forma de darme a conocer el tema en discusión que trataríamos hizo que detuviera el coche, abruptamente.

—Martín De La Fuente.

«¡Mierda!». Por un momento creí que lo había olvidado.

La observé atentamente cuando ella lo hacía conmigo de la misma manera.

—Es un chiste, ¿verdad?

Movió su cabeza de lado a lado en señal de negativa.

—Vestido, zapatos de tacón, maquillaje, lencería fina entre otras “cosillas” que debo explicarte detenidamente.

—¿Cosillas que debes explicarme detenidamente? —¿Por qué cuando Silvina pronunciaba la palabra “cosillas” mi subconsciente se preparaba para oír lo peor?—. ¿Qué cosillas son esas?

—Ya lo sabrás, gatita. No seas curiosa. Por de pronto, relájate y encomiéndate a Dios porque luego de hablar con tu madre y después conmigo sí que lo vas a necesitar.

—¿Eso crees?

—No, cariño, estoy absolutamente convencida de ello.

El bufete de abogados para el cual trabajaba mi madre se situaba en el décimo octavo piso de una de las dos torres de titanio que se erguían majestuosas en el ala este de la ciudad y en la cual me encontraba ahora mismo, esperándola.

Dentro de su oficina todo poseía su correspondiente lugar. Por lo tanto, si algo movía sabía de sobra que ella lo notaría haciéndomelo saber más tarde. Fue por eso que, a sabiendas de lo que me diría, quité el retrato de Piedad que se hallaba junto al mío y lo guardé en una de las gavetas de su escritorio mientras le dedicaba una mueca de desagrado junto a la palabra que más la caracterizaba, “arpía”, justo cuando la puerta se abría y ella hacía su entrada triunfal.

—El perro hablando de pulgas —balbuceé, dándole a la gaveta con mi cadera para finalmente cerrarla.

—¿Qué tal, desempleada? —Fue lo primero que me dedicó tan cariñosamente—. ¡Hasta cuándo piensas vestirme como una indigente andrajosa!

Alcé mis hombros negándome a entrar en su patético juego. Me daba igual ser una indigente andrajosa vestida con mi camiseta favorita de los “Arctics Monkeys”, unos jeans desgarrados y mis Converse de colección. A eso yo lo llamaba estilo. Bueno, en realidad, no tenía otro.

—Hasta que dejes de transformarte en una Barbie sin cerebro. De paso, ¿dónde dejaste a Ken y a tus neuronas?

—¡Qué graciosa! Preocúpate mejor por ti, desempleadita. ¿Qué harás ahora? ¿Cómo te las

arreglarás? ¿Te dedicarás a pintar tus cuadros de porquería para ganarte la vida o vienes a sacarle dinero a mamá?

—Mi nombre es Magdalena por si lo has olvidado. Además, es mi problema ser una desempleada, no debería ser el tuyo y lo que yo pinte o deje de pintar no es una porquería. ¿Te quedó claro, hermanita?

—“Media” hermanita —especificó—. Gracias a Dios yo sí tengo un padre a mi lado.

—Al que le succionas hasta el último centavo, “blondi”.

Entrecerró su vista en el mismo instante que se dignaba a responderme cuando mi madre entraba repentinamente al despacho.

—¡Eres una descarada! ¡No es mi culpa que te hayan botado a la calle por estúpida!

—¡Piedad! —Mi madre llamó poderosamente su atención endureciendo su voz de mando—
¿Otra vez se están peleando? ¡Niñas, por favor!

—¡La culpa es de ella por tener una lengua tan afilada y nada de clase, mamá!

—Gracias a Dios —agregué, delineando a la par la más bella de mis sonrisas mientras me sentaba en la silla junto al escritorio de mi madre.

—¡Las dos, he dicho que basta! —Esta vez su cadencia se endureció aún más demostrándonos toda su autoridad, la misma con la que se enfrentaba a cada uno de sus colegas en los casos en los que trabajaba con tanto ahínco. Por algo sus más cercanos y los no tanto la apodaban “La Doña”—. ¡Cuándo llegará el día que las vea y oiga tratarse con afecto!

Me lo pensé detenidamente. Juro que lo medité dedicándole un segundo de mi vida a ese gran e importante dilema, pero sin encontrarle una sola respuesta. En realidad, no existía nada que me uniera a Piedad y estaba segura que a ella le sucedía lo mismo conmigo. Siempre me vio como su rival y más, cuando mi madre decidió casarse con su padre y formamos una familia de papel en la cual yo nunca tuve cabida.

—Cuando Magdalena me trate con educación, algo que le hace muchísima falta.

Volví a reír. ¿Qué más podía hacer? Claro, despotricar contra ella echándole encima toda mi artillería, pero... ¿para qué? ¿Conseguiría algo? No. Solo hacerle pasar un mal rato a mi madre que se había tomado un tiempo de descanso para vernos y hablarnos.

—Bueno, creo que no hace falta que te diga adiós —. Caminé hacia la puerta ante la atenta mirada oscura de “La Doña”, lo único que compartíamos ella y yo porque su cabello y color ya no eran los mismos, su forma de apreciar la vida tampoco era la misma con la que solía enseñarme como debía enfrentarme a ella y a las bofetadas del destino.

—Magdalena, espera, por favor. No te vayas tan pronto —me pidió, acercándose hasta situarse a unos pasos de mi espalda—. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Me volteé para clavar mis ojos sobre los suyos por algo más que un breve instante cuando Piedad me regalaba una pérfida sonrisa desde donde se encontraba sentada arreglándose su rubio y largo cabello. ¿Cómo podíamos ser hermanas y tan diferentes? Me preguntaba cada vez que la tenía enfrente sin reconocer a la linda niña que un día quise y... Sonreí por tercera vez, pero más bien con desagrado. Ya era hora de largarme de allí.

—No. Gracias, mamá —fugazmente le di un beso en su mejilla al tiempo que la envolvía en un abrazo, al que ella correspondió sin dudarle. Por la forma como me estrechaba contra su cuerpo, comprendí lo mucho que se preocupaba por esta indigente andrajosa que tendría que lidiar de ahora en adelante con un incierto futuro, el cual no estaba preparada para enfrentar.

—Sabes que te quiero mucho —me dijo al oído logrando con ello erizarme hasta el último y más fino vello de mi piel—. Por lo tanto, lo que sea... —un carraspeo de garganta que emitió mi querida “Plastic Girl” nos sacó de nuestros segundos de ensoñación de madre e hija.

—¿Nos vamos a almorzar a “Piamonté”? ¡Estoy que muero de hambre!

Moví mi cabeza de lado a lado anticipándome a lo que saldría de sus labios.

—Tengo cosas por hacer, mamá.

—Magdalena, hija... —una delicada caricia suya recibí en una de mis mejillas cuando la idiota de Piedad volvía a desanudar su maldita lengua, diciendo:

—¿Cómo buscar un trabajo decente con el que ganarte la vida, por ejemplo?

Un segundo me bastó para dar un paso en su dirección, se lo había buscado, pero mi madre me detuvo insertando sus bellos e hipnóticos ojos sobre los míos a la vez que articulaba, para la mayor de mis sorpresas, lo que jamás esperé que diría.

—Cierra la boca, Piedad. Respeta a tu hermana. Y si te refieres a un trabajo de verdad, tú también deberías hacer lo mismo.

¿Era real lo que había oído? ¡Por favor, que alguien me abofetee ya!

—También soy tu madre, Magdalena, y tú todavía eres mi niña, no lo olvides nunca —me contagié con su bella sonrisa hasta que decidí decirle adiós. Por hoy ya había oído suficiente.

Rápidamente salí de su oficina oyendo los histéricos y acalorados gritos de Piedad que se escuchaban desde el pasillo. Cuatro años de edad nos separaban, pero parecía que ella se había quedado estancada en sus dulces dieciséis, aunque la verdad de dulce no tenía nada. Ni siquiera un limón del más agrio sabor llegaba a comparársele.

Entré al ascensor que abría sus puertas en ese instante y cuando mi mano se deslizó por el tablero de comandos, una singular pareja que chillaba a viva voz por el pasillo como si estuvieran completamente a solas en un piso que a esa hora se encontraba colmado de personas que iban y venían, decidió hacerme compañía de tan amena manera. La mujer no cesaba de gritar como una loca endemoniada mientras él intentaba por todos los medios posibles acallarla sin alzar en ningún momento la voz.

—No te atrevas a hacerme esto. ¡Está decidido! ¡Quiero el divorcio y lo quiero ya!

El pobre sujeto no sabía qué rayos hacer para controlar a la platinada que, con suerte, le llegaba al hombro y que aún montada sobre unos infartantes zapatos dorados de tacón quedaba reducida a la mitad de su estatura.

—¡He dicho que quiero el divorcio, maldita sea! ¡Ya no te amo! ¿Que no lo puedes entender? ¡No necesito nada de ti! ¡Olvídame!

¡Vaya con la mujercita de armas tomar! Le lanzó esa frase para el bronce sin que le faltara el aliento. Pobre sujeto, pero... si no necesitaba nada del guapo marido que la observaba como perrito degollado, ¿por qué se lo refregaba en el rostro con tanta desconsideración?

—¡Quiero ser libre para rehacer mi vida! ¡Necesito estar lejos de ti y olvidarme de esto! Vas a firmar ese documento lo quieras o no porque así lo he decidido, cediéndome todo lo que me corresponde, ¿de acuerdo?

Aaaaahhh claro... no necesitaba al atractivo moreno, pero sí le enfatizaba con creces que le cediera todo lo que a ella le correspondía. ¿Algo así como una indemnización por los años de servicio, por ejemplo? ¡Vaya con la perra afgana esa!

Nota al pie: realice el siguiente ejercicio y gogglee "raza de perros afgana". ¿Ya lo hizo? Bueno, ¡así de igualita era la histérica chillona! Lo siento tanto por esos pobres animales. En fin...

Realmente no sé si pensé en voz alta aquella última acotación porque el sujeto me observó

apenas terminé de articularla, logrando que la sangre fluyera a mi cabeza en cosa de segundos y ésta ardiera como si fuera en cualquier momento a reventar. ¡Por favor, dime que no la oíste!

—Lo lamento —se disculpó en clara alusión a todo el espectáculo que su “encantadora” esposa estaba montando en el elevador y a la que le sacaba como mínimo dos cabezas de altura.

Moví las manos en señal de que no me incomodaba en lo mas mínimo cuando realmente lo único que deseaba era bajarme en cualquier piso para dejarlos a solas, porque con la telecebolla de mi vida ya tenía más que suficiente.

—¡¿Lamentas qué?!! —Gritó la Pitufina neurótica consiguiendo que saltara de la impresión cuando el elevador se detenía en el décimo piso y ella seguía proclamando a viva voz lo siguiente—: ¡Ya me oíste! ¡Vas a firmar porque eres un hombre inteligente y sabes que lo nuestro se acabó!

Yo sí la había oído perfectamente, pero él... ¿Un hombre inteligente? Mmm... estaba dudando de que lo fuera. ¿Cómo un hombre inteligente y guapísimo como él podía haberse enfrascado en una relación con una gnomo que chillaba más que un barraco? Quiero aclarar con anticipación que no tengo nada en contra de los pobrecitos gnomos, menos de los barracos.

—¡Espera! —Le pidió el esposo que se encontraba demasiado nervioso, preocupado y notoriamente afectado por todo lo que ella le vomitaba al rostro—. ¿Por qué me haces esto?

¡Ja! Lo afirmé con anterioridad sin ser vidente. Él no era un hombre inteligente o... claro, cabía la posibilidad de que aún estuviera malditamente enamorado hasta el dedo meñique de sus dos pies de la hormiguita cantora.

—¿Monique? ¡Monique! —La llamaba y ella pues, ni caso le hacía contoneando las caderas y ese trasero que de seguro se había operado para otro que no fuera a quien yo tenía enfrente y que se veía tan desgraciado el pobrecito. ¿Y ahora?

El elevador habló por mí cuando las puertas volvían a cerrarse con nosotros dos dentro.

En todo ese largo momento me dio la espalda. Qué digo, ¡pedazo de espalda que poseía! Hasta que su grave voz expresó en un murmullo un nuevo “lo siento. Por favor, dicúlpeme” que me dejó sin habla por la cadencia tan sensual con la que me abofeteó sin siquiera tocarme.

—Me siento realmente avergonzado frente a lo que sucedió. De verdad, señorita, no tenía por qué ser parte de todo esto —agregó a la vez que se volteaba y me inyectaba el singular e hipnótico color de sus ojos que eran tan azules como el mismísimo acero.

—No se preocupe. Solo imagine que no estuve aquí.

Sonrió de medio lado antes de volver a manifestar:

—Si lo hiciera creería fehacientemente que estoy volviéndome loco hablando en un elevador con una mujer que me asegura que no se encuentra aquí conmigo.

—Acéptelo, soy una aparición. Pero no se preocupe, su secreto está a salvo conmigo .

Bajó la mirada hasta el piso mientras reclinaba su cuerpo contra la pared metálica del ascensor. Luego de unos largos segundos la alzó tras suspirar y cerrar los ojos. ¿En qué estaría pensando? Realmente no me interesaba saberlo porque con observarlo ya me encontraba en la gloria.

Tragué saliva con dificultad. Ver a ese tipo ya era dolorosamente necesario cuando decidí voltear mis ojos —para no ser tan obvia—, hacia el tablero de comandos que marcaba el piso seis en el cual se detuvo.

—Jamás creí que llegaríamos a este nivel —prosiguió, abriendo de par en par su mirada, pero fijándola en ninguna parte en especial mientras deslizaba sus manos dentro de los bolsillos de su pantalón oscuro de tela que vestía.

—Bueno, solo estamos en el piso seis —le corroboré—, y por lo que sé vamos a seguir bajando así que vaya haciéndose a la idea que descenderá unos cuantos niveles más conmigo.

Ahora sí que sus ojos se quedaron quietos en los míos apenas terminé de hablar. ¡Santo Dios! ¡El tipo estaba enojado porque no se refería precisamente a mí! ¡Rayos y centellas! Podía advertirlo, podía predecirlo... seguro mi acotación desacertada lo había molestado de sobremanera. ¡Cuándo iba a aprender a cerrar mi grandísima bocota!

—No me refería a... creo que da igual, señorita. La verdad, puedo tolerarlo.

—Seguro que puede. Descender junto a una desconocida no se compara al magnánimo espectáculo que acaba de montar su... —. ¡Cállate la boca, Magdalena Villablanca, por favor! ¿Quieres apenarlo más de lo que ya se encuentra?

Y para la mayor de mis sorpresas rió logrando que todo en mí conmocionara de una increíble forma cuando ya me imaginaba que me diría unas cuentas cosas verdaderamente exaltado debido a mi atrevimiento.

—Tiene usted razón. Si pude con lo que aconteció con mi esposa...

«Ex esposa», le corregí enseguida y en estricto silencio al hombre inteligente que... ¡Wooooowww! Poseía una increíble sonrisa que derretía a cualquiera; me incluyo y se los advierto, voy primera en la fila.

—Puede con esto, señor.

—¿Señor? —Enarcó una de sus oscuras cejas por la forma en que lo había llamado.

—Sí, eso acabo de decir o prefiere que lo llame “Mister”, “Sir” o “caballero”?

Cruzó sus brazos por sobre su pecho a la vez que volvía a hablar.

—¿Me está tratando de viejo, señorita?

Reí como una boba. Bueno, siempre consideré que me reía de esa estúpida forma, como una linda bobita.

—Ya veo...

Tercero, segundo, primer piso y ¡listo! Sana y salva.

No me moví un solo centímetro desde donde me encontraba y él, por supuesto, se quedó en igual condición, admirándome, hasta que ambos expresamos a coro “planta baja” y volví a marcar en el tablero el -1.

Salimos del ascensor con rumbo a los estacionamientos cada uno por su lado hasta que divisé a mi Mustang de color plateado que sobresalía de entre los coches que se situaban en esa zona del aparcamiento. ¿Por qué? Simple. Porque era un coche clásico refaccionado totalmente espectacular para cualquiera que conociera sobre autos.

Le di al contacto del cierre centralizado a la distancia cuando la voz del sujeto del ascensor me sobresaltó. Estaba sorprendido. ¡Qué va! Estaba excitado contemplando a mi modelito de cuatro ruedas.

—Es una verdadera joya lo que tengo frente a mis ojos. ¿Es suyo?

—Absolutamente —. Reprimí una fugaz sonrisa de satisfacción que delinearon mis labios cuando lo vi como no despegaba sus ojos azulados de mi coche al cual admiraba con profunda devoción, tal y como si fuera un pequeño niño baboso. De acuerdo, eso era predecible que ocurriera porque, para ser sincera, yo también había pasado por lo mismo. Sabía

perfectamente qué ocasionaba el Mustang de 1967 en quienes sabían algo más que montar y conducir un vehículo de esta naturaleza.

—El modelo de 1967 es considerado por muchos como el mejor diseño de esa época y, tal vez, de todas —prosiguió, incrédulo de que una mujer tan corriente como yo tuviera en sus manos una bestia como ésta.

—Claro que sí, es el más famoso y adorado del mundo. Es por ello que el Mustang del 2005 y del 2006 tuvieron tanta aceptación en el mercado, porque se basaron expresamente en el diseño que tiene frente a usted. Obviamente los hicieron más agresivos, añadiéndoles elementos más importantes en comparación a este —. ¿Por qué me observaba como si estuviera realmente sorprendido e interesado por lo que oía salir de los labios de una mujer que no era a la vez cualquier mujer que sabía sobre coches?—. ¿Qué sucede? —Me atreví a formular arrancándole otra de sus derretidoras sonrisas.

—Continúe —me pidió, pero eso me sonó más bien a una clara exigencia. Este sujeto me estaba poniendo a prueba. ¿Qué quería conseguir?—. La escucho.

—Clásico motorizado Ford Shelby Mustang GT 500 de 1967 que más fanáticos tiene en todo el mundo. ¿Por qué? ¡Porque es una bestialidad! —Afirmé realmente poseída por lo que ocasionaba en mí este modelito.

—¿Sí? ¿Por qué lo afirma con tanta seguridad?

—Porque fue el más agresivo de estos coches y el que marcó una estética ultra-masculina de toda una historia —seguía sonriendo verdaderamente complacido, pero yo lo estaba todavía más. ¿Está preparado para la guerra, Mister? Porque eso le daré—. ¿Sabía usted, señor, que enamoró a Nicolas Cage y fue la sensación en la película “60 segundos”? Muchos la han visto solo por este coche y Angelina Jolie.

—Soy uno de ellos —aseveró bastante entusiasmado.

—¿Por el auto o por Jolie?

—Ambos.

¿Una pizca de inteligencia? Sí, este hombre definitivamente la tenía.

—Y dígame, señorita, ¿qué fue lo que la llevó a adquirir este modelo en especial? Por lo que sé no existen muchos en el mundo.

—¿Sabe diferenciar un auto clásico de un simple vehículo, señor?

—Podría asegurarle que algo así no se ve todos los días, porque es considerado una auténtica pieza para un coleccionista.

—Es un placer, soy una de ellos. Gran motor V8 de 355 caballos de potencia —enarcó una de sus cejas en la cual me fijé que llevaba una cicatriz que no pasó desapercibida para mis ojos negros—. Posee una caja de cambios manual de cuatro velocidades. Tracción trasera. Alcanza una velocidad máxima de 208 kilómetros por hora y una aceleración de 0 a 100 en 6'5 segundos —. Ante su atenta mirada subí a mi auto cerrando la puerta y encendiéndolo para que supiera y comprobara de qué estaba yo hablando—. Una suspensión delantera de brazos y muelles en espiral, trasero de multibrazos y muelles semielípticos —. No había que ser muy inteligente para notar lo que estaba yo diciendo, estaba fascinado. ¿Quería más?—. Frenos delanteros de disco, traseros de tambor. Su peso exacto es de 1550 kilogramos. Su relación peso/potencia bordea los 4.37 kg/hp y para finalizar, su tanque de combustible alcanza una capacidad de 60 litros. ¿Qué le parece mi joyita?

—Bugatti —exclamó para mi evidente sorpresa.

—¿Perdón? —¿Y dónde se suponía que había dejado su pizca de inteligencia?—. ¿Ha conducido usted uno de ellos? Lo siento, pero para mí o los entendidos en esta materia no existe la comparación. Los Bugatti son solo automóviles de gran lujo y competición, aunque debo admitir que me encanta como rugen. Buenos días, señor, ha sido un enorme placer hablar con usted. ¡Que tenga un buen resto del día! —. Aceleré un par de veces, descolocándolo, y cuando se aprestaba a decir algo más salí de allí dejándolo con la palabra en la boca.

«¡The winner is... ME!».

Ya en el departamento de Silvina esperaba que se dignara a hablar prontamente sobre las "cosillas" a las cuales no se había querido referir con anterioridad.

—¿Y? Aparte del vestido, el maquillaje, los zapatos de tacón que tendré que usar como una bendita tortura, ¿qué más debo saber con respecto a la cita con el tipo ese?

—Martín De La Fuente y lencería fina, Magda.

—Por favor, no pongas todo eso en una misma frase. ¿Quién se supone que es?

Un segundo, dos, quince, treinta...

—Un cliente —me soltó, logrando que con esas dos palabras prestara más atención a lo que

decía.

—De acuerdo. De la agencia publicitaria en la cual trabajas.

—No, de la Corporación.

—¿Desde cuándo trabajas para una Corporación? —Ingenuamente la miré a los ojos sonriendo como la boba del año.

—Desde... hace algo de tiempo.

Asentí. Si estaba bien para ella...

—Y... ¿te pagan bien?

—Excelentemente.

—Genial.

—No es tan genial —exclamó de inmediato, corrigiéndome.

—¿Por qué no?

Y ahí iban de nuevo los diez, veinte, treinta segundos en los cuales guardaba completo mutismo poniéndome más nerviosa de lo que ya me hallaba por tener que asistir a una cita con un hombre al que no había visto en toda mi vida.

—Deberás tomar mi lugar —me recordó—. No puedes decir que no.

—Está bien. ¡Qué tan malo puede ser! Dime, ¿cómo debo comportarme ante ese cliente de la famosa Corporación aparte de disfrazarme de esa manera?

—Prométeme que no saldrás huyendo cuando te lo diga.

—Silvina, no juegues. Me estás asustando.

Tomó mis manos con las suyas volviendo a repetir la misma frase, pero esta vez asegurándose de que sus ojos penetraran los míos, tal y como si se aprestara a decir algo que se trataba de

vida o muerte.

—¡Prométemelo por favor! Sea lo que sea que te diga te quedarás, me escucharás, no me juzgarás y lo más importante, no saldrás huyendo por esa puerta tratándome de lo peor como si fueras una moralista.

—Silvina Montt, habla o juro que yo...

—Te convertirás en una zorra, Magda.

—¿Qué? ¿Cómo... dices?

—Tal cual me oíste. Serás una zorra de pies a cabeza, pero por accidente. Y nada menos que gracias al mío.

Tres

La observé. Me observó. ¡Mierda! Nos contemplamos como si fuéramos dos perfectas desconocidas sin nada que decir o hacer hasta que Silvina ya no pudo guardar silencio y vociferó exaltada de una buena vez lo siguiente:

—¡Si vas a decir algo hazlo ya, que tu mutismo me está matando!

Aunque lo deseaba no podía. ¿Por qué? Sencillamente, porque la única palabra que venía con fuerza a mi mente era “Putá”.

—¡Magdalena, por favor! ¿Querías que te mintiera?

—Lo has estado haciendo por... ¿Cuánto tiempo? —Me levanté apresuradamente del sofá para tomar mis cosas. ¿Iba a marcharme sin oírla? Al parecer, eso pretendía hacer.

—Y qué querías que hiciera si sabía cómo ibas a reaccionar. ¡Mírate! ¡Solo falta que me trates como a una ramera y asunto arreglado!

—Entonces dime que no lo eres. ¿Puedes hacerlo?

—¡Pues no lo soy! —Chilló.

Tomé el pomo de su puerta, deteniéndome, ante lo que había oído.

—“Te convertirás en una zorra, Magda” —citó sus propias palabras antes salir de su departamento—. ¿Lo dijiste o no?

—Lo dije —afirmó, pero tras un prominente suspiro—, pero esas dos palabras no poseen el mismo significado. ¿Quieres que te dé un diccionario para que lo compruebes por ti misma?

Me volteé para encararla, pero cuando la tuve enfrente y admiré su rostro y, en especial, el brillo de sus ojos preferí obviar aquellas palabras y reemplazarlas por otras.

—No puedo creerlo. Me pides que me convierta en una “zorra”. ¿Quién crees que soy?

—Mi amiga y yo la tuya. La única que puede ayudarte por ahora. Necesitas el dinero. La liquidación de tu finiquito no te durará toda la vida, ¿lo sabes, verdad?

Me atraganté con lo que me decía de tan suelta manera y estallé gritándole al rostro lo que no deseaba expresar, pero que de igual forma salió de mi boca disparado como una mismísima bala de cañón dispuesta a dar en el blanco.

—¡Eres una imbécil!

Abrí la puerta ante sus acalorados gritos y sus lentos movimientos, porque Silvina se veía demasiado ridícula pretendiendo caminar con la extremidad escayolada al igual que si fuera un pirata cargando su pierna de palo.

—¡Tú también lo eres, moralista del demonio! ¡No puedes hacerme esto! ¡Ni siquiera sabes de qué se trata y...!

—¡No me interesa llegar a saberlo! ¡No pretendas convertirme en alguien que no soy! ¿Zorra? Tu abue...

—¡Un segundo! ¡No te metas con mi abuela! —Me interrumpió, eufórica—. ¡Qué de paso tiene la mente más abierta que la tuya!

—¡Vete a la mierda, Silvina Montt! —. Cerré la puerta de un solo golpe oyendo como ella, desde dentro, gritaba sin contemplación.

—¡Cobarde! ¡Eso es lo que eres y serás el resto de tu vida! ¡Solo te dejas llevar por lo que crees saber! ¡Abre los ojos, Magda! ¡Por una vez en tu vida, mírate, y abre los ojos, maldita sea!

Bajé las escaleras raudamente hacia el primer piso autoconvenciéndome que nada de lo que me había dicho era real, cuando sabía muy bien que Silvina no mentía.

Salí del edificio echando chispas por mis ojos, pero antes de darle al cierre centralizado de mi coche grité con una fuerza increíble que detuvo, al instante, a una pareja de ancianas que por la acera caminaban.

—¡¿Qué?!! —Las admiré enfurecida—. ¿Nunca han tenido un día de mierda? ¡Pues yo sí y este es precisamente el mío!

Me observaron como si estuviera chiflada. No las culpo, lo estaba, y me di cuenta de eso al comprender las palabras de Silvina.

Me volteé hacia el edificio, bajé mis propias revoluciones, me calmé y tomé aire repetidas veces antes de frotarme el rostro con mis manos decidiendo, coherentemente, que lo mejor era regresar y encarar la situación por problemática que ésta fuera. ¿Por qué? Porque por un lado me sentía bastante culpable por el accidente que había padecido y por el otro... ¡Santo Dios! No me lo quería llegar a imaginar.

—Por tu bien espero que seas convincente, Silvina Montt. Te lo advierto. Por tu propio y condenado bien espero que seas realmente convincente, maldita sea.

No paraba de dar vueltas por la sala de su departamento con ella observándome de reojo sentada en uno de los sofás. No hablaba, sabía que aún me encontraba lo bastante ofuscada y contrariada para emitir palabra alguna. Por lo tanto, me otorgó el tiempo necesario para descargar mi ira en completo silencio antes de decir:

—¿Podemos retomar la charla como dos mujeres sensatas? Siéntate, por favor.

Lo hice. Sensata o no me había cansado de dar vueltas como una loca de atar. Y yo no era precisamente una loca de atar o... ¿me estaba convirtiendo en una de ellas?

Al momento de reclinar mi espalda contra el sofá Silvina volvió a apoderarse de mis manos con ternura.

—Por favor... —prosiguió—... no soy una puta como te lo estás imaginando.

—No imagino nada. Solo quiero y espero que hables con la verdad.

—Gracias —dijo, sorprendiéndome—, por regresar. Por un momento pensé que te habías largado para no volver jamás.

Enarqué una de mis cejas en clara señal de que estaba dándole demasiadas vueltas innecesarias a todo este asunto que poseía un solo nombre, “Zorra”.

—De acuerdo, Magda, si expandes tu mente es bastante simple de asimilar.

¿Simple? ¿Había dicho “simple”? Se me desencajó la mandíbula al oírla hablar con tanta naturalidad.

—Podrías ser más específica, por favor, que no estoy entendiendo nada.

—Ellos pagan por un servicio de calidad —comenzó.

—¿Ellos? ¿Qué tipo de servicio de calidad es ese? —Escandalizada por su primera acotación elevé el tono de mi voz sin quererlo.

—Sí, ellos. Y te pediría como favor especial que bajaras tus desciveles que me encuentro a tu lado y todavía puedo oírte perfectamente. No estoy sorda.

Suspiré rodando los ojos, comprendiendo así que esto tenía para largo.

—Sin más interrupciones, continúo. Existen varios tipos de servicios con tarifas diferentes y preferenciales en los cuales desarrollamos todo nuestro potencial y dotes histriónicos, ¿sabes? Ellos juran que nos utilizan para brindar un buen espectáculo cuando, más bien, somos nosotras quienes los utilizamos a ellos para darnos a conocer en nuestra ascendente carrera.

¿Ascendente carrera? ¿Tipos de servicios? ¿Potencial y dotes histriónicos? «¡Madre mía!».

—Detente —exigí, soltando una de sus manos—. Me dijiste que tendría que convertirme en una zorra y todavía no me has explicado a cabalidad que significa eso. ¡Cómo mierda pretendes que diga “sí” a ello si todavía no logro entender nada!

—¿Eso significa que lo harás? —Sonrió realmente complacida viéndome mover la cabeza de lado a lado. ¡En qué momento de insensatez había decidido regresar a su departamento! ¡Demonios!—. ¡Lo harás! —Repitió ahora convencida—. ¡Sí, lo harás! —Chilló esta vez, pero abalanzándose contra mí radiante de felicidad—. ¡Lo sabía! —Y yo, porque si no hubiese sido porque tenía la pierna escayolada debido al accidente la habría enviado de paseo a la mismísima África sin boleto de retorno.

—No cantes victoria que aún me debes muchas explicaciones y...

—Nos quedan dos días, Magda. Que prefieres, ¿teoría o práctica? —Sentenció, guiñándome a la par uno de sus ojos claros.

“Práctica” expresé sin dudarle porque la teoría se la podía meter por donde mejor le cupiera.

—Entonces manos a la obra, preciosa, que lo primero es lo primero —se levantó del sofá, tambaleándose, pero sin perderme de vista.

—Silvina, todavía no me has dicho lo que quiero saber con respecto a...

—Silencio. Aquí la que manda soy yo. Poseo cuarenta y ocho horas para convertirte en toda una zorra —me admiró detenidamente tras morderse una de sus uñas—. Pero antes de comenzar necesitamos un nombre que te caracterice.

—¿Nombre? Perdón, pero... ¿ya olvidaste el mío?

—El “Santa Magdalena” no me sirve para nada, menos para que formes parte de la Corporación.

—¡Qué mierda es la Corporación!

—Te lo explicaré más tarde. Por ahora debo ocuparme de cosas más importantes que esa. Un nombre... un jodido nombre.

¿Más importante que saber en qué lío me estaba metiendo?

—¿Cuál es el modelo de tu vehículo?

—Un Ford... ¿Por qué lo preguntas?

—Solo límitate a contestar. ¡Cuál es el maldito modelo de tu coche, Magda!

—Un Ford Shelby Mustang...

—Shelby... Shelby... No. Necesitamos algo más artístico, más audaz. Como decirlo... ¡más Hollywoodense!

¡Oh no! Silvina se estaba pasando de la raya. ¿Hollywoodense?

—Déjame pensar —cerró sus ojos por un largo instante mientras se masajeaba su sien con la yema de sus dedos—. Lo tengo —expresó de pronto, abriéndolos—. Esa película... la de los autos...

—Existen muchas películas sobre autos.

—De los tuyos, Magda, de esos en particular. ¿Cómo me dijiste que se llamaba esa que te encanta?

—“60 segundos” —. Si me salía ahora con el “Angelina” me iba a conocer y no de grata manera.

—Ya, pero en esa película el vehículo poseía un nombre especial, ¿cierto?

Bufé. Ya sabía yo a qué se refería con ello.

—Eleanor —recordé.

—Eso era. Mmm, veamos... Eleanor, Eleanor... me suena más a... —sonrió despiadadamente— ¡Sí! —Articuló al fin chillando como una loca desatada, logrando con ese horrible sonido erizarme la piel—. ¡Lo tengo!

—¿Lo tienes? Dime que no voy a oír una barbaridad de las tuyas porque...

—Leonora.

Y otra vez se me desencajó la mandíbula al oírla.

—¡Olvídalo! ¡No pienso llamarme de esa manera!

—¡Oh, sí! Te llamarás Leonora “la cazadora” y punto. ¡Soy una genio!

Definitivamente era una genio a la que iba a estrangular.

—Ni lo sueñes. Ahora explícame, ¿sexo con el tipo ese? Dime que no pagó por ese servicio privilegiado, por favor.

Se mordió el labio inferior mientras me admiraba y pretendía, a la par, contener la risa.

—Bueno, eso no está especificado, pero...

Se me cortó la respiración en esos escasos segundos que se mantuvo en un inusitado silencio.

—Tranquila. Lo que suceda después de la cena será solo problema tuyo, “Leonora”.

«¿Cómo que sería solo problema mío?».

—Me refiero a que... si te quiere “comer” con sus manitos y tú a él eso ya no entra dentro de la tarifa. Ambos lo pueden pactar. Tú decides.

Entrecerré la vista intentando asimilar lo que decía.

—¿Pactar?

—Eso dije, Magda. Pactar, llegar a un acuerdo, ¿me sigues? Nuestro trabajo se basa específicamente en servir como “Damas de compañía” de quienes solicitan y pagan por “nuestros servicios”. Somos y seremos ante todo “Damas de prestigio y calidad”. Y bueno, lo demás queda a tan solo nuestro criterio. Como decimos en la Corporación, “libertad de acción, querida”.

«¿Libertad de acción?». Me levanté del sofá sin saber qué decir hasta que la oí como proseguía muy segura de sí misma.

—No te preocupes, lo harás bien. Tengo fe en ti y en tus dotes actorales.

—Sí, sumamente bien —repetí con ironía viendo como se acercaba a su mesa de trabajo de la cual tomó una carpeta de color negro.

—Aquí está todo lo que necesitas saber con respecto a esa cita —me la lanzó a las manos antes de que pudiera reaccionar—. Revísala por ti misma, por favor.

Esto tenía pinta de... ¿Un expediente?

—Tu expediente —especificó, leyendo mi mente—. Aquí nada queda al azar, preciosa. Prestigio y calidad por sobretodo, recuérdalo.

Cerré la carpeta cuando ella aún no me quitaba los ojos de encima empapándose de cada reacción mía por mínima que ésta fuera.

—¿Algo más que deba saber?

Movió su cabeza hacia ambos lados al tiempo que se acercaba, cojeando, antes de dedicarme la más hermosa de sus sonrisas despiadadas y decir:

—Por de pronto... Bienvenida a la “Corporación Z”, Magda, una comunidad un tanto particular que te abrirá... algo más que sus puertas. ¡Felicidades!

Esa noche y frente a mi atril no paraba de pensar en lo que había sucedido esta tarde y más, teniendo el famoso expediente sobre mi mesa que se situaba a un costado del juego de brochas, las pinturas y mi paleta de colores.

Vestida tan solo con bragas y una camisa, que con suerte me llegaba a los muslos, intenté pintar para despejar mi mente de ciertas “cosillas” que todavía rodaban con fuerza al interior de mi cabeza, aunque la verdad ya le había echado un ojo a todo lo concerniente con Martín De La Fuente y la famosa cita que esperaba por mí.

—De acuerdo —suspiré hondamente cerrando a la par mis ojos negros—. ¿Qué tan difícil podía ser? Si pude actuar estos tres años junto a Benjamín sabía que podía echarme al bolsillo esto. Además... —los abrí, clavándolos en el lienzo en blanco—... Silvina tiene razón. Necesito el maldito dinero, por lo menos, para ahorrarlo mientras encuentro otro trabajo decente.

Al cabo de media hora me relajé y dejé que mis manos hicieran lo suyo, tal y como me gustaba hacerlo perdiéndome entre los vivos colores que utilizaba para crear lo que solo en mi mente veía y me hacía sentir viva y de una increíble manera. Sonreí evocando las palabras de mi padre con respecto al amor por este arte, el cual ambos compartíamos y se había encargado de potenciar en mí desde que era pequeña.

Aún lo recordaba como si fuera ayer... nos pasábamos horas y horas pintando grandes lienzos en su estudio mientras el tiempo avanzaba a nuestro alrededor sin que nos diéramos cuenta de ello. ¿Por qué? Porque ambos lo disfrutábamos y más, porque estábamos juntos, como ahora que yo también lo hacía, pero sin él.

Me detuve evocándolo y volteando la vista hacia la pantalla de mi ordenador que aún no había recibido un solo mensaje suyo. “Seguro está bien”, comenté en un débil susurro. “Mi padre siempre está bien”, me repetí muy convencida de ello al tiempo que un enorme suspiro se me arrancaba del pecho y la puerta de mi departamento comenzaba a sonar.

Descalza caminé hacia la entrada para abrirla. Por la forma en que tocaban supe de inmediato de quién se podía tratar y lo confirmé cuando encontré a Teo del otro lado sonriendo y a la vez cargando una gran bolsa de papel en sus manos. Nos observamos en silencio porque en ciertos instantes de nuestras vidas las palabras, para nosotros, parecían sobrar. Tal y como nos sucedía esta noche que, al admirarnos sin siquiera parpadear, estábamos convencidos que era uno de esos precisos momentos.

Sin nada que decir entró, no sin antes mostrarme el contenido de la bolsa y dedicarme, además, un coqueto guiño desde uno de sus ojos castaños.

—¿Hacemos las paces? —Me sorprendió dejándome más muda de lo que ya lo estaba debido a su repentina aparición.

—¿No estabas de turno en la clínica? —Recordé antes de dar inicio a la charla.

—Estaba, tú lo has dicho. Venga, que no he cenado y muero de hambre. ¿Puedo apoderarme de tu cocina como lo hago comúnmente? —Dejó todo lo que cargaba sobre la mesa de la cocina americana que decoraba una parte de la sala de mi departamento mientras tanto yo me encojía de hombros sin nada que responder cuando mis piernas, por si solas, regresaban al cuarto donde había montado mi estudio con él siguiéndome de cerca.

Una vez dentro volví a tomar mi paleta de colores y un fino pincel con el cual comencé a delinear pequeños trazos notando como se detenía frente a mi mesa de trabajo, apoyaba su cuerpo monumental sobre ella, sonreía sin quitarme los ojos de encima, cruzaba sus fornidos brazos por sobre su pecho y ¡Diablos! A un costado suyo se encontraba la carpeta con el bendito expediente que no debía ver jamás.

—¿Estás molesta conmigo? —Preguntó, de pronto, cuando mis ojos solo iban y venían desde la carpeta hacia él y viceversa—. Magdalena... Magda.

—No, para nada. Es solo que... ansío hacer algo con mi vida ahora que tengo más tiempo del necesario. Eso es todo —. Algo tenía que ocurrírseme para apartarlo prontamente de ese sitio—. ¿Cenamos? —Volví hacia la mesa para dejar todo en ella sin que notara lo nerviosa que me encontraba, pero tratándose de Teo no corrí con tanta suerte.

—¿Qué ocurre? —Me detuvo posando una de sus manos en mi cintura, para que todo lo que pudiera ver fuera su increíble mirada inquieta. ¡Oh Dios! Estaba problemas.

—Bueno... —tenía que decir algo coherente e inteligente para salir lo bastante airosa de esta situación y evitar así confesarle que me convertiría en una maravillosa zorra por accidente—... hoy estuve con mi madre y con Piedad —tomé aire repetidas veces percibiendo como su mano libre empezaba a ascender en dirección hacia mi mejilla para, definitivamente, apoderarse de ella otorgándome la más suave y dulce de sus caricias.

—¿Estás bien? ¿Quieres hablar sobre ello?

Asentí, rodando también los ojos hacia la maldita carpeta. ¡Sí! Había conseguido toda su atención.

—No me mientas y sé honesto. ¿Crees que soy un tiro al aire? Digo... ¿me consideras una mujer que no sabe lo que quiere?

Sonrió de medio lado a la vez que deslizaba su dedo pulgar por el contorno de mi mentón, delicadamente.

—No. Solo estás loca, pero me gusta que lo seas. Es más, me encanta que seas diferente.

—Sabes de sobra que no soy lo que precisamente buscan o necesitan.

—Y eso te hace especial, Magda.

¿Especial? Yo solo añoraba ser lo bastante especial para que él, algún día, se diera por enterado que existía alguien que lo amaba con algo más que locura.

—Con respecto a lo demás, sabes perfectamente lo que quieres.

Solté una bocanada de aire.

—Pinto porquerías —añadí.

—Pintas increíblemente. Asúmelo. Todo lo que haces es fenomenal. Solo aparta esa inseguridad de ti que te hace bajar los brazos cada vez que pretendes dar un paso hacia adelante y no sé por qué razón terminas dándolo hacia atrás.

Y otra bocanada de aire solté frente a su presencia.

—¿Qué? ¿Hay más? —Me interrogó.

—Gracias, pero sí... debo buscar un nuevo empleo. El dinero no me sobra y...

—Cuentas conmigo para lo que sea —me interrumpió dejando caer sus tibios labios en mi frente a la par que su mano, que se situaba en mi mejilla, descendió hacia la parte posterior de mi cabeza. ¡Ay Dios! —, y creo que te debo una disculpa. No quise hablarte de esa manera en la clínica. Perdóname.

Repito... ¡Ay Dios! Sus ojos estaban fijos en los míos traspasándome como si en cualquier momento él fuera a... ¡Ja! ¿Besarme? Sabía que eso ni en mis mejores y húmedos sueños ocurriría.

—De acuerdo.

—Solo... ¿de acuerdo y ya? —Entrecerró la vista, desconcertado—. ¿No me vas a preguntar por qué me comporté de esa manera?

—¿Por qué te comportaste de esa manera, Teo Sotomayor?

Un maldito e innecesario silencio nos envolvió. Un mutismo que me hizo centrar la vista en su deseable boca que moría por devorar cuando, lentamente, movía una de mis manos hacia la carpeta para alejarla lo suficientemente de su incomparable anatomía.

—Debido a la alcoholemia de Silvina. Por un instante creí que tú estabas...

Tres, dos, uno... Me separé de él veloz como un rayo. Tomé la carpeta entre mis manos y salí de mi estudio para finalmente guardarla muy lejos de su alcance en uno de mis dos baúles de Alerce que se encontraban dentro de mi habitación. Y así, respiré con tranquilidad al cerrarlo cuando la voz de Teo me sobresaltó al encontrarse de pie detrás de donde yo me situaba.

—No quiero ser entrometido, pero... ¿y eso?

—¿Eso? Ah, opciones. Nada importante.

—Si no fuera nada importante, ¿por qué huiste así?

—No huí —. Me levanté y volví a dirigir mis pasos hacia mi estudio para ordenarlo todo.

—¿Qué está ocurriendo, Magdalena? ¡Podrías detener tu andar, por favor!

—Vale —pero seguí inmersa en cerrar los medianos botes de pinturas que se encontraban abiertos hasta que Teo —sin que lo advirtiera—, metió dos de sus dedos en uno de ellos y pintó mi rostro sin una sola pizca de consideración—. ¡Pero qué mier...!

—Te pedí que te detuvieras —sonrió con descaro—, no me hiciste caso.

Enseguida limpié la pintura verde que tenía sobre mis ojos y nariz.

—¡Woow! ¡Que maduro de tu parte!

—No soy una fruta, Magda —y esta vez se empapó todavía más de otro color, pero asegurándose de refregarme toda la palma de su mano izquierda en mi condenada cara.

—¡¡Teo!! —Chillé fuera de mis cabales tomando a la par un cubo mediano de pintura que tenía lo bastante cerca para lanzárselo directamente a la camiseta blanca que llevaba puesta—. ¡Eres un idiota! ¿Qué pretendes?

—Tú no lo haces nada de mal y de paso, me debes una nueva —y para la mayor de mis grandísimas y acaloradas sorpresas terminó quitándosela, dejando al descubierto su incomparable torso tonificado que poseía gracias a la completa gama de ejercicios que continuamente realizaba.

Como pude me quité la pintura advirtiendo que todo el piso estaba manchado de ella, cuando nos seguíamos lanzando los otros cubos que estaban a medio llenar como si fuéramos dos niños traviosos.

—Y tú me debes unos botes nuevos. ¿Quién te crees que eres para venir y...? —Sin que lo adivinara se abalanzó para detenerme cuando, gracias a la pintura que habíamos regado por el piso, resbalé cayendo de espaldas con él sobre mi cuerpo—. ¡Mierda, Teo! —Grité eufórica y adolorida al aterrizar con toda mi cola contra el piso con él riéndose a carcajadas—. ¡Creo que perdí la poca retaguardia que me quedaba y todo gracias a ti, idiota! ¡Ouch!

No paraba de reír y ya me estaba hartando de sus burlas hasta que decidí —con mi mano por completo teñida de azul—, refregarla por todo su rostro manchándolo con ese color que en él lucía de maravillas.

—Pero qué...

—¡Ja! Estamos a mano. Ahora sí pareces un verdadero Pitufito.

—Estás en serios problemas —me amenazó tratando de abrir los ojos.

—¡Qué miedo me das, gruñón! ¡Qué miedo me das!

El estudio estaba hecho un asco, yo estaba hecha un asco, pero él se veía totalmente de infarto desnudo de la cadera hacia arriba montado sobre mí. ¿Qué no pensaba levantarse? Por mí podía quedarse el tiempo que fuera necesario y más en esa sugerente posición, con su pecho sobre el mío, una de sus piernas en medio de las mías, separándolas, cuando la otra la tenía fleccionada a un costado de mi cintura y sus brazos aprisionaban mis hombros y extremidades como negándose a dejarme ir.

¡Demonios! Si todo fuera diferente... si él pudiera apreciarme de manera diferente seguro ya estaríamos enfrascados en una contienda a muerte en el piso, arrancándonos la boca a besos despiadados y a salvajes mordiscos que nos arrastrarían hacia una locura desenfrenada con la que nos terminaríamos destrozando la poca ropa que nos cubría la piel. Sí, esa piel que podía

sentir como me quemaba y rozaba en cada significativo movimiento que hacía con sus piernas mientras su vista penetraba, poderosamente, mis oscuros ojos que brillaban más de lo habitual, los mismos que seguramente poseía una cachorra hambrienta.

Lo deseaba... ¡Por Dios lo anhelaba con locura! Y más al tenerlo encima de mi cuerpo que lo exigía nada más que a gritos cuando nuestros alientos abrasadores a cada segundo se volvían más y más pesados, como si a cada uno nos costara respirar.

Tragué saliva con dificultad y él hizo lo mismo al tiempo que sus amenazantes labios descendían y descendían hacia donde tanto los ansiaba tener, en mi boca y bueno, también en unas cuantas partes más de mi cuerpo que necesitaban sus caricias, su textura, su exigencia y, por sobretodo, su peligrosidad.

Mordí mi labio inferior dejando que un jadeo se me escapara cuando sus ojos me quemaban viva y mi entrepierna ya estaba lo bastante húmeda suplicando por él hasta que... mi jodido teléfono sonó un par de veces saltando, luego, la llamada a la contestadora. ¡Maldición! ¡Qué oportuna! Silvina, con su inigualable voz, inundó el lugar consiguiendo, además, que ante su cadencia y particular frase que expresó perdiera la poca concentración que me quedaba y por ende, también, la respiración

—Leonora, cariño, ¿estás ahí? —La oí reír—. Tengo noticias. Ya sabes... mueve tu cola zo...

No sé como lo hice, pero me levanté del piso en un microsegundo a detener ese mensaje de voz que Teo, por obvias razones, no debía oír, hasta que logré hacerlo tomando y tiñendo el teléfono de pintura.

—¡¿Qué?!! —Grité como una poseída cuando él ya venía hacia mí cargando su camiseta en una de sus manos—. Sí, sí, luego... ahora estoy algo ocupada. ¿Nerviosa? ¡Qué va! Pintaba, eso... ¡Qué no, Silvina, por favor! De acuerdo, te llamaré mas tarde. ¡Qué no estoy nerviosa! Y por tu propio bien, no vuelvas a decir algo semejante, ¿me oíste? Sí, sí, un beso. Adiós.

Suspiré como si me hubiese quedado sin aire para respirar cuando él me hacía notar su presencia con su bella mirada que fijaba en la mía. ¡Rayos! Algo quería decirme, podía advinarlo. De hecho, lo supe en el mismo instante en que expresó:

—Lo lamento. No sé que me ocurrió y...

—Ve a ducharte —pedí aún recalentada con su inesperado acercamiento—. Por mi parte haré lo mismo y no te preocupes, yo me encargo del estudio. Fue... un lapsus mental. A cualquiera le sucede.

«¡No, señor! ¡No a cualquiera le sucede!».

Bajó la vista hacia su camiseta manchada de pintura guardando un estricto silencio que me conmovió. Teo estaba avergonzado.

—Si quieres puedes llevarte la comida. No tengo hambre —un par de pasos me separaron aún más de él cuando me detenía ya por tercera vez, posicionando uno de sus fuertes brazos en uno de los míos.

—Magdalena...

—Ya lo olvidé. Buenas noches. Al salir cierra la puerta, por favor.

Sus ojos me lo decían al igual que su mirada y cada uno de sus rasgos faciales. Lo acontecido se le había ido de las manos. ¡Perfecto! Porque a mí me pasaba algo parecido, pero con la única diferencia que las mías ansiaban acariciar hasta el más recóndito lugar de toda su imponente anatomía.

Algo ininteligible balbuceó que no logré comprender cuando lo ví caminar bastante molesto hacia la puerta, desde donde me observó por última vez antes de salir abandonándome, definitivamente, a mi suerte.

Al día siguiente, seguí cada una de las rigurosas indicaciones que Silvina me dio tras despertarme tan amablemente a las seis con treinta minutos de la mañana. “Ocúpate de todo y no escatimes en gastos que yo me hago cargo”, demandó sin que objetara uno solo de sus requerimientos. ¿La muy zorra tenía dinero de sobra para malgastar? —. Sí, sí, ahora la podía llamar de esa manera sin sentirme del todo culpable—. Eso corroboré cuando me detuve frente al Spa de lujo al cual me envió y en el que me transformaron, un par de exhaustivas horas después, de pies a cabeza cerrándome la boca de un solo bofetazo. Estaba dicho, en ese sitio no tenía derecho ni siquiera a balbucear. ¿Por qué? Porque mi querida amiga, al parecer, era una de las más prestigiosas y asiduas clientas.

Una nueva Magdalena fue hacia su departamento a la cual Silvina aplaudió realmente conmovida y fascinada cuando me observó. Al parecer, toda mi bendita transformación la había dejado con la boca abierta y a mí... cansada, hastiada y hasta adolorida, pero sin ningún vello sobre mi piel que ahora parecía que estaba hecha de porcelana.

Después de cargar mi coche con todo lo que tenía dispuesto en uno de sus sofás, conduje de regreso a casa con ella a mi lado. Aún había mucho por hacer antes de llevar a cabo la misión “Zorra por accidente” de la cual Silvina se tenía que ocupar mientras yo... ya me estaba arrepintiéndome.

Aparqué fuera de mi edificio. Me encargué de sacar todo desde el coche para subirlo de una sola vez mientras ella esperaba pacientemente que regresara a buscarla dentro de unos minutos. ¡Dios! ¡Si parecía una verdadera mula de carga sudando la gota gorda subiendo escalón tras escalón! Pero pude con ello. Dignamente logré llegar a mi piso con todo a cuestas encontrándome de frente con quien, en ese instante, no deseaba ver.

—¿De compras?

Intenté sonreír, pero no conseguí hacerlo, todo y gracias a nuestro inusitado pseudo acercamiento de la noche anterior.

—No. Son cosas de Silvina.

—¿Se muda? ¿Aquí? —Teo enarcó una de sus cejas al no comprender cada una de mis palabras.

—Pretendo... guardarlas. Ya no caben en su departamento —volví a suspirar bastante agotada mientras se acercaba para quitarme de encima las enormes fundas con los vestidos y el par de maletas de un estupendo color rosa chillón que pesaban más que mi condenada abuela. Y, de pronto, sucedió. No pudo apartar sus ojos de los míos al tiempo que una media sonrisa esbozó en sus labios, los cuales relamió, provocándome.

—¿Qué te hiciste? Luces... diferente.

Abrí la boca para decir lo que no podía decir. ¿Qué irónico, no?

—Tu mirada resplandece y pareces otra mujer.

«¿Otra mujer? ¿Qué tenía vista de rayos X o qué?».

—Estás exagerando. No es nada, solo... me ocupé de mí misma —bajo ciertas reglas y obligaciones, por lo demás.

—Me gusta. De hecho... me gusta muchísimo.

Y ahí iba la tonta que habitaba en mí sonriéndole como una bobita.

—Pues, gracias.

—No tienes que dármelas. Al contrario... —comenzó a acercarse y a acercarse más de lo debido—... soy yo quien debe agradecerte por... formar parte de mi vida.

Estaba oyendo bien o había dicho, ¿formar parte de su vida?

—Anoche...

No comencemos, por favor, que luego terminamos mal, muy mal.

—No fue un lapsus mental el que tuve.

—Ah, ¿no?

Movió su cabeza de lado a lado mientras me acechaba y acechaba y yo retrocedía y retrocedía. Un segundo, ¿por qué mierda retrocedía?

—No, Magdalena. De alguna forma yo quería...

Él quería... ¡Oh sí! Él quería. ¿Qué rayos quería?

—¿Quedarte a cenar? —Inquirí estúpidamente cuando la pared me detenía y mi espalda se golpeaba con ella.

—He ir por el postre —agregó, volteando todo mi maravilloso mundo de cabeza. ¡Qué va! ¿Yo tenía un mundo maravilloso?

Tragué saliva repetidas veces y notoriamente afectada por todo lo que ocasionaba Teo en mí desde un cosquilleo —no precisamente en mi estómago sino en mi bendito clítoris que con desesperación parecía necesitarlo—, hasta una quemazón que me recorría la piel encendiéndome de pies a cabeza como si pretendiera incinerarme viva.

—Pero yo... no tenía...

—Sí, si tenías —prosiguió, quitándome hasta el habla que nada inteligente parecía exclamar en ese increíble minuto de mi vida en que lo tenía casi encima de mí, otra vez.

—¿Me estás jodiendo? —No sé porqué precisamente eso salió de mis labios—. Quiero decir...

—No, no estoy jodiéndote, pero me encantaría hacer ahora mismo lo que no conseguí llevar a

cabo anoche cuando me acobardé.

«¡Ay por Dios! ¡Ay por Dios! ¡Ay por Diiiiioos!».

—Te... ¿acobardaste? —No podía dejar de contemplarlo y él tampoco quería apartar sus ojos de los míos mientras percibía como una de sus manos se posicionaba en mi cadera donde, finalmente, se alojó. ¿Para detenerme en el caso hipotético que yo pretendiera huir si él llegaba a besarme? Perdón. Estaba loca como él había manifestado con anterioridad, ¡pero tarada no era!

—Sí, me acobardé, pero una vez es suficiente, Magdalena, dos y... espero que logres perdonarme por lo que ahora haré.

Quise respirar y situar mis pies sobre el piso, pero no conseguí hacerlo porque un solo parpadeo me bastó para tener su boca sobre la mía de una forma tan salvaje, exigente y pasional que creí que moriría en ese increíble segundo de mi vida. Punto uno: porque perdí el aliento. Punto 2: porque fui presa de una enorme conmoción cerebral-orgásmica que me dejó K.O. Y punto tres: ya no me interesaba tener signos vitales. Al fin y al cabo, si moría lo haría feliz porque me encontraba en sus brazos siendo devorada por sus labios que me recorrían como si lo único que quisieran fuera beber de mí.

¡Rayos, truenos y centellas! Estaba extasiada ¡Qué va! Para que disfrazarlo, ¡estaba caliente por él!

Con desespero, con incipiente necesidad, como si su existencia dependiera de esa ardiente cercanía me besó y besó y yo me dejé llevar fascinada por lo que aún no comprendía porque, la verdad, me parecía bastante extraño que Teo, de la noche a la mañana, estuviera haciendo lo que en tres años jamás hizo o se le pasó por la cabeza hacer. Pero no, ¡no señor! No había tiempo para cuestionamientos cuando mis brazos se aferraban a él y los suyos se aferraban a mí aprisionándome contra la pared como si temiera que en cualquier instante yo pudiese salir huyendo.

Jadeos, gemidos, deseo, placer... Sí, estaba fuera de mí, pero nada más que a gusto y él... bueno, por la forma en que su boca hacía lo que quería con la mía, podía corroborar fehacientemente que... también.

—¿Cenamos esta noche? Donde tú quieras... —balbuceó sin parar de besarme, cuando ya me preparaba a responder con un eufórico “Sí” que me detuvo aterrizándome de bruces contra el piso porque jamás salió de mis labios—. Magdalena...

—No puede. Ya tiene una cita —comentó, para mi grandísimo asombro, Silvina quien subía las escaleras, escalón por escalón, con mucho cuidado de no tambalear, caer y rodar hacia abajo los dos pisos que no sé cómo había conseguido subir con la pierna escayolada—. Ya veo por

qué te olvidaste de mí, preciosa.

Me separé de Teo como si hubiera visto al mismísimo demonio en persona. En realidad, de la forma en que mi querida amiga me admiraba sí era el mismísimo demonio en persona.

—¿Cita? —Quiso saber volviendo a posicionar su vista sobre la mía como si no le importara lo más mínimo la presencia de Silvina.

—Sí, una cita —afirmó ella en su defensa tras dejar atrás el último escalón—. Estoy hecha polvo, Magda. Dame tus llaves y, por favor, ya sabes lo que tienes que hacer.

Se las dí alejándome de él, que me dejó ir sin entender qué ocurría.

—¿Cita? —Volvió a articular negándose a entender lo que mi amiga había expresado unos minutos atrás—. ¿Realmente tienes una cita?

—Sí, la tengo —. ¿Qué era tan imposible de creer que una mujer como yo pudiera tener una cita?

Colocó sus manos en su cintura y suspiró. ¿Estaba molesto? Eso me dio a entender cuando me taladró la vista con sus ojos castaños.

—¿Y se puede saber con quién tendrás esa cita?

—No.

—¡Magdalena Villablanca, puedes traer tu condenado trasero hasta aquí! —Vociferó Silvina desde el interior de mi departamento.

—Ya la oíste —con todo auestas caminé un par de pasos los que, indudablemente, no quería dar. ¿Por qué? Porque quería quedarme a su lado. ¿Era tan difícil de entender?—. Debo irme, Teo. Lo siento. Nos vemos luego.

—Claro... nos vemos luego cuando acabe tu “cita” —respondió con un remarcado sarcasmo que me heló la piel—. Que te la pases fenomenal, “preciosa”.

Volteé la mirada para encontrarme con la suya, pero todo lo que vi fue un muro de concreto depositado a su alrededor que, en cuestión de segundos, lo pudrió todo.

Entré al departamento y lo primero que oí fue una tos que Silvina emitió con suma descortesía

mientras me admiraba desde donde se encontraba sentada, junto a su portátil.

—No preguntes que no voy a responder.

Alzó sus manos en evidente “son de paz” al tiempo que se levantaba para llegar hasta mí caminando ridículamente con la pierna escayolada.

—Quizás, ahora no lo harás, pero luego créeme que sí.

—¿Perdón?

Rió cuando sus manos se apoderaban de mis hombros.

—Concéntrate. Ya no eres Magda, sino Leonora. Aquí comienza todo. Así que prepárate que el primer paso es la invocación.

«¿Invoca qué?».

—No me mires así y confía. Ahora, Leonora “la cazadora” inspira y expira, por favor.

Lo hice, pero reprimiendo unas enormes ganas de echarme a reír en frente de su rostro.

—¿Cuántos porros te fumaste?

—Dos. Los necesitaba. Ahora, procura concentrarte que vamos a invocar a nuestro gurú.

Me soltó haciendo no sé qué cosa con sus brazos, alzándolos hacia el cielo de la sala como si realmente estuviera poseída, además de chiflada.

—¿Estás segura que solo fueron dos?

—Sí, dos. Concéntrate, ¿quieres? ¿Es tan difícil cerrar la boca y copiar mis movimientos?

—Pues, sí y estúpido. A propósito, ¿quién es nuestro gurú? ¿Dios?

—No —sonrió a la par que me otorgaba un guiño—. Katy Perry. ¿La conoces? ¡Música maestro! —Y sin darme tiempo a responder, porque prácticamente me dejó boquiabierta con su acotación, la habitación se inundó con la melodía de “Hot’n Cold” deduciendo que... ya no

saldría viva de ésta.

No podía negarlo. El vestido rojo que Silvina había elegido para esta ocasión me quedaba increíble junto a los zapatos rojos de animal print que completaban el atuendo y que me hacían lucir como una verdadera zorra de pies a cabeza. ¡Qué va! Me hacían sentir totalmente diferente admirándome frente al espejo sin creer que fuera yo la mujer que poseía esos atributos, como mis enormes senos que se asemejaban a dos verdaderos “airbags” preguntándome, ¿dónde rayos los había tenido todo este tiempo?

Suspiré cuando mi móvil vibraba. Ya era hora. Ese significativo sonido me lo estaba más que confirmando. Por lo tanto, salí de casa procurando recordar todo lo que Silvina, momentos antes, me había repetido hasta el cansancio, obviamente el mío.

“Nadie debe saber jamás tu nombre real y cuando me refiero a “nadie” es nadie. ¿De acuerdo?”

Te llamas Leonora, LE-O-NO-RA. Así que sonríe, gesticula, coquetea, sedúcelo, admíralo con descaro, sigue su juego, diviértete y hazte la zorra como bien te lo enseñé. No dudes. Ni por un segundo vaciles de tus capacidades. Eres Leonora “la cazadora” y punto. Irás por él y harás lo tuyo.. y si te lo quieres comer después... ya sabes, Libertad de acción, bombóm, que de esto no se muere nadie.”

Bajé las escaleras repitiendo en mi mente cada una de sus palabras absolutamente convencida de ellas, pero nerviosa en un estado gigantescos hasta que, al llegar al primer piso lo divisé. Un increíble Maserati de color negro se detuvo frente al edificio. ¿Glamour combinado con lujo? Y nada menos que en toda la extensión de aquellas dos palabras.

—¡Mierda! —El chofer ya había aparcado. No tenía tiempo siquiera de huir.

Crucé el portal respirando con dificultad, pero más lo hice cuando mis ojos, mi cuerpo y todo en su conjunto se paralizaron por culpa del hombre que, vestido totalmente de negro, bajó del coché y me acalló. ¿Por qué? Porque simplemente era espectacular. ¿Podía existir alguien tan guapo y sensual como quién, en ese minuto, se arreglaba la chaqueta de cuero que vestía? Sí, podía, y era nada menos que el chofer que ni siquiera se asemejaba al sujeto del cual Silvina me habló.

No sé por qué, pero estúpidamente una vocecilla en mi cabeza comenzó a cantar “Me sube la

bilirrubina, ¡ay, me sube la bilirrubina...!”. Sí, realmente me estaba subiendo a raudales la bilirrubina, la adrenalina y todo lo que terminara en “ina”. Y segundos después se me fue a las nubes cuando finalmente alzó su vista depositándola en quien tenía enfrente, o sea, en mí.

—¿Leonora? —Logró hacerme temblar con su acento y su particular tono grave de voz que... ¡Dios Santo!... jamás en toda mi vida pensé que oiría.

—Sí —evité por todos los medios posibles no desfallecer a sus pies—. Soy... Leonora.

—Buenas noches —saludó muy cortésmente, pero manteniendo toda su prestancia y elegancia que salía expedida por cada uno de los poros de su cuerpo—. Seré su chofer esta noche. Es un placer. Mi nombre es Emanuelle. ¿Viene conmigo?

¿Ir con él? Sonreí como una... para que voy a entrar en detalles si mi cara lo decía todo. ¿Tenía que pensármelo dos veces? Claro que no, porque definitivamente con ese hombre yo iría a donde fuera.

—Vaya, vaya... Esto se pone interesante —articulé muy bajito al tiempo que caminaba hacia él como toda una experta en el arte de la seducción, tal y como Silvina me había pedido que lo hiciera—. Debo admitirlo, esto cada vez se pone más y más interesante. Por lo tanto —sonreí con absoluto descaro antes de montarme en el coche y decir—: Katy Perry, ven a mí y procura hacer lo tuyo que esta noche tú y yo nos vamos a divertir. Que comience la función, Leonora “la cazadora”. ¡Música, maestro!

Cuatro

No podía creerlo por más que lo recordaba manteniendo fija la mirada en el cielo de mi habitación. ¡Me había echado al bolsillo con todo y traje y su maldita cara de arrogancia al petulante empresario ese!

Reí como una descontrolada al evocarlo una vez más porque precisamente la cita con ese sujeto había resultado todo un éxito, tanto para Leonora como también para mí.

¡Wow! Jamás creí que mis dotes actorales dieran para tanto. ¡Sí que tenía talento! Y lo puse a prueba comportándome como la más vil y despiadada mujer que irradiaba sensualidad y sexualidad hasta por el más recóndito poro de su cuerpo. ¿Cómo lo había hecho? Ni yo lo sabía a ciencia cierta, pero poco me importaba porque ya todo estaba resuelto. ¡Prueba superada! Y ahora... ¿Qué podía decir sobre él?

Martín De La Fuente resultó ser todo un acierto. ¿Por qué? Porque era un empresario de vasta experiencia en el rubro comercial y automovilístico. De alrededor de cuarenta y bien conservados años era un hombre bastante guapo y encantador, además de sexy. Poseía un cabello negro, una mandíbula perfecta, unos penetrantes ojos oscuros, un cuerpo realmente trabajado que se notaba en su espalda y en sus hombros anchos y una sonrisa falsa de comercial de dentífrico con la que creía que encandilaba a quien se le cruzara por delante. ¡Lástima! Pero a mí no me hizo ni siquiera “click”, no como Emanuelle, claro está, que al tenerlo al primer segundo frente a mi rostro me hizo bailar como una condenada con Juan Luis Guerra y los Cuatro Cuarenta nada menos que la bendita “Bilirrubina”. ¡¡Weeeeeepaaaaaa!!

De acuerdo, para gustos hay colores. A todo esto, el chofer al que Martín no le llegaba siquiera a la rodilla resultó ser también un guardaespaldas, por lo que comprobé fehacientemente al notar su presencia y sus ojos que en todo instante tuvo quietos sobre mí mientras bebía a unos cuantos pasos de donde yo me encontraba en la barra de aquel restaurante. Extraño, pero totalmente cierto.

Okay. Retomo el hilo conductor de este monólogo: Martín y no Emanuelle. Aunque la verdad tengo que asumirlo, el chofer estaba para comérselo con todo y patatas fritas.

Un par de nuevas carcajadas volví a expresar al tiempo que frotaba mi rostro con mis manos y me mordía el labio inferior recordando las cientos de insinuaciones junto a las sonrisas lascivas y lujuriosas que Martín me otorgó al acercarse a mí, tal y como si me estuviera seduciendo en esa cena con los inversionistas y la furibunda de su esposa que, para la mayor de mis sorpresas, formaba parte del selecto grupo de los comensales que nos acompañaba a cenar. ¡Santo Dios!

¡Su dichosa ex-mujer quería hacerme añicos con sus propias manos mientras me despelucaba viva y me trataba de lo peor! Eso fue lo que comprobé al observar todas y cada unas de las tan cariñosas, amables, peligrosas y asesinas miradas que me dio gran parte de la velada.

Pero para ser la primera vez que me encontraba del otro lado de la moneda todo había estado bien. Al menos, Martín se veía tranquilo, fascinado y hasta gratamente asombrado y complacido con cada una de mis reacciones frente a sus descarados coqueteos y uno que otro acercamiento hacia la comisura de mi boca que jamás besó. ¿Por qué? Bueno, no se la iba a dar regalada a la primera, ¿o sí? Ciertamente era una zorra, pero en teoría aún no me crecía la cola. Aunque si se sobrepasaba sí que iba a conocer algo más que mis afiladas garras.

Suspiré aun teniendo la mirada fija en el cielo de mi habitación intentando asimilar, además, cómo Silvina me había metido en esto hasta que, de un momento a otro, mi móvil sonó. Lo tomé enseguida, pero bastante nerviosa. ¿De qué? Ni siquiera yo lo sabía a ciencia cierta.

—¿Hola? —Respondí algo perturbada al no reconocer el número que efectuaba la llamada.

—Soy tu madre, no te espantes. ¿Te desperté?

—No. La verdad hace mucho abrí mis ojos. Hola mamá, ¿y tu teléfono?

—Pasó a mejor vida después de la discusión que mantuve anoche con Federico, cariño
—detalló, intrigándome más de la cuenta.

—¿Estás bien?

—Yo sí, pero mi aparato hecho añicos contra la pared. Dime una cosa, ¿tienes tiempo para desayunar con tu madre? Tú y yo tenemos una charla pendiente, ¿lo recuerdas?

Suspiré nuevamente porque ya sabía a qué se refería con ello.

—¿Es necesario?

—Magdalena Villablanca, no te estoy pidiendo una cita.

“Cita”. Al oír esa palabra no pude evitar estremecerme.

—Así que te doy cuarenta y cinco minutos para que estés en mi despacho. No puedo moverme de este sitio hasta el mediodía y me urge hablar contigo. ¿De acuerdo? O... ¿estás con alguien en la cama?

Cerré mis ojos.

—Estaré ahí, cuenta con ello.

—¿Y eso?

—¿Eso qué?

—¿Estás o no estás con alguien en la cama?

—¡Madre, por favor! —Vociferé un tanto escandalizada—. Qué esté o no con alguien en mi cama no es de tu incumbencia. Y, por favor, ya no lo preguntes más.

—¿Por qué? ¿Sequía? —Insistió, atragantándose con su fascinante interrogante.

—¡Ja! No soy Federico, así que el sarcasmo te lo puedes guardar donde mejor te quepa, ¿quieres?

—Tienes razón, hija. No es de mi incumbencia que estés en sequía. Por lo demás...

—¡Por lo demás qué!

—Te quiero... y aquí sentada en mi despacho dentro de cuarenta y cinco minutos. ¿Entendido?

—¡Sí, señora! —Me levanté de mi cama como si fuera un resorte al tiempo que la oía decir “yo también te adoro, hija mía. Yo también”.

Cuarenta y tres minutos después ya me encontraba de pie, jadeante, en el umbral de la sala de reuniones donde mi madre me esperaba preparando todo su arsenal con el que, seguramente, se enfrentaría a sus clientes del día de hoy.

—Buenos días y respira profundamente, Magda, que los ojos se te salen de tus órbitas —sonrió mientras me regalaba un beso a la distancia y observaba por un segundo su reloj de pulsera—. Cuarenta y tres minutos, todo un récord. Te felicito, corazón.

Quise decir algo, pero mi bendita respiración se había ido a las nubes.

—Toma asiento y bebe algo de café. Quién te conociera pensaría que volaste hasta aquí, cariño.

Así era Amanda Ross, alias “mi madre”, sarcasmo e ironía en sus estados más puros.

Caminé hacia la enorme mesa ovalada no sin antes regalarle un beso en su mejilla.

—¿Qué ocurrió con Federico?

—Nada que no se pueda solucionar.

—¿Con una demanda de divorcio? —Pregunté, captando toda su atención—. Me gusta que me miren a los ojos cuando hablo, mamá —acoté, sentándome en una de las sillas—. Eso lo aprendí de ti. ¿Qué tal?

Me admiró a través de sus gafas de lectura y pronunció:

—Y lo hiciste bastante rápido.

—¿Café, Doña?

Y ahora rió a la par que apartaba todas las carpetas y documentos que tenía regados sobre la mesa de reuniones.

Nuestra amena conversación prosiguió. Me encontraba bastante a gusto solo con ella charlando fluidamente sin tener la chillona voz de Piedad interrumpiéndolo todo. ¡Si existía tanta paz y tranquilidad cuando ella no estaba cerca! Bueno, en realidad cuando ni siquiera asomaba su operada nariz tipo Michael Jackson —Q.E.P.D—, por aquí todo parecía ir mejor y hasta el sol resplandecía de una asombrosa manera, debo reconocerlo.

—¿Estás bien? —Volvió a atacar al igual que la última vez que habíamos hablado en su despacho.

—Lo estoy y lo estaré. Despreocúpate.

—No puedo, soy tu madre. Por eso y otras cosas más hablé directamente con Benjamín.

Me aparté la taza de los labios al tiempo que la escuchaba.

—No voy a regresar a esa empresa, mamá. Olvídalo.

—Sobre tu finiquito, Magda —agregó—. Dentro de la semana recibirás tu dinero y algo más.

—¿Algo más? —Entrecerré la vista dejando la taza sobre el platillo—. ¿Qué fue lo que hizo esta vez, Doña?

—Nada. El puto cabrón me debía un favor que me cobré con creces. Asunto arreglado.

—Si tú lo dices —. Cuando mi madre expresaba “asunto arreglado” sabía que no debía seguir preguntando sobre ello. Mal que mal, sus buenas razones tendría después de los polvazos que con él se había pegado.

Amanda Ross siguió hablando con total fluidez sobre mi bendito futuro mientras mi curiosidad se hacía evidente. Asintiendo frente a cada cosa que no paraba de manifestar, como si estuviera poseída por algún tipo de trance interno, tomé una de sus carpetas, la que más cerca tenía de mí, la cual abrí llevándome la sorpresa de mi vida al reconocer en una fotografía al hombre con el cual unos días atrás había estado.

“Pobre desgraciado”, afirmé empatizando con su futuro dolor, porque si mi madre estaba preparando con su mejor artillería un advenimiento contra él... ¡Válgame Dios! No quería estar metida en sus zapatos. ¿Por qué? Bastante sencillo de explicar: “La Doña” lo haría polvo.

—Demanda de Divorcio —especificó, logrando con esas tres palabras que elevara mi mirada hacia la suya—. Treinta y cinco años, Director Corporativo de una de las mejores empresas de publicidad del país, sumamente atractivo, interesante, ojos felinos increíblemente azules, grave voz para tener sueños orgásmicos, cuerpo de Dios Griego y mi cliente, David Garret.

¿Había dicho su cliente? ¡Ja! El “Mister” de un momento a otro había recuperado toda su inteligencia. ¡Bendito sea!

—Así que tu cliente...

—Su mujercita con esta demanda pretende dejarlo en ropa interior —detalló, ejemplificándola—, aunque la verdad, para ser sincera, no se vería nada de mal en ella.

Reí porque ambas ya estábamos más que conectadas visualizándolo en nuestras pervertidas mentes luciendo un ajustado boxer de color azul o blanco... a estas alturas daba lo mismo el color cuando lo único que nos interesaba era su cuerpo. Sí, ¡su condenado cuerpo!

—Tiene suerte.

—Se lo hice saber, Magda. En poder de otro abogado y lo que pide su “ex” hubiera quedado, técnicamente, en cueros.

Nos carcajeámos al unísono cuando nuestras miradas nos lo decían todo.

—Eres increíble, Amanda Ross.

—Y toda una profesional.

Volví a dirigir mi mirada hacia la fotografía al tiempo que mi madre proseguía.

—Contrató un detective privado. Necesitamos pruebas de sus “supuestos” affaires.

—Por qué no me sorprende. ¿Por órdenes tuyas?

—Sugerencias, hija. Si la platinada pretende salirse con la suya déjame decir que está muy equivocada y el gigoló que tiene por abogado y al que se devora con todo y ropa, también.

Abrí mis ojos de par en par mientras cerraba rápidamente la carpeta.

—¡Teniendo un marido así! —No lo podía creer. La perra afgana estaba comiendo carne molida de tercera teniendo frente a sus ojos a un delicioso filete de primer corte.

—Bascuñán —me soltó mi madre leyéndome el pensamiento—. Sinceramente, esa mujer no tiene neuronas.

—Y estómago —añadí, evocando a Rodrigo Bascuñán, un mujeriego certificado de primera—. ¿Está enterado de eso?

—¿Mi cliente? No, pero ya lo hará. Solo es cuestión de tiempo que la bomba explote. Bueno, mi querida Magdalena... —volvió a observar su reloj de pulsera—, el tiempo es oro para mí.

—No hace falta que lo digas. Ya entendí —me levanté de la silla en la cual me encontraba sentada, fui hacia ella, la besé en la sien, la abracé con sumo cariño, obsevé sus ojos negros antes de sonreír y decirle —: te quiero, bruja. Nos vemos pronto.

Se aferró a mí con las mismas ansias y afecto que lo había hecho la vez anterior, pero antes de dejarme ir pidió expresamente que me cuidara de una particular forma, diciéndome:

—No quiero ser abuela tan pronto, cariño.

—No te preocupes, no lo serás. Sequía —le corroboré antes de marcharme, definitivamente, al abrir y cerrar luego la puerta.

Caminé hacia el ascensor todavía sin entender qué poseían ciertas mujeres dentro de sus cabezas, porque ya había más que comprobado que la Pitufina peliteñida no tenía cerebro o simplemente se le había hecho agua, hasta que todo se hizo más claro frente a mí. A la distancia, y como si se tratara de una bendita aparición, David Garret se mostró ante mis ojos luciendo un traje azul que le sentaba realmente de maravillas. ¡Condenado hombre del demonio! ¿Podía existir alguien más guapo que él? “Sí, Emanuelle”, añadí en completo silencio pretendiendo no ahogarme con mi propia saliva.

Se quitó sus gafas de sol y me hipnotizó nuevamente con el increíble color azul acero de sus ojos. ¡Rayos! Esa sí que era una mirada matadora. ¿Y qué podía decir de su sonrisa? Que era totalmente genuina, hermosa, fascinante, derretidora y...

—Señorita Mustang, buenos días. Es un placer encontrarla aquí otra vez.

Sí, sí... ¿Qué había dicho? Perdón, me encontraba obnubilada por su mirada y elegancia, también otra vez.

—¿Destino o casualidad?

Quise decirle “mi madre”, pero me arrepentí. Nada de mi conversación con ella venía al caso en este momento.

—Tal vez... un poco de lo primero mezclado con lo segundo, Mister.

Sonrió más prominentemente. ¡Ay señor! ¡Cómo la vida podía ser tan cruel conmigo poniéndome por delante y no por detrás un espécimen como éste!

—Una muy buena combinación, ¿no le parece?

Quise responderle de inmediato, pero me quedé absorta visualizando en mi mente lo que podía hacer un espécimen como él por detrás. ¡Ufff! ¡Madre mía, qué calooooorrrr!

Enarcó una de sus oscuras cejas mientras entrecerraba su vista admirándome perplejo.

—¿Le sucede algo?

—Sí, tengo un calor de aquellos que me sube y me ba... —pronuncié indebidamente. ¡Cállate la boca, Magda!—. Quiero decir... la calefacción. Eso. Sube y baja —. ¡Mierda!—. Siempre está tan alta en este sitio...

—¡David! —Pronunció mi madre, de pronto, sacándome del problemón—. Magdalena, hija, ¿aún por aquí?

—Sí, es que yo... bueno... la calefacción... de acuerdo, ya me iba.

Mi madre me contempló como si no entendiera nada. No la culpo, pues yo tampoco entendía cada una de mis estúpidas reacciones.

—Dame un segundo, David. ¿Estás bien, hija?

—Sí, pero lo reafirmo. La calefacción, mamá... revísala. Está altísima. ¡Ufff! Nos vemos... por delante. Con permiso —. Un solo segundo me demoré en subir al ascensor ante la atenta mirada de mi madre y de David, quienes se negaban a apartar sus ojos de los míos y más, creo, de mi cara totalmente enrojecida de absoluta vergüenza.

—¡Pero si la calefacción no está encendida, Magda!

—Discúlpame, ¿es tu hija, Amanda? —Intervino David, sorprendiéndola.

Rápidamente se volteó hacia él cruzando sus extremidades por sobre su pecho.

—Sí, pero discúlpame tú a mí. ¿Qué quieres saber con respecto a Magdalena?

David sonrió tras situar uno de sus dedos sobre uno de sus labios, el cual acarició, lentamente.

—Déjame decirte que es encantadora.

—Lo sé y, además, está soltera. ¿Nos vamos a trabajar?

—Solo si antes... me permites obtener su número telefónico.

Amanda rió con absoluto descaro.

—Soy tu abogada, no tu operadora telefónica, David. ¿Conoces eso que se llama “Guía de teléfonos” y que tiene muchísimas hojas?

—Claro que sí, pero si me das el apellido de su padre seguro se me hará más fácil encon...

—¡Ni siquiera lo pronuncies! —Le advirtió algo enfurecida, consiguiendo así espantarlo de la impresión.

—Perdona. ¿Dije algo malo?

Ella suspiró, recomponiéndose.

—No, pero por poco te corto la lengua. Da gracias a Dios que sigues siendo mi cliente. ¿Quiéres su número?

—Si no te molesta...

—Pues sí, me molesta porque todavía no estás divorciado.

—De acuerdo. Discúlpame por mi atrevimiento. Entonces...

—Deja que se me quite la molestia y luego te lo daré —lo interrumpió, relajando su compostura.

—Y eso sería...

—Si tienes suerte, David... dentro de un millón de años, ¿te parece? Ni más ni menos. Y ahora vamos, guapo, que tu ex mujercita no demora en llegar.

Fue un día relativamente tranquilo y estaba segura que esta noche iba a ser igual. Por lo tanto, me dispuse a preparar algo de cenar para ver por trigésima novena vez mi película favorita, “300”. Cuerpos increíbles, sensuales, de infarto combinados con sensualidad y testosterona para elegir por catálogo ¡Mmm...!, nada mejor que eso.

Ya con todo preparado y colocado sobre la mesa junto al sofá me disponía a darle “Play” a la película cuando mi teléfono empezó a sonar. ¡Rayos! Y mi bendita tranquilidad, ¿dónde había quedado?

Después de un largo suspiro que salió lentamente desde la profundidad de mi garganta, tomé el aparato en el cual rápidamente comprobé de quien se trataba.

—Sinceramente, no me puedes dejar vivir en paz, Silvina Montt. ¿Qué quie...? —Pero no pude proseguir al oír la nerviosa voz de Carla, su hermana, desde el otro lado, diciéndome:

—Lo siento, Magdalena, pero no soy Silvina. Te llamaba para comentarte que surgió una inesperada urgencia.

¿Urgencia? Ella había dicho, ¿urgencia?

—¿Qué tipo de urgencia? —Repliqué, poniéndome de pie mientras un temblor ya recorría gran parte de mi cuerpo—. ¿Qué sucede, Carla? ¿Se trata de Silvina?

—Me temo que sí. Ella... se ha quitado la bota y el yeso, Magda.

—¡Cómo se ha quitado el yeso, por Dios!

—¿Con... las manos? —Manifestó mas bien como si su respuesta fuera una interrogante—. Lo lamento, no pude hacer nada, ya sabes como es y como funciona su cabeza loca.

—Me vas a perdonar, Carla, pero tu hermana no está loca, ¡sino completamente desquiciada! ¡Cómo que se quitó el yeso! ¿Por qué?

—Averígualo por ti misma. Me encuentro en urgencias esperando noticias del doctor de turno. Ella me pidió que te avisara. Tuve que dejar a mi pequeño en casa de una vecina y ...

—No te preocupes, te entiendo perfectamente. Voy para allá enseguida para que puedas ir por tu hijo.

—Magdalena, lo siento muchísimo. Quizás, tenías planes y bueno... no quise arruinar tu noche.

—Mi noche... ya sé a quien se la voy a cobrar y como dice mi madre “con creces”. Dale, Carla, nos vemos en un par de minutos. Gracias por avisarme. Adiós.

“Loca del demonio” vociferé en un eufórico chillido mientras buscaba con rapidez las llaves de mi coche, mi bolso y admiraba la cena que esta noche no iba a degustar, al igual que los cuerpos increíbles, sensuales y de infarto. ¡Maldición!

—No me mires así. No fuiste tú quien perdió todo su espectacular glamour con esta pierna de palo. Estilo pirata, ¿yo? ¡Olvídalo!

Moví mi cabeza de lado a lado mientras la enfermera de turno detenía la silla de ruedas en la cual mi amiga venía sentada.

—Se lo dije al condenado doctor en esa fría sala, Magda, ¡ya estoy bien, no lo necesito!

—¿Y qué te respondió él?

—¿Además de que era una inconsciente? Que cerrara la boca y que aguantara estoicamente los dolores porque yo me los había buscado.

—¿Y eso ocurrió antes o después de la inyección que te acaba de poner la enfermera? —Me admiró con ganas de querer abofetearme—. Estás loca, Montt. Definitivamente, tienes que ver un psiquiatra.

—Definitivamente, llévame a casa, ¿quieres? Comienzo a odiar los hospitales. Solo porque me duele como un demonio la pierna tomaré esos malditos medicamentos, pero yeso nuevamente, no, ¿estamos? —La palabra “furiosa” se quedaba corta para expresar como ella se encontraba en ese sitio.

—De acuerdo, con tal que cierres la boca como lo dijo el doctor...

—Espera —me detuvo, poniendo su pie no lastimado sobre el piso—. Tengo tu paga.

—¿Mi qué?

—Tu paga, Magda, tu dinero, tu cheque... nada menos que lo que obtuviste por la cena con el empresario ese. ¿Te acuerdas de él? —Cómo olvidarlo—. Dame mi bolso, por favor —. Así lo hice, viendo como buscaba lo que encontró unos segundos después—. Aquí tienes —un sobre de color rosa me entregó al tiempo que me otorgaba un guiño.

—¡Vaya! ¿No usan otro otro color o también es parte de los protocolos de la Corporación utilizar éste?

—Ábrelo y olvídate del maldito color. Quiero ver tu cara de espectación y como tus lindos ojitos se salen de sus cuencas debido al asombro.

Enarqué una de mis cejas sin hacer el menor movimiento.

—¡Ahora! —Vociferó llamando la atención de unas cuantas personas que a esa hora y en ese lugar se encontraban—. Lo siento, mi amiga tiene serios problemas de sordera por eso debo elevar el sonido de mi voz. ¿Cierto, Magda?

Abrí el sobre ante su atenta mirada del cual, segundos después, saqué un cheque contemplando lo que en él decía.

—¡Santo Cielo! ¿Todos estos ceros son reales? —Ahora fui yo quien gritó totalmente asombrada frente a lo que veía y no podía creer.

—Absolutamente. Te lo dije —sonrió encantada regalándome otro de sus traviosos guiños—. Y ni siquiera tuviste que acostarte con él. ¿No es maravilloso?

¿Maravilloso? Siquiera... ¿existía una palabra que definiera en gran medida cómo me sentía en este preciso momento ?

—Pero podría ser más maravilloso de lo que ya lo es, ¿me sigues?

Aparté mi vista del cheque y la cifra con los seis ceros que venían insertos en ella.

—No, no te sigo.

—Pues, ya lo harás. Aquí voy... —aún intentaba recuperarme de la grandísima impresión que me había llevado con el dichoso dinero cuando Silvina, tras tomar un poco de aire, detonó la bomba haciendo “KBOOMM”—... tendrás una segunda cita, Magda, o debería decir, Leonora. Martín De La Fuente desea volver a verte y ya pagó por ti.

—¿Qué? ¿Pagó por mí? ¡Estás loca! ¡No soy maldito producto! ¡Olvídalo! ¡No voy a aceptar!
—Metí el cheque otra vez dentro del sobre rosa el cual tendí frente a su rostro de inmediato—. Una sola vez, ¿lo recuerdas? ¡Una sola vez!

—Lo sé, preciosa, ¿te puedes calmar?

—No, no me voy a calmar por razones obvias. Y de paso, toma este dinero, no lo necesito.

—Yo tampoco porque no es mío. ¿Lo vas a donar? Hazlo, pero a la fundación “tu casa”. Es tu dinero, lo quieras o no, así que acéptalo, regálalo, inviértelo, o qué se yo, pero no me lo devuelvas porque te lo repito “no es mío”. ¿Quién asisitio a esa cena? Tú. ¿Quién se echó al

bolsillo al tarado ese? Tú. ¿Quién hizo tan bien su trabajo que dejó descolocado y baboso al empresario más arrogante y petulante que en la vida he conocido? Nadie más que tú, amiga mía, así que ahora “airbags” arriba, confianza y seguridad en ti y vamos por él, ¡cázalo!

—¿Estás sorda? Dije que no.

—Puedes pensarlo. Tienes al menos tres días para darme una respuesta que valga la pena.

—Mi vida vale la pena y esto... —le mostré el sobre que aún tenía en mis manos—... no. Lo siento, pero ya te di una respuesta y no esperes otra

—Magda, solo será una cita. ¡Qué podría salir mal! El tipo no quiere a nadie más que a ti. ¡Qué fue lo que le hiciste!

Era lo que yo también anhelaba saber y nada más que ahora mismo.

—Solo unas horas, Leonora. Piénsalo. ¡Solo unas condenadas horas a su lado y tendrás en tus manos otro cheque igual a este!

—Mi nombre es Magdalena por si lo has olvidado y ya me oíste, ese dinero no me interesa para nada. Por lo tanto, digas lo que digas, hagas lo que hagas yo no voy a...

—Sí, si aceptarás porque Loretta quiere verte y conocerte —me interrumpió, decididamente—, y para eso no puedes decir que no.

—No me hagas reír, por favor. Eso lo oí... ¿como una amenaza?

—No. Es solo una advertencia que te hago porque te quiero y me preocupo por ti. Escúchame. Por lo que más quieras solo oýeme porque lo que diré es sumamente fácil de entender. A Loretta... la conoces por tu propia voluntad o ella te encuentra a ti por la suya. ¿Qué prefieres, Magda?

Guardé silencio un largo instante mientras me llevaba una mano a la frente cavilando ya en unas cuantas posibilidades.

—Negocios son negocios, preciosa. Lo siento mucho.

—¿Lo sientes? ¿Realmente lo sientes? Por favor, ¡cierra la boca, Silvina! —Exigí al instante, furiosa—. Pero antes explícame a cabalidad lo que quiero saber. ¿Quién rayos es esa tal Loretta?

Enseguida sus ojos azules me taladraron la mirada a la par que se aprestaba a responder:

—¿Sin rodeos?

—Y con todas sus malditas letras. ¿Quién rayos es esa tal Loretta? —Repliqué, elevando el volumen de mi voz.

—Nada más y nada menos que la zorra mayor.

Ya entrada la madrugada subí, uno a uno, los escalones de mi edificio como si mis pies pesaran una tonelada . “¿Y ahora?”, me pregunté sin obtener una sola maldita respuesta cuando vislumbraba finalmente la puerta de mi hogar. “¡Qué rayos haré ahora!”.

Caminé hacia ella sin la más mínima intención de entrar en mi propia burbuja. Por lo tanto, me volteé dejando que mi espalda lentamente resbalara hasta sentarme por completo en el piso, recordando a cabalidad la tan amena charla que con Silvina había mantenido en el pasillo del hospital.

“Es solo una advertencia que te hago porque te quiero y me preocupo por ti. Escúchame. Por lo que más quieras, solo óyeme porque lo que diré es sumamente fácil de entender. A Loretta... la conoces por tu propia voluntad o ella te encuentra a ti por la suya. ¿Qué prefieres, Magda?”

—Desaparecer, desaparecer y desaparecer —cerré los ojos tras golpearme la cabeza con la puerta.

—¿Dolió? —Preguntó Teo observándome desde el umbral de su departamento sin que notara su presencia.

—Un poco —volteé mi vista hacia él quien, sin perder su tiempo, vino hacia mí para sentarse a mi lado.

—¿Estás bien? Toqué muchas veces a tu puerta sin obtener ningún resultado hasta que advertí que tu Mustang no estaba aparcado en el estacionamiento. ¿Necesitas algo? Y... ¿por qué quieres desaparecer?

—Porque a veces es necesario.

—¿Cómo ahora?

Asentí.

—No quiero que desaparezcas, Magda. Es más, me niego a que lo hagas.

Al oírlo una media sonrisa de satisfacción delinearon mis labios.

—¿Por qué?

—Porque te extrañaría demasiado y aunque suene redundante y algo cliché señalarlo, extrañarte no es bueno para mí.

Quise responderle, quise decirle tantas cosas, pero en ese significativo instante en todo lo que pude pensar fue en la dichosa cena con Martín De La Fuente. ¡Qué burra!

—No quise llamarte porque creí que estabas ocupada o acompañada —prosiguió, perdiendo su vista en la mía al tiempo que una de sus manos también lo hacía, pero en el contorno de mi mandíbula, la cual acarició delicadamente hasta alojarla en mi mentón, agregando—: estaba preocupado por ti. ¿Puedo saber dónde estabas a estas altas horas de la madrugada?

—Con Silvina —suspiré—. La muy desquiciada se arrancó la bota y el yeso a tirones. ¿Lo puedes creer?

—Sí —sonrió de medio lado a la vez que se mordía uno de sus dedos asesinándome en vida, porque cuando Teo realizaba ese sencillo, pero a la vez tan atractivo y sugerente gesto... ¡Por Dios que me paralizaba el corazón!—. Pero no va a morir de ello, te lo aseguro. Por lo tanto, no va a necesitarte esta noche o mañana en la mañana. Incluso, la siguiente noche o la subsiguiente también... así que arriba. Ya es bastante tarde y por lo que noto, seguro no has comido nada. ¿Me equivoco?

Moví mi cabeza en señal de negativa advirtiéndome como se ponía de pie para luego ayudarme a hacerlo, jalándome hacia su cuerpo y abrazándome después.

—Sí, ya es... muy tarde —porque en referencia a lo de “comer” Teo, en mis húmedos y acalorados sueños, era mi menú de día, de tarde y también de noche.

—Lo es, pero... ¿no quieres cenar algo antes de ir a la cama?

Yo quería. ¡Ay sí, claro que quería!

—¿Qué hay en el menú? —Ataqué, poniendo a prueba mis conocimientos de “super zorra”, obviamente sin apartar mis ojos de los suyos y ya percibiendo la presión que ejercían sus manos en mi espalda y cintura.

—¿En el tuyo o en el mío? —Contraatacó, sorprendiéndome.

Ahora fui yo quien sonrió de medio lado, evidenciando como el espacio que había entre los dos a cada segundo comenzaba a minimizarse.

—¿Qué tienes en mente, Teo Sotomayor?

—Mmm... llevarte a comer a casa o... comerte en mi casa. ¿Qué prefieres tú?

Me carcajeé al instante percibiendo como su aliento abrazador junto a sus cálidos labios comenzaban a hacer estragos en la curvatura de mi cuello.

—Por de pronto... quiero que me beses como si el mundo fuera a acabar con nosotros dos esta misma noche, ¿te parece un buen comienzo para nuestro menú?

—El mejor de todos, preciosa. Sin duda alguna, el mejor de todos —y así con sus manos ascendiendo hasta mi cuello, del cual se apoderó, me besó y besó con urgencia, con violencia, con extrema desesperación y como si su vida dependiera de ello. Y bueno, yo respondí y respondí porque infinitamente lo deseaba y necesitaba sobre mí, debajo de mí, acariciándome, quitándome la ropa, llevándome al delirio mismo para luego estremecerme junto a él mientras me hacía suya de todas las formas y maneras posibles. Y para qué negarlo, con las imposibles también. ¡Viva la experimentación en el ring de cuatro perillas!

—Quédate conmigo —susurró, volviéndome loca con cada beso que me daba—, porque soy yo quien necesita de ti y no imaginas cuanto.

¿Iba a negarme a esa más que clara posibilidad que se hacía patente después de tres años de mi patética existencia, al soñar noche tras noche con él haciéndome el amor de una salvaje manera? No tuve que responderme porque mis labios hicieron lo suyo al devorar su boca, mordisco a mordisco, que Teo correspondió de la misma forma alzándose, además, sorprendentemente, con sus fornidos brazos mientras enrollaba mis piernas en sus caderas. Todo un ajuste perfecto. ¡Quién lo hubiera dicho!

—Quédate —volvió a manifestar volteándose hacia la pared en la cual me acorraló,

decididamente—, quédate junto a mí.

Jadeante, pero todavía consciente de cada uno de mis signos vitales, respondí:

—Sin preguntas, Teo, sin respuestas... Si puedes darme eso...

Un nuevo beso acallaron mis labios cuando su lengua se entrelazó a la mía con suma desesperación, poseyendo cada recoveco de mi boca que anheló, desde el primer segundo de mi vida junto a él, ser sometida de esa tan prodigiosa y excitante manera.

—Puedo darte lo que me pides —agregó, apartándome de la pared para llevarme en andas rápidamente hacia el umbral de su puerta—, sin preguntas, sin respuestas... créeme, puedo darte eso y mucho más.

—Entonces —gemí al tiempo que jalaba con desespero su camiseta para arrancársela—, me quedo esta noche contigo.

—¿Solo esta noche Magdalena?

—Shshshsh... —lo interrumpí fijando mi mirada en sus ojos castaños—... no hagas preguntas, no esperes respuestas. Solo vive, disfruta y lo más importante de todo, soy y seré Magdalena. A pesar de lo que pueda ocurrir siempre seré... tu Magdalena. No te olvides de ello, por favor —porque particularmente hablando... no podía asegurar lo mismo sobre mí.

Cinco

Cuando abrí mis ojos por la mañana todo me pareció tan difuso e irreal que por un momento pensé que aun estaba en los brazos de Morfeo, pero al evidenciar que esta no era mi cama y que tampoco me encontraba dentro de mi habitación, sonreí, recordándolo todo. A eso debía agregarle que me hallaba completamente desnuda, pero envuelta en unas sábanas de color azul siendo observada en ese preciso minuto por... ¿un gato?

Me froté los ojos a la par que el felino de pelaje amarillo a rayas no apartaba sus tan intensos y penetrantes ojos verdes de mí como si con ellos estuviera diciéndome algo.

Abrí y cerré mi boca en un solo segundo mientras me cubría de aquella vista que comenzaba a ponerme nerviosa, cerciorándome de que alguien se oía de lo que parecía ser el interior de la sala o, tal vez, la cocina.

—¿Desde cuándo tienes un gato? —Alcé la voz oyendo y reconociendo de inmediato la cadencia de Teo al responder:

—Desde hace un par de días. Veo que ya conociste a Midas. De paso, buenos días, preciosa.

Midas... ¿No era aquel rey que todo lo que tocaba lo convertía en oro?

—Buenos días para ti también —contesté, buscando con la mirada algún indicio de mis prendas que no logré hallar cuando la vista del gato aun seguía posada sobre la mía. ¿Qué el condenado no sabía parpadear?

—Se coló un día por mi ventana y ya no salió de aquí —prosiguió, detallándome el instante en que el animal irrumpió en su vida—. No llevaba collar o alguna medalla con identificación, así que asumí que era callejero.

—Pero sinceramente hablando, Teo, jamás pensé que te gustaran los gatos —. ¿Dónde mierda había dejado mi ropa por amor de Dios? Un segundo, ¿“Mierda y Dios” en una misma frase? Señor de allá arriba, eso no lo oyó, ¿verdad?

—Experimento —agregó—, nunca es tarde para hacerlo. ¿Desayuno en la cama para la señorita Magdalena Villablanca?

—No te preocupes, una vez que encuentre mi ropa pretendo levantar... —pero me interrumpió de

golpe al aparecer en el umbral de la puerta sorpresiva y apeteciblemente desnudo de la cadera hacia arriba cargando una bandeja en sus manos.

—¿Levantarte? Yo creo que no.

Además del coqueto guiño que me otorgó y el cosquilleo que nuevamente sentí gracias a él en la parte baja de mi abdomen, no pude evitar estremecerme.

Depositó la bandeja sobre una de las mesitas de noche en la cual había de todo para degustar, desde fruta, pan blanco y tostadas, jugo de naranja, queso, Nutella y varias cosas más que me abrieron increíblemente el apetito, pero sexual. Porque él... ¿estaba dentro de mi menú favorito? ¡Pues claro que sí!

—Buenos días —repitió en un murmullo, pero acercándose a mí para regalarme un beso que me supo a gloria en el instante en que sus labios se apoderaron de los míos y al cual me aferré como si mi vida y todo mi ser dependiera de ello.

—Buenos días, Teo Sotomayor. No sabía que los desayunos en tu casa fueran tan deliciosos.

—Pues, ahora ya sabes como son —expresó entre beso y beso que me daba cuando su cuerpo se montaba sobre el mío, pero más específicamente sobre la sábana que interrumpía el roce de nuestra tibia piel. A todo esto, el famoso Midas ni un solo centímetro se movió de su sitio.

—Podría acostumbrarme a ellos, pero no sé si a él —repliqué en un susurro cuando mi boca fue liberada y la suya comenzó a dejar ardorosos besos regados por la curvatura de mi cuello.

—De eso se trata, mi amor. Pero relájate, obvia a Midas y tómalo solo como un espectador.

¿Qué? ¡Por Dios Santo! Él había dicho... ¿Mi amor? La verdad, me importaba un reverendo rábano si el gato nos observaba haciendo el amor como animales, pero... ¿Mi amor?

Me paralicé. Juro que todo mi cuerpo entró en conmoción al asimilar esas dos palabras que por ahora no venían al caso ser pronunciadas.

—¿Qué sucede? —Alzó la mirada, pero sin apartarse de mí.

—Dijiste...

Sonrió de medio lado y ya saben lo que ocasionaba en mí esa sensual sonrisa suya, ¿verdad?

—Sé lo que dije y por qué lo dije —corroboró al tiempo que su ávida boca se lanzaba nuevamente al ataque de la mía para beber más y más de ella.

—Lo sabes. ¿Realmente lo sabes? —Lo detuvo mi estupidez o a estas alturas mi maravilloso síndrome de la idiotez que afloraba en instantes tan candentes como este.

—Sí, lo sé —reafirmó, encargándose de la dichosa sábana que lo estropeaba todo, pero que apartó hacia un costado dejándome totalmente expuesta frente a él. ¿Tenía escapatoria? ¡Y quién quería huír de su lado! ¿Yo? ¡Ni que estuviera loca!

Nos besamos y besamos con desesperación, con entusiasmo y frenesí mientras mis inquietas manos le apartaban por completo el pantalón deportivo que llevaba puesto y que terminó arrancándose unos segundos después. Y luego de ello, las palabras para nosotros dos parecieron sobrar, porque dimos rienda suelta a nuestros más bajos instintos y a nuestros más pasionales deseos, en los cuales dejamos ir algo más que furiosos jadeos de excitación junto a absolutos gemidos de placer que se confundieron con miradas lujuriosas que a cada minuto anhelaban y exigían más, cuando nuestros cuerpos se complementaban en uno solo sobre la enorme cama en la cual rodamos de un lado hacia otro demostrándonos —al igual que lo habíamos hecho en la madrugada—, todos nuestros dotes artísticos, desde la bendita contorsión hasta el sorprendente y potente equilibrio.

Ardor. Esa única palabra era la que nos definía al dejarnos arrastrar por un cúmulo de emociones y sensaciones indescriptibles y de las cuales terminamos siendo presos al interior de su, por ahora, enardecido cuarto. Porque nada más nos importaba mientras nos entregábamos al rotundo goce y disfrute de poseernos, de someternos, de unirnos el uno al otro en marcados y constantes movimientos con los cuales nos apetecíamos cada vez más mientras creía y añoraba, verdaderamente, que todo de mí ya le pertenecía por completo.

—Córrete conmigo, preciosa —me pedía Teo en cada incesante acometida que realizaba en mí, haciéndome sentir que vivía en el mismísimo paraíso, pero entre sus brazos—. Córrete conmigo, por favor —. ¿Correrme? A estas alturas de nuestra poderosa confrontación yo en cualquier instante iba a estallar a lo grande y más, ante lo que este hombre lograba provocar en mí gracias al ritmo tan delicioso y adictivo del cual no quería desprenderme. Porque eso tenía Teo; cuando hacía algo se esmeraba por hacerlo bien. Y cuando me refiero a “bien” la palabra “enorme” lo definía por completo, según mi propio y particular diccionario.

Y finalmente, tras certeras, profundas e incontables estocadas el volcán entró en erupción. La verdad, suena ridículo que lo catalogue así, pero según mis propias conclusiones no existía mejor forma de definir lo que entre nosotros ocurrió cuando ambos alcanzamos nuestros respectivos orgasmos. ¡Válgame Dios! Las ondas expansivas de ese movimiento telúrico de grado diez fueron asombrosas, sacudiéndonos y estremeciéndonos como si una poderosa corriente eléctrica nos hubiera invadido hasta la más mínima fibra de nuestro ser. ¿Y qué podía decir de su lava interna? Pues, que me colmó por completo al tiempo que yo balbuceaba su nombre junto a un par de... ¡Rayos, truenos y centellas! Que me hicieron ver algo más que el infinito universo. Y eso que... recién estábamos comenzando.

Entre incesantes jadeos nos admiramos sin nada que decir porque nuestras vistas lo decían todo. Estábamos exhaustos, pero juntos, tal y como lo había soñado en tantas y tantas oportunidades. Por lo tanto, para cerciorarme que todo esto no se trataba de una de mis más maquiavélicas y torturadoras pesadillas, acaricié su rostro delicadamente, dejándome envolver enseguida por el inconfundible sonido de su respiración que acompasaba de significativa manera a la mía.

—Dime que no voy a despertar —murmuré, sintiendo todavía su poderosa erección en mí que no desprendía del todo.

—Solo si yo dejo que lo hagas, preciosa.

¡Wow! Definitivamente iba a morir de amor, pero feliz, bien follada y extasiada. ¿Qué más podía pedir? Ahhh, ¿otra contienda igual a ésta cuando me recuperara? Eso estaba clarísimo como el agua.

Lo besé. Nuevamente uní mis labios a los suyos cuando Teo desfallecía sobre mi pecho cubriéndome en mi totalidad, poseyendo mi boca que adoraba devorar e incitándome a más, a muchísimo más, hasta que mi móvil, perdido en no sé qué lugar de su cuarto, empezó a emitir su sonido característico sacándome de mi maravillosa ensoñación. ¡Quién rayos podía ser justo ahora! ¿Qué no se daba cuenta él o la causante de esa llamada que yo, en este instante, estaba totalmente ocupada? Obviamente lo sabría, si fuera vidente.

El nombre de Silvina fue lo primero que vino a mí junto a su no grata advertencia del día anterior, quedándose atascada al interior de mi mente. ¡Genial! ¿Debía contestar? Una clara vocecita me decía “Sí” mientras otra mínima, pero igual de audible me decía “No, olvídate de ella”. ¿Podía hacerlo? Realmente, ¿podía olvidarme de la cita, el pago, Loretta y Dios sabe qué cosas más?

Me aparté de Teo a regañadientes levantándome de la cama para buscar de donde provenía aquel sonido hasta que di con él y, por supuesto, con mi bolso del cual saqué mi móvil sin advertir el número que estaba inserto en la pantalla.

—¿Hola? —Contesté con mi dulce cadencia. (Nota al pie: estoy usando toda mi ironía, se los aseguro).

—¿Señorita Magdalena Villablanca?

No sé por qué al oír ese singular y grave timbre de voz algo en mí hizo un extraño y perturbador “click” en todo mi cuerpo.

—Sí, digo... ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—David Garret —expresó al segundo haciéndome desfallecer y más, al evocar a la figura de mi madre. ¿David Garret? ¿Al teléfono? ¿Aquí y ahora? ¡Qué diablos había hecho la muy...!

Me atraganté sin poder articular palabra alguna, cuando los segundos trancurrían a mi alrededor y nada coherente parecía salir de mis labios.

—Lo siento, número equivocado. Adiós —y así como contesté colgué rápidamente, espantándome, como si hubiera visto a un fantasma, pero a uno increíblemente sexy y guapo, por lo demás.

—¿Todo bien, Magda? —Inquirió Teo, acomodándose sobre la cama a la vez que se peinaba, también, su cabello con una de sus manos.

—¡Aja! —Breve y tajante. Mis mejores dotes a la hora de ocultar la verdad.

—¿Segura? ¿Quién era?

¿Tenía que preguntarlo?

—No lo sé —mantuve mi digna compostura al tiempo que volvía a meter mi aparato dentro de mi bolso. Aclaro un punto en discusión: técnicamente a David Garret yo no lo conocía, solo había cruzado más que un par de palabras con él. Por lo tanto, a Teo no le estaba mintiendo—. Seguro es alguien que no sabe marcar un maldito número de teléfono —agregué, utilizando mis mejores dotes actorales—. A propósito, nunca me comentaste por qué le pusiste “Midas” al gato que ahora no veo por ningún lugar. ¿Dónde se habrá metido? —. ¡Qué brillante, Magdalena! ¡Te aplaudo de pie, mujer!

Teo entrecerró la mirada algo confundido por mi rotundo cambio de tema cuando mi aparato volvía a sonar, pero esta vez tras un mensaje de texto que a él había llegado. Lo obvié con mucha naturalidad, tenía que hacerlo cuando la verdad me comían las ansias de leer lo que allí decía. ¿Sería de él? ¿De David Garret? ¡Por qué mierda ese hombre me llamaba por teléfono! ¿Qué no tenía otra cosa mejor que hacer? Muchas preguntas y yo aquí sin otorgarme una sola respuesta. Pero de una cosa sí estaba totalmente segura: a Amanda Ross la iba a matar, después claro, de despellejarla viva.

Tuve que esperar más de medio día para leer el dichoso mensaje, pero esta vez sola, en casa y luego de hablar con “La Doña” que se había lavado prácticamente las manos saliendo, como siempre, airosa de cada conversación.

“Dijiste sequía, Magda” repetía y repetía burlándose de mí sin saber que el revolcón junto a Teo de la madrugada, de esta mañana y bueno, el de antes de almorzar e irse a su trabajo, ya habían terminado significativamente con ella.

Sentada sobre mi cama y con el móvil en mis manos abrí la bandeja de entrada para leer, no sin antes darle las respectivas gracias a mi querida Karma por este bendito regalo, el mensaje que David Garret me había enviado. Seguro me las estaba cobrando por haberlo llamado, entre otras cosas, “Pobre e infeliz desgraciado”.

“Me agrada su sentido del humor, señorita Mustang, y déjeme decirle que junto con él se avivan mis ansias de querer verla otra vez, pero ciertamente no en el despacho de su madre.

Si le interesa y tiene algo de tiempo para mí solo devuelva el llamado a este número. Estaré gratamente encantado de hablar con usted, pero esta vez me aseguraré que no sea tan solo de autos.

Quizás, podríamos comenzar con... ¿un café?

Mis saludos cordiales y que tenga un buen día.

David Garret.

Tuve que releerlo como mínimo siete veces para entrar en razón, una que me parecía haber perdido el día que toda esta pesadilla llamada “Zorra por accidente” comenzó. ¿Y ahora? Me pregunté todavía con el aparato en mis manos. ¿Qué rayos iba a hacer ahora? Y no tan solo lo decía por él, sino también por la famosa Loretta a quien debía ver o ella me encontraría a mí en cualquier momento.

Confundida. Estaba total y absolutamente confundida imaginándome la más cruda tragedia en el peor de los casos. Sí, lo sé, era un poco exagerada al cavilar ciertas cosas cuando, quizás, conocer a esa mujer y decirle con total sinceridad todo lo que pensaba acerca de su dichosa Corporación podía ser la única vía para salir definitivamente de todo esto. Ahora mi pregunta era... ¿Tenía los cojones para hacerlo?

Cerré los ojos y maldije en silencio. No, la verdad, no los tenía, pero ya sabía donde los podría encontrar. Mal que mal, hacía mucho tiempo que no pisaba ese sitio y ya venía siendo hora de que lo hiciera.

Y así, después de inhalar aire profundamente, me armé de valor, me levanté de la cama y realicé lo que nunca pensé que haría mientras esperaba, impaciente, que el sonido de aquella particular voz que ya había oído se hiciera patente una vez más a través de mi teléfono.

—Hola. ¿Hablo con David Garret? Sí, disculpe, pero mi sentido del humor es realmente fenomenal cuando quiere serlo. Solo llamaba para decirle que hoy tengo algo de tiempo para un café, pero... ¿que tal si lo bebemos en la pista de largo alcance que se sitúa en las afueras de la ciudad? Le aseguro, Mister, que en ella no hablaremos solo de coches. Por lo tanto, procure dejar en casa el suyo. ¿Conoce los taxis? Sí, son esos de color amarillo. ¿A las cinco de la tarde está bien para usted? Perfecto, porque para mí sería espectacular. De acuerdo. Lo veo allá. Mis saludos cordiales y tenga por sobre todo un buen resto del día.

Desarrollé mi pasión por los autos con el paso de los años al asistir, desde pequeña y de la mano de mi padre, a cuanta carrera de coches se nos cruzara por delante. Además del amor que compartíamos por el arte, este hobby fue creciendo y apoderándose de nosotros dos al igual que si fuera un virus mortal en potencia, al vivir en carne propia y como dos auténticos "Fans" lo que se sentía pertenecer a una connotada familia en la cual había un corredor de peso más conocido como Tony "La Cobra" que por Antonio Villablanca, el hermano mayor de mi padre que me enseñó todo lo que ahora sé sobre los maravillosos y asombrosos autos.

Sí, debo reconocerlo. No es común que una mujer se interese por estos temas cuando debe dedicarse, mas bien, a jugar a las muñecas y a cambiarle vestiditos a estas mismas, pero bueno, ¿quién dijo que yo era una mujer normal?

Lo mío era la velocidad, la adrenalina pura y, por sobre todo, los vehículos que observaba embobada como si fueran mis muñecos, pero de colección. Y a eso debía añadirle que era sumamente feliz viendo a "La Cobra" volar por las pistas ganando competición tras competición imaginándome a la par que yo, algún día, sería tan valiente, buena y audaz como él para seguir sus pasos, obviamente colmando de satisfacciones a toda nuestra familia. Pero dicen que nada es tan bueno para ser cierto o en nuestro caso... eterno.

Mientras conducía mi Mustang hacia el autódromo pensaba en ello y en todo lo que mis padres tuvieron que pasar cuando solo me aprestaba a cumplir dieciocho años. No. No había forma de olvidar ese innegable recuerdo porque aún lo recordaba como si hubiera sucedido ayer...

Iba con Tony de copiloto en uno de sus coches sin saber que sería mío por mi cumpleaños. ¡Rayos! Si él estaba entusiasmado yo lo estaba todavía más y verdaderamente impaciente admirando como el velocímetro ascendía y ascendía hasta llegar a las nubes. "¿Lo quieres probar?", me dijo, sorprendiéndome, tras detenerse a un costado de la pista de alta velocidad en la cual siempre hacía las respectivas pruebas. No tuve que pensármelo dos veces cuando mi sonrisa de oreja a oreja se lo confirmó.

En un parpadeo cambiamos de posición, quedándome al volante de ese monumental espécimen de cuatro ruedas. “¿Estás preparada, peque?”, inquirió, oyendo tan solo el rugir del acelerador que dio comienzo a nuestro inesperado viaje sin retorno.

Me sentía plena, encantada y completamente dichosa conduciendo, como lo hacía él, en cada una de las carreras en las cuales salía victorioso. Sí, era toda un as al volante, pero con tan solo dieciocho años que iba a sorprender a su distinguida familia comunicándoles una decisión que, en forma particular, había tomado hacía ya bastantes años, hasta que la tragedia... sucedió.

Todo lo que recuerdo de esa tarde, antes de colisionar contra un muro de contención, fue la voz de mi tío advirtiéndome de las precauciones que debía tener en cuenta al llegar a cada curva, como deshacerse antes de tomarla y luego acelerar para recuperar la potencia perdida. Así lo hice, conduciendo como un rayo por el circuito, pero sin advertir que mis ansias me harían cometer el más estúpido de los errores al perder el control del vehículo en una curva rápida, consiguiendo así que todas mis expectativas, sueños e ideales, junto a mi prometedor futuro en las pistas, se disolvieran como por arte de magia.

Una fugaz lágrima rodó por mis mejillas, la cual rápidamente limpié, evocándolo a él por sobre todas las cosas cuando, a la distancia, divisé el sitio que había hecho de mí la mujer que ahora era.

Hice ingreso al autódromo vislumbrando detenidamente a quien me esperaba junto a un Corvette de color negro refaccionado que conocía y recordaba perfectamente. Y un par de minutos después, aparqué en la zona de estacionamientos percibiendo como cada evocación venía a mi mente, cada vez con más fuerza, sin que pudiera detenerla. Creo que lo mismo le sucedió a Gaspar al verme de nuevo en esa pista en la cual, en teoría, había asesinado los futuros planes y sueños de su padre.

Nos admiramos sin nada que decirnos por unos extensos segundos hasta que una media sonrisa esbozó mientras caminaba hacia mí para, finalmente, otorgarme un abrazo al cual me aferré en completo silencio, pero oyendo el volumen de su voz que en cierta medida se asemejaba a la de Antonio “La Cobra” Villablanca.

—Estás loca. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí aferrándome aun más a su cuerpo, percibiendo la presión de sus extremidades y su cariño sincero.

—No es necesario, Magda.

—Lo es —le seguré.

Guardó silencio obligándome a separarme de él para admirarme a los ojos.

—Si vine fue para recordarte que no fue tu culpa lo que sucedió. El destino lo quiso así. Él tomó esa decisión y...

—Tu madre aun me odia y jamás me va a perdonar. Terminemos con esto de una buena vez, ¿quieres? Solo dame las llaves.

—Te las daré cuando me expliques que está sucediendo contigo y con esta estúpida situación.

Suspiré, rodando la vista hacia un costado.

—Nada, solo quiero hacerlo y ya.

—Magda...

—¡Solo quiero hacer esto y ya! —Repliqué con fuerza cuando nuestras oscuras miradas nuevamente se conectaban en una sola.

—No te creo y si mi padre estuviera hoy aquí, tampoco te creería. Sabes lo que te diría, ¿verdad?

Sonreí sin lograr disimular ese gesto.

—Entonces...

—Tengo problemas, Gaspar, y para solucionarlos necesito recuperar mis cojones.

Alzó su vista hacia el cielo, creo que, maldiciendo en silencio.

—Sabes de sobra que tu madre me matará o demandará cuando lo sepa.

—Amanda nunca lo sabrá. Por mí no va a enterarse y por ti... creo que tampoco.

Y otro profundo suspiro emitió, pero esta vez con la vista fija en el suelo. Gaspar no se decidía y jamás lo iba a hacer si seguía dudando de esa manera.

—No voy a matarme esta vez, puedes estar tranquilo. Esta madrugada tuve sexo y esta

mañana también y quiero seguir teniéndolo, te lo aseguro.

Rió. Automáticamente un par de carcajadas dejó escapar, tranquilizándome.

—¿Con el mismo afortunado?

—Dame las llaves y te respondo.

—Magda sabes que yo...

Me acerqué a él plantándole, inesperadamente, un beso en su mejilla izquierda.

—Quiero mis cojones de vuelta, Gaspar. Los necesito.

—Y yo te quiero a ti de vuelta porque también te necesito.

Acaricé su atractivo semblante que se hallaba semioculto entre una frondosa barba que cubría su trigueña piel que en gran cantidad estaba adornada por hermosos tatuajes, desde sus manos, hasta una parte de su cuello, espalda y brazos.

—Me tendrás de vuelta.

—Ponte todo el equipo que hay dentro del Corvette, en especial el micrófono y los auriculares.

Enarqué una de mis cejas al oírlo.

—¿Pretendes guiarme como lo haces reiterativamente en las competiciones y pruebas?

De inmediato su vista oscura fulminó la mía.

—A eso me dedico después de todo, “peque”.

Me tembló la barbilla al oír ese significativo apodo con el cual su padre solía llamarme.

—¿Quieres sí o no las llaves del Corvette? —Prosiguió sin una pizca de condescendencia—. Pues, ponte los malditos auriculares y el micrófono. Sin ellos no hay trato.

Estaba pidiendo demasiado, pero no podía decir que no. Mal que mal, una vez montada en el

coche me aseguraría de quitármelos. ¿Por qué? Porque esta batalla era solo mía.

Levanté mis manos en clara alusión a que me diera las llaves cuando él, a regañadientes, lo hacía entregándome a la par todo tipo de instrucciones rayando en su inestable locura.

Subí al vehículo muerta de miedo y temblando como si fuera una hoja de papel, oyendo la voz de Gaspar que no cesaba de expresar todo tipo de oraciones que para mí me sabían más a chino mandarín que a un fluído español.

—¿Estamos de acuerdo?

—De principio a fin —afirmé sin haber comprendido una sola palabra.

—¿Algo que quieras añadir?

—Sí. Un sujeto llegará en cualquier minuto al circuito. Asegúrate de no espantarlo por tu bien. El tipo es guapo. Su nombre es David Garret, pero más conocido por mí como “Mister”. Viene a tomar café así que... entreténlo mientras se te ocurre de donde puedes obtenerlo.

Cerró la puerta del Corvette al tiempo que apoyaba sus extremidades en la ventanilla, diciendo:

—¿Fue el que te folló esta madrugada y en la mañana también?

Reí a carcajadas.

—¿Sinceramente? Ya me lo quisiera yo, pero no, no es el afortunado poseedor de este insaciable cuerpecito. ¿Nos vemos en algo más de media hora? —Hice contacto cuando mi anatomía se estremecía al oír el furioso rugir del Corvette deportivo de color negro que volvía en gloria y majestad a volar, literalmente, como una “Cobra”. Y después de ello lo dejé atrás, acelerando y perdiéndome, finalmente, a la distancia.

Gaspar Villablanca —el mayor de los hijos de Tony y el vivo retrato de su padre—, era el único que siguió sus pasos, pero desde fuera de las pistas. A sus treinta seis años de edad su trabajo consistía en preparar e instruir a corredores novatos en el arte de la conducción, así como también los vehículos que participarían en las futuras competiciones. Y ahora estaba aquí, apoyándome al igual que lo había hecho aquella vez cuando toda su familia me dio la espalda. No los culpo, de hecho, jamás les guardé rencor porque, tal vez en su lugar, hubiera hecho exactamente lo mismo.

Ambos nos criamos como hermanos hasta que mi madre tomó la decisión de separarse de papá cuando yo tenía tan solo cuatro años y le contó al mundo que estaba embarazadísima de Federico Crovetto, un empresario textil amigo suyo y el futuro padre de Piedad, mi inesperada y futura hermanita.

Sonreí al evocar gran cantidad de gratos recuerdos que tenían directa relación con Gaspar y también con Tony, cuando oí otra vez su voz, pero a través de los auriculares, diciéndome:

—1, 2, 3, probando... ¿Me escuchas, desquiciada?

—Fuerte y claro, abominable hombre de las nieves. De paso, esa barba tuya tan frondosa siempre me gustó.

—¿Estás coqueteando conmigo?

—Abiertamente —posicioné a la par mi vista sobre el velocímetro que ya marcaba los cien kilómetros por hora.

—De acuerdo. Te ganaste una cena en casa. Ahora dime y quiero la verdad, ¿cómo te sientes?

—Bien, pero no dejo de temblar. ¿Eso es normal?

El prominente suspiro que exhaló me dio a entender la evidente preocupación que, por cada poro de su cuerpo, se hacía patente.

—Solo relájate o vuelve enseguida hasta aquí. ¿Qué prefieres?

Esta vez estaba segurísima que la palabra “desaparecer” no formaba parte de la respuesta que iba a darle.

—Volar —aceleré todavía más por la recta en dirección hacia la primera curva.

—Okay, pero asegúrate de oírme muy bien antes de volver a responderme. El volante es tuyo y el coche es una expansión de tu mente y de tu cuerpo. Por lo tanto, ¿estás convencida que puedes lidiar con esto?

—Claro que sí, Gaspar.

—Lo sabía. ¿Cuál es tu velocidad?

—Ciento veinticinco y ascendiendo —. Concentrada y dispuesta a tomarla como Tony me había enseñado hace mucho tiempo atrás sorteé la primera curva sin ningún incidente, pero sudando como una maldita condenada. Punto a mi favor, pero no para mi cuerpo—. Vamos, Magda —insistí, oyendo a la perfección cada palabra de Gaspar cuando la segunda curva se abría ante mis ojos.

“Más velocidad”, pronuncié en completo silencio sin descender de los ciento cincuenta kilómetros por hora, los cuales rebasé apenas la hice polvo.

Me sequé la frente perlada por el sudor y también mis manos, una a una, cuando ya todo de mí sabía a ciencia cierta que lo peor estaba por venir.

—¡Eso es! ¡Vamos! ¡Tú puedes, Magda! Marca...

—Ciento setenta.

Mi respiración se intranquilizó al igual que lo hizo todo mi ser, porque por un segundo creí perder la total concentración al igual que lo había hecho en el accidente.

—No volverá a suceder... —pronuncié bajito, sin darme cuenta que Gaspar me oía con algo más que atención y entusiasmo.

—Yo también sé de sobra que no volverá a suceder.

Ciento ochenta, ciento noventa, doscientos kilómetros por hora y ya quedaba menos ruta para enfrentar de una buena vez lo innegable, hasta que una grave voz se añadió a nuestra conversación, inquietándome.

—Disculpe, pero... ¿es su corredor?

—Sí, es mi corredor y lo estoy instruyendo. ¿Quién desea saberlo?

—David Garret, mucho gusto.

—Gaspar Villablanca, mecánico, controlador y “coach”.

—Déjeme felicitarlo, su corredor es realmente excelente.

—Gracias. ¿Oíste eso, peque?

—Muy claro. Ahora, acércale un auricular al guapo sujeto, por favor, quiero sorprenderlo.

Gaspar así lo hizo ante la extrañeza de quien tenía a su lado, pero que de igual forma tomó el aparato oyendo lo que, sin duda, lo sobresaltó y terminó descolocándolo.

—¿Lo tiene?

—Es todo tuyo.

—Gracias, barbudo. ¡Qué tal, Mister! ¿Se acuerda de mí?

—¡Magdalena! —Un solo segundo le bastó a David alzar la voz sin creer lo que escuchaba mientras percibía como se le erizaba la piel por completo al reconocerme.

—Veo que mi madre lo puso al tanto de todo, pero no de esto. Gracias por venir.

La cara de asombro que poseía ese hombre en ese minuto de su vida era para fotografiarla y enmarcarla, porque creo que jamás pensó o siquiera se le pasó por la mente que “la señorita Mustang sabelotodo sobre coches” también pudiera conducir y nada menos que así.

—De acuerdo, tórtolos, vamos a la acción. Tercera curva, Magda. ¿Velocidad? —Continuó Gaspar quitándole el auricular de las manos.

—Doscientos diez y pretendo llegar a doscientos treinta.

—No. La tomarás a doscientos kilómetros y luego ascenderás a...

—¿No me escuchaste? Doscientos treinta, es eso o nada.

—¡Magda! ¡He dicho que descenderás a doscientos kilómetros y la tomarás...!

—Concéntrate en lo que te pedí y piensa de donde vas a sacar el bendito café, Gaspar Villablanca. Cambio y fuera.

—¡Magda! ¡Magda!

—No... hay... co... ne... xión —sonreí apartándome finalmente el dichoso aparato y añadiendo—: lo siento. Serán doscientos treinta kilómetros al igual que lo fueron la última vez.

—¡Condenada mujer del demonio! —Vociferó Gaspar al perder la comunicación conmigo, arrancándose el aparato con violencia de sus oídos.

—¡Qué pretende hacer! —Agregó David realmente intranquilo y aún más descolocado que la vez anterior.

—¡Por de pronto, recuperar sus malditos cojones! —. Ese hombre estaba intratable y ya echando algo más que chispas por sus ojos.

—¿Sus malditos qué? Pero... ¿No puedes hacer algo más? ¿No puedes detenerla?

Sonrió con suma ironía cuando ya una de sus manos acariciaba su frondosa barba oscura, acotando con total certeza y sinceridad:

—Créeme. A esa chica ni el mismísimo Demonio la podría detener. De paso, ¿sabes orar? —Y después de haber pronunciado esas tan ciertas y claras palabras nada más que un breve silencio se instauró entre ambos quienes, bastante perplejos y preocupados, se negaron a apartar sus vistas de lo que conmigo iba a acontecer.

Seis

La aguja del velocímetro del Corvette que conducía ya marcaba los doscientos veinte kilómetros por hora cuando la tercera curva comenzó a abrirse frente a mí, larga, relativamente cerrada y ante todo rápida y poderosa, consiguiendo que mi mente me traicionara e instantáneamente hiciera estragos en mí, estremeciéndome, ante el pavor que sentí al revivirlo todo.

Sujeté el volante con fuerza como si quisiera arrancarlo de cuajo y con la misma fiereza pisé el pedal del acelerador que ya se encontraba a tope al igual que lo hizo mi respiración que, inevitablemente, se disparó hacia las nubes.

—Vamos, Magda... ¡Vamos, maldita sea!

Podía oír la potencia del motor, podía sentir la perfecta sincronización de mi cuerpo con la estabilidad del vehículo, podía imaginar la resistencia del chasis a las fuerzas y presión a la que estaba siendo sometido y, por sobre todo, podía percibirme a mí disputando esta ardua batalla, tranquila, apacible y totalmente enfocada en sortear este obstáculo de la vida sabiendo que, en definitiva, yo seguía siendo la misma audaz, soñadora, loca y suicida mujer de siempre, pero totalmente adorable que en tan solo diez segundos de su existencia estaba dejando una importante parte de su pasado atrás.

Quise cerrar los ojos al traspasarla, quise sumergirme en la quietud que ahora me brindaba la pista recta al hacerla polvo, quise descontrolarme al llegar, por primera vez en mi vida, a esa fascinante e increíble velocidad, pero estaba consciente que si lo hacía terminaría estrellándome en cosa de segundos contra el muro de hormigón haciéndome papilla sin oír jamás las desafortunadas palabras o, a estas alturas, palabrotas que Gaspar, convertido en una bestia, tenía que vociferarme a la cara y a todo pulmón. Seguro ese hombre poseía unas ansias vivas de estrangularme. Por lo tanto, me pregunté, ¿no sería buena idea irme de allí tan solo dedicándoles a ambos un afectuoso adiós a la distancia?

Reí como una idiota, pero feliz, dichosa y segura de mí misma y de mis cojones que, nuevamente, tenía conmigo para enfrentar lo inevitable cuando la figura de David Garret se hizo patente a la distancia. Sí, el Mister se debía estar llevando la sorpresa de su vida.

—Pobre, pero guapísimo desgraciado —fueron mis mas sinceras y cariñosas palabras que le dediqué al tiempo que deshaceleraba para aparcar en la zona de los Pits donde ambos me esperaban con unas incomparables caras de absoluto entusiasmo. ¡Qué par de ternuritas!

—¿Estás loca? ¡Quién demonios crees que eres! ¿Magda la “suicida en potencia”? —Ni

siquiera detenía el coche y ya podía escuchar con claridad los acalorados y tan amenos gritos que Garpar me dedicaba—. ¿Doscientos treinta kilómetros? ¡Doscientos treinta kilómetros por hora, carajo!

—Para ser precisa... fueron doscientos cuarenta y cinco —le corregí sacando la cabeza por la ventanilla—. A eso yo lo llamo volar.

—A eso yo lo llamo... ¡Condenada mujer del demonio sin cerebro! ¿Qué pretendías? Dime, por favor, y sé realmente convincente... ¡Qué mierda pretendías hacer con tu vida!

Y el invitado de lujo no podía expresar palabra alguna cuando sus ojos azules, totalmente fijos en los míos, ni siquiera lograban parpadear. No sé por qué su gesto me hizo recordar por un segundo a Midas.

Me detuve, apagué el motor y bajé del coche aun sintiendo como me temblaban las piernas, las manos, pero no la voz.

—¿No me vas a contestar? —Gaspar alzó una vez más su adorable cadencia a la vez que me taladraba con la mirada y yo... suspiré y suspiré bajando la vista hacia el piso. En realidad, con David aquí, frente a mí, no me apetecía hablar específicamente sobre ello.

—Sabes muy bien por qué lo hice y por qué lo volvería a hacer.

—¡No eres una corredora, maldita sea! ¡Pudiste haberte estrellado! ¡Doscientos cuarenta y cinco kilómetros, Magda! ¡Por un demonio, doscientos cuarenta y cinco kilómetros y qué le digo a tu madre!

Le habría preguntado si a estas alturas de su existencia ya tenía apagones cerebrales o, definitivamente, no se le hacía extraño repetir y repetir una misma frase tantas veces, pero decidí ser más precavida, cortés y cambiar la táctica. ¿Por qué? Porque no quería que la bestia furiosa de las cavernas que tenía frente a mí terminara estallando como una bomba de tiempo. ¡No señor!

—¡Hey, Australopithecus Histéricus! ¿Podrías calmarte?

Su reacción desencajada no se hizo esperar.

—¿Cómo fue que me llamaste?

Al menos había dejado de chillar como un auténtico neurótico descontrolado.

—Australopithecus Históricus. Sabes, Gaspar... sinceramente, me estas dando la razón a todo lo que mi asombrosa mente ya cavila con respecto a ti sobre lo que no diré por razones obvias, pero... ¡¡¡Sííííí, convéctete!!! ¡Fueron doscientos cuarenta y cinco kilómetros por hora! ¿No te parece increíble, irreal, fuera de este condenado mundo? ¡Suuupeeerr!

—¡Yo te voy a hacer “suupeeerr” cuando logre poner mis manos sobre ti! —Manifestó enardecido, lanzándose hacia mí como si fuera un torero y toda la plaza le hubiera gritado y vitoreado con ansias un ¡Oléééééééééééééééé!

En un segundo, David Garret se interpuso en su camino cuando su “pedazo de espalda” me separaba de mi querido Gaspar que me lanzaba rayos ultrasónicos por sus enfurecidos ojos oscuros mientras sus manos intentaban alcanzarme.

—¡Eres una loca del demonio!

—¿Nos podríamos calmar, por favor? —Pedía e insistía Garret pretendiendo sostener al abominable hombre, pero de las cavernas.

—Pues gracias, pero te faltó suicida en potencia. Eso me gusta, me viene como anillo al dedo Y...

—¡¡Magdalena!! —Gritaron ambos al unísono, sorprendiéndome.

—Mejor me callo la boca, pero... tú sabes muy bien que cuando estoy nerviosa o paso por situaciones de stress hablo y hablo sin parar al igual que lo hace una cotorra chillona que por más que lo intenta no logra... —mi voz se silenció por arte de magia al tener la penetrante y sexy vista de David quieta sobre la mía. ¡Wow! ¡Pero qué belleza!

—Cotorrita, por favor... —intervino, silenciándome.

Un segundo. Mi mente aún no podía asimilar, menos creer como me había llamado. ¿“Cotorrita”?

—Vamos a dejar que el Australopithecus se calme. Amigo, te lo aseguro, no es nada personal —prosiguió, desviando la mirada hacia él y notando enseguida como Gaspar lo observaba como si deseara darle un puñetazo.

Tuve que taparme la boca para no soltar una carcajada ante cómo lo había llamado con su inconfundible tono de voz.

—Discúlpame. Solo olvidé tu nombre. Te llamas...

¡Dios! ¡Si Garret no se callaba yo iba a reventar!

—Gaspar —articuló con su fiera, potente y tajante voz de mando—. Gaspar Villablanca.

—Definitivamente, ese nombre te queda mejor —levantó las manos desde sus hombros muy lentamente—. Ahora, más calmados, ¿podemos charlar como tres personas sensatas?

—Dos personas sensatas —replicó Gaspar, detallándolo—, Magdalena mas conocida como la “loca suicida en potencia” y yo.

—Pues, que el Mister aquí presente no está pintado —acoté, pretendiendo no reírme cuando otra vez sentí en mí sus penetrantes miradas furiosas que aparte de contemplarme ansiaban asesinarme—. De acuerdo, “bad boys”, ¿hacemos el amor y no la guerra?

David, al instante, enarcó una de sus cejas gracias a mi comentario.

—Es literal, Mister. Total y absolutamente LI-TE-RAL —le di a entender—. No voy por ahí haciendo el amor con cualquiera. ¡Por quién me toma! Sexo casual tal vez sí porque la carne es débil, pero en este caso es solo una afirmación que creo...

—¡Magdalena Villablanca, tú no crees nada! Y de paso, ¿podrías cerrar tu bendita boca, por amor de Dios?

¡Uy! Gaspar hervía y tensaba su cuerpo de absoluta rabia.

—Solo si me das algo de comer porque, en realidad, muero de hambre —sonreí como una boba sin remedio—. Creo que es la ansiedad, la adrenalina junto a... ¡los doscientos cuarenta y cinco kilómetros por hora con los cuales hice polvo la tercera curva! —Vociferé como un vendaval desbocado en un inesperado final que los dejó a ambos con la boca mas que abierta—. Y ahora, ¿qué me dicen? Para que cierre mi linda boquita... ¿nos tomamos un café?

Una hora después y ya muchísimo más calmada viajaba junto a David en mi Mustang y para su buena suerte lo hacía con la boca muy cerrada.

—Está muy callada. ¿Se encuentra bien?

Asentí sin nada que acotar, por el momento.

—¿Segura? —Insistió una vez más. No sé, pero creo que por alguna inexplicable razón ese hombre añoraba volver a oír mi inolvidable cadencia.

—Es extraño —comenté, algo taciturna, observando el paisaje a través de la ventanilla.

—¿Qué le parece tan extraño, señorita Mustang? ¿Qué Gaspar no la haya asesinado con sus propias manos en el circuito o después en su garage?

—Los formalismos me chocan, Mister. Solo llámeme Magdalena o si lo prefiere “loca suicida en potencia”, por favor.

Sonrió a la par que volvía a expresar:

—Muy bien, Magdalena. Lo de “loca suicida en potencia” se lo dejaré a él. ¿Le parece bien?

—Mas que bien.

—Entonces, permíteme reformular, ¿qué te parece tan extraño, Magdalena?

Aparté la vista del paisaje suburbano que nos acompañaba para depositarla en la suya, pero más específicamente en su figura monumental y así decirle:

—Me parece muy extraño que estés sentado al volante de mi Mustang tan tranquilo y apacible y no sea yo quien precisamente lo conduzca en este momento. Disculpa, pero... ¿de qué me perdí?

Volvió a sonreír y cuando lo hacía... ¡Ay por Dios! Mejor omito los detalles, pero sí, tiene que ver con la parte baja de mi cadera.

—No te perdiste de nada. Solo tomaste una buena decisión antes de salir del autódromo y después cuando nos retiramos del garaje de tu primo.

—La verdad, no sé en qué estaba pensando...

—Creo que en mi total protección y seguridad, así que te lo agradezco.

Rodé los ojos al oírlo.

—¿Me tienes miedo? Puedo deducirlo o comprenderlo: no eres un hombre de riesgos.

—Miedo no, solo pretendo vivir hasta los ochenta años, Magdalena, y después de como te vi conducir hoy...

—Okay. Acabo de comprender tus entrelíneas. No confías en las mujeres. ¿Es eso?

Oh, oh... ¿Por qué su bella sonrisa se borró en un solo instante de su atractivo rostro? Piensa, Magda, piensa... ¡Dios! Mujeres era igual a... ¡La perra afgana! ¡Ouch! Primera metida de pata y hasta el fondo. ¡Felicidades, tonta Villablanca!

—Disculpa. Creo que no me entendiste. Me refiero a mujeres al volante, David. Conductoras de coches, vehículos, autos, de esos de cuatro ruedas que transitan por las calles y... —. ¿Qué imbecilidades estaba diciendo?

—No te preocupes. Entendí perfectamente lo que quisiste decir, pero aun así tengo que admitir que Gaspar una vez más tenía mucha razón...

—¿Con respecto a mí? —Concluí su frase, pero mas bien en forma de interrogante cuando lo veía asentir mordiéndose a la par su labio inferior.

Esperando su respuesta crucé mis brazos por sobre mi pecho.

—Si fuera usted tendría mucho cuidado, Mister, o será la primera y la última vez que termine conduciendo un auto de colección, porque nadie se monta sobre mi Mustang y vive para contarlo. ¿Se entiende?

—Viviré para contarlo porque me debes mi café —sentenció, acallándome.

¡Rayos! Iba a preguntarle de vuelta... ¿Y el que acabamos de tomar? Pero el muy vidente leyó mi mente de inmediato, agregando con su fabulosa voz:

—Ese lo pagó Gaspar y fue en su garaje, así que nuestra cuenta todavía no está saldada.

¿Nuestra cuenta? ¿Desde cuando él y yo teníamos una cuenta? Ah, me olvidaba, era un hombre realmente brillante, pero solo para ciertas cosas porque para otras dejaba mucho que desear.

—No voy a entrar en detalles sobre eso. Ahora, ¿puedo hacerte una pregunta?

—La acabas de hacer. ¿Era esa?

¿No se los dije? Realmente brillante, pero boca floja.

—¿Te dedicas a la crianza de animales exóticos?

—¿Perdón? —Mientras seguía conduciendo me admiraba de reojo sin entender a qué me estaba yo refiriendo—. ¿Crianza de qué?

—Animales exóticos —aseguré, evitando por todos los medios posibles e imposibles no estallar en carcajadas al recordar a su particular ex-mujercita—. Mmm... podría ser... ¿perros de razas singulares?

—Bueno, la verdad es que amo a los perros, pero...

—Me acabas de responder, muchas gracias.

Y sin que lo advirtiera, terminó aparcando frente a una enorme casa con todo y un espléndido jardín. ¡Vaya! La propiedad era realmente hermosa y espaciosa por lo demás, pero... ¿Qué rayos hacíamos frente a ella?

—Se lo dije a tu madre y ahora te lo digo a ti, eres encantadora.

Abrí y cerré la boca en tan solo un segundo sin nada que agregar. ¿Por qué? Porque él con ese detallazo me la había cerrado, pero de un solo bofetazo.

—Nos... ¿detuvimos? —Proseguí obviando aquello.

—Así es. Esta es mi casa. Gracias por traerme.

Volteé la vista hacia el inmueble de dos plantas que lucía espectacular y que debía ser aún más espectacular por dentro si así se veía desde afuera.

—¡Wow! Todo un hombre de familia —balbuceé, admirándola embobada.

—Y tan solo para mí. Lamentablemente, nunca tuve hijos con mi ex-esposa.

Mi cara lo decía todo. ¿Había metido la pata por segunda vez con eso de “todo un hombre de familia”?

—Debería decir “lo siento”, pero por alguna extraña razón tengo esas dos palabras atascadas justo aquí —le mostré mi garganta.

David rió prominentemente, encandilándome enseguida con su incomparable, auténtica y genuina sonrisa.

—Pues, se agradece de todos modos el intento.

—Por nada. Y ahora, devuélveme mi coche —exigí—me haces sentir como si no tuviera nada puesto sobre mi cuerpo.

—Que comentario más interesante —acotó, volteándose por completo hacia mí para admirarme de mejor manera —. Un punto más para Gaspar.

—¡Ja! Seguro y vuelves a su taller. Te vi bastante entusiasmado con sus modelitos.

—Si te refieres a los prototipos de coches que construye sí, pero para ser sincero a quien me encantaría volver a ver es a ti.

Boba, boba, boba... ¿Qué causaba este hombre en mí?

—¿No me estás viendo ahora?

—Quizás, en otro lugar. ¿Qué opinas?

Alcé mis hombros como si no me importara en lo más mínimo cuando el cosquilleo que sentía gracias a él y a cada una de sus palabras podía hacerme bailar hasta la mismísima “Macarena”, pero bajo mis propios términos:

“¡Dale a tu cuerpo alegría, Magdalena, eeeeeeeehhh, Magdalena, ayyyyy!”

—Si me bajo del coche y luego me detengo en la acera... ¿eso sería para ti “otro lugar”?

—Probemos —y rápidamente detuvo el motor, sacó las llaves y se bajó de mi vehículo sin

entregármelas—. ¿No vienes conmigo? —Inquirió al ver que no movía un solo músculo de mi cuerpo para seguir los suyos.

—Pero... ¿Qué pretendes?

—Por de pronto, que me digas que sí.

—¿Se puede saber a qué? —Alcé la voz sacando, además, la cabeza por la ventanilla.

—Ven aquí y lo sabrás —ya de pie en la acera, y al igual que si fuera un niño travieso, jugueteaba con las llaves de mi coche lanzándoselas desde una mano hacia la otra y viceversa.

—¿Y si no quiero saberlo? ¿Estaré en aprietos?

—Lo estarás, porque no sé como te irás de vuelta a casa o... tal vez sí. ¿Conoces la palabra “caminando”?

—¡Eso es chantaje! —Vociferé bastante cabreada ya bajando rápidamente de mi Mustang—. Primero, consigues que te dé las llaves de mi auto, luego lo conduces y después no me las quieres devolver. ¿Por qué?

—Por la sencilla razón que quiero que vengas conmigo.

Entrecerré la vista, estremeciéndome.

—¿Contigo? Mmm... no lo sé, mi agenda está lo bastante copada y la verdad soy una mujer...

—Exhibición de coches clásicos, este sábado, dieciocho horas, ameno lugar, deliciosa comida...

—Fácil... digo... una mujer... ¿Qué fué lo que dijiste?

Replicó de la misma manera todo lo que había dicho con anterioridad, pero esta vez alzando una de mis manos, delicadamente, en la cual terminó depositando las llaves de mi auto.

—Me gustaría mucho que pudieras acompañarme. Tal vez, como toda una coleccionista, corredora y suicida en potencia...

—Loca suicida en potencia —corregí, recibéndolas y cerrando automáticamente la palma de mis manos.

—¿Podría agregarle algo más?

Lo observé como si no hubiera entendido una sola palabra de lo que había dicho.

—Encantadora, bella y audaz loca suicida en potencia, con mucho respeto.

Y otro bofetazo este hombre me había dado sin siquiera tocarme. ¿Los estaba acumulando?

—Ya tienes mi número, Magdalena. Si quieres lo piensas y...

Tragué saliva retrocediendo un par de pasos hasta chocar con la puerta entreabierta que yo no había cerrado.

—No lo sé...

—No te sientas obligada. Si no te animas a acompañarme solo házmelo saber. Comprenderé.

¿Comprendería? Él realmente... ¿comprendería que una gran parte de mí deseaba decirle "sí" nada menos que ahora mismo? ¡Sabía que para ciertas cosas yo era una mujer bastante fácil! ¡Rayos!

Cerré la puerta del copiloto y rodeé mi vehículo ante su atenta mirada que en todo momento no despegó de la mía.

—Al menos dime que lo pensarás —insistió, metiéndose las manos en los bolsillos de su pantalón de tela.

—Claro. Yo... lo pensaré. Dijiste sábado, ¿verdad?

—Así es.

Y para eso faltaban precisamente cuatro días. De acuerdo. Ordenemos este caos. Eso quería decir que el día de la famosa cita con Martín De La Fuente sería un viernes por la noche y no un sábado, así que en resumidas cuentas...

—Gracias por considerarme, Mister.

—Quien más que tú, corredora.

Sonreí tras mover mi cabeza de lado a lado cuando mi boca me traicionó pensando en voz alta lo que no pude callar, por razones obvias.

—Solo si un día de estos te animas a correr conmigo. Yo conduzco.

—Eso sí es un chantaje —exclamó al instante.

—Los tratos son tratos. Yo voy a la exhibición, tú corres conmigo.

—Y luego me llevas por mi café —agregó—, no te olvides de ello.

¿Olvidarme? ¡Dios Santo! Si seguía sonriéndome así tendría que comenzar a darle cabida en mis húmedos y acalorados sueños.

—De acuerdo, también te daré tu café —. Y así subí al coche al tiempo que él caminaba hacia la ventanilla del copiloto, añadiendo:

—Conduce con precaución, por favor.

—Sabes que conduzco mejor que nadie, David.

—Aun así, ten cuidado.

Parpadeé. Juro que parpadeé no sé cuantas veces intentando asimilar si esas cuatro palabras él las había pronunciado verdaderamente.

—Lo... tendré —encendí el motor justo cuando a mi mente vino una ensoñación pasajera—. Así que amas los perros...

—¿Tú no?

—Claro que sí, pero dime... ¿Qué te parece la raza de perros afganos? ¿Tendrías una hembra, por ejemplo?

—¿Una perra afgana? —Replicó sin saber que lo hacía en honor a su peliteñida—. No lo creo. No tengo nada en contra de ellos, pero considero que no son para mí. Esa raza es algo peculiar, ¿no te parece?

—¿Peculiar? Ufff... No imaginas cuanto. Creo que es una raza totalmente PE-CU-LIAR —pretendí detener un feroz ataque de risa que ya me estaba invadiendo—. Y tienes toda la razón, no es para ti ni nunca lo será. Asunto arreglado.

—¿Cómo estás tan segura de ello?

—Porque tengo un don. ¿No te lo había dicho?

Curvó sus labios de una forma tan sugerente, además de provocadora que consiguió, en un solo segundo, erizarme por completo todo el vello de mi piel.

—Además de encantadora posees un don. ¿Te animas a compartirlo conmigo?

—Solo si logras guardarme el secreto.

—Tu secreto está a salvo. Ahora dime, ¿cuál es ese don?

—Puedo ver tu futuro —susurré muy sensualmente. Es que este hombre y sus gestos faciales que me dedicaba tan provocativamente sacaban la zorra que habitaba en mí.

—¡Vaya! Eres toda una cajita de sorpresas. Y... ¿qué dice mi futuro, “Madam”?

Relamí mis labios antes de responder cerrando por un momento mis ojos.

—Dice... —los abrí tras sonreír coquetamente y de la misma manera que él ya lo hacía conmigo—... nos vemos este sábado, Mister, y nada menos que en la exhibición.

Terminaba de estacionar mi Mustang cuando mi teléfono sonó, pero no era una llamada lo que había recibido, sino un mensaje de texto que había caído en él. Sin demora tomé mi móvil y abrí la bandeja de entrada encontrándome con algo que más o menos decía así:

“Tenemos que hablar. Por favor, no me evites, te aseguro que solo quiero tu bienestar.

Pérdoname por meterte en todo este lío, Magda. Sabes de sobra que te quiero y que me

importas muchísimo. Lo solucionaré todo, ¿de acuerdo? Solo dame algo de tiempo y te prometo que tu vida volverá a ser la misma de antes.

No vemos en tu departamento dentro de un instante, es importante.

Te quiero.

Silvina.”

¿La misma de antes? No tan solo por su causa mi vida había cambiado sino por mis propias decisiones, sueños y anhelos los que, de alguna forma, comenzaban a tener algo de sentido.

“No tengo nada que perdonarte y yo también te quiero muchísimo.

Iré a la famosa cita con el petulante ese, pero será la última vez. Grábatelo bien dentro de tu cabeza loca. Te veo en casa.

Besos.

Magda.”

—Nada más que la última vez —agregué al tiempo que me disponía a subir rápidamente las escaleras.

Un par de minutos después, y ya al interior de la cocina, me aprestaba a preparar algo de comer cuando la puerta, tras un par de golpes, sonó. Sin duda, debía ser Silvina. Por lo tanto, sin observar por la mirilla abrí, encontrándome de frente con la sorpresa de mi vida y que se hallaba metida no precisamente en una caja de regalo con una cinta decorativa a su alrededor, sino mas bien en un vestido negro ajustadísimo que delineaba todas las exuberantes —pero muy bien puestas en su lugar—, curvas de esa mujer de cabello negro como el azabache, piel trigueña, ojos castaños, senos prominentes, pequeña cintura y piernas larguísimas que terminaban en unos zapatos negros de tacón de al menos diez centímetros de altura, quien me observaba como si quisiera asesinarme, pero en vida. ¡Dios Santo! ¡Esa mujer era increíble, además de bellísima! Y por un momento me hizo sentir como si yo no valiera un puto peso. ¡Qué va! En realidad, a su lado yo ni siquiera valía un puto, pero centavo.

—Buenas noches —fue lo primero que expresó en un remarcado acento italiano.

—Buenas... noches —respondí ya imaginándome lo peor.

—Al fin nos conocemos —añadió, sonriendo de medio lado tras escanearme con absoluto descaro.

—¿Al fin? No. Creo que usted está...

—¿Equivocada? Te aseguro que no, Magdalena, o debería llamarte, ¿Leonora? Dime, ¿con qué nombre te sientes mejor o mas a gusto, querida?

«¿Debía responderle?».

—De acuerdo. ¿No dirás nada? Pues, entonces lo diré yo. Mi nombre es Loretta, Loretta Santoro. Es un gratificante y enorme placer encontrarte, conocerte y lo más agradable de todo... saber que trabajas para mí.

—Yo no trabajo para usted.

—¿Estás segura? Yo creo que sí. ¿No te lo dijo o advirtió Silvina antes o después de la cita que tuviste con Martín De La Fuente?

Volteé mi rostro hacia un costado, recordándolo.

—Por tu reacción noto que comienzas a recordar y eso es muy bueno para ti porque los negocios siempre serán negocios, querida, nunca lo olvides. Con Loretta Santoro aquí o a donde quiera que tú vayas o pretendas esconderte, los negocios siempre serán “mis negocios”, Magdalena Villablanca.

Tragué saliva sin apartar mis ojos de los suyos cuando verdaderamente lo único que pedía y ansiaba era que esa mujer se largara lo mas pronto de mi vista.

—Y ahora... —continuó—... ¿podemos conversar tú y yo? Créeme, tengo mucho que contarte.

¿Podía decirle que no? Hubiera dado todo de mí por responderle de esa manera cuando advertía, fehacientemente, que mi maldita vida que no valía un puto centavo, esa mujer... ya la tenía entre sus manos.

Siete

No cesábamos de observarnos mientras un profundo y agobiante silencio lo invadía todo. Sus manos temblorosas, todavía aferradas a las mías, me confortaban de una extraña manera cuando su boca tan solo quería hablar, cosa que no hacía. ¿Por qué? Porque, al parecer, después de la inesperada visita de Loretta, ya todo estaba dicho.

Tomé aire repetidas veces asumiendo que me encontraba metida en un problema, pero en uno muy grande esta vez al haber aceptado, de principio a fin, todo lo que ella de tan amena manera me había exigido que hiciera. ¡Maldición! La reina del chantaje sí que sabía hacer bien sus negocios. “Mal que mal, a eso se dedicaba, ¿o no?”, pensé detenidamente cuando Silvina se aprestaba a hablar, diciendo:

—Lo siento. Realmente, no sabes cuanto lo siento.

Exhalé un poco de aire clavando la vista en el piso por algo más que un par de segundos mientras mi mente divagaba buscando las mejores palabras con las cuales responder a las suyas, pero... ¿existían? ¿Las habían después de todo lo que había oído de parte de la zorra desgraciada mayor?

—¡Todo esto es mi maldita culpa y lo acepto como tal! Si no te hubiera presionado en asistir a esa cita esto no estaría sucediendo.

—No es tu culpa —balbuceé, pero sin alzar la mirada.

—¿Cómo que no? Si fui yo la que insistí para que...

—Tú no hiciste un trato con Martín De La Fuente, pero Loretta sí —revelé algo sobre aquella charla, pero sin entrar en detalles, los que por ahora no venían al caso que especificara, pero que en rigor yo conocía bastante bien.

—¡Hijo de la reberenda puta! —Chilló enfurecida, aferrándose con más fuerza a nuestras unidas manos—. ¿Qué trato, Magda? ¡Dímelo! ¿Qué fue lo que pactó?

Abrí la boca para intentar expresar algo que, por obvias razones, mis labios decidieron callar, evocando:

“Esto es entre tú y yo, Magdalena, o más bien... entre Martín De La Fuente, tú y yo, que te quede muy claro. Y con respecto a lo demás, ¿sabes lo que significa “en boca cerrada no entran moscas”? Espero que sí, querida. Realmente espero que tengas asimilado el significado real de esa frase en concreto porque... no creo que te gustaría que tu amiguita terminara convirtiéndose en una de ellas, ¿o sí?”.

—¡Magda! ¡Dime qué fue lo que te dijo!

Moví la cabeza en evidente señal de negativa.

—¡Por qué no!

—Porque no es importante, Silvina, y ya está. Asistiré a esa jodida cita con el tipo ese y... —no pude seguir hablando al separar mis manos de las suyas y cerrar por un instante los ojos.

—Y a unas cuantas más, ¿verdad? —Concluyó por mí regalándome una leve caricia en una de mis ya sonrojadas mejillas—. Magda...

—Sí —fue lo último que dije al abrirlos y al oír que volvían a tocar a la puerta.

Silvina se levantó del sofá rápidamente dejándome en él al tiempo que balbuceaba un cúmulo de palabrotas de dudosa procedencia y reputación. No la culpo porque al escucharla deduje de inmediato que se encontraba completamente indignada, pero también evidentemente preocupada porque ella, mejor que yo, conocía de sobra la clase de negocios que solía realizar Loretta.

Me recliné sobre el sofá suspirando como si el aire me faltara tras perder la vista en algún punto de la sala hasta que la presencia de Teo y su inconfundible sonrisa junto a su bella mirada me hizo aterrizar, pero mas bien dándome de bruces contra el piso.

Un solo segundo me bastó para ponerme de pie y correr a sus brazos, los cuales me confortaron enseguida en un abrazo contenedor en el que ansié quedarme para siempre, oliendo su incomparable aroma que hacía estragos en mí al igual que su ya un tanto acelerada respiración que sentía en la curvatura de mi cuello.

Nos quedamos en silencio, en absoluto mutismo el uno pegado al otro sin nada que decir, pero tan solo percibiendo los latidos de nuestros corazones que acompañaban el respirar de nuestras cadencias hasta que su boca, rozando el contorno de mi mandíbula, fue a parar hacia donde tanto necesitaba llegar sin que yo opusiera resistencia. Y así, mis labios junto a los suyos se confundieron en un prolongado y dulce beso que me hizo comprender lo importante y necesario que era ese hombre en mi vida y lo que yo significaba para él, más por la forma en

que me abrazaba negándose a soltarme.

Bebí de su boca y él bebió de la mía al tiempo que una de sus manos se introducía por mi oscuro cabello y la otra, con posesión, rodeaba por completo mi cintura. En cambio, las mías se deslizaron hacia su rostro al cual me aferré y acaricié como si mi vida dependiera de ello mientras nuestras enfurecidas lenguas batallaban airosas la una contra la otra entrelazándose, embistiéndose y danzando a la par en un prodigioso e inigualable baile del cual ninguno deseaba apartarse.

—Esto significa que... ¿me extrañaste? —Mordió con delicadeza mi labio inferior cuando su lengua volvía nuevamente al ataque de la mía.

Le hubiese respondido “Silvina, largo de aquí”, en clara alusión a ella y a lo que necesitaban nuestros cuerpos en este momento, pero me contuve. ¿Por qué? Por la sencilla razón que aún no podía apartar de mi mente toda la maldita charla que había mantenido con Loretta.

Me separé de él a regañadientes como si mi cuerpo hubiera recibido una inusual descarga eléctrica que me sacudió de pies a cabeza.

—Magda, ¿qué ocurre?

Y una vez más moví mi cabeza de lado a lado negándome a responder.

—Está abrumada, Teo —contestó Silvina por mí sacándome prontamente de mi poderoso ensimismamiento—. Hoy...

Alcé mi mirada amenazante para fijarla en la suya dándole a entender con ella que no era el mejor momento para hablar de esto. En realidad, jamás sería un buen momento para hablar de algo así.

—Silvina... —. «¡Cierra la boca por amor de Dios!».

—Magda regresó al autódromo, lo siento.

Creo que dos segundos me bastaron para morir en vida y resucitar ante el furtivo vistazo que me dedicó mi amiga el cual, a todas luces, significaba simple y llanamente lo siguiente: “¿Hubieras preferido que le contara sobre la visita de Loretta? Yo creo que no”.

—¿Es eso verdad? —Continuó Teo endureciendo su semblante.

Tragué saliva un par de veces sin saber qué rayos debía decir.

—Magdalena, te hice una pregunta. ¿Es eso verdad? —Replicó sin dejar de observarme, pero esta vez con temor, un temor del cual yo también formaba parte.

—Sí —sentí un agobiante dolor en mi pecho que comenzó a hacer añicos mi alma.

—Pero... ¿por qué no me contaste nada sobre ello?

Me mantuve firme, pero a punto de tambalear en cualquier instante gracias a la maravillosa “ensalada” de ideas que abundaba dentro de mi cabeza y de la cual él, obviamente, jamás se podría enterar.

—Porque tenía que hacerlo.

—¿Tenías que hacerlo? —Insistió, incrédulo, sin apartar su fiera mirada de la mía.

Asentí sin nada que agregar notando como él, de un solo vistazo de reojo que le otorgó a Silvina, logró hacerla reaccionar para que prontamente se marchara del departamento. Y ella así lo hizo, no sin antes tomar sus pertenencias, darme un cariñoso beso en la mejilla y pronunciar en un susurro un débil adiós.

Nos quedamos a solas. Teo y yo guardamos un debido silencio mientras él no quitaba sus ojos de los míos. No sé, pero por la forma tan extraña que me observaba sabía que en algo más estaba pensando.

—Por qué —articuló de manera neutral—. ¿Por qué tenías que exponer tu vida así?

—Te equivocas, no estaba exponiendo mi vida...

—No estabas exponiendo tu vida... ¡Vaya! —Situó una de sus manos en su castaño cabello mientras la otra la alojaba en su cadera cuando sus extremidades inferiores lo hacían deambular por la sala de estar. Sí, pude advertirlo... Teo comenzaba a desarrollar el síndrome de la intolerancia y todo gracias a mí y a las tan cordiales respuestas que le daba.

—Porque sabía perfectamente lo que estaba haciendo —agregué—. Si no era ahora habría sido después o...

—¿O qué? —Estalló, consiguiendo hacerme saltar de la impresión que me otorgó su inusitado y molesto grito—. ¿Qué no te das cuenta que te podrías haber matado en esa pista? ¿Qué no

asimilas que es peligroso para ti? ¿Que no asumes por un minuto que te pude haber perdido para siempre, maldita sea?

Una fugaz lágrima rodó por mis mejillas al tiempo que se aprestaba a continuar, añadiendo:

—¿A cuánto fue esta vez?

—Teo...

—¿A cuánto fue esta vez, Magda? Y sé sincera, por favor.

Sincera... ¿Podía serlo después de todo lo que estaba ocurriendo conmigo? Esa pregunta tenía una rotunda respuesta y era nada menos que un tajante “No”.

—No hagas preguntas, no esperes respuestas. ¿Ya olvidaste lo que te pedí?

Su penetrante vista se congeló en la mía al evocar aquello.

—No, claro que no. Pero por un segundo creí como un imbécil que después de todo lo que había sucedido entre nosotros dos eso ya estaba por descontado.

—Pues, no lo está —recordé una vez más a la desgraciada de Loretta.

“Sé todo sobre ti, no lo olvides. No me interesa tu pasado, pero sí me interesa muchísimo tu presente y por ende, también tu futuro. Por lo tanto, si llevas a cabo todo lo que acabamos de acordar dejaré tu doble vida completamente en paz. De lo contrario, muchas cosas podrían salir a la luz y de la peor manera hiriendo a personas que... no merecen sufrir por ti. ¿Comprendes?”

Las mejores decisiones son las que se toman en silencio, créeme... las mejores decisiones son las que siempre tomarás tan solo tú, apartando de tu vida a quien pretenda inmiscuirse en ella.”

—Doscientos cuarenta y cinco kilómetros por hora —manifesté, sabiendo muy bien que conseguiría con aquello. Y lo obtuve, cuando el rostro de Teo junto a su doloroso silencio me lo confirmó—. Lo siento, pero era por mí y lo que necesitaba obtener de ello.

—¿A qué costo, Magda? ¡A qué maldito costo!

—Al que pagué hace muchísimo tiempo atrás y al que no pude quitarme de la cabeza día tras

día. No estuviste ahí, Teo...

—Pero ahora estoy aquí y...

—¿No confías en mí? —. ¡Dios Santo! ¡Qué miserable me sentí al preguntarle algo semejante!

—La vida puede cambiar en un solo instante, Magda. Sé de eso, no olvides que a cada hora veo gente morir sin que nada pueda hacer por ayudarlos.

Tragué saliva con dificultad percibiendo como mi garganta se obstruía segundo a segundo.

—Entonces, si no confías en mí puedes...

Sonrió con descaro, creo que anteponiéndose a los hechos.

—¿Marcharme de tu vida? ¿Crees que podrás quitarme de ella así como así?

“... las mejores decisiones son las que siempre tomarás tan solo tú, apartando de tu vida a quien pretenda inmiscuirse en ella.”

Se acercó acechante, tal y como si yo fuera la presa que se aprestaba a cazar con ferocidad y desespero.

—Confío en ti —me estampó en el rostro logrando hacerme sentir del todo culpable—, porque te conozco, porque te quiero y porque me importas cada día más como para dejarte ir.

—No soy buena para ti, Teo.

—Deja que eso lo decida yo.

—Estoy hablando en serio...

Su peligrosa boca ya rozaba la mía mientras una de sus manos ascendía lentamente por mi estómago, llevándose consigo la tela de la camiseta que yo vestía hasta, finalmente, detenerse en uno de mis senos al cual masajeó por sobre mi sujetador.

Se me cortó la respiración al percibir su abrazador aliento sobre mi boca, tentándome,

provocándome, incitándome a caer en un abismo sin fondo del cual sabía que no podría salir tan fácilmente, porque Teo era mi adicción, el hombre que amaba y al que cuidaría de Leonora y de Loretta aunque tuviera que pagar un alto precio por él.

—También estoy hablando muy en serio, tanto que... necesito volver a sentir que eres mía y estar dentro de ti ahora mismo.

—¿No me escuchaste? No... soy... buena... para... ti —subrayé, pero fue tarde para ello cuando su boca se apoderó de la mía en un violento y urgente beso que me incineró la piel, dándome a conocer así que para él ya no había retorno.

—Sí, te escuché perfectamente, pero quiero que sepas que ese ahora es mi problema y no el tuyo —acotó entre beso y beso que me robaba, arrancándome la camiseta de un solo tirón al igual que lo hizo con mi prenda íntima para hacer de mí lo que se le antojara mientras hacía lo mismo con mi pantalón y mis bragas siempre retrocediendo en dirección hacia el sofá, en el cual terminó de quitarse la ropa para tenderse sobre mí apresándome con sus feroces besos, sus descontrolados impulsos, sus animalezcas deseos y un fuerte ímpetu de arrancarme algo más que la piel a mordiscos hasta hacerme desfallecer en sus brazos, poseyéndome, estremeciéndome, vibrando de absoluto goce y placer desenfrenado junto a mí en movimientos delirantes, ardorosos, sublimes, pero bajo un oscuro manto que nos envolvía donde un par de dolorosos secretos permanecían ocultos en completo silencio, los que por ahora... me negaba a confesar.

A la mañana siguiente y después de observar a Teo, como plácidamente dormía envuelto entre las sábanas de mi cama, me levanté delicadamente para no despertarlo. Aún se notaba extenuado gracias a nuestra increíble noche de sexo al por mayor en la que ninguno de mis problemas se había resuelto, al contrario, me parecía que cada vez se intensificaban más, todo y gracias a mi condenado silencio.

Después de tomar una ducha rápida y colocarme mis bragas junto a una larga camiseta que me cubría por completo el trasero me dirigí hasta la cocina a preparar un poco de café y algo con qué alimentar a mi bestia salvaje pensando qué rayos iba a hacer con mi vida. Punto 1: tenía por delante la famosa cita con Martín De La Fuente y el maldito trato de Loretta alias “Zorreta” del cual ya no podía zafar. Punto 2: por mí su condenado trato del demonio se lo podía meter por donde mejor le cupiera y punto 3: estaban muy equivocados los dos con respecto a Magdalena Villablanca, porque ninguno sabía a ciencia cierta con qué tipo de mujer iban a tratar.

Suspiré profundamente situando mis manos en mi rostro al tiempo que sentía una protuberancia atacándome por detrás que me desconcertó, entre otras cosas. Bueno, esa protuberancia la conocía bastante bien porque pertenecía, ni más ni menos, que a mi deliciosa y semental bestia salvaje.

—Buenos días, preciosa. Hueles increíble. ¿Te sientes bien? —Hundió su nariz en mi húmedo cabello mientras sus extremidades me envolvían para aferrarme posesivamente a él en un abrazo.

—Buenos días, señor erección matutina. ¿Ya tiene ganas de volver a follar?

Teo rió mientras se aprestaba a responder alojando su boca en mi oído para expresar en un claro y estremecedor susurro:

—Una erección mañanera en un hombre no necesariamente significa que ansíe tener sexo, sino más bien que se encuentra en óptimas condiciones de salud para...

—Volver a follar —lo interrumpí volteándome hacia él para regalarle, además, un coqueto guiño.

—Bueno, si lo ves desde ese punto de vista, tengo que confesarte que vestida así se incrementan mis ansias de tomarte y disfrutarte ahora mismo como mi succulento desayuno. ¿Te ha quedado claro?

Reí, cruzando a la par mis manos por sobre mi pecho.

—Muy claro, pero no es lo que me ibas a explicar, ¿verdad?

—No, hasta que me interrumpiste.

—De acuerdo, lo siento —abrí mis piernas alojándolas en sus caderas para atraerlo más hacia mí, añadiendo—: ¿qué me quieres explicar? Soy toda oídos.

Teo cerró sus ojos por un extenso momento antes de volver a hablar.

—Te decía que... —abrió sus párpados muy lentamente—... la erección matutina es una respuesta saludable y psicológica normal que casi todos los hombres experimentamos a lo largo de nuestra vida.

—Como la que siento en este preciso momento.

Un fugaz, pero apasionado beso que me regaló fue la confirmación de ello.

—Ahora tú, no me has respondido.

Entrecerré la vista al no comprender a qué se refería con ello.

—Te noto preocupada, demasiado para mi gusto y no me agrada verte así. ¿Sucede algo?

Sí, me sucedía, pero por obvias razones él no debía estar al tanto de ello.

—No te preocupes por mí. Es algo que debo solucionar.

Una de sus manos acarició mi mandíbula para luego ascender hasta mi cabello en el cual se alojó, más específicamente, detrás de mi cuello.

—Eso es imposible para alguien como yo. ¿Qué ocurre, Magda?

Piensa, piensa, piensa... ¡pero hazlo ya! Y por favor, sé coherente, ¿quieres?

—Yo... bueno... quería que supieras que... me invitaron a una exposición.

—¿De arte?

—No. De coches... clásicos.

Teo enarcó una de sus cejas.

—¿Puedo saber quién fue? Porque no me huele a una de las asiduas salidas de Silvina.

—No es nadie importante. Solo se trata de un cliente de mi madre al que le encantó mi Mustang.

—¿Solo tu Mustang? —Fijó su mirada en la mía de una manera muy poco usual. Oh, oh... eso tenía pinta de... ¿celos?

—Creo que desvirtué el tema de fondo de nuestra conversación. Tú y yo hablábamos de tu erección matutina. Me estabas explicando todo lo concerniente a ella y...

En un rápido movimiento me tomó entre sus brazos en la misma posición en la que me encontraba para conducirme hasta el sofá donde finalmente se sentó conmigo sobre él o, debería decir sobre su bendita y desconcertante erección mañanera.

—¡Vaya! ¿Ya nos toca otra vez?

—Lo sabrás después que me respondas sensatamente. ¿Debo preocuparme por él?

—¿Por quién?

—Por el cliente de tu madre al que le encantó tu Mustang —detalló, recalcándolo.

—¿David Garret? ¡Por favor! Para nada. Ya te lo dije, no es nadie importante.

—Pero te invitó a una exposición de coches clásicos y por lo que sé esa es una de tus debilidades que jamás terminaré de comprender. Podría gustarte la moda, no sé, algo más acorde a tu femeneidad.

—Pues no intentes comprenderme, menos pretendas meterte con mi femeneidad y solo quíereme así, un poco bruta, un poco chiflada, un poco disfuncional...

—Un poco mía, ¿te parece?

Entrecerré la vista asimilando lo que había expresado tras advertir la hermosa sonrisa juguetona que Teo ya dibujaba en sus labios.

—Me parece que... por ahora y para no complicarme con tu singular interrogante quiero seguir oyendo tus explicaciones sobre tu fascinante empalme matutino que me tiene gratamente complacida. Cuando gustes puedes continuar.

Un par de carcajadas dejó escapar antes de volver a retomar ese específico tema en discusión.

—De acuerdo, reina de las evasivas. La erección matutina se describe como el fin de una serie de erecciones nocturnas. Es decir, como la última de esa serie que es con la que te encuentras en la mañana al despertar.

—Tal y como el claro ejemplo que tengo y siento entre mis piernas.

—Así es, preciosa, y la cual vas a sentir todavía más, te lo aseguro —sus peligrosas manos ascendieron y descendieron por mis desnudos muslos con una suavidad única mientras preparaba su boca para decir algo más—. En promedio, un hombre sano puede tener entre tres y cinco erecciones en una noche de sueño, durando cada una de éstas entre veinticinco a treinta y cinco minutos.

—Eso suena realmente interesante además de excitante. ¿Te quedas a dormir hoy también conmigo para certificarlo? Ya sabes... prefiero ante todo la práctica a la teoría y como dijo alguien por ahí, “ver para creer, muchachote” —comencé a rozar su duro miembro con mis bragas en un irresistible movimiento que nos hipnotizó a los dos—. Y para constatar que eres un hombre totalmente sano y saludable y que todo en tu condenado cuerpo de infarto está funcionando correctamente.

—Lo mismo digo —acotó, deshaciéndose de inmediato de la camiseta que yo llevaba puesta—. Gracias por tu evidente preocupación hacia mi persona, pero antes de eso necesito asegurarme que todo en ti también esté funcionando correctamente —dictaminó, apoderándose de mis propias palabras al mismo tiempo que se lanzaba de lleno a disfrutar de mis senos a los cuales lamió, chupó y mordisqueó sugerentemente con cierta maestría y devoción. ¡Aleluya!

—Y... ¿te parece que lo está? Porque desde hace algunos días tengo un pequeño “malestar” en la zona de mi bajo vientre.

—Mmm... —gimió al oírme, sonriéndome con absoluto descaro—. ¿Que tipo de “malestar” es ese? —Quiso saber sin dejar de brindarles con su afanosa lengua todo lo que mis “airbags” ansiaban que él hiciera—. Detállamelo. ¿Qué percibes, preciosa?

Ufff... lo que yo sentía entre mis humedecidos pliegues no se podía definir ni siquiera con palabras.

—Percibo... percibo... —mordí mi labio inferior alejando a la par mis senos por unos cuantos segundos de su boca—. ¿No sería mejor que lo constataras por ti mismo? Digo... a falta de un doctor en esta especialidad buenos son los enfermeros —. Y este enfermero en especial estaba más que buenísimo.

Tras relamer sus labios de exquisita manera y brindarme una incomparable mirada de perversión, Teo se levantó conmigo a cuestas para finalmente depositarme a lo largo del sofá, arrancándome las bragas de encaje y quitándose, segundos después, el boxer que vestía y que tensaba a su monumental instrumento o a estas alturas arma infalible de seducción.

—¿Desde cuándo analizas a tus pacientes completamente desnudo? —Formulé con algo más que ansias de ponerme a cantar una melodiosa canción con todo y micrófono incluido. ¡Llégo la hora del karaoke!

—Bueno, es sencillo de explicar. Todo esto es parte de mi trabajo. Así como voy a analizar en profundidad la parte baja de tu cadera también debo ocuparme de tu temperatura corporal y para eso... ya tengo mi termómetro a la mano. ¿Qué no lo ves?

¡Ay por Alá, Buda, Krisna y Jesucristo Superstar! Ejem... pensar en todas esas divinidades al mismo tiempo que observaba con mis ojos desencajados y lujuriosos su instrumental médico a

unos cuantos centímetros de mis manos, boca o por donde se le diera gusto “insertármelo”, no parecía ser la mejor de las ideas.

—Pues, de que lo veo, lo veo. Eso... está más que claro para mí.

—Muy bien. Significa que tu vista está fenomenal. Primer análisis positivo.

¡Vaya, pero qué trabajador más eficiente y lúdico! Y ahora seguimos con... ¿gusto o tacto?

—Pero sin duda alguna, lo mejor vendrá después cuando lo comiences a sentir.

¡Pero que buen inicio tendría este día! ¿Podía ser mejor?

—Ahora, señorita... vamos a revisar su presión.

Por mí podía revisármela por donde se le antojara porque sabía muy bien que iba a ser lo bastante brutal para “analizarme” de principio a fin sumiéndome en una vorágine de sensaciones que me harían una completa dependiente de su boca y que, entre variados movimientos, conseguirían que mi cuerpo reaccionara y se estremeciera, percibiendo una oleada de intensos y descomunales orgasmos que me arrastrarían a un increíble placer del cual yo ansiaba formar parte.

Y no me equivoqué al evidenciar como la excitación en mí crecía y crecía junto a la velocidad, ritmo y presión que ejercía su boca entre mis pliegues, de arriba hacia abajo, en forma circular, dibujando lo que sea que estuviera dibujando ahí abajo con su adictiva y maravillosa lengua en mi clítoris porque... ¡Dios mío! Este enfermero sí que hacía un estupendo trabajo y lo mejor de todo, lo constaté satisfecha certificando con justa razón que gracias a él me encontraba sumida en mi propio y bendito paraíso.

Por la tarde y luego de despedir a Teo en la entrada de mi edificio salí a correr para liberar un poco de estrés y tensión acumulada. Lo necesitaba urgentemente y más para dejar de pensar en ciertas cosas que aún deambulaban sin descanso al interior de mi mente y herían, de alguna manera, también a mi corazón.

Dirigí mis pasos hacia la costanera con destino hacia el muelle y con los auriculares puestos en mis oídos, y oyendo algo de música Celta que relajaba mi bestia interior, corrí y corrí sin detenerme, marcando mi propio y acelerado ritmo hasta que divisé a lo lejos el destino al cual ansiaba llegar lo mas pronto posible.

A toda velocidad, y sin poner la debida atención con lo que ocurría a mi alrededor, enfoqué cada uno de mis pensamientos solo en el claro objetivo que vislumbraba a la distancia hasta

que, de la nada, una enorme bandada de gaviotas que volaba por el cielo azul llamó poderosamente mi atención. Sin detenerme las seguí con la vista por unos escasos segundos y sin advertir que, además, en contra un ciclista venía directo hacia mí. ¡Dios Santo! Para cuando aparté la vista de las aves ya era muy tarde para reaccionar, frenar, evadir, menos quitar de mi camino al dichoso sujeto con el cual terminé chocando estúpidamente.

«¡Maldición!». Caí de espaldas al piso gracias al fuerte impacto que nos dimos, oyéndole decir en remarcado tono burlón:

—Lo lamento mucho, señorita. Parece que no me vio o tiene serios problemas de visión. ¿Se encuentra usted bien? —Enseguida se apartó de la cabeza la capucha gris de su ropa de deporte que llevaba puesta intentando recuperarse también de nuestra particular colisión.

“¡Yo te voy a dar problemas de visión, soberano imbécil!”, pensé enfurecida y adolorida al tiempo que mi vista junto a la suya se volvían a encontrar precisamente en ese muelle al igual que... ¡Mierda, pero mierda, mierda!... aquella noche en que él había venido por mí para llevarme a la cita con Martín De La Fuente. Porque el desconocido que me había regalado el choque de mi vida y al que había hecho saltar de su bicicleta de una forma magistral era nada menos que... ¿Emanuelle?

Ocho

No podía creerlo por más que lo observaba sin siquiera parpadear. Pero... ¿Emanuelle? ¿Aquí? ¿Ahora? ¿De esta manera? ¡Por favor, que alguien me abofetee ya o me despierte de esta insólita pesadilla! Pensé realmente abrumada además de sorprendida mientras retenía su desconcertada mirada que mantenía quieta y fija sobre la mía.

«¡No sabes quién soy, no sabes quién soy, no sabes quién soy, maldita sea!». Repetí como un mantra y como una loca sin juicio ni razón hasta que una sonrisa que delineó en sus labios derribó todos mis jodidos pronósticos que no eran precisamente climáticos.

—¿Leonora?

¡Vaya suerte la mía! ¿Debía saltar de absoluta felicidad por cómo me había llamado?

Guardé silencio sin siquiera mover un solo músculo de mi cuerpo.

—¿No se acuerda de mí? Soy Emanuelle.

¿Acordarme? ¡Por Dios! ¿Esto iba en serio? Ya sé, ya sé... “me sube la bilirrubina”... Nooooo señor, ahora y en la forma como me observaba a mí me estaba bajando a destajo todo lo que terminara en “INA”.

—Leonora, ¿se encuentra bien?

Abrí la boca para decir algo coherente que jamás salió de mis labios.

—¿Cómo me llamó?

—Por su nombre.

Mi nombre... ¡Querrá decir mi artístico, audaz y hollywoodense nombre!

—Leonora —replicó ya por tercera vez, sepultándome en vida.

—Pues... qué mas da. Sí, esa soy yo.

Emanuelle se levantó del piso mientras yo intentaba hacer lo mismo hasta que tambaleé frente a un leve y sorpresivo malestar que sentí en mi tobillo izquierdo.

—¡¡Ouch!! —Me quejé a viva voz alzando el pie de inmediato y pretendiendo sostenerme de cualquier cosa que tuviera cerca. Mala idea. Fue así como terminé depositando rápidamente mis manos en su derecha extremidad advirtiéndole que él me observaba con cierta extrañeza.

—¿Le... duele?

—No, para nada. Solo intento bailar la “Macarena” —me burlé.

—¿En un solo pie? —Siguió mi juego, riendo.

Rodé mis ojos hacia un costado evitando ante todo no demostrar que el tobillo me dolía bastante, pero mi linda carita no estuvo de acuerdo conmigo y me traicionó vilmente gesticulando lo que a todas luces yo deseaba ocultar.

—¿Qué le ocurre? ¿Se ha hecho daño? ¿Le duele mucho?

Cerré los ojos sin nada que decir por unos cuantos segundos mientras me aferraba con más y más fuerza a su antebrazo.

—No se preocupe, acabo de comprenderlo —le echó un vistazo a su bicicleta—. Lo lamento, pero... ¿Qué no se dio cuenta de mi presencia?

Suspiré profundamente antes de volver a abrirlos y animarme a contestar con cierto aire de paz y tranquilidad:

—No me lo tome a mal, pero... ¿Me cree o pretende hacerme ver y sentir como una idiota? ¿O piensa que por simple gusto lo embestí tan impulsivamente? ¡Ni que fuera Henry Cavill para lanzarme encima suyo!

Rió como si le hubiera contado el mejor de los chistes logrando con ello hacerme sonrojar y hervir de rabia.

—Lo siento, no me refería a eso exactamente, pero ya que usted lo ha sacado a la luz no me quiero imaginar que hubiera sucedido conmigo si yo hubiese sido Henry Cavill.

—Se lo aseguro, vivo usted no queda.

Asintió carcajeándose con mayor intensidad.

—¡Que mala suerte la mía! —Pretendió agacharse para... ¿observar mi pie? ¡Demonios!

—¿Qué cree que está haciendo? —Inquirí totalmente preocupada por cada uno de sus desprevenidos movimientos.

—Es obvio, ¿o no? Solo quiero saber si “por mi culpa” —subrayó—, usted se ha lastimado el pie. ¿Puede apoyarlo para que yo...?

—¡No, no puedo! —Vociferé alarmada llamando la atención de unos cuantos transeúntes—. Quiero decir, sí puedo. Es solo que no me he hecho daño alguno. Es más, ahora mismo retomo mi carrera. Ya estoy bien —coloqué mi pie en el piso para retroceder un par de pasos y así darle fin a esta inusitada conversación que me tenía con los vellos de punta.

—Cojea, Leonora —notó sin dejar de admirarme.

—Sí, de nacimiento —. Me volteé, pero tan solo algunos pasos alcancé a dar cuando lo tuve otra vez a mi lado, caminando ahora con su bicicleta al costado.

—Lo lamento. Realmente no quise...

Me sobresalté al oír la gravedad de su voz, pero aun así mantuve mi calma.

—Ya sé que no quiso chocar conmigo. Asunto arreglado y adiós.

Emanuelle entrecerró la vista a la vez que suspiraba y se detenía debido a mis enormes ganas de entablar una amena conversación.

—¡Solo quise ser amable! —Alzó la voz a la distancia, explicándomelo.

—¡Sí, sí! ¡Yo también! —Le respondí de la misma manera volteándome por última vez para observarlo y salir de allí como alma que se la lleva el viento.

Patéticamente corrí aguantándome el jodido dolor de mi tobillo hasta la entrada del muelle. ¡Diablos! ¡Sí que dolía el condenado! Y como pude caminé hacia un parque aledaño donde me lancé de lleno sobre el césped para relajarme o al menos eso pretendí hacer en completa paz y tranquilidad, hasta que la bendita voz de Emanuelle me hizo saltar de la sola impresión que me causó el haberla escuchado... de nuevo.

—Todavía le duele, ¿verdad?

Moví mi cabeza hacia ambos lados con la idea de negárselo hasta la muerte.

—No sea terca y déjeme ver que tiene, por favor. No me hace sentir bien verla caminar de esa forma. Mal que mal, a mí no me sucedió nada con la caída, pero a usted, Leonora...

¡Cuándo dejaría de pronunciar ese maldito nombre que me corroía las entrañas!

—Se lo aseguro, no tengo nada. ¿Cómo quiere que se lo explique?

Dejó caer su bicicleta sobre el césped al tiempo que se acuclillaba y tomaba mi pie con cierta confianza todo y frente a mi presencia.

—Así —articuló con evidente seguridad ya dehaciéndose de mi zapatilla de deporte.

—Pero... qué... cree... —me senté rápidamente sin saber qué rayos hacer en ese incómodo momento de mi vida.

—Soy Kinesiólogo —comunicó.

—¿Además de chofer? —Solté de golpe tras un estúpido arrebató de sinceridad que consiguió hacerlo sonreír de tan bella manera y a mí infartarme debido a su sonrisa tan... ejem... común y corriente.

—Además de chofer —confirmó, apartando de igual forma mi calceta—. No estaba tan errado después de todo.

—¿Errado? ¿Errado de qué? —Alcé el sonido de mi cadencia innecesariamente abriendo mis ojos también más de lo normal como si, de pronto, me hubieran comunicado que iba a perder la pierna.

¡Ay por Dios! Sus hábiles manos tocaban y movían mi pie con mucha sutileza haciéndome divagar en un universo paralelo. Por la misma razón no supe cuantas veces tragué saliva con dificultad debido a la situación en la que nos encontrábamos y que para mí no era para nada satisfactoria porque, claramente, otra mujer en mi lugar se las estaría pasando de maravillas gracias a las caricias que le brindaba un hombre tan atractivo como él, pero yo no y los dos sabíamos de sobra el por qué, o al menos yo lo tenía muy claro.

—Le hice una pregunta —le recordé—. ¿No me va a responder? Ya se adueñó de mi pie sin siquiera tener la delicadeza de...

—Estoy utilizando toda mi delicadeza —me interrumpió—. ¿Qué no lo nota? No pretendo hacerle daño alguno. ¿Por quién me toma?

¿Por el guapísimo chofer que con esa ropa deportiva se veía increíblemente sexy?

Guardé silencio negándome a responder. De acuerdo, a veces, o en la mayoría de los casos, mi boca floja me pasaba la cuenta cuando solo debía callar, como ahora.

—Puede... ¿dejarlo ya? —Pedí, pero esta vez el tono que utilicé para expresarlo se oyó mas a una ferviente súplica que a una simple interrogante.

—Solo es una torcedura menor. Lo siento mucho. Creí que no pasaba inadvertido para nadie, pero veo que me equivoqué.

Un segundo, ¿me lo estaba echando en cara?

—Disculpe, pero... ¿Me podría devolver mi pie, por favor? Sin él no puedo regresar a casa.

Y ahí estaba nuevamente esa sonrisa suya tan común y corriente que saltaba a la vista. ¡Rayos y más rayos!

—Me aseguraré de que regrese a casa lo antes posible, pero esta vez sana y salva. ¿Le parece?

Perdón, pero... ¿qué trataba de decir con eso de “sana y salva”?

—Creo que no comprendí o fui poseída por alguno de mis lapsus mentales de ocasión. Por de pronto, ¿me va a devolver mi pie sí o no? —. ¿Emanuelle se estaría burlando de mí o sentía plena atracción por aquella y específica parte de mi cuerpo? ¿Fetiche, quizás?

—La llevo a casa. Así no puede caminar. ¿Nos ponemos de pie?

Eso claramente no se oyó como una sugerencia sino más bien como una específica orden a cumplir. ¿Por mí? ¡Ja! Ni en sus mejores sueños.

Tomé mi calceta la cual me coloqué al igual que lo hice con mi zapatilla de deporte todo y frente a sus ojos que no apartó en ningún instante de los míos.

—¿Es realmente necesario? Yo creo que no. Y con ello una vez más le manifiesto que me siento muy bien y...

—Claro, se siente de maravillas, ¿no? Deje de mentir, Leonora, por favor. Acabo de constatarlo. ¿No me oyó? Soy Kinésiólogo.

¡Y a mí que me importa! ¡Si le decía que me sentía bien era porque verdaderamente me sentía...! De acuerdo, feliz no estaba, pero adolorida sí.

Me levanté rápidamente y al apoyar mi pie de nuevo contra el piso lo primero que dejé escapar fue un audible quejido de dolor consiguiendo así que él alzara una de sus cejas gratamente complacido. ¡Maravilloso! ¡Estupendo! ¡Fenomenal! El metiche chofer, Kinesiólogo y muro de contención ambulante que había chocado conmigo unos minutos atrás se había salido con la suya.

—¿Se da cuenta? No estaba tan errado después de todo. Venga, la ayudaré.

¿Ayudarme? ¡Vaya a ayudar a su abuela!

—Puedo sola —articulé increíblemente cabreada—. Ya se lo dije y por su bien no espere que se lo vuelva a repetir. Me voy a casa, pero esta vez asegúrese, por favor, de no volver a cruzarse en mi camino.

—¿Por qué no? —Quiso saber a la par que dejaba caer sus extremidades en sus caderas—. ¿Me va a volver a embestir tal y como lo hizo hace un rato en el muelle?

Sonreí con ganas de querer estrangularlo con mis propias manos.

—Solo apártese y déjeme en paz, ¿quiere? Se lo aseguro, de una torcedura no moriré. Buenas tardes y con permiso.

—Leonora...

—*Our voi, bon voyage, adieu, sahionara*, adiós. ¡Cómo quiere que se lo explique por amor de Dios! ¿No comprende el español?

—Sí, además del italiano, el alemán y el portugués. Y solo un poco el japonés que, de hecho, es bastante complicado de...

Mi cara de cabreada al máximo se lo dijo todo.

—¿Se lo pregunté?

—No específicamente, pero... creo que no hace falta que se lo explique, ¿verdad?

—Creo que no hace falta que me quede aquí un solo minuto más escuchando cosas que no pedí oír, ¿verdad?

—Entonces, deje que...

—Me vaya sola —le di a entender antes que volviera a abrir su bendita boca—. S.O.L.A.

Suspiró apartando su mirada de la mía. Luego de ello, se agachó para tomar su bicicleta sin nada más que acotar. ¡Al fin ese hombre se había dado cuenta que había perdido la batalla! Pero... ¿Por qué, de pronto, su mirada y su rotundo silencio me hizo sentir tan miserable?

—No quiero ser descortés, así que... buenas tardes.

—¿Descortés, usted? Para nada. Como decirlo... desborda una incomparable felicidad por cada poro de su cuerpo que realmente se percibe a kilómetros de distancia.

Sí, definitivamente después de estrangularlo iba a destrozarlo, pero en pedacitos.

—¡Ja, ja! ¿Debo reír ante su acotación?

—Debería hacerlo más a menudo, Leonora. La sonrisa es una de las ventanas del alma. ¿Lo sabía?

Situé una de mis manos en mi frente pretendiendo calmarme, cosa que, por lo demás, no logré hacer.

—¿Está segura que no desea cambiar de parecer?

¿Hablabo por él o por mi grandísima idea de cortarlo en pedacitos?

—No. Gracias. Debo irme.

Se aprestaba a habla, pero lo acallé en un dos por tres.

—Y no insista, ¿quiere? Por favor...

—Disculpe. Solo pretendía... está bien, no importa.

¡Diablos! Tenía que salir de ahí y tenía que hacerlo ahora mismo antes de seguir metiendo la pata y tratándolo de lo peor. Pero... ¿Por qué lo hacía si jamás me había hecho algo para que yo reaccionara como la mujer más insensible y odiosa del planeta? En realidad, si lo meditaba bien... ¿Para quién trabajaba este sujeto? ¡Eureka! Zorreta Santoro. Un punto menos a su favor. Leonora... es hora de largarte al demonio.

—Debo...

No dijo nada, tan solo se limitó a bajar la vista como si no quisiera prestarme atención, menos admirarme. No lo culpo. Por lo tanto, después de esa tan cordial muestra de afecto que me dedicó desaparecí de su vista comiéndome en completo silencio todo el dolor que me producía mi tobillo así como también la evidente vergüenza que sentí al haberme comportado como una infame e insufrible vil desgraciada.

Unos minutos después, Emanuelle caminó hacia su todoterreno de color negro que se encontraba aparcado en los estacionamientos cercanos al muelle. Parecía disgustado y eso lo reflejaba muy bien su semblante y el tono de voz que utilizó para realizar un breve llamado telefónico, diciendo:

—Soy yo. Esto no me gusta para nada y lo sabes bien, pero... —suspiró hondamente—... ya está hecho. ¿Qué más debo hacer?

Dos días después y mi pie ya se encontraba mucho mejor para enfrentar lo inevitable, pero la verdad, no podía decir lo mismo sobre mí al tiempo que me observaba al espejo de mi cuarto para cerciorarme de que todo estuviera en orden.

Por hoy me había autodesginado ser la famosa “viuda negra” por el vestido que lucía y que me quedaba fenomenal, contrastando en mayor medida el color negro del atuendo con la nívea piel de mi cuerpo. ¡Vaya! Cada vez que tenía que pasar por este ritual Silvina sí que se esmeraba para hacerme ver y sentir lo que jamás sería, una increíble y bella mujer de pies a cabeza que debía “cazar” a su presa para darle término de una vez por todas a esta pesadilla que parecía no tener final.

Suspiré hondamente evocando a Loretta y a la infinidad de planes que me había lanzado al rostro hace un par de noches atrás cuando mi teléfono comenzó a sonar tras un mensaje que a

él había llegado.

Tomé el aparato entre mis manos para leer lo que allí decía constatando, un par de segundos después por la ventana de mi habitación, que el Maserati ya estaba aparcado en la acera.

Salí de mi departamento un tanto nerviosa por una simple razón: Emanuelle. Sabía que lo vería nuevamente después del inesperado y estúpido encuentro que habíamos tenido en el muelle. ¿Y qué le diría ahora? Quizás, ¿plantearle una sincera y convincente disculpa para comenzar? Digo, para que no tuviera un recuerdo tan desagradable de esta infame e insufrible vil desgraciada.

Me detuve antes de salir del edificio admirándolo a la distancia. ¡Vaya! Realmente esta noche ese hombre lucía devastador con el traje oscuro que llevaba puesto junto a esa barba que le daba un toque varonil que haría de cualquier mujer una completa desquiciada. ¿Por qué? Sinceramente, porque debía asumirlo como tal. Emanuelle, por donde se le mirara, era completamente guapísimo.

Enfundada en mis altísimos zapatos de tacón bajé lentamente cada una de las tres escaleras que separaban el edificio de la acera para proseguir hacia el coche en el cual él me esperaba, junto a la puerta que abrió en el mismo segundo que advirtió mi presencia, sin palabras, sin sonidos, sin un solo “buenas noches” que emitíó, haciéndome comprender de buenas a primeras que con él algo estaba sucediendo.

—Hola —pronuncié débilmente tras observarlo a los ojos que esta noche me parecían bastante distantes.

—Buenas noches, señorita Leonora —contestó, pero hoscamente, como si le molestara mi presencia.

Por un momento y como una estúpida creí que me preguntaría por mi pie, pero luego deseché esa fugaz idea advirtiéndome que tan solo deseaba, a toda costa, que me montara lo antes posible en el coche. De acuerdo. Y fue así como suspiré. ¿Qué más podía hacer al respecto?

Al cabo de unos minutos y ya en marcha hacia el restaurante íbamos sumergidos cada uno en un sepulcral silencio. Por su lado, Emanuelle, solo se dedicaba a conducir y por el mío a no demostrar mi enorme nerviosismo e incomodidad ante lo que acontecería tras mi última noche como Leonora. Porque lo había decidido y nada menos que así: hoy, le pesara a quien le pesara, definitivamente todo llegaría a su fin.

Alrededor de diez minutos después, aparcó el vehículo fuera de un lujoso hotel de cinco estrellas en donde, para mí sorpresa, estaba arreglada la cena de hoy. ¡Santo Cielo! Rápidamente tragué saliva al comprender lo que Martín y Loretta se traían entre manos cuando las palabras “*All inclusive*” bombardearon mi mente aclarándome en tan solo un segundo todo el

panorama.

Como si mi garganta, de pronto, se hubiera obstruido tosí para recuperar mi tono de voz percibiendo, de la misma manera, como la fría mirada de Emanuelle se fijaba en la mía, pero a través del espejo retrovisor.

—¿Puedo bajar ya? Me siento un poco ahogada —afirmé completamente convencida de ello. ¿Y qué obtuve a cambio de esa interrogante y acotación? Un rápido movimiento que lo hizo bajar del Maserati entregándole de inmediato las llaves del coche a un aparcador.

Ajustándose la chaqueta y la corbata rodeó el vehículo hasta llegar a mi puerta la cual abrió dedicándose, además, a pronunciar mi nombre mientras me tendía su mano para ayudarme a descender, cosa que hice sin dedicarle una sola mirada, cuando la de él ya la podía percibir en cada parte de mi cuerpo. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué rayos me admiraba así?

—Voy a entrar —sin levantar la vista en ningún momento me decidí a dar mis primeros pasos hacia el interior del lujoso edificio cuando su grave cadencia me paralizó expresando lo que jamás de él esperé que oiría.

—¿Está segura?

Aterrada por lo que había manifestado, temblé. ¿Qué tanto se me notaba que solo ansiaba marcharme a casa?

—Sí —respondí en un susurro oyendo a la par una profunda exhalación suya—. Quiero acabar con todo esto lo antes posible.

—¿Por qué? ¿A qué le tiene miedo, Leonora?

Cerré los ojos maldiciendo en silencio. ¿Quería que fuera sincera? ¿Deseaba saber la verdad?

—A nada —me preparé a dar un par de pasos más hasta que, para mi sorpresa, no alcancé a dar ninguno gracias a él y a su despampanante figura que obstaculizaron mi camino.

—¿Está segura? —Volvió a articular, pero esta vez de una forma un tanto desafiante que solo consiguió hacerme temblar.

Quise abrir la boca para responder, pero no conseguí hacerlo. Por lo tanto, la volví a cerrar todavía negándome a mirarlo a los ojos.

—Algo me dice que esta noche no quiere estar aquí.

¿Qué intentaba hacer? ¿Leer mi mente?

—Su cuerpo y cada uno de sus movimientos la delatan.

¡Pero qué novedad! ¡Muchísimas gracias por recordármelo!

—De acuerdo, Emanuelle. ¿Le parezco una mujer predecible?

—De cierta manera, sí.

—¿De cierta manera? ¿Qué significa eso? ¿Debo tomármelo como un halago o una apreciación?

Sonrió de medio lado tras meterse las manos en los bolsillos de su pantalón, añadiendo:

—Tal vez sí o tal vez no.

—¡Vaya! Esa ambigüedad suya me aclara por completo cada una de mis ideas. Muchas gracias.

—¿Con respecto a mí? Más bien creo que mi ambigüedad le ha servido para aclarar su tono de voz y despertar otra vez a su particular carácter. Por un segundo pensé que los había dejado dormidos al interior de su departamento. Y de paso, por nada.

Otra vez abrí la boca y luego la cerré midiéndome ante lo que iba a decir sin advertir que todo mi nerviosismo, gracias a este momento y por supuesto a él, había desaparecido.

—¿Ya los extrañaba? ¿Se le hacía difícil vivir sin ellos? —¿Ansiaba sarcasmo? Pues eso iba a obtener.

—No se imagina cuánto.

Moví la cabeza hacia ambos lados también rodando los ojos hasta que la siguiente pregunta que realizó me desconcertó.

—¿Ya se encuentra mejor?

Fijé la vista ante todo en la suya sin comprender a cabalidad el trasfondo de lo que decía.

—No se preocupe, Leonora. Estaré en todo momento muy cerca de usted. Se lo aseguro.

Tragué saliva con dificultad tratando de asimilar cada palabra que había pronunciado hasta que su tono de voz nuevamente me paralizó, cuando especificó con todas sus letras lo siguiente:

—Ahí dentro no estará sola. Si se quiere marchar, en el minuto que sea solo hágamelo saber, ya sea con una mirada, con un gesto, o tan solo con una palabra. ¿De acuerdo?

Asentí, creyendo que esto no era del todo real hasta que la situación cobró sentido al notar como Emanuelle caminaba hacia mí para brindarme su brazo para que lo tomara.

—Solo espero un conciso “sí” de su parte, nada más que eso. ¿Le parece bien?

«¿Esto era real o irreal?». Me pregunté, cuando automáticamente percibí que mi extremidad me traicionaba sin que yo pudiera detenerla, deslizándose hacia la suya junto a un débil “sí” que pronunció mi boca pretendiendo, además, no curvar mis labios hacia arriba para evitar sonreír.

A esa misma hora, pero en otro lugar, Teo hacía su ronda tal y como la desarrollaba cada noche en estricto rigor, cerciorándose de que cada uno de los pacientes que estaban a su cargo se encontraran en perfectas condiciones.

La noche transcurría tranquila en los pasillos de la clínica y eso lo podía certificar por el silencio que deambulaba en ella. Por lo tanto, y tras ver la hora que marcaba su reloj, decidió caminar hacia maternidad para constatar al último de ellos que había llegado a este mundo hace tan solo un par de horas.

Admiró desde el umbral de la puerta de su habitación a la pequeña Rafaela como dormía, junto a su madre, acunada entre sus brazos, una mujer que a Teo, a simple vista, se le hizo totalmente familiar porque él, sinceramente... ¿la conocía?

Una pequeña, pero punzante molestia se lo dio a entender y se lo confirmó minutos después cuando decididamente se acercó a los pies de la cama, pero más específicamente a la mesa que se situaba junto a ella, desde donde obtuvo la carpeta con los antecedentes que allí se registraban sobre la paciente.

“Consuelo Onetto San Martín”, leyó fijando aun más la vista sobre aquellos datos que

consiguieron traer a su mente, en cuestión de segundos, unos inevitables y fugaces recuerdos que a pesar del tiempo, el destino y la distancia, todavía no conseguía borrar de su cabeza y menos de su corazón. Porque todos y cada uno de ellos tenían que ver directamente con una sola persona que un día, y por cuenta propia, había decidido marcharse de su vida para no volver jamás a quedarse en ella.

Tragó saliva levantando la mirada y fijándola en el semblante de la hermana de mayor de Laura a la cual terminó de reconocer al mismo tiempo que cerraba la carpeta dejando petrificada su vista en los rasgos que se asemejaban, pero en menor medida, a los de la mujer que él todavía...

Se obligó a guardar silencio. Se obligó a no pensar en nada más, cuando decididamente salió de la habitación maldiciendo en silencio por todo lo que aún le costaba entender y procesar hasta que, tras cerrar la puerta y caminar un par de pasos por el pulcro pasillo hacia el hall de informaciones, el destino le hizo comprender de tajante manera cuán redondo era este mundo, encontrándose de lleno con la figura de quién, en ese minuto, no pudo apartar sus preciosos ojos verdes de los suyos. Porque Laura estaba allí, porque Laura era quien nuevamente lo admiraba a la distancia, porque... "Laura, Laura, Laura...", era en quien Teo solo podía pensar sin saber qué mas hacer o qué decir cuando todo para él volvía a cobrar un extraño y perturbador sentido.

Nueve

El tiempo pareció detenerse ante su presencia, ante su cristalina mirada y ante su incomparable rostro al cual Teo no dejó de observar tal y como siempre lo había hecho, embobado, pero consciente de todo el dolor que ella había dejado inserto a su paso y, por sobretodo, bajo su piel que aún le calaba los huesos. Por su parte, Laura no sabía qué hacer o qué decir para comenzar, después de varios meses de ausencia, una común y corriente charla con el hombre al cual había abandonado, dejándole tan solo una breve carta en la cual le decía adiós.

Jugueteadamente nerviosamente con sus manos avanzó, sin apartar su verdosa mirada de la suya, hasta que se detuvo, a tan solo unos cuantos pasos de donde se situaba él, para finalmente expresar un “hola” que tímidamente articularon sus labios al cual Teo correspondió de tibia manera, pero como si su vida dependiera de ello. Y así, mientras los minutos transcurrían a su alrededor, él siguió observándola y ella continuó observándolo a él cuando el tiempo todavía no retomaba su ritmo habitual en aquel pulcro y vacío pasillo de esa clínica.

Avancé tomada del brazo de Emanuelle hacia el hall del hotel y luego hacia el restaurante donde todo se llevaría a cabo. Estaba bastante consciente que esta noche sería para recordar, pero también de las palabras que me había profesado al explicarme con todas sus letras que estaría allí, a tan solo unos cuantos pasos de mi cuerpo.

No sé cuantas veces suspiré ante ese tranquilizador recuerdo que, de alguna forma, me mantenía en pie cuando a la distancia y, precisamente, en una de las mesas divisé por fin a Martín De La Fuente, esperándome.

¡Maldición! Por más que intenté controlar mis ansias no pude con ellas y terminé estremeciéndome ante un leve vistazo de mi acompañante que, sin nada que decir, se detuvo, otorgándome un guiño a la par que se separaba de mí para que esta fiesta al fin comenzara. Por lo tanto, después de una profunda inhalación seguida de una potente exhalación que realicé me encomendé a mi gurú personal, pero evitando ante todo la ridícula performance que había utilizado Silvina aquella primera vez al interior de mi departamento.

—De acuerdo, Katy Perry, yo te invoco. ¿Estás ahí? Más te vale, ¿me oíste? —Sonreí sin saber por qué rayos lo hacía—. Y ahora procura hacer lo tuyo, preciosa, porque te lo aseguro, es hora de que comience la función.

Caminé a paso firme hacia la mesa en donde se hallaba Martín De La Fuente contoneando mis caderas para hacerme notar, pero con cierta sutileza y refinada exquisitez, la misma que había

utilizado esa noche en la cual él y yo nos habíamos conocido. Y así, airbags arriba, me detuve frente a él irguiéndome con suma prestancia para que mi presencia la pudiera notar desde el segundo cero de nuestro nuevo encuentro.

—Buenas noches —lo saludé, sorprendiéndolo, al tiempo que elevaba su rostro hacia el mío y luego lo hacía de la misma manera hacia mi provocadora delantera de la cual no despegó un solo instante sus oscuros y atrevidos ojos. Perfecto. Paso uno: la viuda negra comenzaba a tejer su envolvente telaraña.

—Buenas noches —me respondió poniéndose prontamente de pie para tomar mi mano, estrecharla y besarla, tal y como lo había hecho en nuestra primera cita—. Es realmente un placer volverla a ver, Leonora.

Asentí sin nada que decir, pero coqueteándole con algo de descaro al que él, obviamente, estaba más que acostumbrado recibir. Sí lo sé, estaba jugando con fuego.

—Lo mismo digo —manifesté a regañadientes—, pero para mí es toda una sorpresa volverlo a ver... —observé por unos cuantos segundos todo a mi alrededor cerciorándome de donde se encontraba Emanuele, hasta que di con él en la barra desde la cual me observaba atentamente, a la vez que me dedicaba un gesto con una copa que sostenía en una de sus manos—... en este sitio.

Martín sonrió de lasciva manera tras analizarme de pies a cabeza sin una sola pizca de consideración, cuando sus ojos hablaban por sí solos, porque eso de “desnudarme con la mirada”, en su caso particular, se quedaba corto. En realidad, este hombre me estaba devorando con ella.

—Bueno, quise asegurarme de que este encuentro signifique para nosotros dos la velada de nuestras vidas y qué mejor que en este sitio dotado de lujo y sofisticación, la misma que usted posee y desborda con tanta naturalidad, Leonora.

¡Por favor! Se notaba que este hombre no conocía mi carácter de mierda que salía a la luz en desagradables momentos muy parecido a este.

—¡Vaya! Muchísimas gracias por el halago. Es usted muy... adulator —. ¿Tenía permitido vomitar? Porque me invadían unas enormes ansias de hacerlo y nada menos que en el carísimo traje de color gris que esta noche él llevaba puesto.

Un mesero se acercó a nosotros trayendo consigo una botella de champagne inserta en una cubetera la cual sacó y descorchó, sirviendo nuestras copas ante las palabras que nuevamente Martín expresó, asombrándome.

—Por usted y su hermosura. Por mí y mi buena fortuna...

¡Patético!

—Y por esta inolvidable noche en la cual todo se nos estará permitido.

¿Todo permitido? Brindé con él fingiendo y reprimiendo unas poderosas ganas de echarme a reír en su rostro frente a la tanda de palabrotas con las cuales pretendía hacerme caer a su pies, además de impresionarme.

—Todo —bebí tan solo un pequeño sorbo del fino y burbujeante licor agridulce separando, dos segundos después, la copa de mis labios para dejarla sobre la mesa y decir—: ¿A qué se refiere explícitamente usted con “todo”?

Sonrió realizando el mismo movimiento para luego dejar caer sus manos sobre las mías y acotar, con cierto dejo de suficiencia, una soberbia frase que solo consiguió hacerme hervir la piel, pero ante las ansias que sentí de querer abofetearlo.

—A lo que me corresponde, Leonora. A lo que asumo sabe que sucederá con nosotros dos.

¿Asumir? ¿Sucederá? Yo solo sabía y asumía de sobra que en cuanto lo tuviera lo bastante cerca, poniéndome las manos encima, le regalaría un patadón en su entrepierna haciéndole añicos sus cojones si pretendía pasarse de listo conmigo porque... ¿Con quién mierda creía que estaba tratando? ¿Con una soberana prostituta?

Sonreí evitando así que notara mi desagrado cuando advertí que se levantaba de la mesa tendiéndome, a la par, una de sus manos al parecer para... ¿Ir directo al postre?

—¿Bailamos? —Inquirió, descolocándose.

Suspiré también levantándome de la mesa e invocando nuevamente a la jodida Katy Perry cuando el salón era invadido por una suave melodía que una banda tocaba armoniosamente en piano y violines. Quise concentrarme en ella, deseé que solo esa suave cadencia me envolviera por completo, pero perdí la respiración al caminar tomada de su mano con él guiándome en dirección hacia el centro de la pista. ¡Rayos, rayos y más rayos! Con el vestido que llevaba encima y que dejaba gran parte de mi espalda al descubierto percibí enseguida la calidez de su mano que se situó en ella al tiempo que la otra quedaba aprisionada con la mía.

—Quise hacer esto desde la primera vez que la vi —me soltó de buenas a primeras cuando ya habíamos comenzado a movernos—. Realmente es un enorme y grato placer tenerla aquí, frente a mí y más de esta manera.

¡Oh sí! ¡Qué fantástica manera!

—Gra... cias —articulé entrecortadamente debido a una suave caricia que me otorgó uno de sus dedos que ya delineaban la línea de mi clavícula desde abajo hacia arriba.

—¿Qué le ocurre? La siento abrumada. ¿Se encuentra bien?

Asentí, mintiéndole.

—¿Está segura? —Atrajo toda mi atención con su voz que en nada se asemejaba a la de Emanuelle cuando me había interrogado de la misma forma, pero momentos antes. No, señor. Al contrario, ésta me parecía algo hosca y para nada cordial como si bajo su sonido escondiera algo.

—Sí, todo está... perfectamente —evité el contacto con su inquisidora mirada cuando la mía se disponía más bien a buscar al hombre al que, por extraño que lo parezca, necesitaba tener cerca.

Seguimos bailando al ritmo de la sensual melodía de instrumentos de cuerda cuando advertí que la figura de Emanuelle desapareció como por arte de magia. «¿Y dónde se metió exactamente?». Me pregunté, notando como Martín detenía el suave vaivén de su compás.

—Me alegra saber que es así porque... —su aliento abrazador se alojó en la curvatura de mi cuello, sacudiéndome, mientras se preparaba a proseguir—: quiero que me acompañe.

Me detuve al oírlo como si, de pronto, hubiera pisado mierda de perro. ¡Sensacional!

—¿Perdón? —Fue lo único que conseguí articular demasiado sobresaltada cuando su lujuriosa vista se alojaba otra vez sobre la mía junto a su sonrisa que me hacía desvariar, pero de pavor, porque de un leve tirón logró sacudir toda mi anatomía al acercarla inesperadamente hacia la suya como si de una u otra manera fuera a... ¡Santo Cielo! ¿Besarme?

—Quiero sacarte lo más pronto de aquí —especificó, cortándome el habla y las ganas de seguir respirando.

—Y... ¿Para qué sería? —Pregunta equivocada y absurda por lo demás, porque no era precisamente para invitarme a comer palomitas y ver la televisión.

—Para... —siguió sonriéndome con lascividad intentando cautivarame—... conocerte mejor.

¡Ajá! Lobo feroz a la vista.

—Eso me sonó a “Caperucita roja” —le solté de golpe, colocando mis manos sobre sus hombros para mantenerlo lo bastante alejado de mi boca que el condenado patán ansiaba violentar—. Estoy disfrutando tanto de este baile y la música que no me apetece...

—Sé que lo vas a disfrutar tanto como yo, Caperucita —me interrumpió, tajantemente—, para eso pagué por ti, no lo olvides.

Su frasecita para el oro despertó no precisamente a la apacible bella durmiente que habitaba en mí, sino mas bien a “Moonrra, La inmortal”, en mi caso femenino.

—Comprendo —sonreí burlonamente separándome de su poderoso agarre, pero con cierta delicadeza para así no llamar la atención de las demás personas que a esa hora cenaban en el restaurante—. Pero... ¿Eso te otorga pleno derecho de tratarme como a una puta?

En cuestión de segundos tuve a Martín carcajeándose a viva voz frente a mi rostro mientras se llevaba una de sus manos hacia su mentón, el cual acarició impulsivamente en dos o tres oportunidades.

—Trabajas para Loretta, ¿no? ¿Cómo quieres que te trate?

¡Oh, no! ¡Aquí iba a arder, pero no precisamente Roma ni Troya, señoras y señores!

Su entrecerrada y acechante mirada, que me carbonizó la piel, solo consiguió hacerme retroceder algo más que un par de pasos cuando se aprestaba decididamente a seguir los míos, añadiendo:

—Porque una mojigata no eres para lucir así.

Y yo también lo sabía de sobra, porque había jugado con fuego y, en este momento, me estaba carbonizando viva.

—Así que... ¿Por qué no dejas el drama para alguien más y me llevas de tu mano directamente a la acción y al paraíso?

¡Por qué no te vas tú, pero directamente al jodido demonio, hijo de puta!

Seguí retrocediendo sin saber que detrás de mí había una mesa con la cual choqué, deteniéndome, tiempo necesario que le regalé al imbécil para que se acercara lo suficiente y

me tomara por la cintura, reteniéndome y negándose a dejarme ir.

—He dicho que dejes el drama de lado. ¿No me oíste, maldita sea?

Esto no estaba bien, esto no pintaba para nada bien porque su rostro ceñudo me lo estaba más que confirmando.

—Pagué mucho dinero por ti como para jugar a las escondidas. Así que, sin más rodeos, haz tu trabajo, zorra, pero procura hacerlo muy bien esta vez.

Esa palabra, esa maldita e insignificante palabra de tan solo cinco letras me hizo sentir como la mierda y como jamás siquiera me lo imaginé más, estando en los brazos de ese hombre al cual ya odiaba con toda mi alma.

—No soy ni seré jamás una zorra —le devolví refregádoselo en toda su infeliz cara y añadiéndole la misma pregunta que segundos antes me había hecho con tanta dulzura y cordialidad—. ¿No me oíste, maldita sea?

—Ese es el carácter que quiero que tengas, pero conmigo en la cama cuando te folle como a toda una fiera, Leonora.

Otro fuerte apretón de su poderosa extremidad sentí en mi cintura cuando me aprestaba a responder una barbaridad que jamás salió de mis labios porque, maravillosamente, un camarero nos interrumpió, acallándome.

—Señor De La Fuente, disculpe, pero un comensal acaba de enviarle una botella de wishky como regalo.

Los observé a ambos, pero ya con una posibilidad más que clara y patente en mi cabeza.

—Lo espera en uno de los salones contiguos al restaurante para dársela personalmente —añadió el camarero sin apartarse de nuestro lado y sin quitarnos los ojos de encima, tal y como Martín me estaba admirando.

—Ve por tu obsequio, querido —lo incité con remarcado sarcasmo tras removerme de la posesividad de uno de sus brazos, pero sin éxito alguno mientras él, por su parte, me dedicó una de sus fastidiosas miradas al tiempo que respondía con mucha seguridad:

—Claro que iré, pero tú vienes conmigo.

No podía creerlo, ¿qué nada esta noche resultaría bien? ¡Demonio! Un segundo... ¿Dónde se suponía que se había metido Emanuelle para sacarme de todo este lío?

Avancé de mala manera con él agarrado a mi mano y pisándome los talones mientras el camarero nos guiaba directamente hacia uno de los salones contiguos donde el infeliz recibiría el obsequio de quien sabe qué personaje. Poco me importaba saberlo, en realidad, cuando ya analizaba en detalle cual sería mi posible ruta de escape.

Martín sonrió sin apartar su mano de la mía observando, con inusitado asombro, la mesa colocada al centro del pequeño salón en donde se encontraba la bendita botella junto a un solo vaso con un par de hielos en su interior cerciorándose, también, que nadie más se encontraba en ese sitio.

—¡Vaya, vaya! —Comentó, admirándome fascinado—. Por lo que noto, la suerte está de mi lado esta noche. ¿Un aperitivo antes de comenzar?

—Solo hay un vaso —le respondí para nada afectuosamente—. No pretenderás que beba del mismo que vas a beber tú.

—No pretendía que bebieras de él, Leonora, sino de mi boca —detalló, logrando así que mi pequeño corazón latiera desbocado.

Rodé la vista hacia un costado cuando él, de un solo tirón, me zarandeó por un hombro con más fuerza para que mi vista otra vez volviera a depositarse sobre la suya.

—¡Me estás haciendo daño! —Expresé en un grito ahogado que me heló la piel cuando Martín obvió la botella y se acercó decidido y con suma exigencia hacia mí para terminar lo que ya había comenzado en la pista de baile. ¿Y ahora? ¡Piensa, Leonora, piensa, por amor de Dios!—. Eeehh... ¿No quieres saber quién te la envió?

—Creo que tengo mejores cosas que hacer contigo que preocuparme por el imbécil que me la envió como regalo.

Tragué saliva, nerviosamente. ¡Qué va! ¡Descontroladamente!

—Pero es tu obsequio y...

—Silencio, Leonora. Ya no estás en condiciones de hablar.

—¿Por que tú me lo estás exigiendo?

—Por eso y por todo el dinero que pagué por ti.

—Pues, ¡por mí te lo puedes meter por donde mejor te quepa! —Vociferé desafiante cuando él, como un animal encolerizado, arremetió contra mí logrando hacerme retroceder hasta darme con fuerza con una de las paredes de aquella sala en la cual volví a ahogar, pero esta vez un doloroso jadeo.

—Veo que tú y yo pensamos exactamente lo mismo, nena, porque estaba meditando seriamente por qué orificio primero te lo iba a meter. ¿Tienes alguna sugerencia?

Mi respiración se aceleró muchísimo más cuando todo lo que logré ver fue su maldita boca que venía hacia mí dispuesta a dar una dura y ardua batalla contra la mía.

—Sí, tengo una —le lancé de lleno al rostro ya preparándome para lo peor—. ¡Vete a la mierda Martín De La Fuente!

Una risa sarcástica recibí de su parte al tiempo que su imponente cuerpo me apegaba, sin nada de consideración, aun más contra el muro y su mano libre ya comenzaba a hacer de las suyas por sobre mi vestido, subiendo y bajando por la finísima tela.

—Con todo gusto, pero eso sucederá después que te folle de unas cuantas maneras, porque tú de aquí no sales hasta que te coja y me canse de escucharte gritar a lo grande. ¿Me oyes?

Cerré mis ojos al oír la guturalidad de su preponderante voz de mando.

—¿Me oyes? —Gritó como una bestia enfurecida consiguiendo con ese ensordecedor sonido hacerme temblar, cuando su boca se dejaba caer en mi cuello para otorgarme los primeros lamentos que evadí, volteando enseguida mi rostro hacia un costado—. ¿Me oyes, puta? —Insistió una vez más arrancándome de la garganta un frenético “No” que hizo eco al interior de la sala—. ¿Qué fue lo que dijiste?

—No —me removí para alejarlo a toda costa de mi cuerpo—. ¿Qué no me oíste? ¿Qué no comprendes lo que significa un “No”?

Martín observó hacia ambos lados como si algo estuviera buscando.

—A mí nadie me dice que no y tú no vas a ser la primera en hacerlo.

—¡Me importa una mierda si soy la primera o no! ¡Y ahora, apártate de mí, infeliz, porque conmigo te equivocaste! —Volví a gritar para que se diera por enterado que no hablaba por hablar, pero poco le importó cada palabra que le proferí desafiante, lanzándose de lleno a

poseer mi boca sin que lo adivinara.

Gemí luchando infructuosamente con sus poderosas extremidades que apresaron las mías de violenta manera mientras su lengua se apoderaba de mi cavidad que solo deseó vomitar al sentirla escarbando y hurgando cada parte de ella, cuando en un rápido movimiento liberó una de sus manos, la que fue a parar hacia la tela de mi vestido para alzarlo hasta llegar prontamente a mi entrepierna. ¡Dios mío! ¿Qué más podía hacer para evitar que el maldito hiciera lo que se le antojara conmigo? ¿Qué así debía pagar y con creces la falta que ni siquiera sabía que había cometido?

—¡No, por favor! ¡Suéltame! —Repetí un par de veces más con absoluta desesperación hasta que el dueño de una profunda voz, que pareció haber salido de la nada, inundó la habitación en cuestión de segundos apartándome de encima, con sus poderosas manos, al colérico animal que ansiaba propasarse conmigo regalándole, además, un tremendo golpe de puño que recayó en su boca que lo envió con toda su calentura directamente hacia el piso.

—¿Qué no la oyó? ¡Ella dijo no!

No podía creerlo, asimilarlo, menos entenderlo, pero... ¿Emanuelle estaba ahí? ¡Desde cuándo!

—¡Y no solo una vez! —Se interpuso entre Martín y yo que aún yacía de espaldas en el suelo—. ¿Qué no la oyó?

Detrás de su imponente figura no sabía si debía reír o llorar entre tantos sentimientos encontrados que me invadían y que me hacían sentir completamente culpable y sucia desde mi cabeza hasta la punta de mis pies, porque si él no hubiera aparecido en este exacto momento quizás... esta historia habría acabado seguramente de otra forma.

Temblé frenéticamente ahogando cada uno de mis jadeos y sollozos que ante todo no deseaba emitir para que él los oyera, pero no tuve tanta suerte al tener en dos segundos su penetrante y profunda vista muy quieta sobre la mía que expedía una intratable ira que no conseguí descifrar.

—¿Quién te crees que eres para aparecerte así? —Chilló Martín recomponiéndose y colocándose lentamente de pie cuando Emanuelle sonreía tras volver a dedicarme uno de sus guiños para con él... ¿tranquilizarme?

—Lo mismo iba a preguntarle, “señor”. ¿Quién se cree que es usted para aprovecharse así de la señorita?

—¡No sabes con quién estás tratando, maldito cabrón! —Se lo gritó a los cuatro vientos, situando una de sus manos sobre su boca para cerciorarse si le había roto el labio que ya

comenzaba a sangrar gracias al golpe que le había propinado.

Emanuelle cruzó sus brazos por sobre su pecho restándole importancia a todo lo que Martín le decía sin responderle, sin seguir su juego, menos queriendo moverse un milímetro para apartarse de mí.

—¡Esto te va a costar muy caro, imbécil!

—¿De cuánto estamos hablando?

Logró detener mi corazón al manifestarle esas decididas palabras junto a un fugaz movimiento que realizó quitándose la chaqueta de su oscuro traje que vestía, entregándomela, para luego desflorejarse la corbata y arremangarse las mangas de su camisa antes de volver a hablar, añadiendo:

—Se lo advierto, y espero que tenga cambio, porque solo trabajo con efectivo.

Martín repitió los mismos movimientos de Emanuelle, pero lanzando su chaqueta hacia el piso en el mismo instante que arremetía contra él para devolverle con ferocidad el puñetazo que éste le había regalado. ¡Santo Dios! ¡En qué se estaba convirtiendo todo esto!

No podía moverme. En realidad, mis músculos no reaccionaban ante la violencia inusitada de los golpes que ambos se propinaban en sus monumentales cuerpos de infarto haciéndome estremecer ante lo que veía. Porque golpes iban y venían, pero la ligereza de Emanuelle, junto a una técnica que jamás había visto desarrollar en toda mi vida, consiguió que Martín De La Fuente fuera un niño de pecho en comparación a él y su arte de lo que sea que estuviera ejecutando, tras llevarlo hacia el piso boca abajo mientras por sobre su espalda le tenía atravesada una de sus extremidades haciéndolo gritar del increíble dolor que le provocaba ese tipo de, para nada, convencional movimiento.

—Cuando una señorita dice “No” es “No”. ¿Comprende?

Mi boca se negó a pronunciar palabra alguna ante la forma desmedida en que Emanuelle se enfrentó a él sometiéndolo de tan extraña manera.

—¡Te vas a arrepentir, puta! —Gruñó Martín con una fiera única y desmedida consiguiendo que, gracias a esa frase y al tono en particular que utilizó para amenzarme, mi cuerpo liberara otro estremecimiento y reaccionara de una buena vez para espabilar “*right now*”, deslizándose por la pared en dirección hacia la puerta que se encontraba a tan solo unos cuantos pasos de la lucha de esos dos fieros titanes.

Bajo la mirada expectante de Emanuelle huí sin voltear la vista hacia atrás, todavía cargando su

chaqueta en una de mis manos y oyendo mi nombre salir de sus labios como un débil sonido que se intentaba colar por mis oídos. Y corrí sin siquiera tener claro hacia donde iría notando como la gran mayoría de las personas con las cuales chocaba o, sencillamente, rozaba en mi frenética carrera me observaban como si fuera una loca que se había escapado de alguna institución mental. No los culpo, porque yo también me sentía así después de haber vivido una experiencia para nada favorable en los brazos de un hombre que había pagado solo para violentarme sexualmente.

Un par de lágrimas rodaron por mis mejillas las cuales limpié, ya saliendo del hotel, en el preciso momento en que una extremidad, que se posicionaba sobre la mía, detenía mi andar. Luché con ella urgentemente sin observar a quien ansiaba retenerme cuando la otra se alojaba sobre mi mejilla obligándome a que mi vista recayera sobre la suya de rápida manera.

—¡Magdalena! ¡Magdalena, mírame! —Dijo aquella voz que logré reconocer—. ¡Soy yo, Emanuele!

¿Qué? Pero... ¿Magdalena? Él había dicho... ¿Magdalena?

Alcé la mirada hacia la suya con mis ojos enjuagados en lágrimas que comenzaron a caer y a caer sin que yo pudiera detenerlas.

—Soy yo —repitió, reteníendome—. Soy yo —replicó, autoconvenciéndome de que, tal vez, todo estaría bien mientras mis ojos se quedaran fijos en los suyos y él fuera todo lo que yo pudiese ver, pero... ¿Por cuánto tiempo?

—No —articulé en un débil, pero audible sollozo—, soy... Leonora.

—Magdalena —manifestó, desconcertándome más de la cuenta—. Me gusta muchísimo más. ¿Cómo se encuentra tu pie? ¿Aún duele?

Moví mi cabeza hacia ambos lados en evidente negativa.

—Pues, me alegro —añadió, regalándome una de sus enternecedoras sonrisas.

—¿Por qué? —Quise saber, evidentemente pasmada por todo lo que aquí estaba sucediendo.

—Porque vamos a correr —una de sus manos se entrelazó a una de las mías sin que yo opusiera resistencia—. ¿Estás preparada?

—Sí —respondí sin saber el por qué—, pero esto te va a costar tu trabajo.

—O me hará encontrar algo mejor. ¿Nos marchamos a la cuenta de tres? —Me sostuvo con fuerza como hace mucho tiempo un hombre no lo hacía cuando comenzábamos a movernos, y mi vista se volvía por inercia hacia atrás para dejarse caer en la desafiante y soberbia mirada con la cual me observaba Martín De La Fuente al aparecer en la entrada del hotel, corroborándome con ella que de él y de ésta no iba a zafar tan fácilmente.

Diez

Silencio. Solo un sepulcral silencio invadía el interior del Maserati en el cual Emanuelle y yo viajábamos a toda prisa mientras mi mirada iba, literalmente, pegada a la ventanilla del coche sin advertir como él me observaba de reojo cada vez que podía hacerlo.

¡Rayos! Por más que lo intenté de igual forma terminé suspirando profundamente, evitando ante todo entrar en un conflicto de emociones. Sí, un cúmulo de ellas que en este instante me hacían ver y sentir como una verdadera estúpida, porque me había quemado con fuego una vez más pretendiendo mantener por mi cuenta el control de la situación cuando nada de eso había sido posible.

«¡Maldición!». Vociferé bajísimo cerrando también los ojos al tiempo que volvía a escuchar la voz de mi acompañante, diciendo:

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

Muchas preguntas para ninguna respuesta.

Asentí dándole a entender con ese único movimiento que estaba, relativamente, en perfectas condiciones. Aunque sabía que eso no era del todo cierto.

—Magdalena, te hice tres preguntas. ¿Podrías responderme con tu voz alguna de ellas, por favor?

Tragué saliva con dificultad al oír mi nombre salir con fuerza desde sus labios, volteándome para abrir mis ojos otra vez y así especificarle:

—Nada me ocurre, estoy bien y no necesito nada, gracias.

Y dos segundos bastaron para que Emanuelle aparcara el Maserati a un costado del camino, añadiendo:

—¿Por qué será que no te creo?

Alcé mis hombros por inercia.

—¡Qué se yo, Emanuelle!

Ahora fue él quien suspiró profundamente pretendiendo, a la par, relajar su postura.

—Lamento lo que ocurrió. En parte... fue culpa mía.

Clavé mis ojos en su semblante que tenía fijo en el volante cuando aún no apartaba sus manos de él.

—No fue tu culpa, sino mía. Martín solo se tomó muy en serio todo lo que estúpidamente intenté hacer para provocarlo —asumí. Porque en resumidas cuentas eso había sucedido—. Yo... —dejé reposar mi cabeza en el respaldo del asiento—... creí que podía con esto. ¿Y qué conseguí? Solo darme cuenta una vez más de que no sirvo para nada.

La vista perpleja y algo brillante de Emanuelle se volteó para situarla sobre la mía.

—No digas eso, Magdalena.

—No te preocupes, no me afecta, ya lo asumí como tal. La patética viuda negra, esta vez, fue tejida con su propia telaraña. ¿Qué tal?

—Magdalena, por favor...

Entrecerré mis ojos, desafiándolo, porque no había olvidado que entre él y yo algo teníamos pendiente.

—¡Hey! No me mires así —expresó ya apartando las manos del volante tras suspirar, pero ahora enérgicamente.

—¿Y cómo quieres que te mire después de cómo me llamaste?

—Con... ¿naturalidad? Después de todo ese es tu nombre o... ¿estoy equivocado?

Quise abrir la boca, pero preferí no hacerlo por razones obvias, las mismas que un día Silvina me repitió hasta el cansancio: "*nadie jamás debe saber y/o conocer tu nombre real, ¿me oíste?*". Al parecer Emanuelle nunca la oyó.

—Estás equivocado porque mi nombre es Leonora —plenamente convencida lo admití, arrancándole con ello una prominente sonrisa con la cual logró estremecerme. ¡Demonios! Odiaba cuando Emanuelle conseguía fácilmente hacerme sentir vulnerable.

—No, no lo estoy. Te llamas Magdalena y no Leonora. Deja ya de mentir.

¿Mentir? ¿Yo? ¡Ja! Mejor nos evitamos los detalles.

—Le-o-no-ra —repetí, queriendo convencerlo.

—Mag-da-le-na —insistió el muy cabezota sin dar su brazo a torcer—. Me gusta muchísimo más que tu nombre artístico. ¿A ti no?

“Hollywoodense” quise corregirlo, evocando a Silvina la Divina.

—De acuerdo. ¿Qué sabes sobre mí? —Inquirí con cierta exigencia.

—No mucho, pero lo suficiente como para... —tosió un par de veces—... saber y constatar que no eres una de las chicas de Loretta Santoro.

—Pues no lo soy ni lo seré, muchas gracias por notarlo.

—Por nada, Magdalena.

¡Cómo rayos conseguía hacerme temblar con su voz, una y otra vez, al pronunciar mi nombre!

—¿Por qué tiemblos? ¿Tienes frío? ¿Enciendo la calefacción?

—No, solo estoy algo abrumada por lo que ocurrió hace un momento. Yo... no te he dado las gracias por lo que hiciste por mí.

—No me las des, era mi trabajo.

¿Perdón? ¿De qué me perdí? Ahora sí abrí la boca rápidamente, porque ante su inesperada respuesta no pude quedarme callada.

—¿Tu trabajo? ¡De qué me estás hablando si el imbécil ese me contrató para follarme como a un animal! —Le di a conocer con todas sus letras, consiguiendo que de inmediata manera Emanuelle volviera a tensar su postura—. ¿Qué no lo sabías? ¿Qué no estabas al tanto? Trabajas para Loretta después de todo, ¿o no?

—Sí, lo hago, pero eso no indica que...

—¡Indicar qué! ¡Si para él y ella esta noche sería una maldita prostituta!

—Pero no lo eres, por eso me entrometí. ¿Te queda claro? ¿O me lo quieres refregar en el rostro como si no fuera capaz de comprenderlo? Vi temor en tus ojos, Magdalena. Sentí como deseabas salir corriendo de allí, por eso ideé lo de la botella de Whisky.

¿Qué había dicho? Boquiabierta me dejó ante tamaña confesión.

—Estaba seguro que la famosa cena entre él y tú no se llevaría a cabo sino más que en la suite del hotel donde no querrías ir, porque no estabas al tanto de eso. ¿O sí?

—Estabas... ¿seguro?

—No. Estaba absolutamente convencido —noté como otra vez tensaba sus manos en el volante como si quisiera arrancarlo de cuajo—. Lo lamento.

«¡Mierda!». Esa única palabra se lo dijo todo al igual que la forma tan especial con la cual yo deseaba enterrarme, pero viva.

—Después de todo soy un hombre, Magdalena.

—No me digas, Emanuelle.

—Créelo, es cierto —se burló, volviendo a encender el Maserati.

—¿Qué más sabes sobre mí?

—Mmm... Que no estás aquí por simple gusto —aceleró el vehículo un par de veces antes de partir.

Crucé mis brazos por sobre mi pecho, pero esta vez fulminándolo con la mirada.

—¡Vaya! Chofer y guardaespaldas... ¿Hay más?

—Y Kinesiólogo también —se jactó antes de otorgarme un coqueto guiño.

Moví mi cabeza hacia ambos lados mientras el coche comenzaba a moverse.

—Estoy hablando en serio. ¿Hay más? —Volví a manifestar.

—Siempre habrá más —contestó, pero ya con la vista fija en el camino.

—Y... ¿Me lo vas a contar?

—Tal vez.

—¿Tal vez?

—Está bien. Lo haré solo si dejas de pensar en lo que ocurrió con el imbécil y de paso —sonrió burlonamente—, me invitas a tomar un café en tu departamento donde ahora mismo te llevaré. ¿Qué opinas?

—¿Qué opino? ¿Sinceramente quieres que dé mi opinión si ya tienes todo planeado? Por favor... ¿Tengo más opciones?

Aceleró todavía más, perdiéndose en la oscuridad de la noche, no sin antes decir:

—Por el momento... lamento decir que no.

No sé por qué, pero... eso temí que dijera. ¡Rayos!

Ya en casa, terminaba de quitarme la ropa en mi habitación mientras Emanuelle me esperaba en la sala. Lo había dejado en ella para ponerme algo más cómoda con lo cual empezar la dichosa conversación de la que yo no estaba al tanto.

Cuando salí de mi cuarto vistiendo una camiseta y calzas deportivas lo encontré junto a la ventana plenamente concentrado en... ¿admirar la noche? ¿Contar las estrellas desde mi piso? Tosí una vez para que notara mi presencia.

—¿Qué sucede James Bond? ¿A quién vigilas tan concentradamente?

Se volteó de inmediato hacia mí, pero sonriendo.

—¿James Bond? —Preguntó, creo que gratamente complacido por como lo había llamado.

—Eso fue lo que dije. Te vi muy “entretenido” admirando lo que sea que estabas observando por mi ventana. ¿Café?

—Por favor —dejó lo que hacía para colocar sus extremidades sobre sus caderas y desde su sitio seguir cada uno de mis movimientos con su vista—. Solo estaba...

—No hace falta que me des explicaciones. No te las estoy pidiendo. Así que no te pongas nervioso.

Entrecerró sus ojos al tiempo que sonreía más relajado.

—No estoy nervioso.

—Claro... ¿azúcar o stevia?

—Azúcar, por favor.

Seguí preparándolo tras oír como avanzaba hacia mí hasta quedar del otro lado de la mesa de mármol que separaba la cocina de la sala.

—Lo siento —dejé su taza de café sobre la mesa—. A veces... o mejor dicho la mayoría del tiempo, hablo de más cuando más bien debería preocuparme de cerrar muy bien mi bocota.

—No te preocupes. No has hablado de más. Gracias por el café.

Asentí al mismo tiempo que dirigía mi andar hacia el refrigerador para sacar desde dentro una botella de agua, la cual intenté abrir sin éxito hasta que él terminó haciéndolo por mí, arrebatándomela de las manos.

—Sigues nerviosa —aseveró sin darme tiempo a que rebatiera sus palabras.

—Solo un poco abrumada, pero ya pasará —bebí un poco de agua frente a la intensidad de sus ojos castaños—. No ha sido una buena noche para mí.

—¿Estarás bien después que me vaya?

—Sí. Recuerdo que me pediste que me olvidara del imbécil y eso trato de hacer.

—Muy bien. Eres una chica muy obediente. Te felicito.

Sonreí sin alzar la vista mientras volvía a colocarle la tapa a la botella.

Guardamos silencio un momento hasta que oí a lo lejos mi teléfono, sonando. Fui por él percibiendo ante todo que Emanuelle seguía rigurosamente con sus ojos cada uno de mis pasos. ¿Qué no podía mirar hacia otro lado o, tal vez, hacia la ventana de mi habitación?

—¿Hola? —Contesté la llamada sin reconocer el número que se mostraba en la pantalla.

—Soy yo, preciosa. Te llamo desde la clínica.

—¡Teo! —Percibí como un nudo se me alojaba en la boca de mi estómago, porque ahora más que nunca lo necesitaba tanto, tanto a mi lado.

—¿Qué sucede? ¿Estás bien?

No sé por qué, pero instintivamente alcé la mirada para conectarla con la de mi invitado.

—Sí... lo estoy, pero... te hecho de menos —balbuceé.

—También yo, por eso te llamé. Necesitaba escuchar tu voz.

Intenté dibujar en mis labios una sonrisa que no conseguí delinear del todo.

—Esta noche está siendo muy dura, Magda.

—¿Mucho trabajo? —Me centré en la charla y no en la mirada expectante de Emanuelle que tenía muy quieta sobre la mía.

—Sí —obtuve de vuelta esa única palabra cuando ansiaba, por sobre todas las cosas, que él añadiera algo más con lo cual hacerme desvariar o, sinceramente, lograr que yo pensara en otra cosa—. Mañana...

—Podríamos desayunar, ¿te parece? —Pedí, casi suplicándolo.

—Me encantaría, pero no sé si podré zafar tan pronto de aquí. Hay problemas de personal.

Quizás... tenga que tomar un turno extra.

¿Turno extra? ¡No, por favor!

—Bueno, aunque no me agrade mucho la idea del turno extra tal vez tengas tiempo para almorzar o por la tarde salir... —como si me hubieran insertado algo profundo en el pecho recordé la pseudo cita con David Garret.

—¿Salir? ¿Cancelaste la cita con el tipo ese?

¡Rayos!

—No —exhalé aire tras situar una de mis manos en mi frente—. Solo la había olvidado por completo.

—Entonces ve, disfrútalo. Te llamaré mañana por la tarde o cuando ya estés disponible en casa o a la hora que sea.

¿Cómo? Teo se oía extraño, irónico y yo me oía casi suplicante. ¿Alguien me podía decir qué demonios estaba sucediendo aquí?

—¿Estás bien, Teo? Digo... ¿Necesitas...?

—Trabajar —me interrumpió, dejándome con la palabra en la boca.

—Pero te noto muy molesto y...

—No estoy molesto, Magda, solo... ¡Maldita sea!

—Teo —insistí, porque sabía de sobra que algo no andaba bien con él, su poderoso tono de voz me lo estaba confirmando—. Teo, por favor...

—Debo irme. Hablamos luego o mañana. Adiós.

No alcancé ni a pronunciar un “hasta luego” cuando el sonido del teléfono me dio a entender que él había cancelado la llamada.

Suspiré como si el aire me faltara mientras apretaba el aparato en una de mis manos oyendo, a la par, la voz de Emanuelle, otra vez, diciéndome:

—¿Está todo bien?

—Lo estará —contesté dubitativamente, cuando ni yo lo sabía a ciencia cierta.

Al cabo de unos minutos él ya se había bebido la taza de café y yo media botella de agua y ninguno de los dos había manifestado ni media palabra. ¡Fantástico!

—De pronto, te quedaste muy callado —pretendí, por todos los medios posibles e imposibles, retomar la conversación.

—Tú también —alzó la mirada para centrarla en los movimientos que realizaba al jugar con mis manos—, después de ese llamado que te perturbó.

Negué su acotación moviendo mi cabeza, un par de veces, de lado a lado.

—No me perturbó, solo la sentí extraña.

—¿Extraña? Más bien noto que te dejé K.O. ¿O no esperabas que la otra persona te respondiera de esa forma?

Deposité mis ojos en los suyos dejando de jugar con mis manos sin saber qué decir, hasta que después de unos extensos segundos lo supe.

—Me debes algo. ¿Ya lo olvidaste?

Emanuelle entendió de inmediato que no quería hablar sobre esa llamada en particular, pero sí sobre la información que él me debía y que no me había dejado en claro.

—No, no lo olvidé, pero se me está haciendo tarde —me comunicó tras mirar su fastuoso reloj de pulsera. Un segundo... ¿Por qué poseía un reloj tan carísimo? No es que me importara, pero él era solo un chofer, además de guardaespaldas y sí, también un kinesiólogo.

—Bonito reloj.

—Gracias. Me lo regaló mi abuelo.

—Se ve.... lujoso.

—Tal vez lo sea o tal vez no —se acomodó la manga de la chaqueta para apartarlo por completo de mi vista—. Gracias por el café, pero debo volver a dejar el coche en su sitio.

—¿A la Corporación?

—Así es.

—¿Y lo que me ibas a contar?

—Lo dejaremos para otra oportunidad —afirmó convencido, levantándose del taburete en el cual se encontraba sentado—. Nos veremos otra vez, te lo aseguro —caminó directamente hacia la puerta sin nada más que decir.

—¡Un segundo, James Bond! —Lo detuve, consiguiéndolo—. ¿Otra oportunidad? ¿A qué te refieres con eso?

—A otra oportunidad —se volteó quedamente—. Después de lo que ha sucedido esta noche y mi violenta reacción frente al imbécil... ¿qué crees que ocurrirá? Loretta seguro vendrá a buscarte.

¡Santo Dios! Eso no me lo esperaba. Tragué saliva un par de veces percibiendo como mis ojos se aguaban en lágrimas, pero... ¿de temor u otro perturbador sentimiento?

—Lo siento mucho, Magdalena. Haré todo lo que esté a mi alcance por...

Lo detuve alzando una de mis manos, haciéndole comprender con ese significativo movimiento que no necesitaba de su intervención divina; además de pedirle que guardara silencio. Y así lo hizo, callando.

—Para ella... los negocios son lo primero —recordé, sintiendo como mi estómago se contraía en nudos—. Y yo soy una de ellos, ¿verdad?

All oírme empuñó sus manos con fuerza.

—Dime una cosa. ¿La verás esta noche? —Sacando fuerzas de no sé donde, al tiempo que su vista volvía a posicionarse sobre la mía, se lo pregunté encarecidamente.

—Tal vez.

—Sí o no, Emanuelle. Deja de dudar tanto.

—Sí —pronunció hoscamente, como si no deseara afirmarlo.

—Pues, para tu buena suerte y la mía vas a darle un mensaje por mí —. Con entereza y decisión avancé hacia él articulando lentamente las siguientes palabras al mismo tiempo que me aprestaba a abrir la puerta de mi departamento—. Esta vez no tendrá que venir hasta aquí porque yo iré hacia ella. ¿Me oíste bien?

—Perfectamente.

—Pues ve y díselo, por favor, y procura no omitir una sola palabra. Buenas noches.

Tragó saliva un par de veces antes de animarse a abandonar, definitivamente, mi hogar.

—¿Estarás bien? —Se situó fuera de mi piso.

—Te lo aseguro, estaré de maravillas —finalicé, cerrando de un solo golpe la puerta cuando mis lágrimas empezaban a aflorar por las comisuras de mis ojos sin poder retenerlas más y mi laptop, siempre encendida, me daba a entender que un mensaje había caído en ella.

Corrí desesperada hacia la computadora secándome las lágrimas que nublaban mi visión, porque sabía a cabalidad quien estaba allí, a mi lado, pero a miles de kilómetros de distancia esperando impaciente la respuesta que, unos minutos después, tecleé con sumo fervor y entusiasmo, como lo hacía cada vez que recordaba su presencia.

“Sí, estoy bien, pero no imaginas cuánto te necesito en este momento. Te amo, papá”.

Emanuelle bajó las escaleras raudamente y caminó de la misma forma hacia el Maserati que había estacionado frente al inmueble, tras maldecir a viva voz por lo que iba a hacer en ese preciso instante.

Desde uno de los bolsillos del pantalón del traje que vestía tomó su móvil y marcó el número de la persona que, seguramente, esperaba ansiosa el llamado que él realizaría y que efectuó, cerrando los ojos, suspirando y oyendo una voz femenina que contestó al segundo, formulando:

—¿Está hecho?

—Tal y como lo llevaste a cabo en tu mente.

—Lo sé, Martín me llamó furioso. Al parecer, le diste bastante duro. ¿Era necesario?

—Se comportó como todo un cabrón. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Por qué estás tan enojado? ¿Hay algo más que debas decirme?

—¿Para qué? Tú lo sabes todo.

—Emanuelle...

—Los negocios son los negocios, ¿o no, Loretta?

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué me hablas así?

Se mordió la lengua tras pensar muchísimo mejor lo que iba a decirle.

—El imbécil se lo buscó. Solo hice lo que creí necesario.

—Y eso está muy bien, no te lo estoy recriminando, solo... me inquieta escuchar tu beligerante tono de voz. ¿Debido a qué suena así?

—Debido a que no me agrada ser partícipe de esto.

—A mí tampoco, pero no puedo dejarlo todo así como así. Hay mucho dinero de por medio y no voy a arriesgar mi negocio y todo lo que he construido por tantos años por una simple muchachita que no vale nada.

—En eso te equivocas, ella no es una simple muchachita como crees.

—¿Ah no?

—No. Porque ya lo comprobé.

—¿Dónde estás Emanuelle? —Loretta alzó la voz, furiosa.

—Precisamente... saliendo de su edificio.

—¿Qué hacías ahí? ¡No te pedí que...!

—Lo sé —ironizó, interrumpiéndola—. No era parte del plan, ¿cierto?

—¡Claro que no! —Su rabia era más que evidente—. ¡Tenías que...!

—Vigilarla... y eso fue lo que hice. Así que deja ya tu histeria de lado, por favor. Tú único hijo sabe perfectamente lo que hace y como comportarse, madre.

—Emanuelle. ¡Este negocio algún día será para ti!

—¿De qué me hablas? Este negocio es solo tuyo, admítelo. Yo por el momento solo te sirvo como un peón.

—¿A qué te refieres?

—A lo que... —rió soberbiamente—... ya no importa.

—¡Cómo que no importa! —Vociferó furiosa y al mismo tiempo angustiada—. ¡Eres lo único que tengo!

—Te rectifico, lo único que te queda por tus propias decisiones. Y antes que lo olvide, no es necesario que vengas por ella otra vez. ¿Está claro?

—¿Qué me quieres decir? ¡No te entiendo!

—Ya lo hará, señora Santoro. Ya entenderá cuando ella vaya prontamente a visitarla a la Corporación. Así que, por de pronto, le sugiero muy amablemente que la deje en paz un buen tiempo.

—Emanuelle, tú no puedes...

—Sí, sí puedo, mamá. Al igual que lo harás tú, pero esta vez con una sonrisa estampada en tu lindo semblante.

—¿Qué pretendes, hijo? ¿Qué planeas? ¡Dímelo! ¡Te lo exijo!

Él volvió a reír, pero ya subiendo al coche.

—Ya lo verás, mamá. Te lo aseguro... ya lo verás.

Y así, tras colgar la llamada, Emanuelle Santoro sonrió por última vez acelerando su lujoso Maserati que comenzó a moverse alcanzando una rápida velocidad en cosa de segundos, y con el cual se perdió definitivamente en la oscuridad de la noche que acompañaba, por ahora, su solitario y misterioso transitar.

Once

Tuve una magnífica noche de perros sin cerrar los ojos. Me explico. No es que haya dormido con un perro a mi lado, no señor. Eso en mi bendito lenguaje significaba nada menos que no había dormido ante las maravillosas preocupaciones que ahora rondaban al interior de mi cabeza. Y así lo constaté al mirarme al espejo esa mañana y advertir las remarcadas ojeras que poseía en mi lindísimo semblante.

—¡Demonios! ¡No puede verme así!

—¿Quién?

—David.

—¿Quién es David?

—Eso no importa.

—¿Cómo que no importa? ¡Claro que importa! Dime una cosa, ¿te quedaste despierta toda la noche para lucir así? —Formuló Silvina a mi espalda tras observarme detenidamente.

—No conseguí cerrar los ojos. Gracias por tu comentario.

—Ya lo noté. ¿Tienes manzanilla? ¿En bolsitas de té?

—En la alacena, ¿por qué?

Ella ya había echo abandono del cuarto de baño cuando a viva voz manifestó:

—Porque son excelentes para deshinchar los ojos y... ¿este bicho, Magda? ¿De dónde salió?

¿Bicho? Me volteé rápidamente y caminé hacia la sala preguntándome a qué se refería expresamente con esa palabra.

—¿Qué bi...? —No pude terminar de hablar al ver a Midas sentado al borde de la ventana entreabierta de la sala—. Eso no es un bicho, sino un gato, Silvina.

—Es un bicho para mí —sentenció algo extrañada con el animal que parecía dedicarle una evidente mirada de desagrado—. Y por lo que veo muy felpudo. ¿Es tuyo?

—No, de Teo. Su nombre es Midas.

No pareció importarle lo más mínimo mi acotación, añadiendo:

—¿Dónde me dijiste que tenías las bolsitas de té?

—En la alacena —reiteré, acercándome lentamente hacia el pequeño animal para bajarlo de la corniza—. ¡Hola, bonito! ¿Qué haces aquí? Al parecer tu dueño no ha llegado, ¿cierto? —Extraño, pero real. Recibí de inmediato un caluroso maullido de su parte, confirmándomelo—. Turno extra —le respondí como si él lograra entenderme—. ¿Tienes hambre?

—Magda, el bicho no te va a contestar —expresó Silvina, arrancándome una sonrisa.

—Se llama Midas y deja de llamarlo así, por favor.

Levantó las manos en son de paz mientras abría la caja de manzanilla para sacar desde el interior dos de las bolsitas de té y prepararlas.

—¿Desde cuándo tu pseudo-novio tiene un gato?

Tomé entre mis brazos al animal para luego dejarlo en el piso donde sabía que estaría más seguro.

—Es callejero. Solo lo adoptó.

—¡Qué tierno! —Dijo con remarcado sarcasmo—. ¿Así como te adoptó a ti?

—Cierra la boca —le pedí no muy amablemente mientras me dirigía hacia la despensa para sacar desde el interior de ella una lata de atún—. Y de paso, Teo no es mi novio.

—¿Y qué son? ¿Amigos folladores de temporada?

—Te has ganado el premio mayor —le di a entender abriendo la lata y colocando el contenido en un plato y oyendo, a la par, como Midas maullaba con más fuerza al percibir el olor—. Aquí

tienes, bonito. Disfrútalo.

—Magda, deja al bicho en paz y ven aquí —pidió obteniendo de mi parte una fugaz mirada asesina—. Ya tengo listas tus bolsitas de té para tus lindísimos ojos de zombie.

—Deberías ver a un otorrino para que te analice los oídos. No se llama bicho.

—Deberías ver a un cardiólogo para que analice tu corazón.

No comprendí muy bien lo que quiso decir con eso del cardiólogo menos al oír mi telefono vibrar desde la mesa de mármol, donde se situaba.

Fui por el aparato encontrándome al instante con un particular nombre inserto en la pantalla que decía: “David Garret llamando”, el cual solo consiguió hacerme suspirar antes de contestar la llamada con una agradable voz en la que no había ni una sola pizca de emoción inserta en ella.

—¿Hola?

—Buenos días, señorita Mustang. Espero por mi bien que se acuerde de mí.

Y no sé por qué su característico tono de voz me arrancó enseguida una media sonrisa al oírlo.

—Lo recuerdo muy bien, Mister, pero al parecer usted olvidó que habíamos dejado las formalidades de lado.

—No lo olvidé, Magdalena. Solo pretendía utilizar una buena táctica para dar inicio a la conversación.

—¿Con que una táctica, eh?

Silvina dejó de hacer lo que hacía para poner más atención en mí y en cada una de mis benditas palabras.

—¿Y de qué trata esa táctica si se puede saber?

—Mmm... —pensó—... lograr que no cambies de opinión frente a lo que habíamos acordado, por ejemplo.

—¿Y qué te hace suponer que cambiaré de opinión? —Exigí saber al apoyar mis extremidades sobre la mesa de mármol.

—No lo sé. Contigo nunca se sabe.

—Eso es muy cierto, David. Soy... digamos... algo diferente al común de las mujeres o al menos yo me siento así.

—Pues, me parece perfecto que seas diferente. Eso te hace aún más especial.

¡Vaya, vaya! ¡Pero qué halago estaba recibiendo a las diez de la mañana!

—No sé cómo debo tomármelo, pero gracias de todos modos.

—No me des las gracias ante un cumplido que es totalmente real y merecido.

—Ya comprendí —le solté de golpe—. Halagarme es parte de tu táctica.

Una sonora carcajada emitió con su varonil y grave voz, desconcertándome.

—Me has pillado desprevenido.

—¡Sorpresa! —Exclamé con más ansias que con las que había contestado al dar inicio a la conversación. Y al parecer Silvina lo notó, viniendo hacia mí para prestar muchísima más atención a cada uno de mis gestos faciales y a cada una de mis palabras.

—Magda, ¿es tu cita? —Susurró.

—¡No es mi cita! —Articulé, pero sin voz para dejárselo muy en claro.

—Entonces, ¿quién rayos es y por qué sonríes tanto?

Cerré los ojos y suspiré queriendo finalizar cuanto antes aquella conversación que ambas estábamos manteniendo por mi bien y, obviamente, por el de David Garret.

—¿Nos veremos allá? —Inquirí fugaz.

—¿No deseas que vaya por ti? Sería más cómodo y...

—Gracias, pero si no te molesta prefiero encontrarte en ese sitio. No me lo tomes a mal, pero no me gustan los compromisos.

—De ninguna manera, Magdalena. Te entiendo perfectamente.

—¿De verdad?

—Sí, no te preocupes. Te esperaré allá, pero por favor, solo llámame cuando hayas salido de casa. ¿Podrías hacer eso por mí?

—¿Por qué? ¿Temes que pueda chocar o volcarme en el camino?

Tosió como si le hubiera disgustado de sobremanera mi absurda interrogante que, después de unos segundos, comprendí que había expresado de más. ¡Sí, fenomenal! ¡Tonta por naturaleza! ¿Por qué era una maldita genia, pero sin lámpara cuando más la necesitaba?

—No —contestó secamente—. ¿Estaría mal que me preocupara por ti?

Me lo pensé un par de segundos antes de contestar.

—Disculpa, eso fue una mala broma.

—Lo fue —consiguió con ello hacerme sentir la misma estúpida de anoche—, y de muy mal gusto.

—Lo sé —clavé la mirada en el piso al tiempo que Silvina no entendía cada una de mis reacciones al observarme más y más detenidamente.

—Por lo tanto... —suspiró hondamente—... me obligarás a desarrollar mi paciencia, que debo advertirte no es una de mis mejores virtudes.

Aquello me hizo sonreír a medias porque extrañamente el tono seco de su voz había desaparecido casi por completo.

—Bueno, no todo puede ser tan malo, ¿o sí?

—Procura conducir con precaución, por favor —me pidió de la misma forma que lo había hecho frente a su casa.

—Lo haré. ¿A las seis de la tarde, Mister?

—A las seis de la tarde, señorita Mustang.

—De acuerdo. Entonces... no me queda más por decir que... nos vemos dentro de unas horas.

—Así será.

Un perturbador mutismo se alojó entre ambos. Un perturbador silencio que extrañamente me incomodó al no saber qué más decir.

—Debo... prepararme.

—También yo.

—Y desayunar —¿Por qué a veces lo que mi mente pronunciaba se oía tan coherente, pero al expresarlo a viva voz me sonaba a una reverenda imbecilidad?

—Pues ve a desayunar, Magdalena. Nos vemos mas tarde. Un beso.

¿Un beso? Él había dicho... ¿un beso? ¿Qué tipo de beso? ¿A qué se refería expresamente con un beso? ¿Y dónde se suponía que recaía ese beso?

—Hasta luego, David —y colgué, obviamente negándole uno mío.

Silvina tenía sus ojos depositados sobre mí al punto de querer estrangularme viva si no me animaba a hablar pronto.

—Dime que era el tipo con el que te vas a reunir.

—Sí —suspiré—, era el tipo con el que me voy a reunir.

—¿Es guapo?

Negué con mi cabeza de lado a lado.

—¿No? —Dilató sus ojos abriéndolos como platos.

—No. Guapísimo al grado de sentir absoluto dolor.

Al escucharme se echó a reír como una maldita condenada.

—¡Suertuda del demonio! ¿Y vas a salir con un tipo así? ¡Uyyy! ¡Qué doloroso! —Se burló muy afectuosamente.

—¡Sorpresa! —Volví a exclamar una vez más, enrojeciéndome.

—¿Y Teo? ¿Cómo se lo tomó?

Abrí la boca para decir algo que jamás salió de mis labios.

—¿Qué te parece si nos saltamos ese específico interrogatorio?

—Ya nos saltamos el que no quisiste responder con respecto al infeliz y a la cita de anoche —se apartó de mí sin desviar sus ojos de los míos, colocando sus extremidades en cada una de sus caderas y añadiendo severamente—: estoy preocupada y lo sabes de sobra.

Y no era la única.

—No puedes hacer nada, Silvina, ya te lo dije. Olvídate de ello, por favor.

—¿Cómo quieres que me olvide si yo fui la que te metió en esto?

¡Y ahí iba otra vez con la misma cantaleta de siempre!

—No comiences —me aparté de la mesa de mármol hasta llegar donde Midas que aún se encontraba comiendo su atún—. Te lo dije y te lo vuelvo a reiterar, me ocuparé de esto, pero no quiero que te inmiscuyas. ¿Hablo en español?

—¡Loretta me va a oír! —Vociferó hecha una furia, consiguiendo que Midas alzara fugazmente la mirada mientras se relamía los bigotes.

—Todo está bien, amiguito. Su paranoia es totalmente normal y de nacimiento.

—No en este momento, Magda, te lo aseguro.

—Basta, Silvina. No quiero hablar más de la tal Zorreta.

—Pero, Magda, si yo...

—¡Basta! —Ahora fui yo quien vociferó para dejárselo muy en claro—. Por favor. Lo que suceda con esa mujer y conmigo ya no es problema tuyo.

—Magdalena...

—Ya no es problema tuyo —repliqué sin dar mi brazo a torcer—. Ahora haz lo que mejor sabes hacer, ¿quieres?

Cruzó sus brazos por sobre su pecho mientras me admiraba, acechante.

—¿Estás segura? —No se demoró ni dos segundos en levantar sus extremidades como si intentara recrear el estúpido bailecito en adoración a la mismísima Katy Perry.

—Y no me refiero con ello al estúpido bailecito de tu gurú personal.

Una mueca de desilución me brindó al instante, deteniéndose.

—¿Entonces? ¿Para qué soy buena?

—Para buscarme un lindo atuendo y algo decente con qué presentarme frente a David.

—Mmm... David —repitió quedamente admirándome ahora con lascivia—. ¿Eso se come?

En cosa de segundos me arrancó una sonora carcajada al mismo tiempo que mi mente me jugaba una mala pasada al imaginármelo vestido, pero no precisamente para esta ocasión. ¡Vaya! ¡Qué calor de aquellos!

—No, lamentablemente no se come.

—¿No? —Formuló extrañada—. ¿Entonces?

—Sencillamente... se devora.

Faltaba media hora para que las seis de la tarde se hicieran presentes mientras yo ya conducía hacia el lugar donde se llevaría a cabo la exposición de coches clásicos a la cual David me había invitado tan cordialmente, y en la que con seguridad iba más que a alucinar y a disfrutar al tenerlos tan cerca olvidándome, por un buen momento, de todo lo desagradable que había acontecido y vivido anoche.

Desde que salí de casa me preocupé de llamar a Teo a su móvil obteniendo de vuelta su repetitivo buzón de voz que me invitaba, una y otra vez, a dejarle un bendito mensaje. Pero cuando advertí que no tenía otra opción así lo hice, expresando lo siguiente con mi incomparable dulzura que demostraba mi tono de voz.

“Hola. No quiero molestarte, pero estoy preocupada por ti. ¿Estás bien? Espero que así sea y si no lo estás solo llámame, ¿quieres? No es tan difícil marcar mi número y hablar. Sabes muy bien que estaré para ti cuando me necesites. Así que... cuando tengas algo de tiempo o ganas de escuchar mi voz ya sabes por donde empezar. Yo ya lo hice, pero no corrí con tanta suerte.

Te extraño, Teo. Muchísimo.

Cuídate, por favor.

Un beso.”

Y luego de ello la llamada llegó a su fin mientras un profundo suspiro se me arrancaba del pecho.

A esa misma hora, pero en los pasillos de maternidad, específicamente frente al cristal de la sala de neonatología, Laura se encontraba admirando a su pequeña sobrina Rafaela como dormía, sin dejar de sonreír y manifestar unas palabras que, en absoluto silencio, acalló cuando percibió que alguien más la observaba situado a unos cuantos pasos de donde ella se hallaba.

Volteó el rostro dedicándole la misma sonrisa que segundos antes había esbozado con mucha naturalidad al tiempo que sus ojos se depositaban sobre la nerviosa figura de quien se animaba a dar un par de pasos más dispuesto, quizás, a entablar una amena e inusitada charla.

—¿Hace cuánto estás espiándome? —Le preguntó la muchacha, robándole enseguida una media sonrisa de auténtica felicidad que Teo no demoró en dibujar en sus labios.

—No te estaba espiando —le dio a entender, bajando la vista hacia el piso.

—No me molesta que lo hagas. De hecho, siempre me gustó que me observaras así —aseveró orgullosa, logrando que él alzara la mirada en un santiamén para nuevamente dejarla caer sobre la suya—. Ven, acompáñame, por favor.

Así lo hizo, pero percibiendo una leve corriente eléctrica que emanaba de ella, la que cuando estaban juntos también le erizaba la piel, tal y como le sucedía ahora.

—Rafaela es hermosa y tan pequeñita. Es un milagro que esté aquí.

Teo tragó saliva sin entender a cabalidad lo que le comentaba.

—Consuelo tuvo un embarazo complicado. No fue fácil para ella... proseguir.

—¿Proseguir?

Laura suspiró cerrando por algo más que un segundo sus verdes ojos.

—Su esposo la abandonó —le comunicó casi en un hilo de voz abriendo de par en par su mirada—. El muy miserable la dejó por su secretaria.

Teo percibió de inmediato como Laura se estremecía mientras colocaba una de sus manos sobre el cristal de la ventana para volver a manifestar:

—Ambas fueron muy valientes, ¿sabes? Ojalá algún día yo... pueda ser igual.

—Tienes esa valentía —le dijo, susurrándoselo—, solo que no te has dado cuenta que forma parte de ti.

—Si la tuviera... todo habría sido tan diferente entre tú y yo. Lamento...

—No lamentes lo que ya está hecho —le pidió, silenciándola. Porque en ese instante en que la volvía a tener tan cerca lo que menos deseaba era recordar y reabrir las heridas del pasado.

—Aún así lo sigo haciendo. Yo... no debí marcharme así de tu lado.

—Pero lo hiciste. Para bien o para mal... sucedió.

Ahora fue ella quien conectó su vista con el piso, muy avergonzada.

—Lo lamento muchísimo.

—También yo, porque por una vez en mi vida creí que estaba haciendo las cosas bien.

—No solo te sucedió a ti. Créeme. No solo te sucedió a ti.

Después de un extenso e incómodo momento en que todo lo que pudieron oír fueron sus recurrentes inspiraciones y expiraciones, Teo al fin sacó la voz y preguntó con algo de angustia:

—¿Dónde estuviste todo este tiempo?

—Intentando olvidarte.

—¿Y lo conseguiste? —Exigió saber como si toda su vida dependiera de lo que ella pudiera manifestarle en ese crucial momento.

—No. Eres casi imposible de olvidar —afirmó, pero esta vez asegurándose de alzar la mirada.

—¿Casi? —Se tensó ante lo que había escuchado y asimilado.

—Sí, casi. Porque lo bueno jamás se olvida y tú fuiste y serás... lo mejor que he tenido en mi vida.

—Suena convincente, Laura. Muy convincente. ¿Debo creerlo?

—Lo es. Jamás tuve el coraje de mentirte y lo sabes.

Teo cerró los ojos ante esa gran verdad que no admitía discusión alguna.

—¿Y qué te hizo volver? —Formuló, abriéndolos.

—Consuelo y Rafaela por una parte y...

—¿Por otra?

La joven sonrió con nerviosismo, tal y como lo hacía cuando él la descolocaba al finalizar sus

frases con sus preguntas de rigor.

—¿Tienes tiempo para un café? Me gustaría... robarte para comentártela.

—¿Robarme? —Sonrió, deliberadamente—. ¿Qué te hace pensar que diré que sí?

Dudó antes de contestarle en la forma que se aprestaba a hacerlo, pero aún así se animó, añadiendo:

—El estar aquí conmigo cuando podrías perfectamente estar evitándome en otro sitio.

Teo se mordió el labio inferior a propósito para no acotar algo más porque Laura, su Laura, a pesar de su inminente lejanía... seguía siendo la misma mujer con la que él, un día, había soñado un futuro lleno de auténtica y dichosa felicidad.

—¿Aún crees que me conoces lo suficiente?

—Y más que a la palma de mi mano —rió con esa suave y adorable cadencia que a él le encantaba escuchar—. ¿Qué me dices? ¿Tienes algo de tiempo para mí?

—Tal vez, más tarde.

Ella asintió, comprendiéndolo.

—Pues, cuando así lo creas pertinente... todavía estaré deambulando por aquí.

—¿Cuánto tiempo? —Volteó su rostro hacia ella para que se dignara a mirarlo una vez más con la profundidad de sus ojos claros.

—¿Cuánto tiempo? —Replicó Laura sin dejar de parpadear perdiéndose en su incomparable mirada—. Bueno, por de pronto, el que sea necesario, Teo Sotomayor —finalizó.

El club de campo donde se realizaría el evento al aire libre lucía realmente fenomenal con un verde y envidiable prado que ya lo quisiera tener yo, claro, si viviera en una casa y tuviera un hermoso jardín con un inmenso patio trasero.

Coches entraban y salían de él. Perdón, reitero: coches lujosos entraban y salían de este sitio

porque a simple vista podía deducir que a este evento solo estaba invitada “la creme de la creme” de la socialité de la ciudad. Y bueno, alguien como yo que conducía un Shelby Mustang de 1967 totalmente refaccionado al que admiraron con absoluta adoración cuando crucé la entrada y conduje lentamente hacia los estacionamientos.

De acuerdo. Siempre me desagradó de sobremanera tantos ojos puestos en mí, pero... ¿qué más podía hacer si sabía muy bien que mi joyita valía más que unos cuantos miles de dólares?

Con toda mi preocupación patente por Teo y lo que supuestamente le sucedía me olvidé de llamar a David. ¡Rayos! Por lo cual, antes de bajar del coche, tomé mi móvil dispuesta a realizar la llamada que no efectué al advertir el mensaje de texto que tenía inserto en ella y que me devolvió el alma al cuerpo al saber y constatar que finalmente se trataba de Teo dando señales de vida.

“Hola, preciosa. Discúlpame, por favor. No fue mi intención responder así, pero algo no anda bien conmigo y prefiero trabajar antes que estar en casa pensando necesades sin sentido. Quiero, como favor personal, que disfrutes tu día y no pienses más de lo debido en mí. Seguramente me sentiré mejor después que duerma un poco. No te preocupes, me cubrirán las espaldas. Luego me cuentas que tal te fue, ¿de acuerdo? Y, por favor, no te quiero muy cerca del sujeto ese. Cuidate. Un beso.”

Sí, inevitablemente con su mensaje mi alma había regresado a mi cuerpo, pero se liberó al percibir la asesina mirada que David me otorgó mientras caminaba hacia mí un tanto... ¡Santo Cielo! ¿Molesto? De paso debo decir y admitir que se veía increíblemente devastador y adorable con ese ceño suyo fruncido.

—Antes que digas algo de lo cual te puedas arrepentir... —saqué mi cabeza por la ventanilla—... debo decir algo en mi defensa. Así que procura contar hasta diez, calmarte y guardar silencio.

Quiso hablar, pero no pudo hacerlo abriendo y cerrando la boca en un dos por tres. ¡Perfecto!

Volví a meter la cabeza hacia dentro del vehículo; metí de igual forma mi móvil en mi bolso de mano y suspiré como si lo necesitara al mismo tiempo que mi cabeza ya trabajaba sin descanso para expresar lo que sea que iba a expresar y que fuera totalmente convincente, no para mí, claro estaba, sino para el titán sexy maduro que se había detenido frente a mi coche y que hoy vestía de una manera muy casual luciendo una camisa blanca, una cazadora de cuero oscura, jeans, su cabello algo revuelto y natural y como era de suponer, zapatos de diseñador que completaban su vestuario. ¡Wow y más wow! Si pudiera puntuarlo de seguro el Mister se llevaría un triple 10. ¡Aplausos para el pobre desgraciado, por favor!

—Lo olvidé porque salí apurada —bajé de mi coche rápidamente pretendiendo lucir mi

cómodo, corto y coqueto vestido primaveral que Silvina eligió para mí, porque estaba confeccionado en una liviana tela de fondo azul y estampado floral, sin mangas, escote cerrado y con un corte en la cintura que la entallaba dejando también gran parte de mis piernas al descubierto, y que causó expectación, y me atrevería a afirmar que también entusiasmo, en David, pero más en su rostro que terminó dibujando en sus labios una linda sonrisa que me relajó del todo.

—Saliste... apurada —articuló entrecortadamente como si le costara pronunciarlo.

—Sí, eso fue lo que dije. ¿Tiene problemas de sordera a su edad, Mister?

¡Ja! Ese hombre no podía molestarse con una chiflada como yo que se atrevió a robarle una sonora carcajada en cosa de segundos.

—Solo tengo treinta y cinco años, Magdalena. ¿Por qué siempre me haces sentir como si tuviera cincuenta?

—Bueno, por la sencilla razón que a veces te comportas como si los tuvieras. ¡Si hasta me miraste como si fueras mi padre!

—¿Y me puedes especificar con qué cara te miré?

—Con esa siniestra mirada asesina de desaprobación.

David cerró sus ojos moviendo su cabeza de lado a lado, pero aún sonriendo.

—Así que... ¿estás enojado?

—Lo estoy o creo que lo estuve. ¡Ya no sé qué pensar o decir!

—¡Maravilloso!

—¿Maravilloso? —Preguntó algo desencajado por mi inesperada acotación—. ¿Qué es tan maravilloso?

—Que ya no lo estés. Así que relaja tu ceño que todavía tienes fruncido, por favor, que ya estoy aquí y no me iré a ninguna parte.

Caminó hacia mí entrecerrado su vista azul acero con la cual me hizo sentir mínima e insignificante.

—Me agradó oír eso de que no irás a ninguna parte.

¿Perdón? ¿En qué lapsus mental de mi propio síndrome de la estupidez yo había dicho eso?

Enrojecí al tenerlo tan cerca de mí y más lo hice cuando finalmente pronunció:

—Te ves hermosa, además de encantadora. Dime, ¿cómo lo logras?

—¿Lograr... qué? —Me sentí todavía más pequeñita frente a su intimidante presencia, como si yo fuera David y el Goliat.

—Deshacer mi molestia.

—Ah, eso... bueno, ¿con mucho esfuerzo, imaginación y siendo realmente coherente con lo que estoy diciendo? Lo siento, de verdad. Salí algo apurada y también algo preocupada por... —recordé las palabras de Teo con respecto a no pensar en él más de lo debido—... ciertas cosas que no vienen al caso.

—¿Estás segura? —Lentamente me tendió una de sus manos para que la tomara. Y así lo hice, percibiendo enseguida un asombroso “click” entre su tibia piel y la mía que no pude pasarlo por alto, menos cuando la elevó hasta su boca para depositar en ella un tierno y a la vez delicado beso. ¡Ay por Dios!

—Sí. Segura.

—Me parece muy bien porque voy a presumirte.

Abrí los ojos como platos al oírlo.

—¿Qué tú vas a hacer qué?

—Presumirte —repitió, sentenciándolo con su preponderante y grave voz—. Y eso tiene una razón.

—Si yo logro enfadarte déjame decirte que tú logras asustarme y mucho.

Me dedicó una exquisita sonrisa seductora con la cual consiguió hacerme tambalear en mis tacones de infarto, pero que su fuerte y vigorosa mano reprimió al deslizarla con suavidad por

mi cintura.

—Para mi bendita fortuna eres la mujer más hermosa de este lugar y la que me acompaña en esta tarde. ¿Cómo no voy a presumirte?

Mi estómago se contrajo en evidentes nudos de nerviosismo, angustia y qué se yo que otros sentimientos contradictorios más al oír cada una de sus palabras.

—Estás loco, David.

—Sí, lo estoy —me susurró al oído—, pero se suponía que era un secreto que ahora tendré que compartir contigo.

Reí. No pude evitarlo, pero no sabía si lo hacía por cada cosa que decía o por cada una de las gratas sensaciones que este hombre lograba ocasionar en mí consiguiendo que me olvidara de todo. Y cuando me refiero a todo es “todo.”

—Ya veo... ¿No le gusta compartir, Mister? —Ataqué con descaro.

—Depende de lo que tenga que compartir. Y tú, Magdalena, ¿compartes?

—Claro que sí. Para su sorpresa, tiene a la señorita generosidad en pleno y frente a su rostro.

El significativo apretón que recibí en mi cintura me lo dijo todo.

—Entonces, creo que tenemos un problema.

—¿Ah sí? ¿Y es grave?

—Muy, muy grave —siguió mi juego tras volver a posicionar su felina mirada sobre la mía.

—¿Qué... tan... grave? —. «¡Oh Dios! ¿Por que solo me permites balbucear como una tarada?».

—Que esta tarde no me siento capaz de compartirte con nadie más que conmigo. Ahí radica mi problema.

¡Y me lo tenía que soltar así como así y sin tomarse un solo respiro!

—¿Qué opinas? Tienes frente a ti al Mister egoísmo en pleno.

Tuve que suspirar como si lo necesitara porque... ¡Madre mía! ¡Vaya que lo estaba necesitando! Y por un instante me pregunté, ¿tendrían en este sitio un resucitador? Porque así como se estaban dando las cosas yo iba a sufrir en cualquier segundo un infarto.

—Opino que...

—¡David! —Oí a mi espalda una particular voz masculina que me robó el aliento y que consiguió hacerme estremecer y estremecer de la impresión de haberla oído, porque... ¡No podía ser real! ¡No podía ser cierto! ¡Tenía que ser parte de alguna de mis macabras pesadillas!—. ¡Qué grato es verte aquí, amigo mío! —Prosiguió esa cadencia que para mí poseía un solo y maldito nombre.

—¡Martín! —Exclamó David, sepultándome en vida—. ¡Lo mismo digo!

Por favor no... por favor... ¡Esto no puede estar pasando!

No quería voltearme y no pretendí hacerlo hasta que ese temible sonido se situó más y más cerca de mí apoderándose también de todo lo que me rodeaba e incluso, de cada uno de mis sentidos al evocar lo que había acontecido anoche.

¡Demonios! Los vi abrazarse con suma alegría. Advertí la familiaridad que emanaba de ambos como si se conocieran de toda la vida y creí morir cuando la vista asombrada, pero gratamente complacida de Martín De La Fuente penetró la mía de una incomparable manera.

—Pero, hombre... ¡Qué bien acompañado estás esta tarde! Siempre supe que eras un afortunado, David.

—Deja que te presente a una amiga. Su nombre es...

¡No lo digas! ¡Por lo que más quieras no expreses mi...!

—Magdalena Villablanca.

«¡Maldición!».

Martín sonrió como si se hubiera ganado la lotería y yo... terminé cerrando los ojos y empuñando mis manos como si hubiera perdido todas y cada una de mis batallas.

—Es un placer... conocerla, señorita “Magdalena Villablanca” —enfaticó decididamente haciéndome temblar.

—Para mí... —no podía hablar, no ahora, no en este momento en que solo deseaba salir de allí a toda prisa—... también es... un... placer, señor...

—Martín, querida. Mi nombre es Martín De La Fuente —subrayó, acercándose a mí y evitando a toda costa las formalidades para regalarme un asqueroso beso que me plantó en una de mis mejillas, añadiendo—: no lo olvides. Y tampoco que las amigas de mi buen amigo David también son amigas mías.

Mi estómago en cualquier instante iba a voltear el poco contenido que tenía en su interior.

Asentí retrocediendo como si su beso me hubiera provocado algún tipo de urticaria que rápidamente brotó en mi piel y hasta en la más mínima parte de mi cuerpo, cuando me atreví a posicionar mi resplandeciente mirada en la de David, quien volvió a tomarme por la cintura como si hubiera percibido, de pronto, mi grandísima necesidad y ansiedad de tenerlo cerca.

—¿Y qué te trae por aquí, Martín? Por lo que sé, los autos clásicos no son una de tus prioridades —comentó conmigo ya entre sus brazos.

—Ahora que lo pienso... sí lo son, amigo mío.

«¡Maldito seas, infeliz!».

—La verdad... los negocios son los negocios después de todo y más si se trata de autos, ya sean de lujo, clásicos, deportivos y hasta de marcas desconocidas... todos me interesan por igual y siempre estarán a mi alcance. Eso te lo puedo asegurar porque... no hay nada que el dinero no pueda comprar en esta vida, David.

Me estremecí al oír lo que afirmó con tanto convencimiento notando, además, que todo lo que se hallaba a mi alrededor empezaba a desmoronarse a mis pies gracias al terremoto grado diez que me estaba sacudiendo. Porque, en primer lugar, eso significaba Martín para mí aunque no deseara admitirlo. Y en segundo... si él había vuelto era solo para recordarme que de su presencia yo jamás me iba a librar tan fácilmente. ¿Por qué? Sencillamente, porque el vil destino estaba, nada menos que, de su parte.

—Así que se llama, Magdalena... ¡Qué interesante!

—¿Qué es lo tan interesante? —Ataqué, a sabiendas de que en cualquier momento abriría la boca de más para intentar chantajearme.

—Que su rostro se me haga totalmente familiar.

—Pues eso es imposible.

—¿Por qué tan imposible, señorita Villablanca? Déjeme decirle que un hombre como yo jamás olvidaría un rostro como el suyo. ¿Está segura que usted y yo no nos conocemos de antemano?

¡Piensa, Magda, piensa! ¿Qué mierda vas a hacer ahora?

—Estoy realmente segura porque...

—¡Magda! —Oí nuevamente a mi espalda una cadencia femenina pronunciando el diminutivo de mi nombre que... ¡Santo Dios!... me atemorizó todavía más, consiguió estremecerme en mi totalidad, sacarme de mis casillas y, por sobre todo, logró hacerme tragar saliva con suma intranquilidad porque... ¿Qué rayos sucedía aquí y ahora? ¿Era real y nefasto todo lo que estaba ocurriendo al mismo tiempo?

—¡Pero qué casualidad! ¡Quién lo hubiese dicho!

«¡Esto es para jalarme de los pelos!», pensé bastante aturdida y conmocionada, además de desconcertada, porque de algo estaba segura: esto no era precisamente una casualidad, sino formaba parte de una película de horror mezclada con suspenso que estaba dirigida al más puro estilo de Alfred Hitchcock con un guión absolutamente escrito por Stephen King. ¡Mierda, mierda, pero mierda! ¿Podría ser peor? ¡Lo dudo!

Con algo de temor giré quedamente mi rostro hacia la mujer que me observaba realmente asombrada y que, a la vez, esbozaba en su semblante una sonrisa de oreja a oreja, al mismo tiempo que jugueteaba con su largo cabello liso y rubio que la suave brisa hacía bailar a su compás y que para mi desgracia poseía un solo nombre, el que no me atreví a pronunciar por razones obvias, pero que de igual forma articulé en silencio, manifestando... «¡Piedad!».

Doce

—Pero... ¡Qué pequeño es este mundo, hermanita!

¡Por qué para mi mala suerte tuvo que recalcar esa última palabra con tanto énfasis!

—Venir justo a encontrarnos aquí . ¡Qué suerte!

¡Qué suerte ni que nada! ¿Qué la muy idiota y cabeza hueca no podía quedarse callada? Y obtuve mi respuesta cuando decididamente prosiguió, añadiendo:

—Y por lo que veo muy bien acompañada.

¿Podía pedirle peras al Olmo? No respondan, muchas gracias por su acotación.

—Discúlpame, David. Con... permiso —manifesté a punto de cocerle la boca a esa mujer del demonio cuando ya me separaba de quién, a regañadientes, terminó soltándome—. Ya regreso.

Caminé en dirección hacia Piedad preocupándome siempre de fulminarla con la mirada cuando ella, por su parte, sabía que lo mejor estaba por venir.

—¡Te extrañé tanto, Magda! ¿Por qué no me avisaste que venías hacia acá?

¿Extrañarme? ¿A mí? ¡Por Dios! ¡Vil y asquerosa rata mentirosa!

Me detuve frente a ella con infinitas ganas de darle una buena bofetada para que reaccionara y así dejara de comportarse tan patéticamente y como una idiota. Pero cuando me digné a responder, ¿qué obtuve de su parte? Nada menos que un inesperado abrazo seguido de un susurro con su chillona voz en mi oído que decía: “¿Con cuál te vas a quedar? Elije. ¿Con el de la derecha o el de la izquierda?”.

Pero... ¿Qué mierda estaba diciendo?

Me aparté al instante de su inesperado gesto afable, porque a esa vil víbora no la quería tener cerca ni un minuto más.

—Dime que mi madre no está aquí contigo —murmuré muy bajito.

—Nuestra madre no está aquí conmigo —repitió, pero asegurándose de, además, otorgarme un coqueto guiño—. ¿Por qué? ¿Temes que descubra tu nueva afición? No tengas miedo, relájate. Si haces algo por mí te aseguro que ella no se va a enterar de todo esto.

Degollada, desmembrada o quemada a lo bonzo. Así quería asesinar a mi “hermanita”. ¿Por cuál opción debía comenzar? ¿Ya tienen la suya? ¡Hagan sus apuestas, señoras y señores!

—¿Afición? —Crucé mis brazos por sobre mi pecho.

—Sí, ésta. La de cazar hombres guapos y con dinero. Por lo que sé aún estás desocupada, por no decir “desempleada”. Disculpa. No quise ser tan obvia y lastimar tu pequeño corazón. No sé si me comprendes. ¿Qué más podrías hacer aquí? Ah, no pude dejar de verlo. Luces un adorable vestido, aunque la tela parece sacada de una cortina corriente de un salón de los años setenta con tantas flores. Pero... te ves bonita.

Si no cerraba su condenada boca yo iba a despelucarla frente a todos. ¡Y pobre del que osara arrancármela de las manos!

Observé como lucía un vestido corto, sugerente y plateado que en su frente poseía un generoso escote que... ¡Vaya! No dejaba nada a la imaginación. Perdón, me retracto. Sí, mostraba y a plenitud las tetas plásticas que se había puesto el verano pasado.

—¿Con qué te las inflaste esta vez? —Ataqué—. ¿Con helio? Un poco más y... ¡KBOOM! Te quedas sin tetas, Piedad.

Me contempló con cara de pocos amigos, no sin antes centrar su vista en su delantera para asegurarse de que todo seguía en su lugar.

—Sabes que te odio, ¿verdad? —Dijo.

—Muchísimo. Y con todo tu corazón —esboqué en mi semblante una media sonrisa de cinismo—. Pero ahora necesito que hables. ¿Qué mierda estás haciendo aquí?

—Eso es obvio, hermanita. Lo mismo que tú. Cazando hombres guapos y con dinero. ¿Qué tal? Es mi nuevo deporte que, al parecer, también es el tuyo.

«¿El mío?». Suspiré como si el aire me faltara. De hecho, si lo meditaba bien, ahora lo necesitaba más que nunca.

—¿No me vas a presentar?

—¡No!

—¡Por qué no! Si ambos no nos quitan los ojos de encima realmente interesados, pero más en mí que en ti. Eso es obvio. Anda, no seas mala conmigo, ¿sí? Prometo que no te haré ver como una hormiguita así de pequeñísima a mi lado —realizó el gesto de insignificancia con dos de sus dedos.

—No —volví a manifestar, pero clavándole la mirada en la suya para que diera por sentado que yo no hablaba por hablar.

—¡Eres una egoísta, Magdalena! ¡Siempre lo quieres todo para ti!

Eso no era cierto. Ella estaba totalmente equivocada para hablar así de mí porque... ¿Piedad cerca de Martín? ¡Nunca!

—Estás hablando incoherencias. ¿Por qué no te das la vuelta y te vas a practicar tu deporte por ahí con otros tipos que estén a tu altura?

Se mordió el labio inferior cuando ya advertía como entrecerraba su mirada que, precisamente, no tenía depositada sobre mí, sino sobre las figuras de los dos hombres que yo bien conocía.

—Eso es muy fácil de responder, Magdalena. ¿Quieres saberlo? Sencillamente, porque ahora me interesan esos dos y... porque no quiero, estúpida —acotó ya comenzando a caminar hacia... ¡No, no y no! ¡Martín De La Fuente!—. Buenas tardes, caballeros. Soy Piedad, la hermana menor de Magdalena. Disculpen que no me haya presentado debidamente antes con ustedes.

¡Maldita víbora de ocho cabezas! ¿Que mierda crees que estás haciendo?

—Es un placer, Piedad. Soy Martín De La Fuente y quien me acompaña es mi gran amigo David Garret.

Cerré los ojos por dos segundos y cuando los volví a abrir admiré como ambos estrechaban sus manos con la de ella al tiempo que la vista de David se perdía nada menos que en la mía, como si no entendiera nada de lo que aquí estaba ocurriendo. No lo culpo, porque yo tampoco lo comprendía a cabalidad.

—Lo mismo digo —añadió él, pero disculpándose enseguida para caminar directamente hacia mí y preguntarme—: ¿te encuentras bien?

Tragué saliva con dificultad negándome a afirmar lo evidente.

—¿Magdalena? —Emitió mi nombre en un murmullo—. ¿Qué ocurre?

¡Todo ocurría! ¡Sí, malditamente todo! Por lo tanto, ansié sonreír para sobrellevarlo de mejor manera. Juro que lo intenté, más no conseguí hacerlo.

—¡Hey! —Agregó David alzando una de sus manos hasta alojarla en mi mentón. Creo que con ese delicado movimiento pretendía hacerme entrar en razón o sacarme de mi ensimismamiento—. Sigo aquí. ¿También tú o ya estás viajando a otra lejana galaxia?

El suave roce de su mano me hizo estremecer, pero más lo consiguió su ronca cadencia y su sonrisa que comenzó a delinear lentamente. ¿Y qué podía decir de su mirada fija sobre la mía?

—Perdona —manifesté como si, de pronto, hubiera despertado de mi letargo—. Todo... está bien.

—Entonces repítelo, pero haz que suene convincente.

Abrí la boca y la cerré pretendiendo por todos los medios posibles mantenerme serena frente a él, demostrándole así que aquí no estaba sucediendo nada.

—Todo está... ¡Maldición!

David enarcó una de sus castañas cejas en señal de que había dado en el clavo, pero conmigo.

—¿Qué ocurre con tu hermana?

—Media hermana —especifiqué, bajando la vista hacia el piso y dejándola ahí hasta que nuevamente se encargó de que la levantara, pero no por mi propia voluntad.

—¿Qué ocurre con tu media hermana?

¿Realmente quería saberlo? Yo en sus zapatos sinceramente no.

—¿Puedo confiar en ti? —Contemplé a Piedad de reojo, por sobre su hombro, hablando animadamente con el imbécil de Martín mientras se lo preguntaba.

—Siempre.

—Pues, la odio tanto como ella me odia a mí. Eso es lo que ocurre. ¿Fantástico, no?

David sonrió, pero de una bella manera al tiempo que volvía a posicionar una de sus poderosas manos en mi cintura, reteniéndome.

—Es... lamentable desde mi punto de vista.

—¿Qué es lo lamentable desde tu punto de vista? —Ansié saber un tanto alarmada tras fulminarlo con la mirada mientras él, ni tonto ni perezoso, en un un rápido movimiento acercó su boca a mi oído para decir:

—Que tendrá que vérselas conmigo si intenta hacer algo contra ti. Eso es lo lamentable, pero para ella.

¡Triple Wow! Y ahora, ¿podía respirar con tranquilidad? La verdad, no mucho después de lo que había oído.

—Te recuerdo que estás conmigo, por si lo has olvidado —. Su vista se posicionó otra vez sobre la mía y su sonrisa se ensanchó más y más logrando hacerme desfallecer con ella—. ¿Qué te parece? —Prosiguió.

—Me parece que... ¿Porqué no pudo ser ésta una cita normal?

Al oírme liberó unas sonoras carcajadas, relajándose de cierta manera con ellas, cuando volvía a tener sobre mí las miradas furtivas de Piedad y Martín, analizándose.

—No lo sé. Pero no te preocupes. Si no resulta ser ésta una “cita normal” —subrayó—, me ocuparé de que la próxima sí lo sea.

—En Tailandia, Alaska o en la Antártida, ¿tal vez?

Una nueva sonrisa, de esas que te roban el alma, obtuve de vuelta con la estúpida respuesta que le di.

—Donde tú quieras, Magdalena. ¿Te parece bien?

Asentí al instante, pero ahora como una niña chiquita y embobada por él desde la cabeza hasta la punta de mis pies. Porque su caballerosidad, su galantería y, por sobre todo, la forma en

como me protegía, aún sin conocerme del todo y a sabiendas que a simple vista yo parecía ser una auténtica chiflada, me hicieron ver y comprender lo maravilloso que podía llegar a ser este hombre. Claro, para la mujer que se enamorara hasta la médula de todo lo que significara su persona y que no iba a ser precisamente yo. Eso estaba más que claro. Sí, sumamente claro y como el agua. Bastante claro. Extremadamente claro y... mejor cierro la boca ya.

—Y mientras más lejos mejor —acotó, desconcertándome—. Ahora... ¿volvemos a la acción?

De inmediato me arrancó una sonrisa con aquello que manifestó con tanta naturalidad y entusiasmo.

—Ni yo pude haberlo dicho mejor. ¡Te felicito!

—Gracias. Eso significa que...

—Vamos —afirmé, suspirando.

—Así me gusta, señorita Mustang. Decidida ante todo.

—Pero antes... ¿puedo pedirte un favor?

—El que quieras.

—Sé que va a sonar algo psicópata de mi parte, pero... ¿podrías no apartarte de mí?

¿Por qué, de pronto, advertí que extrañamente se le iluminó el semblante con la pregunta que le había formulado?

—Eso no sonó para nada psicópata, Magdalena.

—¿Ah no?

Movió su cabeza de lado a lado, certificándomelo.

—Suenan... hasta muy fácil de llevar a cabo por mí.

Hacía mucho tiempo que una sonrisa bobalicona no se alojaba en mi semblante. Y ahora estaba ahí la muy... y nada menos que ensanchándose en todo su esplendor.

—Solo... no olvides quien soy —agregó muy seguro de sí mismo.

—Y... ¿quién eres, David?

—Mister egoísmo en pleno y a tus órdenes —finalizó.

La tarde transcurrió y el cielo comenzó a ennegrecerse ante unos nubarrones amenazadores que se posicionaron sobre nuestras cabezas, dándonos a entender que en cualquier instante la lluvia finalmente caería.

David me mantuvo lejos de Piedad y de Martín gran parte del tiempo. ¡Gracias a Dios! Aunque no fue exactamente eso lo que dije cuando decidí entrar al salón para ir hacia los excusados.

Después de preguntarle a un camarero los encontré y cuando me disponía a entrar en ellos, y a cerrar la puerta de la enorme habitación en la cual se situaban, fui interceptada y detenida inesperadamente por una poderosa extremidad, seguida de un cuerpo imponente y una mirada vengativa que... ¡Demonios!... yo conocía de sobra.

—¡Epa! ¿Dónde crees que vas? —Me detuvo Martín de golpe y con una furia única en su despectivo tono de voz—. ¿Me crees imbécil para seguir jugando a las escondidas?

—Además de idiota y enfermo mental —añadí pretendiendo huir, pero sin poder hacerlo gracias a su fornida anatomía.

—¿Y sabes por qué me comporto así? Debido a ti y a tus continuas evasivas —sonrió tras relamer sus labios y lograr, con una fuerza inusitada, que yo volteara hacia él como si fuera una muñeca de trapo.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Suéltame, infeliz!

—Y si no lo hago qué, ¿vas a montar un espectáculo como el que realizaste anoche? Hazlo, vamos, ¡anímate! Y te aseguro que David sabrá ahora mismo quien eres en realidad.

—¡Sal de mi camino! —Ansié apartarme de su contextura que ya me tenía acorralada contra la pared.

—Gata fiera... ni siquiera sabes con quien estás jugando. Osas desafiarme cuando podría destruirte y sacar a relucir tu otro yo llamado “Leonora” y algunos... secretitos más, como que

trabajas de prostituta, por ejemplo.

—¡Miserable de mierda, déjame en paz!

—No antes que me des lo que me corresponde —sonrió de una forma enfermiza, con la cual consiguió erizarme hasta el más pequeño y fino vello de mi piel.

—¡Primero muerta!

—Jamás he practicado la necrofilia, corazón, pero no por ello voy a descartarla.

Temblé de la sola impresión que me causó su respuesta.

—Así que... ve haciéndote a la idea de lo que tú y yo vamos a hacer porque hoy a tu guardaespaldas personal no lo tienes cerca.

Me removí inquieta del poderío de su cuerpo y, por sobre todo, de su aliento que me quemaba la piel al percibirlo de lleno en mi rostro. Porque cada vez este infeliz se acercaba más y más a mí pretendiendo llevar a cabo lo que, supuestamente, manteníamos pendiente.

—Voy a gritar, ¡lo juro!

—Hazlo, zorra. Hazlo para que todos sepan quien es Leonora o debería decir, ¿Magdalena Villablanca?

—¡Suéltame, por favor!

—No hasta que seas mía, ¿me oíste? —Rápidamente alzó una de sus manos para, con ella, jalarme con fuerza el cabello—. ¿Me oíste, puta?

Fuerte, claro y con toda sus letras.

—David te va a aborrecer tanto cuando lo sepa. Pobre imbécil...

—¡Púdrete, infeliz!

Gracias a un par de mujeres que vimos aparecer de la nada Martín finalmente me soltó, pero verdaderamente ofuscado. Porque al parecer todo el plan que había trazado en su mente, en cuestión de segundos, se había venido abajo. Eso me dio a entender su mirada de furia con la

que siguió de cerca cada uno de mis pasos que me alejaron de él nada más que a toda prisa.

David bebía un corto de whiskey en la entrada del salón cuando unas pequeñas gotas comenzaron a caer desde el ennegrecido cielo. Y tranquilamente lo siguió haciendo hasta que fue interrumpido por Piedad quien, sin desaprovechar la oportunidad que tenía en ese momento, se acercó para abordarlo ahora que él estaba completamente solo y a su merced.

Con un movimiento de caderas un tanto sensual caminó hasta situarse a su lado para chocar la copa de vino blanco que sostenía en una de sus manos junto a la de él, sobresaltándolo ante ese repentino acto.

—Salud, David. ¿Y mi hermana?

—Salud y... ya regresa —le comunicó sonriéndole a medias y solo como cortesía.

—Esto es demasiado extraño, ¿lo sabías?

—¿Qué le parece tan extraño? —Prefirió no tutearla, lo que no pasó inadvertido para ella, quien al segundo le corrigió:

—Trátame de usted con suma confianza —bebió un sorbo de su vino guiñándole, a la par, uno de sus coquetos ojos—. Lo extraño es ver a un hombre como tú con una mujer como mi hermana. ¿Cómo fue que la conociste?

David entrecerró la mirada al oír como ella le hablaba con tanta familiaridad.

—Discúlpame, Piedad, pero eso es un hermoso recuerdo entre Magdalena y yo.

—¡Qué caballero! ¿Siempre eres así o solo te comportas de esta manera conmigo?

Movió su cabeza de lado a lado evidenciando como intentaba incitarlo a que mantuvieran una charla que, necesariamente, él no deseaba entablar y menos con ella.

—Siempre me comporto como un caballero —contestó, pero esta vez centrando la vista en la entrada del salón por la que en cualquier momento yo saldría para liberarlo de esta situación para nada favorable.

—Pero cuéntame... ¿qué viste en ella, por favor?

—Vi belleza, dulzura, espontaneidad y autenticidad —comentó como si me conociera de toda la vida.

—¡Pero si estás hablando de mí, David! —Agregó ella sonriendo de oreja a oreja y chocando una vez más su copa con la suya—. ¡Salud por eso!

En un intento desesperado por salir de esa incómoda situación terminó dejando su corto de whiskey a medio tomar sobre una mesa, pero solo alcanzó a dar un par de pasos cuando vio venir hacia él a un vendaval de emociones de cabello negro y mirada atemorizante que era precisamente yo.

—¿Magdalena? —Me llamó sin obtener respuesta alguna—. ¡Magdalena! —Siguió pronunciando mi nombre para intentar detenerme, más no lo consiguió.

Sabía de sobra que David seguía de cerca mi andar porque su grave voz a mi espalda me lo decía, pero gracias a lo que había sucedido con el infeliz, hace unos segundos atrás, no pensaba detenerme, menos voltear la vista hacia atrás.

—¡Magdalena! ¡Magdalena, por favor! —Oí una vez más que exclamó mi nombre, pero con un cierto timbre de notoria preocupación que consiguió frenarme—. ¿Qué sucede? ¿Por qué huyes de mí?

Porque era lo mejor para él y más, cuando estar cerca de una zorra como yo le traería tantos y gratuitos problemas.

—Debo marcharme —mentí.

—¿Marcharte? ¿Por qué?

—Porque... es complicado, David.

—Pero no comprendo. ¿Hice o dije algo que te molestara?

Nada. Tú no has hecho nada, pero tu amiguito “el enfermo y sádico mental”, sí.

—No —solo esa única palabra obtuvo de mi parte.

—Entonces... ¡explícame, por favor, que no estoy entendiendo nada!

—No puedo quedarme, eso es todo lo que debes entender. Adiós y muchas gracias —. Seguí

caminando hasta que, en un fugaz movimiento, su cuerpo detuvo abruptamente mi caminar casi estampándose de frente con el mío.

—No tan rápido, señorita Mustang, y no así.

Nos observamos algo jadeantes, algo expectantes y, por sobre todo, desconcertados al tener nuestras vistas una perdida en la inmensidad de la otra.

—Me estás preocupando, Magdalena.

—Pues no lo hagas y ahórrate esa preocupación.

—Lo siento, ya no puedo hacerlo.

Suspiré, pero extrañamente sin poder ni querer apartar mis ojos de los suyos.

—Por favor —supliqué casi al borde de la desesperación—. ¡Por favor...!

—Ya no puedo hacerlo —replicó, cuando lentamente conseguía alzar sus manos hasta situarlas en mi rostro—. Y el por qué es bastante sencillo de comprender.

—Pues no quiero comprender ese por qué. Así que gracias y con tu permiso —retrocedí, pero no lo suficiente cuando las gotitas de lluvia caían y caían sobre nosotros y una de sus extremidades lograba llegar hasta mi cintura, reteniéndome con ella.

—No sé qué te sucedió, pero lo voy a averiguar —sentenció con un claro afán de querer saberlo todo.

—David, por favor...

—Basta de expresar un “por favor” a cada segundo que transcurre y dame una respuesta convincente, por Dios. ¡Por qué te marchas así!

Porque el imbecil de tu amigo me acaba de chantajear contigo. ¿Te parece esa una buena razón?

Lo observé y él me observó, como si pudiera ver en mis ojos algo más que un incierto temor alojado en ellos.

—¿Por qué? —Repitió.

—Porque... —algo debía decir. Algo con lo cual mantenerlo alejado y eso era... —... no soy libre, David. Lo siento.

Muy extrañado enarcó una de sus oscuras cejas, pero negándose todavía a soltarme del todo.

—¡Vaya! ¿Estás casada?

Como una idiota moví mi cabeza de lado a lado, negádoselo.

—Entonces, ¿tienes novio?

De acuerdo. Técnicamente estaba saliendo con Teo, pero para mi mala suerte él y yo no éramos novios y... ¡Por qué no le podía mentir como a los demás, maldita sea!

Tapé mi rostro con mis manos murmurando a la par un “No” que aunque no lo quise pronunciar de igual forma salió disparado por mis labios.

—Comprendo. Entonces... ¿eres lesbiana? —Inquirió ya casi al punto de echarse a reír—. ¿O formas parte de alguna secta satánica?

—¡Ay por favor, David! No seas exagerado, ¿quieres?

—¡Al fin! —Proclamó.

—¡Al fin qué! —Proclamé yo.

—Sacaste la voz. Eso es un buen signo.

¡Qué buen signo ni que nada!

—Okay. ¡Me tengo que ir! Buenas noches. ¿Qué no lo comprendes?

Repentinamente admiró, para mi asombro, su reloj de pulsera que ya marcaba las nueve de la noche.

—No, no lo comprendo porque aún no es medianoche y eso me asegura que no puedes ser “La

Cenicienta.”

—No soy la maldita Cenicienta, ni Blancanieves o la jodida Sirenita, ¿de acuerdo?

Rió como nunca tras lo que le había dado a entender con tanta efusividad.

—Se agradece de sobremanera la aclaración. Eso significa, también, que no huyes porque tu coche se vaya a convertir en calabaza. Tampoco lo haces porque te acabas de comer una manzana envenenada y menos porque... —bajó la mirada hacia mis piernas—... vayas a cambiar esas preciosas y largas piernas por una cola de pez. ¿Me equivoco?

—Vaya, vaya, Mister. ¿La magia de Disney vive en ti?

—No sé si vive en mí, Magdalena, pero tengo una sobrina de cuatro años que adora a las princesas Disney, pero por sobretodo le encanta que su tío favorito, o sea yo, le lea cuentos sobre ellas. ¿Eso responde a tu pregunta? Además, no me luce para nada el color rosado.

Ahora fui yo quien rió al grado de no poder detenerme.

—¡Por Dios! ¡Eres un tonto!

—Eso dice Lucy también.

¿La perra afgana?

—Mi sobrina de cuatro años —especificó, regalándome otro de sus sexys guiños. ¡Ay por Dios! Uno más y yo iba a... iba a... ¡Diablos!

—¡Qué hermoso nombre el de tu sobrina! Seguro debe ser una niña adorable. Ahora, ¿me puedes soltar? Por si no te has dado cuenta nos estamos mojando.

Alzó sus ojos hacia el cielo para que las gotitas de lluvia le dieran directo en el rostro.

—David, hablo en serio —no parecía escucharme—. David... ¡David!

—No me has respondido aún. Hazlo y te suelto —su vista empapada volvió a encontrarse con la mía—. Pero asegúrate de hacerlo con sinceridad esta vez.

Sinceridad... ¿Sinceridad? ¿Alguien sabe dónde podría encontrar un poco de eso?

—David...

—Sinceridad, Magdalena.

Sinceridad, sinceridad, sinceridad... ¡Cómo odiaba a esa condenada palabra!

—¡Está bien! ¡Está bien! Soy lesbiana, ¿de acuerdo?

Me soltó, pero tras mover su cabeza y sonreír.

—Claro... por eso dijiste en un comienzo que no estabas libre.

—¡Sí, por eso! —Reafirmé como la más estúpida de las estúpidas a la que claramente no le quedaba una sola neurona en su mente para pensar. ¿Lesbiana? ¿Yo? ¿Desde cuándo?—. ¿Ahora que ya lo sabes me puedes dejar marchar?

—Sí, te puedes marchar, pero con una gran incertidumbre alojada en tu cabeza —me desafió al verme caminar hacia mi coche—, que no te dejará dormir, menos pensar y me atrevería a afirmar que tampoco te dejará en paz.

Abrí la puerta de mi auto y entré en él sin voltearme.

—¿No me vas a preguntar el por qué, Magdalena? —Prosiguió, acercándose hacia mí.

—¡No! —Vociferé ya aprestándome a cerrar la puerta.

—Entonces, te lo diré yo. No se vale mentir. Sé de sobra que no eres lesbiana.

¡Por qué mierda lo tenía que afirmar con tanta seguridad! Encendí el motor y bajé del todo la ventanilla percibiendo como mi corazón latía desbocado.

—Así que... si pretendes convencerme de ello te propongo que planees una mejor excusa para la próxima vez y no una tan... pátetica.

¿Qué había dicho el muy...? Rápidamente y hecha una furia saqué la cabeza hacia fuera para gritarle a viva voz:

—¡Patética tu abue...! —Pero no terminé de decir precisamente aquello al sentir como él, tras un inesperado movimiento que realizó, consiguió llegar hasta mí para robarme el aliento en un beso devastador que me plantó y que yo correspondí al instante como si su boca fuera algún tipo de imán electrificante del cual ya no podía desprenderme.

¡Santo Dios! En cuestión de segundos un fuego muy ardiente y descontrolado me quemó la piel al sentir la presión que ejercían sus cálidos labios al hacer y deshacer con los míos besándolos, acariciándolos, saciándose de ellos mientras se aseguraba de sostenerme la cabeza de delicada forma con sus manos para que no intentara huír despavorida de lo que sucedía en ese minuto con nosotros dos.

¡Rayos! No podía pensar con claridad, no podía moverme o respirar siquiera porque su dulzura, el deseo y la furiosa pasión que nos envolvía en ese momento, unida a un cierto grado de dolor tolerable y placer, me hacía desvariar al añorar más y más cada uno de sus movimientos hasta que... me soltó, abruptamente, para morder mi labio inferior con un evidente dejo de ansias y decir:

—¿Lo ves? Sabía que no eras lesbiana.

Morí. Juro que morí en esos escasos segundos en que sonrió plenamente satisfecho con lo acontecido.

—Ahora ya puede marcharse con su conciencia en paz, señorita Mustang. Buenas noches y... —con uno de sus dedos delineó suavemente el contorno de mi boca antes de apartarse definitivamente de mí y añadir—: ... hasta la próxima. Conduzca con cuidado.

Tras sus palabras, una inusitada excitación me erizó la piel y se alojó bajo ella y creo que hasta consiguió humedecer mi entrepierna también y eso... no era nada bueno. No, señor, ¡nada bueno!

Conduje con un sola idea inserta al interior de mi cabeza, ver a Teo lo antes posible para así desaparecer de mí todo lo que con David había sucedido hace solo un instante. Y me maldije, una y otra vez, por haber correspondido a ese beso que, aunque no lo quisiera admitir, había estado impresionante. Pero no... ¡No, no y no! No debía confundir las cosas si yo las tenía bastante claras. Porque eso solo había sido un desliz y un aprovechamiento de su parte que no tenía la más mínima importancia para mí, aún cuando sabía de sobra que no era así, porque como una vil zorra desgraciada y culpable desde mi cabeza hasta la punta de mis pies todavía podía sentir el incomparable sabor de su boca haciendo lo que se le antojara y nada menos que con la mía. ¡Qué bonito! ¿No? ¡Qué bonito... y fatal!

No quise hablar. En realidad, evité hacerlo por el bien de la humanidad mientras me preocupaba solo de conducir hacia las afueras del recinto realmente nerviosa, descolocada y pretendiendo calmar lo que sea que estuviera sucediendo conmigo, cuando la lluvia caía sobre mi coche y se dejaba sentir cada vez y con más fuerza.

A esa hora, pero en la clínica, Teo se disponía a beber un café tras arduas e intensas horas de trabajo. Sí, lo necesitaba. Por lo tanto, decidió bajar hacia la cafetería encontrando de buenas a primeras a quien, por razones obvias, no deseaba ver cuando su corazón le dictaba totalmente lo contrario.

Se detuvo en la entrada notando que en una de las mesas se encontraba Laura leyendo concentradamente un libro y también bebiendo un café. ¿Insólito cuando el destino a toda costa intentaba juntarlos?

Movió su cabeza pretendiendo pensar con claridad al tiempo que dejaba escapar un profundo suspiro que se le arrancó desde lo más profundo de su garganta, cuando ya sus piernas habían tomado la decisión de dirigir cada uno de sus pasos hacia donde ella se hallaba.

—¿Sigue en pie lo del café? —Fue lo primero que le preguntó ya situándose a su lado.

Laura alzó la vista, sobresaltada, clavándole en igual medida la profundidad de sus ojos verdes antes de responder “claro que sí”, y brindándole, además, una auténtica sonrisa de fascinación que le iluminó el semblante.

Charlaron animadamente de muchas cosas mientras el tiempo transcurría, pero sin tocar ni hacer incapié en sus pasados hasta que una pregunta de la muchacha dejó a Teo algo descolocado y pensando qué debía decir, para no herirse, herirla y, por sobretodo, no mentir.

—Y... ¿estás saliendo con alguien?

Tragó saliva con intranquilidad preocupándose de mantenerse sereno y responder lo más natural y sensatamente posible un “Sí” que ahogó con su propia saliva, evitando ante todo alzar los ojos suponiendo que... hablar de Magdalena en ese momento no venía al caso.

—Pues, qué bien —la oyó decir, incrédula—. Te... felicito y... me alegra que hayas podido rehacer tu vida con alguien más.

—Nos estamos conociendo —se odió a sí mismo por ser un maldito cobarde y por no hablarle con la verdad, asumiendo que antes de su llegada parecía plenamente satisfecho al lado de quien había estado siempre a su lado y preocupándose por él en todo momento—, pero no es nada... concreto aún.

Laura asintió algo incómoda con la respuesta que no esperó oír de sus labios, pero que de igual manera caló en sus huesos, congelándole la piel.

—Bueno, siempre fuiste un hombre guapo, Teo —se levantó intespestivamente de la mesa como si lo único que deseara fuera salir de allí, prontamente—. Lo siento, pero se me hace tarde. Tengo que ir a casa de mi hermana a buscar algunas cosas que me ha pedido —con algo de torpeza terminó sacando un par de billetes desde el interior de su cartera, los que dejó sobre la mesa todo y ante la inescrutable mirada de Teo que no comprendió por qué reaccionaba así—. Ha sido genial hablar contigo, pero ya me tengo que ir.

—Te acompaño —dijo él levantándose de igual forma—. ¿Has venido en coche? Afuera está lloviendo.

—No te preocupes. Pediré un taxi —buscó su móvil al interior de uno de los bolsillos de su abrigo.

—Entonces deja que te acompañe a esperarlo —le sonrió de medio lado—, por favor —suplicó.

—Está bien —finalizó, preguntándose en silencio... ¿Quién sería la mujer que ahora ocupaba un lugar en su corazón que claramente le pertenecía solo a ella?

“Un par de calles más y ya estaría en la clínica”. Era en lo único que podía y quería pensar mientras admiraba por el parabrisas como la lluvia caía y caía. Y al cabo de unos minutos lo conseguí aparcando, finalmente, a un costado de ella y asegurándome de tomar mi abrigo del asiento posterior, el cual me calcé antes de bajar del coche, apresuradamente.

—¡Brrrr! ¡Qué frío hace! —Me quejé al sentir el aire helado penetrar mi cuerpo mientras le daba al cierre centralizado de mi Mustang para voltearme, caminar un par de pasos y... detenerme en plena calle sin siquiera avanzar dejando que la lluvia me empapara por completo. Porque lo que vi me hizo estremecer al constatar como una pareja sonreía felizmente a un costado de la entrada mientras se refugiaba de la lluvia—. Laura —intenté moverme—. ¿Laura? —Inquirí presa ya de una incontenible intranquilidad—. Laura —afirmé solo para mí realmente convencida al cerciorarme de quien era ella. Y así, con el cabello ya pegado a mi rostro y el corazón en mi boca, avancé hacia quienes aún no advertían mi presencia mientras no dejaban de sonreír como si en ese momento alguien más estuviera sobrando.

—¿Tienes frío? —Escuché que Teo le decía.

—Solo un poco —ella le respondió—. ¿Te importaría... abrazarme como si fuéramos dos buenos amigos?

Pedí, rogué que no lo hiciera, pero mi súplica falló al evidenciar como Teo la rodeaba rápidamente con el poderío de sus brazos.

—¿Así está mejor? —Le preguntó nuevamente tras aferrarla a su cuerpo.

—No —expresó ella alzando debidamente el rostro hacia él hasta alojar su boca a la altura de la suya—, así está mejor —le corrigió, inclinándose para definitivamente besarlo en los labios sin que él opusiera resistencia, creciendo esa cercanía y ese beso cada vez más en intensidad.

“No pienses más de lo debido en mí y disfruta tu día”... “No pienses más de lo debido en mí...”
Como dolía esa frase ahora que ya le había encontrado su real significado.

—No sabes mentir —manifesté en un hilo de voz mientras un par de lágrimas ya caían raudas por las comisuras de mis ojos—. ¡No sabes mentir! —Le grité a todo pulmón y a la distancia para que me oyera contemplando, además, como Teo detenía el beso y alzaba la mirada expectante hacia mí sin dar crédito a lo que veía.

—¿Magda?

—Sí, Magda, la idiota. ¿Te acuerdas de mí? Realmente después de eso... no lo creo. Buenas noches a los dos, lamento haberlos interrumpido —retrocedí tras mis pasos sin importarme siquiera los continuos llamados que él realizaba a mi espalda pronunciando mi nombre una y otra vez, cuando lo único que yo deseaba era salir prontamente de allí y desaparecer, tal y como si desde siempre hubiese sido para él un completo fantasma.

Me detuve frente a mi edificio comiéndome en absoluto silencio los sollozos que no dejaba de emitir, así como también toda mi rabia y mis ganas de mandar todo al demonio gracias a mi maldito karma que me había regalado la sorpresa de mi vida. Y de la misma manera, y empapada de la cabeza hasta la punta de mis pies, entré en el inmueble y subí las escaleras tratando de sostener, por sobretodas las cosas, a un corazón roto que se paralizó de golpe al ver a Emanuelle con la vista fija en el piso, las manos entrelazadas y sentado al pie de las escaleras, esperándome.

Pero, ¿qué rayos hacía él aquí? Pensé sin dejar de notar como mis ojos me traicionaban derramando cada vez más y más lágrimas, hasta que alzó la vista hacia mí y se levantó, para mi gusto, demasiado sobresaltado expresando en tan solo un murmullo lo siguiente:

—¿Magdalena?

—Sí, esa soy yo —repliqué de la misma manera que lo había hecho con anterioridad—, la idiota que creyó por un momento que podría llegar a ser feliz con alguien que ya no vale la pena.

—Siempre podrás ser feliz.

—¿Para qué? Si la felicidad es una mierda, Emanuelle.

—Y la tristeza es opcional, Magdalena —se acercó para contemplarme de mejor manera negándose a apartar sus ojos de los míos—. Tienes esta vida, ¿y así la quieres malgastar? ¿Llorando por lo que no pudo haber sido? ¿Enfadándote contigo misma? ¿Lamentándote? ¿Cuestionándote por lo que sea que sucedió? ¿Preocupándote por gente que no ve por ti? —Movió su cabeza hacia ambos lados tras reprimir un leve movimiento que realizó al querer alzar una de sus extremidades—. Sé valiente, cree en ti y haz aquello que te haga sentir bien y viva. Corre riesgos, avanza, deja ya de sufrir y no pretendas construir castillos en el aire cuando sabes muy bien que puedes llegar a edificar una gran mansión, pero de concreto.

—Emanuelle...

—Tienes esta vida. Por lo tanto, vívela y siéntete orgullosa de ella —. Una media sonrisa me dedicó al tiempo que daba un par de pasos, al parecer, para macharse de mi lado, no consiguiéndolo, porque lo detuve intencionalmente posicionando una de mis manos en su extremidad derecha, acotando:

—Él... no sabe mentir.

Al oírme se volteó hacia mí, expresando:

—Tú tampoco.

Y así, movida por un sentimiento irracional, avancé para dejarme caer definitivamente sobre su pecho y llorar, tal y como decía el dicho “como una magdalena”, percibiendo como quedadamente y con absoluto temor él lograba posicionar sus brazos finalmente sobre mi cuerpo para intentar acallar mis dolorosos sollozos que en ese momento me carcomían algo más que la piel... pedazo a pedazo.

Trece

Todavía en la cama y con la vista perdida en la ventana de mi habitación no dejaba de sorprenderme de lo maravillosa y genial que era mi vida. (Sí, estoy usando todo mi bendito sarcasmo para referirme a ello). Tantas situaciones acontecidas, tantos problemas, tantas metidas de pata y, por ende, tantas lágrimas derramadas, ¿para qué? ¿Para seguir creyendo en lo que ya no valía la pena recordar?

Suspiré cerrando los ojos y oyendo a la par la voz de Silvina que venía hacia mí, diciendo: “Aquí está tu desayuno”, cuando mi estómago, sinceramente, no se encontraba en condiciones de recibir, menos de querer probar un solo bocado.

—Te vas a alimentar porque lo necesitas y porque sabes que soy un completo desastre en la cocina y esto... —sentenció, dejando la bandeja con fruta, jugo, café y tostadas sobre la cama—, es lo mejor que pude hacer por ti.

La observé sin nada que decir, porque ella bien sabía que con ese simple gesto le estaba dando las gracias, y no tan solo por el desayuno que me había preparado, sino por estar aquí, ahora y siempre conmigo.

Sin que lo advirtiera, terminó regalándome un beso en la frente al tiempo que volvía a manifestar:

—Come que aquí nadie se ha muerto. Lo que pasó...

—Ya pasó —expresé por ella, temblando—, y de alguna forma me alegra que haya sucedido ahora y no después cuando...

—¿Hubieras estado totalmente enamorada de ese cabrón cínico, mentiroso y miserable?

¡Lotería! Yo no lo pude haber dicho mejor.

—Me vas a disculpar, Magda, pero eso es lo que Teo es, todo un cabrón cínico mentiroso y miserable —replicó, dejándomelo más que en claro cuando yo lo sabía de sobra, pero no lo quería asumir como tal con tantos sentimientos contradictorios que todavía rondaban en mi cabeza y me pasaban la cuenta, como la situación acontecida con David Garret y mi karma, por ejemplo.

—Y tampoco se me van a diluir las ganas de cortarle las pelotas así como así.

—Deja sus pelotas en paz y para alguien más —le aconsejé—. Era lo que tenía que suceder, ¿o no? De alguna forma siempre supimos que tarde o temprano ella volvería.

Mi amiga evitó decir unas cuantas barbaridades que por ahora no venían al caso pronunciar.

—Rata desgraciada... —prosiguió realmente enfurecida, seguramente evocando a Laura.

—Esa es Piedad —le corregí al instante—, no te confundas de alimaña, por favor.

—¡Y lo peor de todo es que esas malditas cucarachas se multiplican por montón! A propósito, ¿cómo fue que la encontraste ahí?

Moví la cabeza de solo recordarlo.

—Gracias a mi maravilloso destino. ¿Te das cuenta la suerte que me gasto?

—Tienes suerte, Magda, siempre la has tenido, pero ahora... digámoslo... no estás pasando una buena racha.

Me acomodé de mejor manera sobre la cama para empezar a degustar el desayuno. Lo necesitaba. Quizás, comer me haría pensar en algo más que en Piedad, Teo, Laura, el infeliz de Martín De La Fuente, Loretta, la Corporación y el asombroso beso que me había plantado David Garret y el que todavía no conseguía olvidar tan fácilmente. Ah, y mi super buena racha.

—¿Y? —Me interrogó—. Hasta ahora solo sé lo que sucedió con “el innombrable” y la alimaña número dos. ¿Me vas a contar o no como estuvo tu encuentro con el Mister ese?

Eeeeeeeehhhh...

—En otra oportunidad —le señalé—. No me desconcentres. Ahora estoy comiendo y disfrutando de todo lo que preparaste para mí.

—Magda, Magda, Magda —dijo, observándome de reojo a la par que se apoderaba de un trozo de fruta, la cual se echó rápidamente a la boca—, te conozco tan bien como mi trasero conoce a mi calzón favorito, así que ahora habla, ¿quieres?

¡Pero qué metáfora! ¡Bravísimo! No pude evitar reírme de su comentario.

—¿Y eso?

—Lo oí por ahí. Es poético.

—Increíblemente poético, Silvina. Te lo aseguro —. Seguí comiendo, pero notando como me contemplaba con muchísima atención y entrecerraba la mirada. ¡Mierda! Lo único que deseaba era que hablara ya.

—¿Desde cuándo te interesa en demasía la forma en que suelo comer? Porque supongo que lo hago de manera natural o...

—Deja de decir tantas pavadas y, por favor, habla sin evasivas.

—¿Sobre?

—David Garret —articuló con una fuerza inusitada en el tono de su voz—. El guapo hombre por el cual sientes absoluto dolor y es devorable.

Aaaaaahhh... David Garret... ¡Maldición!

—¿Qué ocurrió con él y tu cita? ¡Y deja de darle tantas vueltas a este asunto, por Dios!

—¿Qué vueltas? Por si no lo has notado estoy sentada en mi cama desayunando y no precisamente dando...

—¡Basta! —Me interrumpió eufórica. Sí, había logrado en un tiempo récord sacarla de quicio—. ¡Eres desesperante, mujer!

—Y tú hablas demasiado.

Un repentino alarido obtuve de su parte dándome a conocer con él que no estaba del todo contenta.

—Okay, okay, ya entendí.

—¡Por Alá, Krishna y Jesucristo Superstar! ¡Ya era hora!

—¡Hey! ¡Esa frase es mía! Búscate las tuyas, como las de tu trasero y tu calzón, por ejemplo.

Nos observamos al tiempo que comenzábamos a reírnos como dos bobas y locas sin remedio. Porque exactamente eso éramos, unas benditas y jodidas chifladas sin remedio.

Un abrazo contenedor me otorgó enseguida en el cual iba inserto todo el cariño sincero que ella sentía por mí. Y el que respondí de la misma manera porque, sencillamente, a esa mujer la quería de aquí hasta la luna, aunque me hubiera metido en un problemón al cual, por ahora, no sabía como darle solución.

—Los cabrones vienen y van en nuestras vidas. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí evocando a mi cabrón particular, “el innombrable” cuando inesperadamente la puerta de mi departamento sonó tras un par de golpes que habían depositado en ella. Oh, oh... ¿Y ahora?

Me tensé. Juro que hasta la más mínima parte de mi cuerpo se contrajo en cuestión de segundos al oír la puerta al tiempo que Silvina me observaba con cara de pocos amigos y yo la observaba a ella con cara de interrogación porque... ¿Sería acaso mi evocación personal en carne y hueso que finalmente se hacía presente después de todo lo que había acontecido anoche?

—La... puerta —balbuceé un tanto atemorizada.

—Ya la oí —aseguró poniéndose de pie.

—¿Dónde crees que vas? —Formulé estúpidamente al ver a Hulk en su versión femenina entrar en acción—. Silvina... ¡Silvina!

—Quédate ahí y, por favor, no te muevas.

¿Moverme? ¡Ja! ¡Pues claro que iba a moverme! Y más ante lo que sabía que iba a llevar a cabo cuando tuviera a Teo por delante. Sí, creo que ya saben que me refiero específicamente a que iba a cortarle las pelotas. ¡Maldición!

Me levanté de la cama a toda prisa siguiendo cada uno de sus pasos y cuando ya la había perdido por completo de vista algo bastante peculiar me detuvo y llamó poderosamente mi atención porque... la puerta de mi hogar ya estaba abierta y mi amiga, para mi evidente y grandísimo asombro, no estaba chillando, menos vociferando palabrotas sin sentido ni razón. ¡No, señor! Ella estaba... ¿Calmada? ¿En silencio? ¿Poseída por una energía alienígena superior? O definitivamente controlando sus ansias de preguntarme, “¿y este modelito quién es Magda?”. Porque Emanuelle había tocado a la puerta. Porque Emanuelle se encontraba ahí. Porque Emanuelle, cargando un par de bolsas de papel y vestido con ropa deportiva, sonreía seductora y abiertamente hacia “la chica del pijama de oso panda”, que era nada más y

nada menos que yo. ¡Gracias por esto bendita y jodida suerte!

—Buenos días —nos saludó desde la entrada—. ¿Puedo pasar?

No había que ser muy inteligente para notar como el subconciente de mi amiga gritaba “Sí” a todo pulmón mientras bailaba con maracas en cada una de sus manos la bendita Conga.

—Claro que sí —le señalé pretendiendo mantenerme serena ante su presencia y sus ojazos castaños que no cesaban de admirarme desde arriba hacia abajo. Lo sé, lo sé. En esos extensos minutos de mi vida me sentí la mujer mas sexy y follable del planeta. ¡Fantástico!

Situé una de mis manos en mi frente totalmente avergonzada por esta incómoda e inesperada situación hasta que oí su voz nuevamente, diciéndome:

—Antes de correr quise venir a verte para saber qué tal estabas. Sinceramente, espero que tengas hambre y que aun no hayas desayunado.

Iba a abrir la boca para responder, pero los estúpidos gestos que Silvina realizó con sus brazos me hicieron callar de sopetón. Menos mal que Emanuelle no podía ver a la loca del demonio que, desde su sitio, me pedía y exigía que le dijera que no.

—No, no lo he hecho —comenté verdaderamente extrañada—. Gracias, pero no tenías que hacerlo.

—Solo quise ser amable, Magdalena.

Y vaya que lo estaba siendo, pero, ¿por qué razón? Y otra vez los ridículos gestos de Silvina me conmocionaron. Y ahora, ¿qué mierda pretendía hacer moviendo sus brazos así? ¿Bailar “La Macarena”?

—Disculpa, Emanuelle. No te he presentado. A tu espalda está Silvina, mi mejor amiga.

Se volteó enseguida para saludarla y estrechar de una forma muy cordial una de sus manos con una de las suyas al tiempo que ella suspiraba como si necesitara un respirador artificial. ¡Bendita loca!

—El auténtico placer es mío —le dijo Silvina tras sonreírle de oreja a oreja—. Todo mío, Emanuelle.

—Lo mismo digo —enfaticó él tras un coqueto guiño que le otorgó—. Bueno, creo que en el

fondo no estuve tan equivocado.

Ambas nos admiramos con cara de ¿Whaaaaaaat?

—He comprado dos cafés, dos croissants rellenos de dulce de leche y dos con chocolate, más tres donas con glaseado de yogurt.

¡Wow! ¿Algo más?

—Espero que les agraden y no les importen las calorías.

¿Agradarnos? ¡Qué calorías, por Dios! Lo siento, eso lo digo de manera personal. Lástima que no pueda decir lo mismo por Silvina.

—No conozco tus gustos —prosiguió, desconcertándose—. Pero si me equivoqué, lo siento. Solo quería endulzar un poco tu vida.

Mi amiga, literalmente, se derritió frente a lo que oía y yo solo lo contemplé como si todavía no entendiera a cabalidad lo que aquí estaba sucediendo.

—Le encantan los croissants, Emanuelle, y las donas, ¿cierto Magda?

Eso claramente no había sido una pregunta de Silvina sino una completa afirmación. Y cuando me disponía a abrir la boca para asegurarlo la puerta de mi departamento otra vez sonó, pero tras un par de gritos que escuchamos todos desde fuera y que, en cosa de segundos, sacudieron mi alma y mi pequeño corazón.

—Magda, necesitamos hablar. ¡Magda!

Se me cortó la respiración y las ganas de seguir parpadeando ante la preponderante voz de Teo.

—Magdalena, por favor... ¡deja que te dé una explicación!

¿Explicación? ¡Qué mierda de explicación iba a darme después de todo lo que con mis propios ojos había visto anoche!

—Magda —continuaba llamándome mientras tocaba la puerta y hablaba en voz alta—. ¡Magda por favor!

Mis ojos se quedaron quietos en Silvina y luego en la figura inexpresiva de Emanuelle al tiempo que percibía como mi sangre espesa y caliente corría rauda por mis venas.

—¡Magda, escúchame! ¡No es lo que crees, por favor!

Perdón, pero... ¿Qué había dicho? Sonreí como si me hubieran contado el mejor de los chistes. ¿Qué no era lo que yo creía? ¡Por favor! Mala táctica, innombrable, mala táctica.

—¡Puedo explicarlo todo!

Y claro que me lo iba a explicar y nada menos que ahora mismo.

Avancé hacia la puerta hecha una condenada mientras a mi espalda oía la voz de Silvina pronunciando mi nombre a viva voz. ¿Para intentar detenerme? ¡Ja! Algo que por razones obvias no iba a suceder cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, la que abrí finalmente encontrándome cara a cara con el famoso “innombrable” cínico, mentiroso, miserable y ahora podía agregarle claramente el adjetivo que le pegaba al cien por ciento: “manipulador”.

—¿Qué quieres? —Fue lo primero que manifesté al tener su vista sobre la mía—. ¿Y qué crees que estás haciendo aquí gritando como un enfermo de la cabeza?

—Verte —tragó a la par saliva con evidente dejo de dificultad—. Necesitaba... verte.

Suspiré como si lo necesitara, pero sin quitarle los ojos de encima.

—¿Para qué? Ya no es necesario.

—Lo es —me corrigió al instante—. Claro que lo es. Lo de anoche...

Alcé una de mis manos dándole a entender con ello que no necesitaba de sus miserables explicaciones.

—Guárdalas para alguien más, no para mí. Ya no las necesito. De hecho, nunca las necesité. No me corresponden, así de simple.

Teo, Teo, Teo... y no, no todo estaba resultando tan simple de sobrellevar.

—Sí, sí las necesitas. Y yo quiero dártelas. Con Laura...

Al escuchar su nombre temblé, pero no de pena sino de dolor. Un intenso y agudo dolor que me corroía por completo las entrañas y que avanzaba directamente hacia mi corazón.

—Con ella puedes hacer lo que se te dé la gana, ¿me oíste? Porque anoche supe y comprobé cual era y sería mi lugar.

—Magdalena, por favor, lo que viste no era...

—¿Real? Acaso, ¿me lo inventé yo y nada menos que en 3D? Ahórrate tu palabrería barata, ¿quieres? Ahórrate todo lo que desees decir o demostrar. No es necesario. ¿Qué no me oíste? Ya no es necesario, Teo.

—Magda, preciosa...

—¡Magda las pelotas! —Chillé descontrolada—. ¡Deja de comportarte como un tarado y ya no actúes más! ¡Si sabes de sobra que a quién quieres en tu vida es a ella! ¡A ella y no a mí!

—¡Eso no es así! ¡Óyeme, por favor! —Vociferó también algo descontrolado apoderándose de mis manos.

—¡No quiero! ¿Y sabes el por qué? Porque con lo que vi ya fue suficiente —reclamé en mi defensa escuchando a mi espalda como, al parecer, Silvina intentaba mantener a Emanuelle a raya diciéndole: “Quédate quieto. Esto es su problema y no el tuyo. Así que mantente bien quietecito y en tu sitio, por favor.”

—¡Sí, sí lo quieres! ¡Solo dame una oportunidad para demostrártelo!

En un ágil y brusco movimiento aparté mis manos de las suyas y retrocedí, pero para mi maldita suerte con él siguiéndome de cerca.

—¡Qué no! Y estoy hablando muy en serio —me volté dándole la espalda sin advertir que, para que no lo dejara con la palabra en la boca, terminaría tomando con fuerza una de mis extremidades con una de las suyas.

—¡Y yo también! —Alzó la voz muy enfadado consiguiendo que todo de mí temblara con su vozarrón cuando Silvina soltaba a Emanuelle, expresándole con ansias: “ahora sí es todo tuyo. Ve por él, muchachote.”

—¡Suéltame, Teo!

—¡No hasta que me escuches!

—¡Suél...! —Fue lo único que alcancé a articular al tener, tras un parpadeo, a Emanuelle en medio de nosotros dos como si fuera un monumental muro de piedra, logrando con ello que Teo me soltara y centrara toda su atención en su furiosa presencia.

—Magdalena dijo que la soltaras. ¿No la oíste o eres idiota?

—¿Y a ti quién diablos te llamó, imbécil?

—Ella —le sonrió despectivamente—. ¿Qué no escuchaste el dulce sonido de su voz?

Teo frunció todavía más su ceño al oírlo mientras empuñaba sus manos con fuerza.

—Así que por tu propio bien te aconsejo que la dejes en paz por las buenas.

—¿Por mi propio bien? —Lo desafió—. ¿Y qué harás al respecto si no lo hago?

—Simple. Tendrás que hacerlo por las malas.

¡Santo Dios! ¿Pero qué veían mis ojos? Nada más que a dos fieros titanes que se encontraban a pocos segundos de empezar una cruenta batalla. Sí, eso lo podía asegurar y eso claramente no estaba en discusión, porque ambos se observaban como si desearan arrancarse los ojos de cuajo imponiendo sus cuerpos de infarto, uno enfrente del otro, como si fueran dos machos alfas a punto de embestirse en una poderosa y violenta colisión. Y yo... ¿dónde me hallaba para detenerlos? Desapareciendo de sus vistas para correr hacia mi cuarto y sacar algo desde el interior de uno de mis baúles de Alerce con el cual ponerle fin a todo esto. Y eso fue lo que hice, regresando tras mis pasos con la carta de Laura sosteniéndola en una de mis manos.

—Esto es tuyo —alcé la voz—. Lo guardé hace algo de tiempo —llamé la atención de Teo quien, absorto, no comprendía lo que había querido decir con eso—. Me lo dio Laura para ti antes de marcharse —. Me situé frente a él tras devolverle la mirada a Emanuelle quien, a regañadientes, retrocedió brindándome así algo de espacio para poder continuar.

—¿Qué es eso, Magda?

—Pregúntaselo —y sin ningún tipo de consideración se la estampé sobre el pecho, agregando—: o léela por ti mismo. Seguro te ayudará a entender mejor las cosas.

Su rostro desencajado me lo decía todo, al igual que su vista que brillaba con suma nitidez.

—Te creí más inteligente, Teo, te creí... absolutamente todo, pero me equivoqué. Y lo hice rotundamente contigo y conmigo misma. ¿Hermoso, no? ¡Fantástico! Porque quien cae como un imbécil en las redes de una alimaña seguro lo hará por segunda vez. Y, de paso, quien huye despavorida como una miserable cobarde dejándole una carta como despedida a quien más ama, también puede hacerlo por segunda vez.

Retiré mi mano de su pecho cuando él colocaba la suya en el sobre para sostenerlo y a la vez apretarlo con fuerza.

—Debí dartela, lo sé, pero en ese momento no pude. ¿Por qué? Porque no quise verte sufrir. Pero ya es tiempo de acabar con las mentiras, por mi parte claro está.

—Magdalena, ¡qué mierda es esto! —Replicó todavía más furioso que antes.

—Su despedida, Teo, su último adiós. La cobardía de Laura y sus palabras frente a quien más amaba.

Nos observamos en silencio, jadeantes y eufóricos, fulminándonos con la mirada cuando ya no había nada más por hacer o por decir.

—Perdóname por guardarla todo este tiempo, pero... quería evitar que padecieras un profundo dolor.

—¿Y por qué me la das ahora?

—Porque te pertenece y siempre te perteneció. Además, porque te quiero y también deseo que abras los ojos por completo. Las cosas a medias jamás funcionan, ¿sabes? Un claro ejemplo de ello fuimos nosotros dos. Ahora, por favor... sal de mi casa.

—Magdalena...

—Sal de mi casa.

—Ya la oíste —interfirió Emanuelle endureciendo su voz y su semblante—. No esperes que te lo repita otra vez.

Teo guardó silencio por un largo instante observándome con sus ojos enjuagados en lágrimas. Sí, unos bellos ojos castaños que yo bien conocía, que adoraba con mi corazón y en los cuales me había reflejado tantas veces mientras me hacía el amor llevándome con ellos al éxtasis y al

delirio mismo y a los cuales hoy, y en este preciso instante, tenía que decirles adiós.

Lo vi salir de mi departamento a paso lento, sosteniendo la carta en una de sus manos visiblemente afectado y notoriamente descolocado ante lo que acontecía, ante lo que ya no tenía vuelta atrás; maldiciendo en silencio, cerrando y abriendo sus ojos con extrañeza, con incredulidad y respirando pesadamente como si le costara hacerlo, para luego detenerse en el pasillo, voltearse definitivamente hacia mí, elevar la vista y observarme por un par de segundos tras suspirar y alejarse de mi vida, consiguiendo con ello que todos mis sueños y esperanzas que había creado con él y para él se deshicieran como por arte de magia o quedaran definitivamente atascados en el baúl del olvido.

Un abrazo de Silvina recibí seguido de un “¿estás bien?”, que no contesté. ¿Por qué? Por la sencilla razón que ya había hablado suficiente.

La mirada de Emanuelle aún seguía sobre la mía, intensa y penetrante, esperando quizás que mi boca formulara lo que no iba a pronunciar, hasta que me oyó suspirar comprendiendo que, de alguna forma conmigo, todo iba a estar mejor. Solo era cosa de tiempo.

—¿Chocolate, dulce de leche o glaseado de yogurt? —Formuló, sacándome de mi aturdimiento al tiempo que sonreía y volvía a manifestar—: ¿o te importan las calorías?

Una media sonrisa me robó después de todo este mal rato acontecido con Teo.

—¿Calorías? ¡Qué va! A mí dame los croissants de chocolate.

—Buena chica —acotó, asintiendo.

—Pero con una condición —proseguí, llamando la atención de Silvina y, por supuesto, la de él con mi comentario.

—¿Qué condición?

—Que me invites a correr un día de estos contigo. Es eso o no hay trato.

Automáticamente alzó una de sus manos hacia mí para que la tomara y al instante eso hice yo con la mía, aferrándome a ella.

—Te haré sudar, Magdalena.

—Lo sé, Emanuelle, pero estoy dispuesta a correr ese riesgo. Ahora dime, ¿hay o no hay trato?

Tras un suave y delicado movimiento acarició, con uno de sus dedos y para mi sorpresa, la palma de mi mano, añadiendo:

—Trato hecho, jamás deshecho. ¿Te parece bien así?

—Me parece perfecto.

De acuerdo, tenía que avanzar. Sí. De alguna forma yo tenía que avanzar sin lágrimas y ya sin Teo. Y sabía que, para bien o para mal, éste solo sería mi primer movimiento. Por lo tanto, solo me bastó mirar a Silvina, tomar aire y en absoluto mutismo pronunciar: *“Katy Perry, yo te invoco, ¿estás ahí? Creo que te necesito.”*

Catorce

David Garret se encontraba al interior de su oficina en completo silencio, sentado frente a su enorme escritorio sin creer lo que ante sus ojos acontecía y era tan revelador. Y de la misma manera, no cesaba de observar de forma tan concentrada y fría lo que era demasiado patente para obviarlo, y que con todas sus letras ya no admitía algún tipo de discusión.

Monique nunca fue de fiar, todos sus amigos se lo dijeron desde el primer momento, pero estaba tan enamorado de quien creía que sentía lo mismo por él, que jamás vio más allá de lo que su mirada siempre contempló con tanto ahínco. ¿Y ahora? Bueno, podía responder a esa pregunta y a unas cuántas más con absoluta sinceridad y todo gracias a las fotografías que yacían esparcidas sobre su mesa de trabajo que, hace un instante atrás, el detective privado al que contrató para seguirla le había entregado como mero presente. ¿De navidad? ¿De cumpleaños? Tal vez... ¿Cómo regalo de aniversario de matrimonio?

Suspiró profundamente mientras las analizaba en detalle con algo de desazón y deslizando, a la par, su dedo pulgar por el contorno de su mandíbula deduciendo, tal vez, desde cuándo ella lo engañaba con tanto descaró. Y no solo con su chofer, como lo creyó desde un principio, sino también con su dentista, con su cirujano plástico particular, su personal trainer y para rematar, ahora también se acostaba con el maldito de su abogado.

Esta vez rió, dejando que sus sonoras carcajadas inundaran el silencio reinante de la sala al tiempo que se levantaba de la silla en la cual se encontraba sentado y comenzaba a caminar sintiéndose un completo imbécil desde los pies hasta la punta de su cabeza. ¡Qué va! Se sentía el rey de los gilipollas esperando con impaciencia que le dieran su cetro, la corona y le indicaran dónde se situaba su trono para, desde ahí, reinar. ¿Y qué podía decir de su ex reina?

Con evidente furia maldijo entre dientes por todos estos años de matrimonio que, al parecer, se los había llevado el viento y a los cuales solo quería olvidar, poniéndole prontamente fecha de caducidad a toda su historia vivida con quién, por ahora, no valía la pena evocar.

Todavía con una media sonrisa de ironía alojada en sus labios sacó desde uno de los bolsillos de su pantalón su móvil para realizar una llamada que, en escasos segundos, no demoró en ser contestada por una femenina voz a la que le expresó de forma muy seria lo siguiente:

—Buenos días, Amanda. Muy bien, muchas gracias. ¿Cómo estás tú? Me alegra oírlo. Sí, seré breve. Creo que ya estás al tanto de toda esta situación, ¿o no? Bueno, necesito que concertes una reunión con el abogado de mi ex mujer y con ella lo antes posible, por favor. Sí, exacto. Prepara los documentos pertinentes para presentarlos en esa cita. Quiero... no, disculpa, me

retracto. Ansío firmar mi divorcio y cuanto antes lo haga, mejor. Sí, Amanda. No daré pie atrás ahora que estoy realmente seguro y convencido de ello.

Luego de haber finalizado la llamada, volvió a tomar las fotografías para meterlas en el mismo sobre del cual las había sacado. Y así, lo guardó con llave al interior de una de las gavetas de su escritorio porque ellas, indudablemente, serían las pruebas irrefutables con las cuales sacaría a la luz toda la verdad y la doble vida de la mujer a la cual ahora desconocía por completo.

Al cabo de unos minutos, intentó despejar su mente de todo lo que había vivido y que aún le hería de sobremanera el corazón. Pero le era tan difícil hacerlo más, cuando ella significó en algún momento de su vida todo su mundo y, por ende, su única y auténtica felicidad al igual que su futuro.

—Bravo, David —se dijo, aplaudiéndose a sí mismo—. ¡Bravo, hombre! La verdad, pudo haber sido peor! —Agregó en clara alusión a la idea que le planteó de tener hijos y formar así una familia—. Sí, tienes razón. Pudo haber sido muchísimo peor.

Pretendiendo apartarla a toda costa de su cabeza volvió a sentarse en la silla de su escritorio y terminó reclinando su espalda contra ella para así cerrar los ojos y pensar. ¡Y vaya que tenía que hacerlo con todo lo que se le venía encima! Claro, y debía prepararse también, porque después de su jugada maestra y el as bajo la manga que ahora poseía y revelaría en esa próxima reunión ella, de seguro, terminaría llorando desconsolada como una...

«Magdalena». Espontáneamente, un hermoso rostro de facciones finas y delicadas colmó por completo su mente consiguiendo que sonriera con mucha naturalidad.

David abrió los ojos mientras relamía sus labios y pensaba en ella. No en su ex mujer, claro está, pero sí en Magdalena, la chica tan especial y única que ahora ocupaba cada recoveco de su mente. Y que parecía afianzarse en ellos, todo y gracias a su dulzura, su belleza y, por sobretodo, a su incomparable espontaneidad con la cual lo había hechizado y le había hecho comprender, fehacientemente, que todavía existía tiempo para vivir con intensidad las cosas buenas de la vida.

Sin meditarlo dos veces volvió a tomar su móvil con algo de nerviosismo, preparándose para oír nuevamente su voz. Sí, aquella que cada vez que se colaba por sus oídos lo hacía sentir tranquilo, sereno y en calma y a la que ansiaba volver a escuchar después de lo que había sucedido en el club de campo. O más bien, después del inigualable beso que él le robó.

Sonriendo y suspirando, como todo un adolescente, buscó su número entre sus contactos, al cual segundos después llamó, decididamente, percibiendo como su corazón latía totalmente desbocado tras el sonido de espera que lo comunicaría con la voz de aquella mujer a la cual estaba seguro volvería a ver prontamente.

Intenté relajarme y pasar la página. Intenté desprenderme de todas las vibras negativas que me invadían tras la inesperada visita de Teo y nuestra posterior discusión. ¿Y qué fue lo que conseguí a cambio? Estampar colores y más colores en una de las paredes de mi estudio, el que usualmente usaba para pintar y al que ahora pretendía darle vida. ¿Por qué? Porque llamar a Gaspar y conducir el Corvette de “La cobra” para arrancar de mí todas mis imperiosas ansias de asesinar a Laura con mis propias manos no parecía ser la mejor y más sensata de las ideas. Seguramente, con lo furiosa que me encontraba, terminaría nada más que estampada contra un muro de contención y ella, por su parte, viviendo su cuento de hadas y su “felices para siempre” junto al innombrable de Teo Sotomayor. ¡Qué maravilla!

Un campo de tulipanes en perspectiva fue en lo único que pude pensar en honor a mi padre y a Ámsterdam, la ciudad en la cual él residía cuando no se encontraba trabajando para “La National Geographic”. Sí, increíble, pero cierto. Mi padre, un hippie evolucionado, después de su divorcio con mi madre y al haber perdido mi custodia, decidió aventurarse y desarrollar su gran pasión que en este país solo había realizado como un mero hobby. ¿Cuál? La fotografía.

Después de estudiar ciencias botánicas y ejercer unos años dando clases en una prestigiosa universidad del país optó por marcharse al extranjero y perfeccionarse en esa área, sin dejar de lado su pasión que, en definitiva, lo catapultó al estrellato.

Un segundo. No se confundan. Mi padre no se convirtió en una flamante estrella Hollywoodense, pero sí en un destacado y reconocido botánico que escribía, viajaba y fotografiaba, junto a su equipo de trabajo, todo lo concerniente a esta rama de la biología que estudia en detalle los vegetales y sus distintos niveles de descripción, clasificación, distribución, funcionamiento y reproducción, en sus dos ámbitos. Ya sea como botánica pura (ciencia básica) o botánica aplicada (explotación comercial, forestal, farmacéutica, alimentaria, etc.)

Lo sé, lo sé. Puede que suene más bien a chino mandarín para algunos o español para otros, me incluyo. Pero en definitiva, mi padre amaba la naturaleza, los campos verdes, los bosques inmensos, las selvas impenetrables y observar un amanecer o un atardecer desde el horizonte de un monte o un valle desarrollando sus momentos de paz e infinita conexión con su existencia y, por ende, con la tierra que habita.

Sí, así era mi padre, Renato Villablanca, y como todo científico deseaba brindarle al mundo su grandísima contribución para así concientizarnos y hacernos comprender que este planeta, en todo su conjunto, nos pertenecía y, por lo tanto, debíamos respetarlo, entender que no estábamos solos en él, que necesitábamos convivir con otras especies para lograr una armonía en esta vida y así nutrirnos y, a la vez, cuidar de él por el bien de nuestra humanidad y de la futuras generaciones que vendrían.

Por eso y por muchas cosas más amaba incondicionalmente a mi padre. Una de ellas, era la forma tan especial en que solía ver y entregarse a la vida sin condición, sin cuestionamientos,

solo dejando que todo fluyera como tenía que fluir, pero sorteando con tesón y entereza cada una de las dificultades que ella le había impuesto sin caer, sin abatirse y, por sobretodo, sin bajar nunca los brazos. Y lo más importante, sin abandonarme jamás a pesar de la distancia y los miles de kilómetros que nos separaban. Porque en cada una de sus visitas, en cada uno de sus mensajes, en cada comunicación, en cada una de sus palabras y reiteradas muestras de cariño siempre lo podía sentir aquí, conmigo, a mi lado y más presente que nunca.

Suspiré unas cuantas veces, evocándolo, cuando ya el campo de tulipanes comenzaba a tomar forma con sus variados y hermosos colores hasta que el sonido de mi teléfono me sacó de mi total abstracción. Rápidamente dejé la brocha de lado, me limpié las manos y tomé mi teléfono sin advertir el número que registraba la pantalla, hasta que oí el sonido de una particular voz que logró hacerme temblar desde que pronunció un significativo y preponderante *“hola, Magdalena.”*

Quise decir algo, pero no lo conseguí. ¿Por qué? Si lo supiera no me lo estaría preguntando, ¿o sí?

—¿Estás ahí? —Formuló David Garret, estremeciéndome aun más que antes gracias a la gravedad de su cadencia que reconocí al instante.

—Sí, estoy... aquí. Hola —caminé de un lado hacia otro por mi estudio sin saber qué hacer o qué decir.

—Hola. ¿Estás bien? Te noto sorprendida.

«Y nerviosa. Gracias por recordármelo», añadí solo para mí.

—Sí, lo estoy. Quiero decir, estoy bien y no sorprendida. Bueno, un poco —asumí, enredándome olímpicamente con mis propias palabras. ¡Qué fatalidad! Decir que daba asco en ese minuto de mi vida era quedarme corta.

—¿Por qué? —Preguntó. Creo que deseaba saberlo.

—Porque... es toda una sorpresa oír tu voz después de la última vez que nos vimos. Yo... sinceramente creí que ante mi patético comportamiento tú...

—¿No quería escucharte nuevamente? —Me interrumpió—. Por favor, el culpable de ello fui yo. No debí abordarte de esa manera.

Una opresión sentí en mi pecho al oírlo y asimilarlo como tal. Que acaso él... ¿se estaba retractando del maravillos beso que me había plantado?

—Aunque realmente debo ser sincero —acotó—, no me arrepiento de habértelo robado.

No sé por qué o debido a qué, pero tras ello percibí como mi alma regresaba a mi cuerpo sin notar siquiera en qué momento ésta había salido disparada.

—¿Ah... sí? —Me detuve junto a la ventana que daba directo hacia el balcón—. ¿Y eso es... bueno o malo? —. ¡Pero qué brillante, Magda! De todas las preguntas que pudiste haberle hecho tenías que formular la más tonta. ¡Te felicito!

—Para mí fue más que bueno, Magdalena. Yo diría que fue... excepcional. Pero no sé que significó para ti.

¿Para mí? Eeehhh... ¿Eso había sido una respuesta o una interrogante formulada detrás de una evidente pregunta capciosa? Porque, sinceramente, odiaba las preguntas capciosas. Y más, odiaba responderlas.

—¿Tiene que ser ahora?

Sentí su risa, la que consiguió acalorarme a tal punto de ansiar un agua de coco para beber como si estuviera en el mismísimo Caribe.

—No, pero me encantaría conocer tu respuesta dentro de un par de horas. ¿Estás disponible para almorzar?

Me observé detenidamente. Tenía las manos pintadas, las piernas también, los pies, el rostro salpicado de pintura y solo llevaba encima una camisa que con suerte me tapaba el trasero y él... ¿me estaba invitando a almorzar? ¿A mí? ¿Así?

—David, yo...

—¿Estás ocupada? ¿Con tu pareja, quizás?

Con esa interrogante me arrancó una sonrisa y bueno, también me hizo sonrojar.

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?

—Que sí estoy ocupada, pero no precisamente con mi pareja. De hecho... —ya no la tenía o, tal vez, jamás la tuve ni la volvería a tener. ¡Oh, qué patética era mi vida! Sí, estoy usando mi

bendito sarcasmo también para referirme a ello.

—Y... ¿puedo saber qué es lo que te mantiene tan ocupada?

—Quizás te parezca algo extraño o fuera de lo común, pero intento relajarme pintando.

—No es extraño. Al contrario, me parece fenomenal. Y dime, ¿qué es lo que pintas?

—Uno de los muros de mi estudio.

—¿Y cómo está quedando ese muro de tu estudio?

Me volví hacia la pared para detallarle a cabalidad lo que los colores expresaban por sí solos.

—Considero que el campo de tulipanes en perspectiva con vivos colores que estoy creando empieza a tomar fondo y forma.

—¡Vaya! ¿Eres artista? —Inquirió con soberana fascinación como si, de pronto, se encontrara realmente sorprendido e interesado—. Definitivamente, quiero verlo.

Reí ante su acotación. Era indudable, jamás nadie había sido capaz de robarme con tanta facilidad algo más que un par de sonrisas como lo hacía David Garret. Bueno, de más está decir que él era por excelencia un ladrón innato. Creo que ya saben a qué me refiero específicamente con ello.

—No soy un artista, David, pero me encanta pintar —le di a entender—. Es una de mis pasiones ocultas y bueno, también actúa como relajante y descontracturante natural.

—Perfecto para mí. Esta mañana ha sido nefasta —cambió levemente el tono de su voz.

—¿Nefasta? Eso se oyó muy mal. ¿Sucede algo?

Lo sentí suspirar hondamente. Gesto con el cual certificó que no estaba bien del todo.

—Problemas, situaciones desagradables, decisiones que tomar. Mi día ha estado marcado por ellas.

—¿Estás bien? —Formulé realmente preocupada.

—De alguna forma... lo estaré. Gracias por preguntarlo.

—¿Seguro? —Insistí.

—No hay mal que por bien no venga, Magdalena.

Eso se oyó todavía más desalentador. ¡Demonios! ¿Problemas con la “perra afgana”, quizás?

—Sí, eso dicen por ahí. Conozco ese dicho. Pero más vale actuar que expresarlo. ¿No te parece?

Su mutismo me dio a entender que no había comprendido para nada mi acotación. No lo culpo. A veces hasta yo no comprendía a cabalidad todo lo que por mi boca salía disparado.

—Te propongo algo —expresé sorprendiéndolo y sorprendiéndome a mí misma.

—¿Qué tienes en mente?

—Un relajante natural y descontracturante. ¿Te animas a pintar?

—¿Yo?

—No, David. Se lo estoy pidiendo a tu vecino. ¡Claro que te lo estoy pidiendo a ti!

Rió. ¡Lotería!

—No quiero arruinar tu mural.

—No lo harás, te lo aseguro. ¿Te animas? Es totalmente gratis y solo te costará venir hasta aquí y... traer la comida.

—¿Estás hablando en serio, Magdalena?

—¡Claro que sí! ¿No querías almorzar? Pues te lo advierto, con tu proposición ya me abriste el apetito. ¿Vienes o no?

—Me encantaría —afirmó de golpe, pero ahora suavizando su cadencia. Apostaría mi vida que en este momento también estaba sonriendo a sus anchas.

—¡Genial! Te enviaré mi dirección en un mensaje de texto.

—De acuerdo. ¿Deseas algo en especial?

¿Otra pregunta capciosa? O esta vez podría tomarla como... ¿subliminal?

—Mmm... sí, tengo algo en mente.

—Soy todo oídos —me aseguró verdaderamente muy ansioso de conocer mi respuesta.

—Quiero que... al momento de entrar a mi departamento intentes dejar atrás todo lo que te agobia. No es tan difícil, David. Solo depende de ti llevarlo a cabo. ¿Puedes hacerlo?

Otra vez un desconcertante mutismo obtuve de su parte. ¡Oh, oh! ¿Y ahora? Quizás pedirselo así, de esa forma, había sido muy precipitado y yo...

—Claro que puedo. De hecho, me encantará intentarlo.

Mi cara de boba lo decía todo.

—De acuerdo, Mister. Entonces, no le queda más que venir hasta aquí.

—Así lo haré, pero antes quisiera saber algo al respecto. O mejor dicho, ¿me otorgarías alguna recomendación para llevar a cabo mi relajación natural y descontracturante de la mejor manera?

—Dos —insinué al instante—. La primera de ellas: sin alguno de tus trajes puedes hacerlo mucho mejor.

¿Eso claramente significaba que deseaba verlo desnudo? No respondan, muchas gracias. Creo que ya comprendí.

—Concuerdo contigo —cayó en mi juego de palabras—. Te aseguro que sin uno de mis trajes puedo hacerlo y moverme muchísimo mejor. ¿Y la segunda de ellas cuál sería?

—Es simple. Deje de hablar tanto y actúe, Mister. El tiempo vuela, ¿lo sabía? Y de paso, mi estómago ya gruñe de hambre —finalicé, percibiendo también en él una cuota de evidente emoción.

Después de un confortante baño caliente me vestí un tanto más decente para la ocasión, pero dejando todo el lujo y la sofisticación de lado. Ah, y también el estilo. Solo me calcé unos jeans desgarrados, una de mis camisetas favoritas, mis Converse de colección, maquillé mi rostro levemente, peiné mi cabello y listo. Ya estaba en condiciones de recibir a David Garret para continuar pasando páginas tras páginas del libro de mi vida. Fantástico, ¿no?

Cerca del mediodía y mientras me hallaba ordenando el estudio de mi maravilloso minuto de inspiración divina, la puerta de mi hogar sonó tras un par de golpecitos que habían caído en ella. ¿Teo? Me pregunté tontamente. No. No era su forma habitual de tocar. ¿Silvina? No. La Divina había regresado a su trabajo “común y corriente”, el que tenía que ver expresamente con publicidad. ¿Mi madre? Seguro estaba sumida en uno que otro de sus casos en el bufete de abogados. ¿Piedad? Obviemos esa pregunta, por favor. ¿Entonces?

Caminé hacia la puerta un tanto nerviosa de tener a ese hombre nuevamente frente a mí reviviendo, ante todo, el espectacular beso que me había dado la noche anterior y que todavía conseguía hacer estragos en todo mi cuerpo.

—De acuerdo —me dije en completo silencio y ya situando mi mano en el pomo de la puerta—. Es solo un hombre normal, Magda, relájate. ¿Qué podría pasar? Y esa pregunta me la respondí con creces cuando nuestras miradas, finalmente, se conectaron en una sola, consiguiendo que toda mi anatomía se sobresaltara tal y como si hubiera recibido una prominente descarga eléctrica. ¿Gracias a qué? Obviamente a la bellísima y derretidora sonrisa que me regaló. ¡Ay de mí!

Después de saludarnos como dos personas civilizadas y ayudarlo a dejar sobre la mesa de la cocina todo lo que había traído consigo, eso incluía la comida, el postre y su figura monumental, me dediqué a observarlo en detalle y él a admirarme con algo de nerviosismo, tal y como si estuviera chiflada, además.

—¿Qué? —Situó sus manos en su caderas—. ¿Hay algún problema conmigo?

—Lo hay. Así no puedes pintar. Por lo tanto, quítatelo todo.

Al instante, enarcó una de sus cejas tras sonreír con lascivia.

—¿Así sin más?

—¿Tienes algún problema con ello?

—No. Siempre y cuando tú también te lo quites todo. Lo justo es lo justo, Magdalena.

Moví mi cabeza de lado a lado, sonriendo de la misma manera.

—Despreocúpate. No vas a pintar desnudo —. Lo sé, lo sé. Eso de mí no se oyó para nada convincente.

—¿Ah no? ¡Qué mal! Ya me estaba haciendo a la idea.

—Me refiero —volví a reír como una boba—, a tu camisa, David. Se nota carísima y no vamos a arruinarla, pero puedes... conservar tu pantalón.

—¡Qué mala suerte la mía! —Bromeó, empezando a desabotonársela, tal y como si fuera el más obediente niño pequeño.

—Dame unos segundos. Ya regreso —lo dejé un momento a solas y también replicando en absoluto silencio: “y la mía, David. Y la mía.”

Volví a la sala trayendo conmigo una de las camisetas de mi padre encontrándome con... ¡Santo Dios! Un bendito torso del demonio trabajado, esculpido y seguramente duro como una roca en el cual podría contar con suma facilidad sus oblicuos, tal y como si éstos fueran tablillas de chocolate. ¡Ay por Alá, Krishna, Buda y Jesucristo Superstar! ¿Se puede vivir así? Porque claramente yo... ya no podía hacerlo.

Sostuve la camiseta en mis manos, la retorcí unas cuantas veces, pretendí mantener mis pies sobre el piso, tragué saliva con dificultad y volví a pensar en el Caribe y en el agua de coco. ¿Y ahora? ¿Debía hablar, balbucear o articular cualquier idiotez sin sentido? Sí, debía y de paso, también tenía que dejar de babear.

—Es... —totalmente increíble lo que tengo frente a mis ojos. ¿Se pueden lamer? Digo, ¿tocar? ¡Qué estoy diciendo!—... para ti —alcé una de mis manos para entregársela.

—¿Quieres que me la ponga?

—No —expresé como una autómatas—. O sea, sí.

David terminó mordíendose su labio inferior tras caminar hacia mí con su inigualable desplante y cuerpo y sonrisa y ojos y...

—¿Segura?

Asentí. ¿Por qué? Porque sabía y estaba realmente convencida que si abría la boca de más,

alguna estupidez terminaría saliendo por ella.

—¿Qué ocurre? ¿Está todo bien?

Perfectamente, David. Perfectamente.

—Sí, está... —¡Santo Cielo!—... todo sumamente... bien —concluí de golpe al tenerlo tan solo a unos escasos centímetros de mi cuerpo hablándome así, tan... quedamente.

Mis ojos se hallaban petrificados en su cuerpo. Mi boca ya no podía balbucear. Mi anatomía pretendía mantenerse muy quietecita y mis manos... ¡Demonios! Tuve que entrelazarlas detrás de mi espalda para mantenerlas a raya, porque las condenadas solo querían tocar y tocar.

—Magdalena...

—¿Sí?

Sonrió demoleradoramente antes de volver a expresar:

—Te noto extraña. ¿Segura que estás bien?

¿Extraña yo? Querrás decir, fuera de órbita.

—Sí, es solo que... verte... así... tu torso... está... ¿es real? —. Me habría dado una bofetada a mí misma en ese exacto momento. ¿Qué no podía reaccionar y hablar como lo hacía la gente normal?

El brillo en los ojos de David me encandiló al igual que si con ellos hubiéramos hecho cambios de luces en plena carretera.

—Dame tu mano —dijo, quitándome por completo la respiración.

—¿Perdón?

—Dame tu mano —volvió a manifestar sin apartar su intensa y penetrante mirada azul acero de la mía.

Y ahí estaba yo cercenándome los sesos sin saber qué rayos hacer y sin efectuar el más mínimo movimiento. ¡Qué bruta! Cuando todo lo que daba vueltas en mi mente era “tablillas de

chocolate, tablillas de chocolate. ¿Las quieres probar?”. ¿Les comenté alguna vez que mi adicción al cacao estaba sobreestimada?

Lentamente terminé sucumbiendo a su petición observándolo solo a él mientras él me observaba solo a mí, cuando una de sus tibias extremidades buscó la mía para tomarla y acercarla definitivamente a su pecho.

¡Wow! Tuve que cerrar los ojos frente a ese contacto que me encendió la piel en milésimas de segundos. Pero los abrí para situarlos nuevamente sobre su mirada fija y expectante que aún mantenía posicionada sobre mí esperando que, tal vez, yo realizara el primer movimiento.

—¿Qué opinas? ¿Te parece del todo real? —Inquirió, gravemente, incinerándome la piel con ello.

—Un segundo —respondí en mi afán de seguir experimentando cuando ya mi mano, por su propia cuenta, se deslizaba hacia abajo en busca de más.

Impresionante era la palabra que lo definía por completo mientras lo acariciaba reteniendo mi inquieta vista sobre la suya cuando la de él, sin siquiera parpadear, lograba taladrear hasta hacerme añicos el alma.

Seguí descendiendo hasta situarla sobre sus maravillosas y por qué no, apetitosas tablillas, pero ahora preocupándome del inevitable ardor que se alojaba en mi entrepierna y que claramente poseía un solo nombre: “deseo”.

Delineé cada contorno disfrutando de ellas y percibiendo, a la par, como mis pezones se endurecían y se erguían sin oponer resistencia. Y a eso debía añadirle el irrefrenable ardor que crecía en mí al grado de sentirme lo bastante húmeda. ¿Estaba en problemas? No, para nada. Solo me hallaba presa de unas poderosas sensaciones que no lograba reprimir. Algo con lo cual podía lidiar. ¡Vil mentirosa!

Tras un ardiente jugueteo de lujuriosas miradas, una de las manos de David se posicionó finalmente en mi cintura para atraerme más hacia él, con poderío, y yo me dejé llevar porque lo quería. ¡Qué va! Lo ansiaba y lo necesitaba de una extraña manera que aún no lograba descifrar del todo. Por lo tanto, en un roce intencional de mi boca contra la suya, expresé sutilmente y sin que me temblara la voz:

—Granito puro, Mister. Lo felicito.

Su aliento abrazador me tenía al borde de un colapso preorgásmico que sabía que en cualquier instante se iba a desatar.

—Gracias. Es parte de mi rutina diaria de ejercicios —comentó orgulloso, otorgándome un guiño.

—Pues, me parece una rutina muy... efectiva, tanto como la que ahora vamos a realizar. ¿Pintamos?

Su nariz rozó de delicada manera la mía al tiempo que se aprestaba a responder:

—Donde tú quieras.

Bueno, para ser sincera mi subconciente ya manejaba unas cuantas opciones.

Dejó que me separara a regañadientes de su cuerpo para luego seguirme en dirección hacia mi estudio, el cual admiró un momento en silencio quedándose embelesado con lo que había en su interior. Sin nada que decir preparé el atril, las pinturas y me quité el calzado. Luego, disfruté de cada una de sus reacciones al contemplar cada uno de mis cuadros y dibujos que yacían, algunos colgados en otra pared, otros apilados a un costado de mi mesa de trabajo, así como también unos solo dibujados, pero sin terminar.

—¿Comenzamos? Pero antes te sugiero que te quites tus zapatos y te... coloques la camiseta.

Así lo hizo, sin nada que rebatir, pero observándome una vez más con cara de, “¿estás segura?”

Descalzo caminé hacia mí fijando la vista esta vez en el atril en blanco, la que entrecerró mientras cruzaba sus fornidos brazos por sobre su pecho.

Esbozando en mis labios una media sonrisa tomé uno de mis pinceles y la paleta de colores antes de proseguir, diciéndole:

—De acuerdo, Mister. Haga lo que desee y solo déjese llevar.

Sonrió exquisitamente volteando su radiante mirada hacia mi rostro.

—No puedes pedirme eso —acotó.

—¿Por qué no? Dijiste que lo intentarías. ¿Ya no quieres hacerlo?

—Quiero hacerlo. No imaginas cuánto deseo hacerlo, pero...

—Pero...

—No con el atril, sino contigo, Magdalena.

Contuve el aliento tras ver como se volteaba por completo hacia mí y al mismo tiempo alzaba una de sus manos hasta alojarla en la curvatura de mi cuello.

—Lo lamento.

—Sé sincero —lo encaré sobresaltada, pero totalmente a gusto percibiendo como su otra mano se apoderaba quedamente de mi cintura para atraerme hacia él—, tú realmente no lo lamentas.

—¿No lo lamento? —Formuló coquetamente, estrechándome más contra su fornido cuerpo.

—No —respondí ya sin aliento.

—Entonces no me queda más por decir que... doblemente lo lamento, Magdalena Villablanca, pero un solo beso tuyo no me basta para calmar las vivas ansias de este hombre sincero —concluyó, asaltando de una buena vez mi boca que, al contacto, se fundió inevitablemente con la suya en un increíble beso demoledor.

Sin dejar de besarme, David me arrebató lo que sostenía entre mis manos consiguiendo así que depositara mis extremidades por sobre sus hombros para que mis dedos finalmente se enredaran gustosos en su cabello. Y eso fue lo que hice, dejándome llevar y disfrutando de él y del maravilloso momento que nos envolvía en el cual, ambos, nos olvidamos precisamente de lo que habíamos venido a hacer aquí.

Su boca me sabía a gloria, a desenfreno, a descontrol, a todo lo que yo ansiaba de un hombre y que, al parecer, con él lo tenía con creces mientras su lengua ya batallaba duramente con la mía en un baile de seducción, entrelazándose, estrechándose, reconociéndose, como si ambas estuvieran hechas la una para la otra.

¿Podía ser esto posible? Era lo único que lograba preguntarme al percibir como sus fuertes manos me acariciaban la espalda apretándome siempre con suma delicadeza, pero también con ardor. Un ardor que me traspasaba la ropa quemándome con cada beso, con cada roce, con cada acometida de su ávida lengua y con cada sensación de frenesí que nos recorría la piel de extremo a extremo.

Pero finalmente mi cordura le ganó la batalla a mi desenfreno y al colapso preorgásmico que ya se había desatado en mí, al recordar por sobretodas las cosas a Teo y a lo que había acontecido con nosotros esta mañana.

—Lo siento —me excusé muy nerviosa interrumpiendo el beso—. Lo siento yo... no debí reaccionar así —me alejé, pero ya con David siguiéndome de cerca.

—Magdalena, Magdalena, ya está. Tranquila —esta vez solo se limitó a abrazarme para evitar que huyera de su lado—. Todo está bien, te lo aseguro. No hiciste nada malo.

Pero yo no estaba tan convencida de ello.

—Creo que estamos de acuerdo en que el culpable otra vez he sido yo.

Alcé la vista hacia la suya para perderme un momento en su nítida mirada.

—Un segundo. No pretendas llevarte todo el crédito, ¿quieres? Que no has besado precisamente a un maniquí.

Al segundo, obtuve de su parte un beso en mi coronilla seguido de un par de carcajadas que emitió a viva voz.

—Sé que no eres precisamente un maniquí, y sé también que tampoco eres lesbiana. ¿Algo más que agregar?

Terminé enterrando mi rostro en su pecho realmente avergonzada por haber correspondido a su segundo beso de tan magnífica manera.

—Sí. Yo también lo siento, David.

—Magdalena, tú no has hecho...

—Tal vez no o tal vez sí. A estas alturas ya tengo ciertas dudas.

—¿A qué te refieres?

—A que no he sido del todo honesta contigo.

¡Válgame Dios! ¿Estaba siendo poseída por un temible ataque de sinceridad tras recibir ese beso?

—¿Y quieres serlo ahora?

—Por las dudas sí —suspiré como si lo necesitara para seguir existiendo—, y también por si vuelves a besarme así tan... sugerentemente... otra vez.

David sonrió, creo que por segunda o tercera vez gratamente complacido.

—Está bien. Dime lo que creas que es necesario que yo sepa y, ante todo, confía en mí.

Eso fue un increíble bálsamo para mis oídos.

—Gracias, porque se trata de ciertas cosas sobre mí y... sobre Teo —me separé, alzando mi vista hacia la suya—. Teo Sotomayor.

—¿Y quién es Teo Sotomayor?

¿Era yo o solo le importaba conocer a cabalidad la existencia de quién ahora consideraba mi ex amigo follador con beneficios?

—El hombre del cual creí estar completamente enamorada.

Sus ojos se fijaron en los míos como si quisiera traspasarme con ellos.

—Y ya que no vamos a pintar, podríamos charlar, ¿no crees?

—Es lo mismo que iba a preguntarte yo a ti. ¿Quieres contarme qué fue que lo que ocurrió con él?

—Sí —suspiré abiertamente—. Porque por alguna extraña razón que todavía no logro dilucidar del todo a ti... no deseo mentirte.

Antes de volver a hablar se preocupó de entrelazar una de sus manos con una de las mías, añadiendo:

—Entonces, no lo hagas y habla con la verdad. ¿Qué te parece si comienzas por el principio?

¡Vaya! Al que tanto temor le tenía...

Pero a pesar de ello y de las eventuales consecuencias que se pudieran suscitar gracias a “mi verdad” me armé de valor y decidí llevarlo a cabo, relatándole cómo había comenzado esta historia y nada menos que... desde el principio.

A esa misma hora y en su departamento más, específicamente en su balcón, Teo bebía una taza de café al tiempo que recordaba y observaba con detenimiento el sobre que Magdalena esta mañana le había entregado.

«La carta», se repetía... «La carta de Laura», una y otra vez sin siquiera llegar a abrirla. ¿Por qué? Eso era muy sencillo de responder. Porque tenía miedo de conocer la realidad de su partida y lo que ella desencadenaría tras su repentino regreso.

“Esto es tuyo. Lo guardé hace algo de tiempo. Me lo dio Laura para ti antes de marcharse.

¿Qué es eso, Magda?

Pregúntaselo o léela por ti mismo. Seguro te ayudará a entender mejor las cosas.”

Entender... ¿Qué tenía que entender?

“Te creí más inteligente, Teo, te creí... absolutamente todo, pero me equivoqué. Y lo hice rotundamente contigo y conmigo misma. ¿Hermoso, no? ¡Fantástico! Porque quien cae como un imbécil en las redes de una alimaña seguro lo hará por segunda vez. Y, de paso, quien huye despavorida como una miserable cobarde dejándole una carta como despedida a quien más ama, también puede hacerlo por segunda vez.”

Se apartó la taza de los labios para dejarla a un costado de donde se encontraba el sobre que en su frontis tenía escrito su nombre con una clara y cursiva letra que, de buenas a primeras, reconoció tras emitir un profundo suspiro.

“Debí dartela, lo sé, pero en ese momento no pude. ¿Por qué? Porque no quise verte sufrir. Pero ya es tiempo de acabar con las mentiras, por mi parte claro está.”

—¿Qué mentiras son esas, Magdalena? —Replicó en un murmullo la misma pregunta que le había hecho esta mañana, pero ahora evidentemente más calmado.

“Su despedida, Teo, su último adiós. La cobardía de Laura y sus palabras frente a quien más amaba. Pedóname por guardarla todo este tiempo, pero... quería evitar que padecieras un profundo dolor.”

—¿Más profundo que el que siento al no tenerte conmigo? ¡Vaya! Tenías razón... las cosas a medias jamás funcionan y todo por la maldita cobardía de un imbécil como yo.

“Te pertenece, Teo, y siempre te perteneció. Por lo tanto, abre los ojos, pero ahora procura hacerlo por completo.”

—Y eso es lo que pretendo hacer y nada menos que en este preciso momento. Porque de alguna forma... te lo debo, preciosa.

Y así, tras beber el último sorbo de su café, tomó el sobre de la mesa, el cual abrió rápidamente para sacar desde su interior la carta que ella le había dejado. Y con mucha atención e intranquilidad leyó palabra por palabra, línea por línea mientras percibía, a la par, como un enorme y angustiante nudo comenzaba a alojarse en la garganta, impidiéndole respirar.

“Querido Teo:

Lo siento, pero no puedo seguir así. Esto es más fuerte que todo lo que siento por ti, por eso he decidido partir sin verte, sin tocarte, sin besarte y sin mirarte a los ojos por última vez.

Por favor, antes que me odies con toda tu alma, perdóname por ser una cobarde y no tener la entereza suficiente para decir adiós. Perdóname por no encararte y por no explicarte que no te amo de la misma forma que tú lo haces conmigo.

Lo siento. Te quiero, pero me di cuenta muy tarde que no eras para mí y que, por ende, no deseaba tener cabida en ninguno de tus planes. ¿Por qué? Sencillamente, porque tu lugar jamás estará con alguien como yo.

Espero que comprendas mi abrupta decisión y entiendas que jamás quise hacerte daño y que, si alguna vez el destino nos otorga la dicha de volver a encontrarnos, me permita verte feliz, sonriente y de la mano de quién realmente sueña y vibra junto contigo.

Te mereces lo mejor, cariño. Siempre te merecerás lo mejor porque fuiste un buen hombre y el que más me ha querido. Por eso, me llevo donde quiera que vaya todos nuestros recuerdos, los que indudablemente son y serán los mejores y más bellos de mi vida.

Así que... continúa con tu vida. Prosigue y avanza sin mí buscando la felicidad que tanto anhelas y perdóname por no amarte, perdóname por no corresponderte y, por sobretodo, perdóname por haberte dado la espalda negándome a luchar por ti.

Te quiere.

Laura.”

Quince

Esa noche, al igual que otras, el bar que usualmente David frecuentaba se encontraba a tope. Así lo vislumbraba mientras no cesaba de beber del corto de whiskey que sostenía con fuerza en una de sus manos.

En completo silencio e impaciente, apesadumbrado y molesto, aún meditaba todo lo que había oído desde los labios de Magdalena y que le era tan difícil de comprender y asimilar. «Su historia», se repetía frunciendo el ceño y entrecerrando la mirada. «Su historia», la que él alentó a que le relatara de principio a fin y la que ahora, de una extraña forma, le hacía hervir la sangre al no conseguir olvidarla.

Suspiró, tal y como si liberara un gruñido gutural desde la profundidad de su garganta al tiempo que recordaba los dos besos que le había robado y le habían hecho creer, a ciencia cierta, que ella podía ser diferente, especial. Pero ahora, lamentablemente, ya no estaba tan seguro de ello.

Mientras seguía pensando en ella y en cada una de las palabras que le había proferido situó una de sus manos en su castaño cabello cuando alguien, inesperadamente, le palmeó el hombro haciéndose notar con su sola presencia junto al grave sonido de su voz.

—Vine en cuanto pude. Por lo que veo... ¿no pretenderás beber todo lo que hay en este bar sin mí o sí?

David volteó el rostro hacia quien lo observaba expectante y con una media sonrisa dibujada en su semblante.

—Gracias por estar aquí —le respondió a su gran amigo Martín De La Fuente quien, rápidamente, se sentó a su lado tras desabotonar un par de botones de la chaqueta del carísimo traje que vestía.

—No me des las gracias, hombre, y solo cuéntame qué ocurrió. Sabes que no me gusta verte tan abtido y más, si se debe a tu flamante ex esposa. Ahora explícame, por favor, ¿qué fue lo que hizo Monique para que estés así?

«No se trata de ella sino de Magdalena» se dijo a sí mismo, pronunciando cada una de esas palabras con verdadera irritabilidad, la misma que ahora salía expedida por cada uno de los poros de su cuerpo.

—No se trata de Monique —articuló como si arrastrara aquella frase notando como su amigo le hacía un ademán al cantinero para que notara su presencia.

—¿No? ¿Entonces? —Ahora fue el turno de Martín de entrecerrar la mirada—. ¿Qué es lo que te tiene así tan a mal traer?

Ciertamente eso tenía una sola respuesta y era nada menos que: la mujer que hace varias horas atrás había confiado en él ciegamente relatándole su verdad. Una por la cual la había abandonado pidiéndole tiempo para pensar y que ahora lo tenía sumido en una verdadera encrucijada al no saber qué rayos hacer con ella y con su propia existencia.

—David... —insistió Martín—... te escucho.

—Magdalena —expresó él, tajantemente, golpeando el vaso contra la barra—. ¿La recuerdas?

Martín se sobresaltó preguntándose, de buenas a primeras, “¿qué pretendía David con eso de “la recuerdas”?”. Y luego, mantuvo la serenidad sin hacer alarde de lo que aún ocasionaba esa mujer en su piel de tan solo evocarla.

—Tu amiga, ¿no? La chica... ¿del club de campo? —Comentó con desinterés.

David al oírlo sonrió de mala manera a la vez que volvía a beber, pero ahora con verdaderas ansias.

—Sí, ella, Magdalena Villablanca—le recordó al tiempo que el cantinero se acercaba a ambos para preguntar qué iba a beber su acompañante.

—¿Señor?

—Un escocés, por favor. Y asegúrese de traernos la botella completa —. Volvió a centrar la conversación en el fascinante tema en discusión que su amigo empezaba a desarrollar—. ¿Por qué lo preguntas?

David se negó a responder golpeando otra vez con fuerza el vaso ya vacío contra la barra.

—Déjame adivinar... Por lo que advierto y te conozco es ella quien te tiene así, ¿verdad?

—No —añadió con la voz tan fría como el hielo—. ¿Qué te hace suponerlo? ¿Por qué quieres saberlo?

Martín tensó sus músculos evidentemente extrañado ante sus toscas reacciones.

—Simple curiosidad.

—Simple curiosidad —replicó David con sorna—. ¿Estás seguro?

Sin responderle y ya recibiendo la botella de whiskey se tomó su tiempo observando su corto de licor antes de volver a expresar:

—Completamente convencido de ello. Salud, amigo —bebió de él vaciando todo el contenido—. Solo lo decía por ti, porque ese día me pareció que estabas muy alegre junto a su compañía hasta que desapareció de tu lado como por arte de magia.

—¿Y eso es importante para ti, Martín? ¿Te interesa? —Lo atacó, soberbiamente, desviando la mirada y posicionándola debidamente con ira sobre la suya.

—¡De qué estás hablando, hombre por Dios! ¡Ni siquiera sé quién es! ¡Solo te hice una simple pregunta! —Comentó nervioso—. ¿Qué no la puedes responder como una persona sensata?

Podía. ¡Claro que podía hacerlo! Pero en ese momento sentía tanta frustración, además de impotencia consigo mismo que, de alguna forma, solo quería olvidar lo acontecido para ya no sentirse tan miserable por haberla abandonado así sin más.

—David, somos amigos. Por favor, ¿qué te ocurre?

—Nada —volvió a responder con su cadencia tan gelida como un glaciar—. Solo creí que ella... podía ser diferente.

Al instante, Martín volvió a vaciar un poco de whiskey sobre su copa sin ocultar su intranquilidad por lo que él tan escuetamente le relataba. Porque sus palabras le confirmaban a cabalidad que ella pretendía alejarlo de su vida, tal y como se lo había exigido aquella tarde de tan cordial manera.

—Bueno, todos nos equivocamos —añadió cínicamente, procurando verter en su copa más whisky—, o definitivamente nunca fue para ti.

David bebió al instante.

—Necesitas una verdadera mujer, no una simple chica como lo era ella.

—No la conoces —fiéramente le contestó como si le hubiera molestado de sobremanera su opinión que, de paso, no pidió oír y era muy desacertada.

—En eso tienes toda la razón. No la conozco, pero junto a Monique, me vas a disculpar, no hay comparación.

David bebió el último sorbo de su corto antes de maldecir entre dientes palabras de peligrosa e ininteligible procedencia y reputación.

—Tu ex esposa lo tenía todo y esta chica... bueno... deja mucho que desear.

—Me dijiste que no la conocías —formuló categóricamente logrando que al instante Martín sonriera a sus anchas—. Por lo tanto, abstente de hablar de ella. Te lo repito, tú no la conoces.

—De acuerdo, hombre, no te exhaltes, por favor. Y ante todo recuerda, en esta historia soy tu amigo y no tu enemigo.

—Lo sé.

—Y me preocupas.

—Pues, no lo hagas.

—Mala respuesta, David —bebió una vez más antes de pronunciar lo siguiente—: ya es tarde para que me lo pidas de tan amable manera. Te conozco hace mucho tiempo para dejar que te embarques en una aventura con una cualquiera, sea ésta o no pasajera.

David movió la cabeza hacia ambos lados en señal de ofuscación.

—Lo siento, pero es la verdad y alguien debe decírtela. Todo este proceso que estás viviendo por tu divorcio te tiene así, desconcertado, abatido y expuesto. No puedes pretender ir por la vida mezclándote con semejantes mujeres cuando con tu ex esposa lo tenías todo. ¡Todo David!

Volteó la vista levemente hacia la de él, sosteniéndola con fijeza.

—No sé quien es esa Magdalena y no me interesa llegar a saberlo, pero una cosa no me cansaré de repetirte: vuelve con Monique y deja de lado tu papel de víctima. Todos, David, todos nos equivocamos en esta vida, unos más y otros menos, pero para eso existen las segundas oportunidades, ¿no crees?

Tragó saliva oyendo de mala gana cada una de sus incoherencias.

—Hazme caso, hombre, vuelve con tu esposa, retoma tu vida y el tiempo perdido. Aún es tiempo de ser feliz y lo demás... asúmelo, ya es parte del pasado.

Suspiró anhelando que cerrara su maldita boca.

—Eres de ligas mucho más altas, amigo mío. Y sinceramente, a esa mujer jamás la vi para ti. Perdóname por ser tan franco —volvió a palmearle el hombro con “cariño”—. Ahora sal de aquí y medita muy bien lo que acabo de decirte.

Para su sorpresa, David se levantó con prisa del taburete en el cual se encontraba sentado y ya con una sola idea inserta al interior de su mente.

—Ve por ella, hombre, hazme caso. Ve por Monique, y procura conseguir una noche que realmente valga la pena —agregó, sonriendo finalmente de oreja a oreja y limitándolo a que no cancelara la cuenta de la que él más tarde se haría cargo cuando terminara de beber lo que aún le restaba al interior de su copa. Y así, tras un abrazo a medias que David le otorgó, lo vio salir del recinto mientras él, ya elucubraba en detalle cuál sería su próximo paso a realizar.

Al cabo de un par de minutos y después de tender sobre la barra un par de billetes que cancelaban con creces lo que ambos habían ingerido Martín se levantó, pero al mismo tiempo sacó desde el interior de uno de los bolsillos de su pantalón su móvil, en el cual digitó un número que, al parecer, conocía a las mil maravillas.

—Buenas noches. ¿Cómo estás? —Saludó muy cortésmente a la femenina voz que contestó del otro lado—. No pareces extrañada con la llamada que te he hecho. ¿Estás bien o follando como tanto te gusta? —Rió con suma ironía—. ¿Qué para qué te llamo? Bueno, eso es muy fácil de responder porque... no sé como le vas a hacer, Monique, pero por tu bien no vas a firmar un solo puto documento de tu divorcio con mi querido amigo David Garret.

De inmediato, oyó su estallido emitiendo con su sonora voz un preponderante chillido.

—Cálmate, no vale la pena desesperarse. ¿Y sabes el por qué? Es más simple todavía de entender. Porque me lo debes y porque te lo estoy exigiendo. Así que cambia tu táctica, tus planes y todo lo que hayas pensado hacer con respecto a David, porque de él no te divorcias, ¿me oíste? —Se lo dio a entender con su soberbia y demandante voz—. Tú de él no te divorcias hasta que yo lo decida. Sí, cariño... también tengo planes para él y obviamente para ti. Ah, y también para mí, por supuesto —se carcajeó a viva voz, concluyendo abruptamente aquella inesperada llamada.

Frente a la ventana de mi sala observaba el cielo estrellado así como también los coches que transitaban a esa hora por la avenida esperando, quizás, que en uno de ellos regresara David. Pero después de la forma en la que se había marchado pretendiendo asimilar todo lo que le había relatado —obviando ante todo en esa historia el nombre del infeliz de Martín De La Fuente—, no me quería imaginar lo que él ahora estaría pensando acerca de mí. No lo culpo, porque si yo hubiera sido él... habría actuado de la misma manera.

Me aparté un momento de la ventana para dirigir mis pasos hacia la cocina cuando, inesperadamente, la puerta sonó. «¿Y ahora?», me pregunté algo sorprendida mientras tragaba un poco de saliva, suspiraba y caminaba sin afán para cerciorarme de quien era “él o la” que tocaba y nada menos que a estas horas de la noche. Pero ¡oh bendito y cruel destino!, exclamé con sumo fervor al abrirla, encontrándome con quien jamás esperé que allí estuviera. ¿Mi primera reacción? La más coherente de todas: darle con la puerta en toda su maldita cara.

—¿Qué haces tú aquí? —Formulé exasperada y contrariada teniendo a Laura frente a mí, tal y como si fuera una gata angora a la que iba a despelucarla si intentaba pasarse de lista conmigo.

—Quiero la carta, Magdalena —atacó soberbiamente sin que le temblara la voz.

¿Perdón? ¿De qué me perdí en tan poco tiempo?

Crucé mis brazos por sobre mi pecho admirándola con mi super hiper mega vista de rayos láser atómicos, deseando hacerla añicos con ella.

—En español, por favor —pedí sutilmente y con ganas de cabrearla un poco para devolverle la mano. Ojo por ojo, Laura, y diente por diente, ¿sabes lo que significa, verdad?

—¡Qué me devuelvas la carta! —Chilló cual niña caprichosa desea que le entreguen su paleta de dulce y nada menos que ahora mismo.

Reí clavando la mirada en el piso.

—¿Qué no me oíste, maldita sea? —Alzó aún más la voz encarándome a sus anchas.

¿Y ésta qué ansiaba conseguir? Claro, claro... que la despelucara viva.

—Sí, te oí —fijé mi vista otra vez en la suya preocupándome de fulminarla con ella—, pero no te la puedo dar. “I`m sorry”.

Al segundo entrecerró la mirada como si ansiara hacerme polvo con ella. ¡Qué mieeeeeedoooo!

—¡No estoy jugando, estúpida! —Atacó evidentemente descontrolada acercándose más a mí para... ¿intimidarme?—. ¡Sé que nunca se la diste a Teo! ¡Por lo tanto, te exijo que me la devuelvas ya!

—¿Eres sorda o qué? —La encaré sin dejar que con su voz de loca neurótica me hiciera sentir inferior a ella—. Ya no la tengo en mi poder. Así de simple. Y ahora, ¿quién es la estúpida?

En cosa de segundos alzó una de sus manos como si con ella pretendiera golpearme.

—Cuidado, cuidado —la detuve rápidamente, interceptándola, mientras la sostenía con fuerza con una de las mías—. Yo si fuera tú no haría eso.

—¡Me las vas a pagar, Magdalena! ¡Juro que me las vas a pagar mojigata de mierda! —Vociferó con la voz colmada de absoluta rabia en el mismo instante en que advertí una figura masculina que se detenía en completo silencio al pie de las escaleras suplicándome, solo con el brillo de sus ojos, que no delatara su presencia.

—Primero que todo comienza por cerrar la boca y deja de ofenderme. Si quieres hablar hazlo, pero como una mujer sensata o te largas de aquí.

—¡No me voy a largar hasta que me des la carta! ¡Es mía! ¡Mía!

—Si era tuya como declaras, ¿para qué me la diste?

—¡Porque sabía que jamás se la ibas a entregar a Teo!

¡Lotería!

—¡Te utilicé! ¡Lo hice a sabiendas que si llegaba a arrepentirme por mi huída me devolverías lo que había escrito para él porque jamás serías capaz de hacerle daño!

Le solté enseguida la mano ya moviendo mi cabeza de lado a lado al oír y asimilar todo lo que parecía vomitarme al rostro.

—Me... ¿utilizaste?

—Lo hice —se jactó muy segura de cada cosa que decía sin notar que Teo la oía con sumo interés al igual que lo hacía yo—. Siempre fuiste tan poca cosa para él...

—¡Cállate! —Le grité, aguantándome las ganas de darle una buena bofetada.

—¿Duele saber que jamás estará contigo? ¿Te hiera la sola idea de saber que siempre me querrá solo a mí? ¿A la única mujer a la que verdaderamente ha amado con su vida y de la que nunca se pudo olvidar?

—Te pedí que te callaras —volví a manifestar, pero ahora a punto de estallar en cólera, rabia y ofuscación. ¡Y todo eso en el mismo paquete! Maravilloso, ¿no? Aunque la verdad, mi subconsciente estaba feliz de que la neurótica siguiera parlotando a sus anchas con Teo a su espalda.

—Un chasquido de mis dedos, Magdalena... —realizó el gesto con ellos—... solo un chasquido de mis dedos y tengo a Teo otra vez a mis pies.

—No estaría tan segura de eso, Laura. ¿Conoces ese dicho que dice “por la boca muere el pez”?

Al instante me observó con cara de no comprender nada de lo que le había expresado.

—¿De qué me estás hablando, zorra estúpida?

Suspiré siempre con la mirada fija y quieta de Teo sobre mí.

—Un descalificativo más con respecto a mi persona y no respondo. Estás advertida.

—¿Me estás amenazando “poca cosa”?

—Si lo quieres ver así, es tu problema. Ahora sal de aquí.

—No sin la carta. ¡Deja de mentir sobre quién la tiene y devuélvemela ahora!

Cerré los ojos, apreté los párpados y tras varios segundos de suspirar y suspirar y claro, meditar si debía o no meter la pata hasta el fondo, una vez más lo hice. ¡Qué va! Si ya en varias oportunidades había hecho lo mismo, ¿de qué me tenía que preocupar?

—De acuerdo, me hartaste. ¿Por qué, de pronto, tienes tanto interés en ella? ¿Le temes a lo que podría llegar a suceder si cae en manos equivocadas, quizás?

—¡Dame la carta, infeliz! ¡Ahora!

—Te lo advertí —extendí en mi semblante una pérfida sonrisa que se ensanchó de oreja a oreja—.  Por qué no se la pides a quién se encuentra detrás de ti?

Laura abrió sus ojos como platos al tiempo que lentamente se volvía hacia quien la observaba con el rostro inescrutable.

—Teo —balbuce  como si, de pronto, hubiera silenciado todos y cada uno de los deciveles de su voz.

—S , Teo Sotomayor en persona.  Lo conoces?  Te acuerdas de él? Si no es así yo te refresco la memoria.  l es el único dueño de esa carta.  Ahora sabes a qué me refiero con ello?  Qu  te aproveche, estúpida! —Fue lo último que pronunci  al tomar la puerta y cerrarla con fuerza de un solo golpe ante la insistente y desilucionada mirada de quien no deseaba apartar sus ojos de mí.

Cuando ya no o  gritos, súplicas, ni nada que se le asemejara salí de mi departamento cargando en uno de mis hombros un pequeño bolso que había preparado.  Para qué?  Por qué? Porque estaba harta de mentir, de dar explicaciones, de sentirme podrida por dentro y conmigo misma y lo peor de todo, que aunque me había animado a contarle mi verdad a David la mochila que aún llevaba sobre mis espaldas no parecía ser más ligera.

— Demonios! —Exclam  entre dientes ansiosa de desaparecer de la faz de la Tierra, pero sabiendo que mis problemas no se iban a solucionar de esa manera. « Y entonces?», me pregunt  en completo silencio ya fuera de mi edificio cuando mi móvil volvía a sonar con un único nombre inserto en la pantalla.

— Y ahora? —Formul , pero esta vez en un hilo de voz que solo consiguió estremecerme al cavilar la única respuesta que, por ahora, podía ser la más indicada para esa pregunta—. Lo siento, pero créeme... es mejor así.

Guard  mi móvil en mi bolso negándome a contestar esa llamada mientras caminaba a paso veloz hacia los estacionamientos donde se encontraba mi Mustang, en el cual me montó y conduje con unas infinitas ganas de perderme... donde fuera que iba a perderme. Porque lo necesitaba, lo ansiaba y lo llevaría cabo sin dudar.  Con qué fin? Con el más imprescindible de todos: reunir fuerzas para encontrarme con Loretta, sí o sí.

El garage de Gaspar se encontraba completamente a oscuras. S , s , para mi bendita suerte.  Y qué podía decir de su móvil? Muerto o fuera de servicio.  Genial!

—No importa —guardé el aparato dentro de uno de los bolsillos de mi chaqueta de cuero—. De todas formas estés o no estés aquí igual pienso entrar.

Aparqué mi coche a un costado de la casa que se situaba contigua al taller, apagué el motor y tomé mi bolso con el cual bajé del vehículo recordando dónde rayos mi querido primo mantenía una de sus llaves de repuesto la que, después de buscar y buscar hasta por el más recóndito lugar del inmueble, recovecos de puertas, ventanas, arbustos, no encontré. Por lo tanto, no me quedó más remedio que darle unas cuantas vueltas a la propiedad que no se hallaba cercada por ninguna reja ya que, desde una ruta aleadaña a la carretera podías hacer ingreso a ella encontrándola, finalmente, al término del camino.

Probé con todas las puertas que estaban lo bastante aseguradas. ¡Rayos, truenos y relámpagos! Seguí haciéndolo ahora con cada ventana sin obtener un solo indicio de que podría hacer ingreso al garage hasta que... Dios se apiadó de mi existencia.

Una de las ventanas se mantenía a medio cerrar, la cual deslicé hacia arriba colándome enseguida por ella solo suplicando que ninguna maldita alarma estuviera conectada, ningún perro de fieros colmillos estuviera esperandome del otro lado ni recibir, tal vez, una descarga eléctrica de algún desconocido por haber irrumpido de esta manera en esta morada que, en definitivas cuentas, yo conocía muy bien porque desde que tenía uso de razón había sido parte de ella.

Suspiré como si el aire me faltara al encontrarme dentro de lo que parecía ser una habitación en penumbras sin saber si estaba lo bastante segura de ello.

—Bueno... aquí voy —susurré entre dientes dando, a la par, mis primeros pasos dentro de ese cuarto sin saber dónde pisaba y creyendo que nadie me oía cuando la verdad... me equivoqué—. ¡Pero qué mier...! —Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar, menos de hablar ante el impulsivo e inusitado movimiento que realizó quien me lanzó como si yo fuera un costal de papas contra lo que me pareció que era una cama, apoderándose de inmediato de la fragilidad de mis manos que se vieron presas del poderío de una de las suyas mientras me amenazaba con... ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea!

—Quieta. Te mueves, respiras o emites un solo sonido y no sales viva de aquí. *¿You understand me?*

¿What?

Se me cortó la respiración de solo oír la dureza y frialdad de la voz que me advertía tan toscamente de lo que pretendía hacer conmigo, como si yo fuera una vil delincuente.

—¡Un segundo! ¡Yo...!

—*¡Shut up!*

«¡Por Alá, Buda, Krishna, y Jesucristo Superstar! ¡En qué lío me había metido ahora!», vociferé fuera de mis cabales, perpleja y presa de un pánico irracional al sentir la fuerza de unas manos maniatar las mías en mi espalda junto a la presión que ejercía el cuerpo del hombre que me tenía a su merced introduciendo más y más en mis costillas el frío cañón de lo que parecía ser... ¡Santo Dios! ¿Un arma? Cuando replicaba con imperante y preponderante autoridad:

—Te he pescado “infraganti”. Solo unos minutos más y la policía no tarda en llegar. Gaspar estará completamente satisfecho cuando sepa que arruiné tu atraco.

¡Gaspar, Gaspar, Gaspar! ¡Yo era la prima de Gaspar!

—¡Conozco a Gaspar! —Chillé con mi boca pegada a las sábanas de la cama percibiendo en mí unas potentes ansias por saber quien era el sujeto que me mantenía inmovilizada sin que lograra moverme—. ¡Y esto no es precisamente un atraco!

—¿Qué has dicho? —Ahora sí pude identificar su voz colarse por mis oídos con un claro acento americano en ella.

—¡Maldita sea! ¡Qué conozco a Gaspar! —Volví a gritar como si se me fuera la vida en ello y ya con lágrimas en los ojos—. ¡Por favor, seas quién seas, no soy una vil delincuente como crees sino la prima de Gaspar! ¡Mi nombre es Magdalena Villablanca! —Mi voz se rompía pedazo a pedazo producto del irrefrenable temor que crecía raudo en mi cuerpo y se extendía por sobre y bajo mi piel.

—¿*Really?* ¿O intentas engañarme?

¡Por qué mierda hablaba como si fuera norteamericano!

—¡Lo juro y lo volvería a jurar muchas veces si fuera necesario! ¡Por favor, te lo pido! ¡Mi nombre es Magdalena Villablanca! —Repetí—. ¡Y ya he tenido suficiente por hoy para pretender morir así! Estuvo mal, lo sé. No debí haber entrado de esta manera, pero necesitaba un lugar donde quedarme y Gaspar no contestó su maldito aparato del demonio en todo el camino y yo...!

Quedamente, noté como el peso que me mantenía quieta contra la cama cedía su presión para liberarme de él haciendo lo mismo con mis manos en mi espalda.

—Pensé que lo encontraría aquí —respiré violentamente como si el aire me faltara—. ¡Por favor, tienes que creerme! ¡Tengo miles de cosas con las cuales aún debo lidiar para que vengas tú y me metas una bala por la espalda!

—¿Una bala? —Preguntó el desconocido sin rostro levantándose por completo de la cama mientras oía como dirigía sus pasos rápidamente hacia donde sea que lo estuviera haciendo.

¿Y ahora?

—¿Con una banana? —Prosiguió, mostrándomela en todo su esplendor cuando finalmente encendió la luz dejándome boquiabierto ante tamaña visión y con mi corazón posicionado a la altura de mi boca—. No lo creo —la examinó detenidamente con el cautivante color de sus ojos pardos mientras se deshacía de la cáscara—. Con esta fruta no podría hacer ni siquiera “Bom Bom”.

¿Se estaba burlando de mí quien me había regalado el susto de mi vida y del cual todavía no lograba recuperarme?

—Pero puedo comerla —sonrió maquiavélicamente—, y compartirla mientras esperamos a Gaspar y así arreglamos de una buena vez todo este embrollo. ¿Quieres de mi banana?

«¡Su condenada banana se la podía meter por su soberano culo!».

Preferí callar y guardarme todas mis furiosas palabras pretendiendo retomar el ritmo normal de mi respiración cuando, la verdad, todo de mí ansiaba gritarle unas cuantas cosas.

—¿No quieres?

Silencio. Solo un sepulcral silencio obtuvo de mí.

—Ya veo que no —comentó, mordiéndola, saboreándola y disfrutándola sin querer apartar sus ojos de los míos—. Disculpa por arruinar tu atraco —bromeó, tras volver a sonreír—, pero eres algo predecible y ruidosa. ¿Por qué entraste así? ¿A hurtadillas? ¿Qué nunca te enseñaron a tocar?

Me levanté de la cama tras brindarle una memorable mueca de sarcasmo a quien jamás había visto en toda mi jodida existencia hasta este momento, claro está, y con el cual no deseaba entablar ningún tipo de amena charla. ¿Qué no lo notaba?

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?

—Magdalena —articulé con desgana, desviando la vista hacia otro punto del dormitorio.

—*Nice to meet you*, Magdalena. Mi nombre es Owen. Owen Fitz, pero puedes llamarme “El Gringo” —alzó la mano libre y tatuada que no sostenía su apetecible “banana”—. ¿Te parece?

De inmediato, clavé mi mirada en su rayada extremidad, que a todas luces pretendía que yo la tomara, cuando más me parecía que esta noche iba a ser realmente larga para él y para mí. Porque sin ser vidente podía vislumbrar que hasta la llegada de Gaspar yo no podría zafar tan fácilmente de quien aún mantenía su extremidad levantada esperando con suma tranquilidad que en cualquier minuto mi boca consiguiera manifestar... ¡Choca esos cinco, colega!

Dieciseis

—¡Me amenazó con una banana! ¿Lo puedes creer?

—Porque pensé que eras una amenaza.

—Acaso, ¿tengo cara de amenaza? —Pregunté abiertamente y ya casi hiperventilando debido a la tan sincera respuesta que Fitz me había dado—. ¡Por favor! ¡Esto es inconcebible! —Añadí de la misma manera cruzando mis brazos por sobre mi pecho ante la atenta mirada que nos otorgaba Gaspar.

—Inconcebible fue que entraras a mi habitación deslizándote por la ventana como si fueras una delincuente.

—Por tercera vez te lo repito y en español, “no soy una delincuente”. ¿*You understand me?* ¿O te lo dibujo, Gringo?

—Bueno, ¿qué quieres que te diga, Magdalena? Eso me pareció al verte entrar a hurtadillas.

—Y lanzarme a la cama como si fuera un costal de papas, ¿no? Luego, encargarte de maniatarme por la espalda sin una sola pizca de delicadeza sabiendo que era una mujer y finalmente montarte sobre...

—¿Qué hiciste qué? —Vociferó Gaspar interrumpiéndome y sacando a relucir al bendito *Australopithecus Histicus* que, al parecer, con cada uno de mis detalles había despertado—. Dime que no oí bien lo que acaba de decir tan explícitamente Magdalena.

Fitz abrió y cerró la boca en tan solo un segundo comprobando que yo había consumado del todo mi venganza en su contra.

—Estoy esperando. ¿Qué hiciste qué? —Enarcó levemente una de sus oscuras cejas dándole a entender con ese simple gesto que el tiempo avanzaba y que a cada minuto su molestia se exacerbaba más y más.

—Eso... fue lo que hice. ¡Pero la culpa es solo de ella! —Se justificó, advirtiendo la ofuscación en el semblante de su jefe y mejor amigo—. Se coló por mi ventana en plena noche. ¿Qué querías que hiciera?

—Discúlpate —le exigió Gaspar contando hasta diez para no explotar debido a la tanda de imágenes que ya creaba en su mente gracias a mis tan específicos detalles—. Discúlpate por todo lo que sucedió.

Fitz suspiró mientras clavaba la vista en el piso.

—Somos amigos y te quiero como un hermano, pero sabes que jamás debes morder la mano que te da de comer.

«¡Cómo te quedó el ojo, Gringo!», comenté solo para mí en completo silencio y a gusto mientras me otorgaba una flamante victoria, hasta que algo que no esperaba, sucedió.

—Y tú también —añadió, pero ahora volteándose hacia mí.

La sonrisa maquiavélica de Fitz nuevamente se apoderó de su semblante como por arte de magia. ¡Maldito seas, Gringo!

—Ambos, ahora. Y, por favor, no me miren como si fuera el más grande de los idiotas al pedirles esto porque no lo soy. ¿Les quedó claro?

Sus ojos pardos sobre los míos y esa sonrisita infame, traviesa y burlona que no cesaba de dibujar incrementaban en mí unas temibles ansias de convertirme en una psuedo asesina y destripadora profesional de sujetos bien parecidos a los cuales el síndrome de la imbecilidad les quedaba como anillo al dedo.

—¿Qué no me oyeron? ¡Ahora! —Replicó con fuerza en la voz y ya cansado de oír tanta tontería sin sentido.

—*I'm sorry* Magdalena. No fue mi intención hacer todo lo que hice contigo en...

—Ya oí suficiente, —lo detuvo Gaspar, rápidamente—. Con eso me basta. Los detalles aquí sobran.

—Si no hay más alternativa... Lo mismo digo, Gringo.

—Magda —Gaspar fijó sus ojos otra vez sobre los míos con decisión—. Discúlpate tal y como él acaba de hacerlo, por favor.

—Pero no fui yo quien...

—No hagas que te lo repita, ¿quieres? Ustedes dos ya me tienen hastiado como para seguir oyéndolos discutir y discutir como si fueran dos niños llorones salidos desde el jardín de infantes. Así que, vamos, hazlo. Estoy esperando.

Y no era el único, porque la cara de idiota de Fitz, con solo verla, me revelaba que él también anhelaba lo mismo.

—De acuerdo —cedí de mala gana ante sus requerimientos para concluir, de una buena vez, con toda esta palabrería barata—. Disculpa por haberme entrometido en tu cuarto.

—¡Aleluya! —Vociferó Gaspar, sobresaltándome—. ¡Creí que nunca lo iban a conseguir, par de tercos!

No sabía si aún seguía molesto por todo lo que había sucedido o si su mal humor se debía específicamente a algo más que El Gringo y yo desconocíamos del todo.

—¡Me la deben! ¡Los dos! —Nos atacó—. ¡Y por partida triple!

No comprendimos nada de lo que decía tan airadamente hasta que nos lo hizo saber al dirigir sus pasos hacia su escritorio, en el cual se sentó tras contemplarnos como si tuviera en mente un solo anhelo: desollarnos, pero en vida.

—Mi cita con Chanel se fue al carajo. Gracias. Muchísimas gracias.

¿Quién era Chanel? ¿Y por qué llevaba un nombre tan artístico?

—Y por ende todos mis intentos por follármela también y claro... despertar con ella por la mañana. ¿Se entiende, par de llorones? ¿Alguna acotación al respecto?

—Sí —afirmé de inmediato ante las inquietas miradas de mi primo y de Fitz que se dejaron caer instantáneamente sobre mí—, yo tengo dos. ¿Quién demonios en esta vida se puede llamar “Chanel”? Y... ¿No puedes salir con alguien más bien normal que se llame Rosita, Juanita o qué se yo y no pretenda llevar el nombre de una marca registrada y conocida?

Oí la risa que El Gringo deseó liberar, pero que por respeto reprimió, tosiendo un par de veces en silencio.

—Ah, y cuando la vuelvas a ver, ¿podrías asegurarte de que le dé mis cordiales saludos a “Dolce & Gabbana”? Chanel... —me burlé del nombre de la susodicha moviendo la cabeza de lado a lado sin advertir que Gaspar suspiraba al reprimir sus imperiosas ansias de querer estrangularme—. ¡Quién mierda se puede llamar Chanel!

Sentí un leve roce en una de mis extremidades seguido de un murmullo que El Gringo liberó, diciéndome:

—Su futura novia, Magdalena.

No pude evitar reír ante el comentario.

—No me lo creo. Te pediría que me pellizcaras, pero no te conozco del todo para brindarte ese honor, Sorry, Gringo, no es nada contra ti, pero... el Australopithecus Históricus aquí presente, ¿tendrá novia al fin? ¡Por Dios! ¡A qué santo debo prenderle unas cuántas velitas!

Gaspar estallaba de ira.

—¡Oh, el amor, el amor, el amor... da asco!

—Gracias por tu aclaración. ¿Terminaste?

Una reverencia se ganó de mi parte.

—La que iba dirigida hacia ti con todo mi cariño y el mayor de mis afectos.

—Lo sé —sonrió de medio lado—, conozco al dedillo tu afecto tan considerado.

—¿Terminaste Gaspar?

—Todavía no. Para tu buena suerte ahora tú y yo vamos a hablar detenidamente.

—¿Hablar? —Las ganas de seguir haciéndome la chistosita se me quitaron al instante—. Ya es muy tarde y seguro tienes mucho...

Observó su enorme reloj de pulsera y manifestó, interrumpiéndome:

—Para nada. Tengo toda la noche solo para ti. Gringo, fuera —le exigió toscamente para que él abandonara su oficina en la cual los tres nos encontrábamos—. La morena de la boca floja que no para de parlotear incoherencias y yo debemos charlar animadamente, pero a solas.

—*Of course, man. Don't worry.*

—Gracias, “Bro”, por todo.

—¿Really? ¿A pesar de que te haya limitado tus ganas de follar?

—¡Fuera ya! —Gritó Gaspar como un demente consiguiendo que riera ante el malintencionado comentario de Fitz advirtiéndolo, además, que dibujaba en su barbudo semblante una flamante sonrisa antes de voltearse y perderse definitivamente tras la puerta al cerrarla por completo—. Gracioso El Gringo, ¿no?

—En realidad, es un pelmazo, Gaspar. ¿De qué cajita de MacDonal’s lo sacaste?

Al oírme, rió de buena gana.

—De Dallas —me corrigió sin hacer el más mínimo movimiento al verme ya deambular por el interior de su oficina sin ganas de querer hablar sobre mí y lo que había sucedido esta noche—, y no precisamente llegó a aquí proveniente de una cajita feliz.

—¡Vaya! ¿Estás seguro? Por poco y lo confundo con un “Minions” de esos que vienen de regalo en su interior.

Entrecerró la vista y suspiró moviendo su cabeza de lado a lado animándose a preguntar, pero con la risa a flor de piel:

—¿Debido a qué?

—A su “Bananaaaaaaa” —bromeé en clara alusión a esos pequeñitos seres, robándole algo más que un par de sonoras carcajadas que otra vez emitió a viva voz. Y así, ante la leve mejoría de su humor, unos segundos después caminé en dirección hacia un sofá que se encontraba situado a un costado de la ventana que mostraba el patio trasero de la casa.

—Estás completamente loca, pero aún así te quiero.

Le otorgué un guiño antes de dejarme caer completamente en él como si mi cuerpo pesara una tonelada.

—Ahora, ¿podemos hablar?

Moví la cabeza en evidente señal de negativa.

—Magda, me lo debes.

Inhalé aire recordando sus palabras que tenían directa relación con que esta noche mi querido primo se había quedado con las ganas de follarse a la dichosa marca registrada esa.

—Solo... deseaba salir de casa e ir a otro lugar. Lo siento. No debí inmiscuirme de esa manera, menos estresar al Minions de la cajita feliz proveniente de Dallas.

—Deja tu humor negro de lado y, por favor, ten la amabilidad de responder lo que quiero saber. ¿Por qué? —Gaspar caminó hacia mí, se sentó a mi lado y finalmente alzó su izquierda extremidad con la cual me atrajo hacia su cuerpo para regalarme un confortante abrazo.

—Porque necesitaba hacerlo.

—Entonces, no lo sientas. Pero explícame de mejor manera lo que sucede para entender cada una de tus palabras: ¿De qué estás huyendo? ¿A qué le tienes miedo? Y... ¿a quién debo partirle el rostro esta vez? —Comentó, atrayendo toda mi atención.

Ansié obviar sus preguntas, pero... ¿para qué? ¿Tenía algún sentido?

—Estoy huyendo de mí, creo. Le temo a lo que podría llegar a suceder si eventualmente sigo mintiendo más de la cuenta y... a nadie, Gaspar. Teo ya tiene lo que merece. En cuanto a David... —suspiré intensamente—... es una arista más en todo el meollo del asunto —dejé que mi cabeza cayera en su pecho tras sentir un cariñoso beso que depositó en mi coronilla.

—¿Y cuál es ese meollo del asunto, Magda? —Con esa interrogante volví a fijar mi mirada sobre la suya.

—Si te lo cuento... ¿prometes que no te irás? ¿Prometes que no me abandonarás a pesar de todo?

Sonrió de bella manera antes de decir:

—No me iré a ningún otro sitio porque éste es mi hogar, pero no podría decir lo mismo de ti y de tus arrebatos estúpidos. Ahora habla y deja de evadir lo que quiero saber.

—Gaspar...

—Sea lo que sea, Magda. Eras la nena de mi padre, ¿lo recuerdas? Por lo tanto, ahora también lo eres de mí. Quizás, no sea Tony “La Cobra”, pero aquí estoy, a tu lado y para lo que me

necesites. Somos familia, nos apoyamos, nos queremos y lo seguiremos haciendo a pesar de todas las dificultades que se interpongan en nuestro camino, sean éstas buenas, malas, maduras o podridas.

—Era su lema —evoqué con algo de tristeza y desazón.

—Y el que tú y yo adoptaremos, ¿de acuerdo? Ahora, nena, confía en mí y deja de ponerme nervioso. Ya lo conseguiste una vez con tus doscientos cuarenta y cinco kilómetros en el Corvette. No pretenderás ponerme paranoico de nuevo, ¿o sí?

—Es algo difícil de asimilar, Gaspar.

—¿Estás embarazada?

Sin que lo advirtiera, besé una de su mejillas con cariño.

—No, pero si lo estuviera serías el segundo en saberlo.

—Después de tu padre —añadió, dándome la razón—. ¿Entonces? ¿Qué te trajo esta noche a mi garaje como una vil delincuente, Magdalena Villablanca?

—Una decisión...

—¿Qué decisión es esa?

—La más inesperada y la menos acertada de todas.

Cuando Gaspar abrió los ojos, tras haberse quedado dormido, advirtió que Magdalena lo estaba profundamente también entre sus brazos y que, por la oscuridad que se vislumbraba a través de la ventana de su oficina, aún seguía siendo de noche o, tal vez, de madrugada.

Sin querer despertarla, retiró lentamente su brazo para que ella pudiera aprovechar de mejor manera la comodidad y el espacio del sofá en el cual se hallaba y que se negó a abandonar desde un primer momento, insistiéndole que allí se quedaría y que allí dormiría porque deseaba pensar un poco en la soledad de ese lugar. Y él... finalmente accedió después de haber oído a plenitud todo lo que regresaba a su mente sin que pudiera obviarlo.

Se levantó del sofá y tras quitarle los zapatos fue por una manta a su habitación, con la que minutos después la cubrió tras regalarle un cariñoso “buenas noches” oyendo, a la par, una

incesante vibración que se oía desde algún recóndito lugar de esa sala.

Con sigilo y algo de inquietud se dedicó a buscar lo que no cesaba de emitir ese particular sonido hasta que lo consiguió, hallando el móvil de Magdalena unos segundos después al interior de uno de los bolsillos de su chaqueta de cuero negra, en la cual no cesaba de vibrar con el nombre de David Garret inserto en la pantalla.

Con el aparato en sus manos y viéndola dormir en completa tranquilidad evocó cada una de las situaciones acontecidas, desde el momento en que ella aceptó la dichosa cita con el tipo al cual se negó a nombrar, hasta el preciso instante en que el mismo sujeto la acorraló para aprovecharse de ella bajo la semi oscuridad reintante del salón en el cual ambos se encontraban. ¡Menudo cabrón de mierda! ¿Y qué podía decir de Teo y de David? Por el momento, que al primero deseaba romperle con muchas ansias la cara por gilipollas y por haberle roto el corazón a Magdalena mientras que al segundo, intentaría otorgarle un voto de confianza más antes de decidir si también le rompería accidentalmente el rostro. Pero antes de que ocurriera lo debía encauzar y para eso tenía que brindarle algo de ayuda extra. Por lo tanto, sin pensarlo dos veces y antes que el móvil de su prima dejara de vibrar, aceptó la llamada emitiendo lo siguiente:

—¿David? Hola, hablas con Gaspar. Así es, Gaspar Villablanca. Sí, sí, Magdalena está bien —la observó con ternura—, pero podría estar mejor. No sé si comprendes a qué me refiero con ello. Voy a ser muy honesto contigo. Sé toda la verdad, ella acaba de contármela, pero al revés de ti no pretendo darle la espalda. Disculpa mi franqueza, pero la adoro y la acepto como tal, con toda su locura, con sus metidas de pata, con sus arrebatos estúpidos o sus decisiones desacertadas. Quizás, se equivocó o tal vez no, solo ella lo sabe. ¿Y quiénes somos nosotros para juzgarla? Sí, ya te lo dije y te lo vuelvo a repetir, ella está bien y en el lugar correcto. No lo sé. Realmente, no me lo dijo. No podría asegurarlo, David, pero... ¿por qué no vienes tú y lo constatas por ti mismo? Lo peor que podrías obtener sería un rotundo “No”, ¿no lo crees? El taller abre a las nueve de la mañana, pero desayunamos a las ocho y quince. ¿Te unes? No me des las gracias y... no lo olvides, por favor, yo jamás contesté esta llamada —concluyó, cancelándola y dejando el aparato en el mismo lugar del cual lo obtuvo, para finalmente acercarse a ella y murmurarle en un hilo de voz—: el mundo es redondo, ¿lo sabías? Y cualquier lugar que hoy pueda parecer el fin tal vez mañana pueda significar tan solo el principio. No lo olvides nunca. Buenas noches, nena. Descansa. Te quiero.

Cerca de las ocho y diez de la mañana Silvina conducía su descapotable hacia las afueras de la ciudad con el ceño un tanto fruncido y una patente preocupación a cuestas ante lo que llevaría a cabo cuando, de repente, su móvil sonó al interior de su cartera. Sin perder el tiempo lo extrajo, advirtiéndole que el pitido le señalaba que un mensaje de texto había caído en la bandeja de entrada. Segundos después, lo leyó hasta gritar “¡Al fin!” con efusividad certificando que Magdalena se encontraba bien y no metida en problemas como paranoicamente en un primer momento lo pensó, devanándose los sesos al elucubrar las peores teorías conspirativas al respecto. Pero después de leerlo en su totalidad supo en donde se hallaba y por qué razón había elegido precisamente ese lugar para refugiarse. “Okay. Al

menos está tranquila”, pensó respirando con total normalidad cuando ya deshaceleraba la marcha de su vehículo al vislumbrar la enorme y lujosa propiedad que se mostraba ante sus ojos y en la cual alguien la esperaba con algo más que impacientes ansias.

Unos minutos después, aparcó su coche de color rojo frente a la refinada y pulcra entrada de la mansión de la cual Loretta Santoro era la dueña y señora demostrando, en todo su esplendor, lo bien que sabía hacer sus negocios dentro y fuera de la cama. O en donde se le antojara, en realidad, porque no había que ser muy inteligente para dilucidar que para poseer algo así ella debió haber hecho muy bien su carrera de “Escort” revolcándose, trepando, utilizando y enamorando a destajo a más de algún cliente millonario influyente, pero por sobretodo enormemente poderoso, sin importar si éste estuviera o no casado.

Silvina sonrió con descaro tras caminar hacia la puerta luciendo su vestido primaveral de vivos colores y fina seda que dejaba al descubierto sus infartantes piernas y zapatos de tacón Louis Vuitton a juego que, según su propia convicción, la hacían sentir más segura de sí misma. ¡Y vaya que así se sentía! Al caminar con prestancia, determinación y contoneando sus caderas, hacia el mayordomo que la esperaba y quien, finalmente, la guió por uno de los pasillos de la ostentosa casa directamente hacia el área de la piscina donde se encontraba la zorra mayor, al parecer, ya desayunando junto a una de sus asistentes de la bendita Corporación para la que actualmente ella también trabajaba.

Sí, la verdad se había preparado para lo que eventualmente ocurriría estudiando, de principio a fin, todo el discurso que iba a vomitarle en el rostro. Porque se lo merecía, porque estaba cansada y, más aún, porque su mejor amiga no tenía por qué estar pagando y con creces lo que solo le correspondía a ella. Por lo tanto, sin dilatar más la situación, caminó hacia quien ya había advertido su presencia, recibéndola con una flamante y perversa sonrisa estampada en el rostro, pero de incondicional fascinación.

—Buenos días —manifestó Silvina plantándose delante de ambas mujeres, pero fijando la mirada en quien más le interesaba observar—. Me pediste que viniera pues, aquí me tienes.

—Buenos días —le contestó Loretta, quitándose las gafas de sol para examinar detenidamente cómo vestía, cómo se afrontaba a la vida y cómo había cambiado desde que se había ocupado en forma preferencial de su persona—Te ves... Divina —añadió sonriéndole—. Y todo gracias a mí.

Silvina se tensó porque eso era del todo cierto.

—Sin preámbulos, por favor —le exigió mientras se preparaba para expresarle su discurso—. ¿Para qué me quieres aquí?

—Para charlar animadamente contigo. Para saber de ti y para recordarte que tengo ojos y oídos en todos lados. ¿Qué hay de tu amiguita? ¿Ya se esfumó? Se suponía que ambas tendríamos una amena charla que todavía no se ha concretado. ¿Por qué? No lo sé. ¿Tú sabes

algo al respecto? Espero que sí, cielo, porque sabes de sobra que se me agota la paciencia.

Silvina sonrió, pretendiendo relajarse ante lo que oía.

—¿Te puedo pedir un favor, Loretta?

—El que quieras, cariño. El que quieras —apartó la taza de café hacia un costado para prestarle la debida atención a lo que iba a decir centrando su vista en su nítida y reluciente mirada.

—El “cielo” y el “cariño” te los puedes meter donde mejor te quepan. Y con respecto al favor, éste consta de una sola cosa: deja a Magdalena en paz —subrayó cada una de esas palabras—. Al fin y al cabo siempre fue mi problema, ¿no? Por lo tanto, quiero que me concertes una cita con Martín De La Fuente y asunto arreglado. Me haré cargo de todo y...

Al escucharla, Loretta rió como si le hubieran contado el mejor de los chistes.

—¡Por favor! ¿Qué estás diciendo? Es una broma, ¿verdad?

—¿Te parece que tengo infinitas ganas de bromear?

—Perdóname, Silvina, pero oírte es... absurdo. ¿Y sabes el por qué? No, no creo que lo sepas. Bueno, te lo diré... porque Martín De La Fuente no te quiere a ti sino a tu amiguita con la cual... para qué voy a entrar en detalles si ya sabes a lo que me refiero.

En un arranque de ira Silvina terminó situando sus manos con fuerza sobre la mesa para luego repetir:

—He dicho... deja a Magdalena en paz. ¿Qué no me oíste? Me importa una mierda si ese hombre no me quiere a mí, pero a ella no la tendrá, eso te lo aseguro.

Loretta movió su cabeza de lado a lado mientras tomaba la servilleta que tenía sobre sus piernas, con la cual se limpió los labios para arrojarla sobre la mesa, levantarse y decir:

—Creo que la que no me ha escuchado y entendido muy bien has sido tú. Martín pagó por ella y no descansará hasta tenerla en sus manos. Sí, es cierto, podría tenerte a ti y a unas cuantas más a cambio de la mojigata de tu amiga, pero ya no hay nada que yo pueda hacer. Lo siento.

—¡Eso es mentira! —Le contestó con furia golpeando nuevamente sus manos contra la mesa—. Y tú lo sabes perfectamente, ¿o no? Mal que mal, has vivido de tu cuerpo toda tu vida —la fulminó con la mirada tal y como Loretta la fulminaba a ella—. Es tu negocio, son tus

condiciones... ¿y me refriegas en mi cara que ya no puedes hacer nada? ¡De qué mierda me estás hablando! —Vociferó descontrolada—. No eras nadie cuando comenzaste en esto. No eras nadie cuando te entregaste a este negocio sin condición y... ¿sigues siendo nadie Loretta Santoro a pesar de tener todo lo que deseas y a cada maldito hombre a tus pies? ¡No me jodas!

Con la vista entrecerrada y observándola de manera implacable y acechante apretó los puños comiéndose toda la rabia que le producían sus palabras mientras la oía sin nada que acotar.

—Recuerda de dónde vienes. Recuerda lo que sufriste y lo que tuviste que sacrificar para llegar hasta aquí y recuerda, especialmente, todas las humillaciones que tuviste que...

—¡Cállate! —Le gritó totalmente exasperada—. ¡Por lo que más quieras, cállate! —Exigió tal y como si esas palabras hubieran sido una súplica—. ¿Quién te crees que eres para hablarme y gritarme así?

—Silvina Montt, la mujer que tú creaste. La mujer que transformaste a tu antojo y la que se dejó llevar por algo más que el puto y fácil dinero. Lo asumo como tal y no me averguenza evocarlo, menos decírtelo en tu cara porque así lo decidí en un momento, pero al evidenciar en lo que te has convertido no sabes cuánto me arrepiento de ello y que en algún punto de mi vida... terminarás decidiendo por mí.

—¡Cierra la boca! ¡Yo no decidí por ti! —Vociferó encolerizada y a punto de estallar.

—¿No? ¡Qué mala memoria tienes! —Silvina parecía decepcionada frente a su acotación—. ¿Y si no la quiero cerrar qué? ¿Me vas a amenazar a mí también? ¿Vas a quitármelo todo? Hazlo, Loretta —se apartó un tanto de la mesa—. Me da igual si me quedo en la calle y sin un solo maldito centavo.

—No seas estúpida. Sabes muy bien que no te da igual. Mírate como vas vestida. Contempla el coche que ahora conduces. Observa quien eres y quien un día fuiste y repítelo, pero ahora autoconvenciéndote de ello.

—Me da igual si me quedo en la calle y sin un solo maldito centavo —replicó con fuerza en la voz y sin que ésta le temblara—. ¿Sabes el por qué? Porque no quiero llegar a ser como tú, menos deseo convertirme en una trepadora, egoísta, egocéntrica, cínica, mentirosa y tirana mujer que todo lo consigue mediante amenazas.

—No me provoques, Silvina Montt, no sabes de lo que soy capaz.

—Lo mismo va para ti, Loretta. Tú tampoco sabes de lo que soy capaz. Por lo tanto, haz lo que te digo y olvídate de Magdalena y de que una vez existió para ti.

—¿A cambio de qué? —Enarcó una de sus oscuras cejas tras cruzar sus extremidades a la altura de su generosa delantera y sonreír sin una sola pizca de condescendencia.

—A cambio de lo que tú quieras, pero con respecto a mí —le soltó realmente convencida de ello, pero con un singular pavor que percibía a la altura de su estómago, quemándola por dentro.

—Es una oferta muy tentadora. ¿Te das cuenta de ello? Realmente, me propones una oferta muy tentadora. Dorothy, escríbela en la nómina, por favor —le comunicó a su asistente que no podía dar crédito a lo que sus ojos veían.

—Sí, “Zorroty” —agregó Silvina—. Escríbela en la jodida nómina de tu jefa y luego dámela para firmarla, por favor. Ah, y procura hacer una copia para mí, ¿quieres? No seré tan imbécil para irme de aquí sin ella.

Loretta no podía creer todo lo que le escupía al rostro después de que ambas habían compartido...

—¿Así me pagas todo lo que hice por tí? —La encaró, reanudando la charla—. ¿Así te pones en mi contra después de todo lo que yo...?

—Te di... —se detuvo, obviando por un momento su furiosa mirada—... algo más que mi vida, Loretta. ¿Qué hiciste con ella? —Sus ojos se enguajaron en lágrimas y su boca, por algo más que un minuto, se silenció al percibir como su barbilla temblaba—. ¿Aceptas o no? —La increpó duramente al evocar muchísimas situaciones de su pasado que tenían directa relación con la mujer a la que ahora odiaba con toda su alma.

—No es tan fácil.

—Lo es. ¡Tú sabes que lo es, maldita sea! ¡Puedo tener sexo con él y con cuántos se me antoje! ¡Solo tienes que decidirlo, pactarlo y dejar a Magdalena fuera de esto!

Pero Loretta no quería dar su brazo a torcer y Silvina —por una razón muy obvia mientras ambas nuevamente se fulminaban con la mirada—, se estaba dando cuenta de ello.

—Es mi vida y puedo hacer con ella lo que se me plazca. Que no te extrañe que te lo repita. Que no te extrañe que ahora yo pueda decidir... —acalló de pronto su voz al notar como Loretta se colocaba otra vez sus gafas de sol y se volteaba repentinamente para darle la espalda.

—¿Terminaste? Si es así ya te puedes marchar.

—No me iré de aquí sin una respuesta concreta de tu parte.

—Sabrás de mí muy pronto.

Silvina suspiró como si estuviera reuniendo más entereza para encararla.

—No me iré de aquí sin una respuesta concreta que...

—¡He dicho que sabrás de mí muy pronto! —Vociferó ya fuera de sus cabales oyendo, a la par, el sonido de una particular voz que ella bien conocía, que amaba y que, en ese instante se hacía presente llamándola a la distancia, diciéndole:

—¿Mamá?

Silvina se volteó al reconocer la inconfundible voz masculina que, en cosa de segundos, se coló fugazmente por sus oídos erizándole la piel. Porque esa varonil cadencia tenía un solo nombre. Porque ese sonido obedecía a una sola y clara señal. Porque esa voz... ciertamente... buscaba alcanzar un solo objetivo que ella logró descifrar cuando articuló, completamente desconcertada y con los ojos abiertos como platos:

—¿Tu madre, Emanuelle? Loretta es... ¿tu madre?

Diecisiete

Emanuelle no reaccionaba. Ni siquiera concebía qué hacía Silvina en ese preciso momento y lugar y más, admirándolo como si lo único que quisiera hacer con él fuera cortarlo y nada menos que en pedacitos.

—¿No vas a responder? —Formuló Silvina sin una sola pizca de paciencia y condescendencia en el tono de su voz—. Te pregunté... ¿Loretta es tu madre?

Y él, por su parte, ¿qué podía acotar cuando todo lo que allí sucedía era más que evidente a los ojos de cualquiera?

Un silencio sepulcral invadió ese tenso momento en el cual el aire se podía rasgar con un filoso cuchillo. Un mutismo que a todas luces le hizo comprender que ya no había tiempo para otra alternativa que no fuera asumir los eventuales riegos y costos que se suscitarían al expresar nada más que la verdad, una que debería haber dicho desde el principio.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Sacó finalmente a relucir su poderosa y grave voz, pero dirigiéndola más bien hacia su madre, quien no lo dejaba de observar bastante perpleja e intrigada—. Te pedí que te alejaras de ella. ¿Qué no puedes hacer nada bien?

—No me lo pediste, me lo exigiste —le corrigió Loretta muy segura de cada una de sus palabras—. Y eso fue lo que hice. ¿O ves a esa muchacha aquí?

Emanuelle entrecerró la vista al tiempo que Silvina proseguía, añadiendo:

—No puedo creerlo... de tal palo tal astilla —comentó indignada tras colocar sus extremidades en cada una de sus caderas—. ¡Cómo te sorprende la vida! ¿No? ¡Y cómo también te hace caer de bruces contra el piso! Si hasta por un momento me hiciste creer que podrías llegar a ser un buen partido para... —sacudió su cabeza como si con ese gesto pretendiera desprenderse de ciertas evocaciones que ahora no parecían tener pies ni menos cabeza—. Actúas de maravillas, Emanuelle —le regaló un par de aplausos—. Realmente, eres el hijo... de tu madre.

—Silvina...

Ella levantó al instante una de sus manos consiguiendo así acallarlo.

—No te equivoques conmigo que no soy santa Magdalena —. En ese minuto ambos se contemplaron como si pudieran echarse algo más que chispas con sus penetrantes, fieras y gelidas miradas—. Por lo tanto, guarda tus explicaciones de mierda para alguien más porque estoy segura de que sí las vas a necesitar —le confió y con la clara certeza de que no tenía nada más que hacer en ese sitio—. Y cuando lo hagas, procura ser lo bastante convincente, ¿quieres? O de lo contrario me encargaré de hacerlo yo —articuló con sumo desprecio, pero ahora situando la vista sobre la de Loretta mientras conseguía retroceder ante quienes no cesaban de observarla. Emanuelle, por su parte, empuñó sus manos al tiempo que comenzaba a dar sus primeros pasos en dirección hacia ella para intentar detenerla y brindarle así una buena explicación.

—¿Dónde crees que vas? —Inquirió su madre pretendiendo cortarle el paso con su demandante tono de voz.

—¿Qué no es obvio?

—¡Te pregunté dónde vas! —Esta vez la cadencia que utilizó fue más bien tajante y amenazadora con la cual solo consiguió hacerlo sonreír—. Déjala que se largue. Lo que suceda a partir de ahora ya no es problema tuyo. Desapareces y asunto arreglado.

—¿Cómo dices?

—Me oíste muy bien para repetírtelo. Así que... de lo demás me encargo yo porque este asunto para ti está concluido.

Inhaló aire pretendiendo mantener la calma y la cabeza fría antes de animarse a contestar, diciendo:

—¿Y cómo te vas a encargar de ello? Déjame adivinar... ¿Con más engaños? ¿Con más mentiras? ¿Con más amenazas? ¿Utilizando todo tu poder, Loretta Santoro?

—Cuenta con ello, hijo mío.

Emanuelle cerró los ojos tras suspirar profundamente al tiempo que se animaba a retomar su marcha, la que su madre detuvo, inesperadamente, colocando una de sus manos en su fornido pecho.

—Por favor —consiguió con ello que él abriera sus ojos como por arte de magia y los depositara rápidamente sobre los suyos—, ya no es tu problema. Olvídalo.

—Te equivocas —le corrigió al instante y sin dudar—. Sí es mi problema y lo seguirá siendo hasta que logre hablar con ella para contarle toda mi verdad.

—¡Qué verdad! —Alzó la voz algo exasperada y contrariada por lo que oía y no conseguía asimilar—. Aquí no existe ninguna verdad porque...

—Soy muy diferente a ti aunque corra por mis venas tu misma sangre.

Loretta enmudeció al percibir como su cuerpo temblaba.

—No lo notas, ¿verdad? No lo sabes...

—Emanuelle...

—Ni siquiera eres capaz de sentirlo en tu piel. ¿Extraño? No, Loretta, real.

Se quitó las gafas de sol para admirarlo a la profundidad de sus oscuros ojos.

—Lo único que es real es que eres mi hijo y te recuperaré después de mucho tiempo de ausencia —balbuceó, como si de otra forma no pudiera expresarlo.

—Lamentablemente... no del todo, mamá —la apartó de su camino con mucha sutileza para proseguir con su marcha en busca de Silvina.

—¿No del todo? —Formuló ella volteándose hacia él y ya con lágrimas en los ojos—. ¿No del todo? —Replicó, desencajada—. Di mi vida por ti, lo entregué todo, ¿y así es cómo me pagas?

Emanuelle se detuvo, respondiéndole:

—No todo en la vida se trata de dinero. No todo en la vida se trata de pagar. A veces, solo das sin esperar o merecer nada a cambio, pero lamentablemente tú no sabes de eso, ¿verdad?

—¡Por qué te preocupa tanto esa zorra! —Vociferó iracunda sin que ahora le temblara la voz—. ¡Por qué no puedes olvidarla y desaparecer de su vida!

—Porque es diferente —se volteó enseguida hacia su rostro para admirarla por última vez—. Porque es auténtica. Y porque no se merece que un miserable como yo le mienta de esta manera.

—Es lo que hace la gente en la vida real, hijo, ¿Qué no lo sabías?

—Sí —forzó una media sonrisa que dibujó sin ansias en su semblante—, gente como tú, por ejemplo, pero no como yo. No fue lo que me enseñó mi abuelo. No fue lo que aprendí de él mientras crecía y tú no estabas a mi lado. Por lo tanto, no me pidas que engañe y que mienta por ti porque no lo haré. No me exijas que me olvide de todo y desaparezca porque puedes estar segura que tampoco lo llevaré a cabo. Y menos pretendas convertirme en alguien que no soy cuando solo significo para ti un peón más en tu juego de poder, de ambición y de avaricia.

—¡Eres mi hijo, Emanuelle Santoro! ¡Y siempre lo serás!

—No lo discuto. Jamás he renegado de ti.

—Entonces, ¿por qué me das la espalda ahora!

—Porque este juego, Loretta Santoro, para mí se acabó. Lo siento.

Impotente, frustrada y evidentemente afectada por cada una de sus palabras guardó un profundo silencio mientras lo veía partir y alejarse de su lado tal y como un día, pero hace muchísimos años atrás, había sucedido todo de la misma manera provocándole el dolor de una herida que jamás sanó y que todavía, al evocar ese instante, le hería el corazón, el alma y la piel tras haber tomado la más difícil de las decisiones.

Sin siquiera moverse de su sitio, volvió a colocarse sus gafas de sol para cubrir el color negro de sus ojos que ahora sucumbían ante unas imperiosas lágrimas que no cesaban de caer por sus mejillas recordándole, patentemente, que su última palabra aún no había sido pronunciada.

—¡Silvina! ¡Silvina! —Exclamaba Emanuelle a viva voz—. ¿Podrías detenerte un segundo y oírme, por favor?

—¡Vete al demonio!

—No antes que me escuches.

—¡Y por qué mierda tendría que escucharte si con lo que vi ya tuve suficiente! —Le dio al cierre centralizado de su coche para alejarse lo más pronto de él, de Loretta y de esa casa.

—Porque te lo estoy pidiendo como un favor antes de hablar con Magdalena.

Silvina se detuvo abruptamente al escuchar el nombre de su amiga.

—Y porque ya no deseo seguir mintiéndole.

Movió su cabeza negándose a creer en toda la tanda de palabrotas que manifestaba a su espalda.

—No se lo merece.

Al digerir ese último enunciado se volteó apresuradamente para encararlo.

—¿Y esperas que te crea? Ya te lo dije, no soy santa Magdalena. Por lo tanto, a mí no me puedes mentir con tanto descarro como le mientes a ella. ¿Y sabes el por qué? Porque te descubrí con las manos en la masa, infeliz, mentiroso y desgraciado.

En un rápido movimiento intentó abrir la puerta de su coche, pero Emanuelle se lo impidió.

—Por favor, estoy hablando muy en serio. Necesito acabar con todo esto. ¿Qué no lo comprendes?

—Es obvio que quieras hacerlo cuando tienes la soga atada al cuello, ¿no? ¿Me crees estúpida? Bueno, déjame corroborarte que para tu mala suerte no lo soy. Ah, y otra cosa, conmigo te equivocaste, patán de cuarta, porque si tengo que proteger a Magda de Loretta y de ti haré lo que sea, ¿me oíste? ¡Lo que sea!

—Sé que quieres hacerlo tanto como yo, pero por favor, necesito que me creas. Necesito que me escuches y confíes en mí para acabar de una vez por todas con todo este engaño.

Silvina cerró los ojos negándose a caer en su juego.

—Pues, no te creo y me encargaré de que Magdalena tampoco lo haga. Ahora, déjame ir.

—Silvina, por favor. ¡Estoy hablando muy en serio! ¡Te lo juro por mi vida!

—Te pedí que me dejaras ir.

—¿Cómo te lo hago entender?

—Emanuelle, aparta tu jodida mano de mi puerta.

—No hasta que consigas escucharme.

—Pues, hazte anciano esperando que eso suceda porque no te voy a escuchar.

—Silvina, por favor.

—¡No, no y no! ¿Qué no lo puedes entender? ¡Te hiciste pasar por quién no eras consiguiendo que de alguna manera ella confiara en ti, maldita sea! ¿No te avergüenzas? ¿No sientes lástima por haberla engañado así? ¿No crees que ya tuvo suficiente con las amenazas de tu madre?

Emanuelle, a pesar de todo lo que Silvina le vomitaba al rostro, se mantenía en pie de no dejarla ir hasta que cediera ante cada uno de sus ruegos.

—Pero por lo que noto en tu rostro no sientes una sola pizca de arrepentimiento, ¿verdad? ¡Claro! ¡Difícilmente lo puedes sentir si eres igual a Loretta!

Sus palabras lo hirieron en gran medida, pero a pesar de ellas no iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—No me conoces.

—No, pero a tu madre sí —aseguró realmente convencida de ello porque sus recuerdos así lo avalaban—. Y como te lo manifesté hace un instante atrás de tal palo, tal astilla, Emanuelle. Puedes decirme lo que quieras, puedes pretender engañarme a mí también, pero una cosa quiero que sepas: no dejaré que te acerques a Magdalena nunca más. ¿Está claro? Porque por mi parte me ocuparé de que esta misma tarde ella conozca toda la verdad.

—No —le contestó con ligereza, desconcertándola.

—Descarado hijo de...

—No, porque de eso me ocuparé yo —afirmó, interrumpiéndola y dejándola sin voz.

Silvina entrecerró la mirada al instante.

—Se lo debo.

—No tienes los cojones...

—Los tengo y bien puestos. Me creas o no.

—Aparta tu condenada mano de la puerta de mi coche, Emanuelle.

—Lo primero es lo primero —exigió con su demandante voz cuando solo podía pensar en Magdalena mientras Silvina, poseída por un furia abismante que la hizo bufar al igual que si fuera un animal encolerizado, se apartó de su lado y comenzó a caminar sin conseguir mantenerse quieta en su sitio. ¿Por qué? Porque no quería ceder, menos que ese hombre se le acercara a su amiga más de la cuenta ahora que se encontraba algo vulnerable gracias a la ruptura y desilusión vivida con Teo.

—Por favor —suplicó Emanuelle una vez más apartando la mano de la puerta de su vehículo—. Esta vez... quiero y necesito hacer las cosas de buena manera.

—¿Te das cuenta de lo que me pides? —Se detuvo alzando la mirada para clavarla sobre la suya—. ¿No crees que ya tiene demasiados problemas en su vida para añadirle uno más? ¿Por qué no te vas? ¿Por qué no desapareces y la dejas en paz, por ejemplo?

Emanuelle fijó la vista en el piso evocando las mismas palabras que había oído de su madre.

—Es muchísimo más fácil que herirla, ¿no crees? De paso, ya tiene su corazón bastante roto para que otro imbécil venga y se lo haga trizas esta vez.

Ante tal revelación alzó la mirada para nuevamente fijarla sobre su semblante.

—No quiero herirla, Silvina.

—Pues, no estás siendo convincente, Emanuelle. Y créeme, de todas formas terminarás haciéndolo.

Suspiró, pretendiendo hallar las mejores palabras con las cuales rebatir su enunciado.

—Me equivoqué. Me dejé embaucar y envolver por mi madre creyendo que mi participación en esta historia no tendría la mayor relevancia, pero jamás creí que...

Silvina cruzó sus brazos a la altura de su pecho al tiempo que enarcaba una de sus cejas.

—Jamás creíste que... ¿llegaría a importarte?

Emanuelle entrecerró la vista algo molesto debido a lo que, con tanta seguridad, ella afirmó.

—Es cosa de verte la cara de idiota que traes. Te importa, ¿no? Porque si Magdalena no te importara un rábano te daría lo mismo estar malgastando tu tiempo y saliva aquí conmigo tratando de convencerme para que no te destrozara frente a ella revelándole quien eres en realidad.

Guardó silencio negándose a proferir una palabra más cuando sentía que algo en su interior había sido abierto para no volver a cerrarse nunca.

—¡Mierda! —Se quejó sin saber qué rayos hacer con la disyuntiva del porte de un trasatlántico que tenía inserta en su cabeza—. No quiero, no quiero, no quiero... —murmuró para sí en tan solo un hilo de voz hasta que algo en ella ganó la batalla, consiguiendo que manifestara concluyentemente—: solo veinticuatro horas, desgraciado mentiroso. Solo veinticuatro horas y ni un minuto más.

—Gracias, Silvina.

—Por tu pellejo no me las des y haz lo que tengas que hacer, pero sin mentirle, ¿de acuerdo?

Asintió, corroborándole con ello que así lo haría.

—Pero bajo una estricta condición que cumplirás a cambio.

Emanuelle consiguió esbozar una media sonrisa de satisfacción, la que se le deshizo del rostro en cosa de segundos al oírla expresar con suma decisión lo siguiente:

—Te quiero fuera de su vida y estoy hablando muy en serio. Fuera y lo bastante lejos de Magdalena. ¿Lo puedes entender? ¿O qué? ¿Creíste que te iba a dar todo en bandeja de plata? Es eso o nada, Emanuelle. Lo lamento. Yo la metí en este lío y seré yo quien la aleje de Loretta y de ti —. Al advertir que no decía nada, que no reaccionaba y que solo la observaba sin podersele creer, Silvina subió a su coche, el cual encendió y aceleró un par de veces esperando una respuesta de vuelta que no obtenía. ¿Por qué? Porque, al parecer, Emanuelle se encontraba batallando consigo mismo lo que no deseaba responder—. Así están las cosas. ¿Lo tomas o lo dejas?

No sabía qué decir. En realidad, cualquier cosa que pronunciara le haría perder una gran contienda que por un maldito segundo de su existencia creyó e imaginó que ganaría, pero que ahora, y ante esta cruda y patente realidad, empezaba a desmoronarse pedazo a pedazo como si fuera parte de sus propios castillos de cristal, los mismos que le aconsejó a Magdalena que jamás construyera.

—Emanuelle... es la última vez que...

—Lo tomo —finalmente articuló esas palabras con una seguridad única que le congeló la piel desde los pies a la punta de su cabeza.

—De acuerdo —le respondió ella con algo de temor. No por lo que fuera a ocurrir con él, claro está, sino debido a la incertidumbre que se calaba en su ser al estar haciendo lo correcto para así proteger a Magdalena—. Te diré donde está.

Emanuelle centró su vista en la suya como no comprendiendo a qué se refería con ello.

—No me mires así. Magda no está en casa, pero sí en un mejor lugar con quien la cuida, la protege y la ama de verdad y no a medias.

—¿Dónde está? —Subrayó cada una de esas palabras con desesperación y sumas ansias de conocer prontamente su nuevo paradero y, también, con un singular ardor que empezaba a incinerarle la garganta—. ¿Dónde y con quién se encuentra Magdalena?

Silvina rió, porque a pesar de todo y de que ansiaba molerlo a patadas había logrado dar en el clavo, instaurándole el bichito de los celos con el cual él ya no podría lidiar.

—En las afueras de la ciudad con Gaspar.

—¿Y quién es Gaspar?

—El hombre que lo daría todo por ella. El hombre al que siempre suele buscar. ¿Por qué? Averígualo por ti mismo, Santoro, y de paso, muere de los celos. Créeme, muchísima falta te hace —concluyó, acotando—: Garage “La Cobra”. Pasando la pista de carreras que se ubica en las afueras de la ciudad. Y no lo olvides, tienes veinticuatro horas para contarle la verdad y alejarte de su vida. Ni un solo maldito segundo más o te vas a acordar de mí toda tu jodida existencia.

—¿Es eso una amenaza, Silvina?

Sonrió con remarcado sarcasmo y completa indiferencia antes de decir:

—No, Emanuelle, no me compares, porque de eso... se encarga tu madre.

Antes que Gaspar y El Gringo despertaran ya había tomado una ducha, me había cambiado de

ropa y ya me encontraba preparando el desayuno con el cual los iba a sorprender. Aunque me había dormido bastante tarde gracias a la charla con la cual había liberado un poco más de carga extra, que desde hace algún tiempo llevaba conmigo a todas partes, no me sentía del todo genial y yo sabía muy bien el por qué. Las situaciones que todavía mantenía inconclusas en mi vida, y de las cuales parecía huir cada vez que deseaba enfrentarlas, me pasaban la cuenta y me tenían al filo de un abismo sin fondo en el cual sabía que caería más tarde que temprano si no lograba darles algún tipo de solución, pero sensata y racional.

Suspiré evocando las maravillosas y gratificantes palabras de Gaspar, las mismas que estúpidamente soñé que recibiría de David Garret. Sí, estúpidamente, porque ni una sola de ellas obtuve de vuelta sino más que su total indiferencia con la cual me había dicho adiós. Por lo tanto, a partir de ello, ¿qué lección podía sacar de todo lo vivido con él y con Teo? La única que desde anoche rondaba con insistencia al interior de mi mente: olvidarme de los necesarios hombres por un buen tiempo. ¿Por qué? Bueno, ¿porque sí?

Tarareaba animadamente la melodía de una canción cuando, de repente, una pronunciación anglosajona me dio a entender quien se había levantado más temprano esta mañana regalándome un "*Good Morning, Miss*" que me asombró de solo escucharlo.

—*Good Morning* también para ti, Dallas —le solté de golpe, logrando con ello que sonriera complacido.

—¡Vaya, vaya! Así que estuvieron hablando de este humilde servidor.

—Sí, para qué voy a negártelo. Solo me preocupé de calmar las furiosas ansias de Gaspar de no molerte a palos por haberte propasado conmigo en tu habitación —bromeé tras terminar de picar las frutas que ya tenía en un bowl—. No me des las gracias. Solo le dije que no era necesario ensuciarse las manos contigo habiendo tanto sicario sin trabajo —le otorgué un guiño al tiempo que él me observaba con cara de "yo no entender nada de tu español."

—*¿Are you kidding me?*—Quiso saber animándose a ayudarme con la preparación del desayuno, como encargarse del café, de los huevos y de ordenar la mesa, entre otras cosas más.

—¿De qué me perdí? —Lo vi revolotear de un lado hacia otro al igual que si fuera una abeja inquieta dentro del panal.

—Me gusta ayudar y más si se trata de participar en la cocina.

—¿Ah sí?

—¡Ajá! Y bueno... —sonrió malévolamente—... Gaspard también me advirtió que no cocinabas

de maravillas. No te ofendas.

En cuestión de segundos, mi rostro fue invadido por un color rojo furia que se alojó en mis mejillas por bastantes minutos.

—Lo digo en serio, no te ofendas, Magdalena.

¿Ofenderme yo? Para nada, solo lo iba a matar. ¿Qué tal si comenzaba por echarle ácido sulfúrico a sus huevos revueltos?

—Dime lo que comerá —entrecerré la mirada al tiempo que levantaba el cuchillo cocinero que aún sostenía en una mis manos, logrando con ello que Fitz riera a carcajadas cuando Gaspar ya se hacía presente brindándonos un cordial y caluroso “¡Buenos días, familia!”.

—¡Buenos días Dolce & Gabbana! —Lo saludé con sarcasmo—. Perdón, quise decir Chanel. Suelo confundirme con algunas marcas registradas.

Gaspar rió tras mirar de reojo al Gringo, quien de inmediato alzó sus hombros como diciéndole con ello “lo siento, no pude evitarlo.”

—Veo que ya te fueron con el cuento. Gracias “soplón.”

—*I’m sorry, “Bro”*. ¿Sabías que Magdalena también trabaja como sicario?

—¿Por qué no me sorprende? —Me regaló un beso en la frente mientras terminábamos de colocar los alimentos sobre la mesa para desayunar—. Magda es única, Fitz. Así que ten cuidado.

«¿Y eso? ¿A qué se debió?».

El Gringo enarcó una de sus castañas cejas esperando que justificara su respuesta. Bueno, y yo también, porque eso me sonó más a una clara advertencia que a una simple acotación de su parte.

—Si te descuidas, podrías terminar... —pero fue él quien no pudo conluir aquella olímpica frase al oír el ruido de un coche aparcar frente a la entrada del garage y precisamente a las ocho y veinte de la mañana.

—¿Un Jaguar? —Especificó Gaspar asombrándome de sobremanera al reconocer, solo por el ruido que emitía el motor, de qué vehículo se trataba—. ¿Qué no saben que el taller abre sus

puertas a partir de las nueve de la mañana?

—¡Hey, super vidente! ¿Cómo rayos sabes que es un Jaguar?

—¿De quién soy hijo, Magda? —Inquirió ya caminando de espaldas hacia la puerta que separaba la propiedad del taller.

—¡De Tony “La Cobra”, Dolce & Gabbana! —Le grité a la distancia, robándole un hermoso gesto de afabilidad que me dedicó con el dedo del medio de una de sus manos.

—Gaspar te adora —acotó Fitz apoderándose de una silla, la cual retiró de la mesa, diciendo—: *Please sit, Miss beautiful.*

—Thank you, Dallas —agradecí su tan caballeroso gesto sentándome en ella—. Con esto has conseguido que te odie un uno menos por ciento de lo que te odiaba ayer.

—Eso suena muy interesante para mí —se sentó a mi lado—. ¿Puedo saber cuánto me odiabas ayer?

—Un cien por ciento.

Rió de inmediato.

—Eso significa que hoy me odias un noventa y nueve por ciento y me quieres un uno por ciento. *I like it.*

Lo observé mientras me disponía a beber de mi jugo de naranja.

—No he dicho eso —le aclaré enseguida—. Así que no pongas en mi boca palabras que ni siquiera he pronunciado, por favor—. ¿Y qué obtuve con esa magistral frase? Pues, que centrara toda su atención nada menos que en mis labios. ¡Maldición!

—Tienes una boca muy sexy. ¿Te lo habían dicho alguna vez?

¿Eeeeeeeehhhh...?

—Me gusta la forma de tus labios y su color.

¿Eeeeeeeehhhh...?

—Y considero que tienes unos ojos muy hermosos y expresivos.

¿Perdón? ¿De qué estábamos hablando?

—Y cuando te enojas... ¡Vaya mujer en la que te conviertes!

¿Esto era algún tipo de charla de la absoluta verdad?

—Discúlpame, pero ¿qué pretendes, Gringo? —Entrecerré la mirada para con ella contemplarlo intensamente.

—No me mires así, Magdalena, que con ella solo consigues derretirme poco a poco.

Reí.

—Creo que se te derritieron también las neuronas, Fitz.

—Para nada, mujer, están funcionando en perfectas condiciones. Solo intento explotar mi veta dulce y amable contigo a pesar de que poseo un comportamiento algo bruto y hostil y a pesar, también, de parecer un tipo parco y sacarte de quicio con mi “un tanto humor despreciable.” Así que por eso y por muchas cosas más quiero decirte aquí y ahora “*I’m so sorry, Magdalena.*”

Abrí los ojos como platos y más ante la fabulosa sonrisa con la cual me hizo sentir muy, pero muy nerviosa e insignificante.

—¿Estás hablando en serio?

—No me gusta mentir.

De acuerdo. Asentí otorgándole el beneficio de la duda, la mía por supuesto.

—Está bien, acepto tus disculpas, pero ya que estamos siendo sinceros a pesar de tus “a pesar”, creo que nos parecemos en algo. También poseo un humor despreciable... así que por lo tanto, perdóname por haberte llamado “Minions” y haber añadido tan despectivamente que Gaspar te había sacado de una cajita feliz de McDonald’s. *I’m so sorry, Gringo.*

Fitz rió como si le hubieran contado el mejor de los chistes.

—*Okay*. También estás perdonada por eso, pero te advierto algo con anticipación: si sigues comportándote así solo lograras enamorarme perdidamente, Magdalena.

No pude evitarlo. Mi boca terminó escupiendo parte de lo que había bebido de mi jugo de naranja.

—¡¡¿Qué tú qué?!!

—Bueno, te comenté con anterioridad que tenía un humor despreciable —me otorgó un guiño con uno de sus ojos pardos al mismo tiempo que relucía la fantástica dentadura blanca que revelaba su sonrisa al alcanzarme un par de servilletas, con las cuales terminé limpiando mi boca totalmente avergonzada, eso sí, manteniendo muy a raya todas mis grandísimas ganas de querer estrangularlo.

—Perdiste tu uno por ciento —acoté.

—¿Vuelves a odiarme al cien por ciento? ¡Vaya!

—Y con toda mi alma.

—¿Y cómo pretendes que siga viviendo con un corazón roto en mil pedazos? —Reclinó su espalda por completo en la silla en la cual se encontraba sentado.

—Fácil, Fitz, búscate uno de repuesto.

—¿Se puede vivir así?

—¿Qué no me ves? Yo lo hago perfectamente, pero con uno de titanio.

—¿Imposible de romper? —Ansió saber, interrogándome bastante interesado en conocer mi respuesta.

—E impenetrable. Porque aquí —situé una de mis manos a la altura de mi pecho, en el lugar donde se situaba mi corazón—, ya no hay espacio para nadie más, te lo aseguro —certifiqué, cuando la voz de Gaspar nuevamente se hizo audible, expresando:

—Tenemos compañía, chicos. Gringo, ¿podrías colocar un puesto más en la mesa, por favor?

Enseguida voltee la vista hacia él, pero fijándola más bien en la incomparable presencia de quien en ese instante se hacía presente y la verdad, no esperé volver a ver creyendo, por un

segundo, que su figura era irreal o una macabra ilusión que mi mente creaba para lastimarme.

—David... —balbuceé sorprendida tras levantarme fugazmente de la silla en la cual me encontraba sentada—... estás...

—Aquí —quiso sonreír, pero no puedo hacerlo—. Espero no interrumpir, solo... deseaba verte —la luz de su mirada logró cegarme, pero más lo consiguió su rostro y cada una de sus nerviosas facciones que me demostraban una cierta inseguridad, un cierto temor y, por sobretodas las cosas, en él había... ¿arrepentimiento?—. Por favor, Magdalena, sé que no estoy en condiciones de pedírtelo, pero es importante. ¿Tendrías un minuto para mí?

Quizás, en otro momento de mi existencia le habría entregado mi vida entera, pero ahora ya no estaba tan convencida de ello. ¿Por qué? Porque... ¿qué haces cuando algo se ha roto en mil pedazos? Intentas unirlo, ¿verdad? ¿Y cómo queda cuando lo has hecho? Con sus fisuras expuestas, con vacíos de por medio y con trozos que, por más que así lo desees, no puedes volver a ensamblar. Porque cuando las cosas se rompen no es el hecho de que se rompan lo que impide que vuelvan a componerse. Es porque pequeñas piezas se han perdido y los extremos ya no consiguen encajar aunque quisieran hacerlo en algo que lamentablemente ya ha cambiado de forma. Y eso me estaba sucediendo con David, a pesar de que comenzaba a extrañarlo, a pesar de que comenzaba a quererlo y a pesar de que sabía de sobra que entre los dos... ya nada podría ser igual.

Dieciocho

No cesábamos de observarnos con un inacabable silencio reinando a nuestro alrededor. Sí, un mutismo que nos mantenía nerviosos, pero a la vez desesperados y a la expectativa por oír prontamente uno la voz del otro y viceversa, cuando nuestros pasos nos alejaban más y más de la propiedad sin que nada ni nadie pudiera detenernos.

Suspiré y el también lo hizo como si necesitara aire para seguir respirando o, tal vez, para mantenerse en pie y decirme de una buena vez y para siempre que solo se encontraba aquí para darle fin a todo lo que con un beso robado había comenzado.

—Yo...

Me detuve al escuchar la gravedad de su voz colándose por mis oídos, volteando mi rostro del todo hacia el suyo.

—Tú... —murmuré en un hilo de voz sin saber qué más decir o hacer, cuando su vista azul acero se apoderó totalmente de la mía, penetrándola, quemándola e invadiéndola como si tuviera esa extraña capacidad de ver, con ella, algo más que mi alma.

—Lo siento...

—También yo.

—¿Estás segura? —Una media sonrisa dibujó en su semblante. ¡Qué va! Una media sonrisa apabullante que me hizo preguntarme: ¿por qué demonios sonreía así?

—No. ¿Tú y yo estamos situados en la misma frecuencia?

David relamió sus labios un par de veces a la par que clavaba su vista unos pocos segundos en el verde césped del jardín de la casa.

—Me encantaría que eso sucediera, Magdalena.

Abrí la boca y la cerré pensando únicamente en ese “me encantaría.”

—¿Pero?

David volvió a levantar la vista para invadir con ella la totalidad de la mía.

—¿Pero? —Formuló con extrañeza al no comprender a lo que me refería con esa particular palabrita.

—Sí, obviaste el “pero.” “Me encantaría que eso sucediera, Magdalena, pero...”

Sonrió encantado, consiguiendo con ello erizarme hasta el más mínimo vello de mi piel.

—No he pronunciado tal palabra.

—¿No? ¿Estás seguro que no iba inserta al final de tu frase?

Solo movió su cabeza manteniendo su bella sonrisa inserta en sus carnosos labios.

—Perdona, pero no estoy entendiendo nada. ¿Podrías ser más explícito, por favor?

—¿Segura?

—Es lo que te estoy pidiendo, porque la verdad yo... —no pude seguir hablando al sentir como su figura avanzaba decidida hacia la mía minimizando el espacio que nos separaba, más y más, hasta que sus manos consiguieron ascender lentamente por mis extremidades, por mis hombros, por la curvatura de mi cuello hasta detenerse, finalmente en cada una de mis mejillas, cuando sus ojos fijos en los míos me explicaban a cabalidad lo que entre nosotros iba a suceder en cualquier instante.

—Perdóname —articuló, quitándome la respiración—. Perdóname por marcharme de tu lado como un cobarde.

Cerré los ojos al evocar a Laura y a Teo en ese crucial instante de mi vida. ¡Genial!

—No tengo nada que perdonarte. Tú solo hiciste lo que creíste correcto.

—No —contestó pegando su frente a la mía—. Estás equivocada. Debí quedarme, debí escucharte, debí comprenderte, debí abrazarte y, por sobretodas las cosas, debí besarte hasta conseguir que perdieras el aliento junto conmigo.

Tras un par de rápidos parpadeos terminé alojando mi inquieta mirada sobre la suya creyendo que ante cada cosa que decía mi boca ya no conseguiría balbucear ninguna frase más.

—Eso debí haber hecho y no imaginas cuánto me arrepiento por no haberlo llevado a cabo.

—No sabes de lo...

—¿Que hablo? —Me interrumpió, desafiándome con sus labios a los cuales yo deseaba volver a besar con locura—. Sé perfectamente lo que hablo y lo que quiero, Magdalena, y eso eres tú.

¡Ay madre santa! ¿Qué reverenda estupidez estaba diciendo?

Tragué saliva con evidente ansiedad y necesidad y dificultad y...

—Céntrate, David. Por favor, céntrate.

—Estoy más centrado que nunca, señorita Mustang. ¿Qué no lo ve? ¿Qué no lo percibe? ¿Que no advierte que solo ansío perder la cabeza con usted?

—No digas eso, por favor.

—¿Por qué no? ¿A qué le temes? ¿A que pueda regalarte la luna si me la pidieras?

¡Santo Dios! ¡Por qué tienes que torturarme así! ¡Qué fue lo que te hice!

Su peligrosa boca empezó a atormentar a la mía de la única manera que sabía hacerlo, acercándose y alejándose de ella para tentarla, para incentivarla, para enloquecerla y así obtener un beso que, cuando se hiciera efectivo, para los dos no tendría final.

—Dime que me perdonas.

—No —balbuceé, alimentándome con su embriagador aliento.

—Dímelo, por favor, antes de que...

—Antes de qué, David...

El roce intencional de sus labios con los míos me hizo perder la razón al grado de desearlo por

completo.

—¡Antes de qué! —Manifesté desesperada.

—Antes de que te vuelva a besar y a besar una y otra vez sin detenerme

Esto no estaba bien. ¡No señor! ¡Esto si seguía así no pintaría para nada bien!

—Discúlpame, pero por tu bien y necesariamente por el mío tú no vas a hacer tal cosa. Te lo prohíbo.

Rió cuando ya su lengua se aprestaba a delinear el contorno de mi labio inferior. ¡Maldita sea!

—¿Sabías que para un ladrón como yo todo está permitido?

¡Ja! Ladrón innato querrás decir.

—No, David, no todo.

—Sí, señorita Mustang, todo. Y cuando me refiero a todo es “todo” en el claro y único significado de esa palabra.

Repentinamente temblé al percibir el tibio contacto de la punta de su lengua deslizarse por cada comisura de mi boca, de un extremo a otro, quedamente, dulcemente, tiernamente y amenazadoramente también.

—¿Me volverás a besar y pretenderás con ello olvidar todo lo que te conté?

—No. Te volveré a besar porque vi algo en ti que me gusta, algo que me encanta y algo que logra hacerme perder la razón.

—¿Qué? ¿Algo?

—Sí. Vi algo más que ternura, algo más que espontaneidad y algo más que belleza que me cautivó y que ya no sé como explicar. Esa belleza que va más allá de la belleza física que no puedes simplemente ver porque es única, Magdalena; tan única que con solo contemplarla sabes que no existe otra que se le parezca.

—David, por favor, ya no más.

—Sí, hay más, lo siento. Porque contigo siempre habra más y querré más de lo que poseo. ¿Y sabes el por qué?

Moví mi cabeza hacia ambos lados como una autómatas pretendiendo ocultar todo el pavor que me producían sus tan claras palabras.

—Porque también vi en ti tristeza, vi en ti desazón y vi en ti desilución al ver que partía de tu lado como un imbécil cuando solo deseaba quedarme.

—Pero no puedes quedarte, no así.

—¿Estás segura? —Volvió a formular, pero sonriendo como un pequeño niño que se apresta a cometer una más de sus travesuras.

—Sí, porque querer, desear y por sobre todo “amar” es un tanto peligroso y complicado, David.

—No te preocupes por mí —se detuvo fulminándome con su abrasadora mirada—, sé de eso —respondió, asaltando finalmente mi boca en un descomunal beso que nos acalló, encendió y quemó la piel en tan solo un segundo.

Me aferré a su boca, a su cuerpo e inevitablemente a ese momento entregándome a cada una de sus caricias, a cada arremetida de su furiosa lengua, a cada roce intencional y a cada significativo movimiento con el cual me daba a entender que me deseaba desesperadamente como yo también lo ansiaba a él de la misma manera.

—No pedí sentir esto por ti... —susurró entre beso y beso que me daba, deslizando por mis hombros sus cálidas manos directamente hacia mi espalda para estrecharme más y más contra él, cuando las mías hacían lo suyo, alzándolas, hasta dejarlas caer en su sedoso cabello—... te fuiste metiendo por sobre y debajo de mi piel y ahora no sé qué hacer sin tenerte.

—Yo sí lo sé, David. Puedes... comenzar por olvidarme.

En un patente acto de provocación que solo consiguió excitarme aún más, se apoderó de mi trasero para así alzar mis pies rápidamente del piso mientras mis piernas automáticamente respondían a su inesperado movimiento aferrándose a sus caderas.

—¿Te parece que podría olvidarme de ti cuando solo quiero estar contigo?

Jadeé al instante porque eso, ciertamente, no había sido una más de sus preguntas capciosas.

Siguió asaltando mi boca con frenesí, con entusiasmo, con pasión y ansias de querer despojarme de mi ropa y a la vez de todos mis temores que parecían desaparecer cuando él me besaba así, tan fervientemente.

—No es una buena idea estar conmigo.

—Eso déjame a mí —acotó, cuando su cálido aliento empezaba a hacer sus primeros estragos en mi entrepierna y en él... bueno, el bulto que sentí a la altura de mi cavidad pues, ya me lo decía todo.

—Hablo en serio —gemí en su boca al conseguir separarme unos pocos centímetros de ella—. Soy demasiado melodramática para ti.

—¿Me creerías si te digo que necesito un poco de melodrama en mi vida?

Puse los ojos en blanco tras situar mi cabeza a un costado de su cuello, cerciorándome de la posición en la que me encontraba y nada menos que a unos cuantos pasos de la casa y del Australopithecus Históricus de Gaspar. Por lo tanto, haciendo acopio de toda mi racionalidad, que en ese momento se me había disparado hacia las nubes, volví a fijar mi mirada sobre la suya, añadiendo:

—Un segundo. ¿Cómo fue que llegué a aquí?

David sonrió relamiendo, a la par, sus carnosos y sexys labios.

—Mmm... solo puedo afirmar en mi defensa que estoy bastante a gusto. ¿Tú no?

—Se suponía que íbamos a charlar —con una de mis manos recorrí delicadamente el contorno de su mejilla.

—Ese era el plan que barajé desde un principio.

Seguí acariciando su fuerte mentón percibiendo que le encantaba que lo tocara de esa forma.

—Pues, plan o no me vas a bajar ahora mismo, por favor. ¿No te das cuenta que estamos brindando un espectáculo?

Alzó sus hombros como dándome a entender con ello que no le importaba en lo más mínimo lo que vieran o expresaran los demás.

—Te lo repito, yo me encuentro bastante a gusto contigo, así —sus labios buscaron los míos, los cuales le entregué rindiéndome al placer de volver a disfrutarlos, enredando mi lengua con la suya en un pecaminoso baile que conseguía hacerme perder la cabeza al sentirla hurgar dentro de mí como si deseara recorrerme por completo. De solo pensar en ella y en qué otras cosas podría hacer esa afanosa condenada gemí como si la deseara, como si la anhelara, como si la ansiara con desespero ahora más que nunca, pero en otras partes de mi cuerpo.

—Y yo te lo repito... hablo en serio, David —a regañadientes, y tras batallar con mi bestia excitada interior, liberé su boca de la opresión de la mía—. Esto... —me detuvo mordiendo sensualmente uno de mis labios con sus dientes.

—Es lo que quiero —confirmó como si no tuviera más dudas al respecto—. Y lo quiero tanto que no me voy a rendir hagas lo que hagas, digas lo que digas. ¿Me estás oyendo?

Suspiré como si lo necesitara. ¡Qué va! ¡Vaya que lo necesitaba después de este tan intenso y caliente momento!

—Devuelve mis pies al piso, por favor —consegui que eso hiciera unos segundos despues—. Gracias. ¿Cómo es eso de que no te vas a rendir? ¿Qué no me escuchaste?

Un nuevo beso que me robó logró acallarme de inmediato.

—Claro que te oí, pero ahora necesito que me oigas tú a mí.

Algo atontada, por todo lo que conseguía hacer conmigo con tanta facilidad, lo observé mientras lograba recomponerme.

—Estoy aquí pretendiendo lograr que no me apartes de tu vida.

—Pero...

—Pero nada, Magdalena. Los peros no existen en mi vida, aunque en la tuya sí exista el melodrama con el cual sé que puedo convivir y, por ende, lidiar.

Crucé mis brazos a la altura de mi pecho evocando la decisión que había tomado hace varios minutos atrás y que ahora me parecía lo bastante estúpida y absurda. ¿Olvidarme de los jodidos y necesarios hombres? ¡Ja! Eso sería como... ¿dejar de respirar, por ejemplo?

Me alejé unos cuantos pasos de él mientras me movía como un can encarcelado dentro de mi

propia prisión de hierro.

—¿Qué ocurre?

—Estoy pensando —contesté, dándole la espalda.

Sentí sus pasos avanzar hacia mí al mismo tiempo que oía la voz del Gringo y lo veía salir apresuradamente del taller con destino hacia donde se encontraban las grúas, estremeciéndome gracias a la interrogante que David formuló, abiertamente.

—¿Todo está bien?

Por inercia moví mi cabeza, negádoselo. Luego de ello, no escuché su voz, pero si me volteé hacia él para contemplar una vez más su incomparable mirada un tanto expectante.

—Lo siento, pero no todo está bien conmigo.

David clavó la vista en el piso antes de volver a decir:

—¿Qué ocurre? ¿Ya no hay espacio suficiente para mí dentro de tu impenetrable corazón de titanio?

¡Ouch! ¡Directo al blanco!

Suspiré reteniendo su pregunta en mi mente por varios segundos antes de animarme a responder, pero muy honestamente:

—Por ahora, no sé lo que quiero. Por ahora me siento demasiado avergonzada por todo lo que te relaté. Y por ahora... solo quiero y necesito solucionar lo que tengo pendiente.

—Deja que te ayude a hacerlo.

—No. No es tu problema.

—Magdalena, por favor.

Retrocedí unos par de pasos más hasta conseguir que un enorme espacio lograra distanciarnos.

—No. Lo siento. No puedo permitir que lo hagas.

—¿Por que no?

—¡Porque no es tan simple, David! ¡Y porque en mi maldita cabeza solo hay un enorme caos!

—¿Debido a Teo?

Asentí, asombrándome de mi cuota de sinceridad y de no querer arreglar esta situación a mi antojo con otra de mis jodidas mentiras piadosas.

—No puedes olvidar de la noche a la mañana a quien quisiste con todo tu corazón, menos pretender enredar tus sentimientos con alguien que, indudablemente, merece algo mejor en su vida.

—No quiero a alguien mejor en mi vida. Yo te quiero a ti para que mejores mi vida. Así que no lo sientas tanto y solo ven a aquí —alzó una de sus manos hacia mí para intentar con ella alcanzarme—, por favor —replicó sin querer dar su brazo a torcer.

—Iré cuando consiga acabar con todo esto. Por ahora, no me pidas más de lo que puedo dar. Lo siento —percibí un nudo alojarse a la altura de la boca de mi estómago—. De verdad, lo siento muchísimo —me volteé para comenzar a caminar de vuelta a la casa.

—¡Sabes que no me rendiré! —Oí a mi espalda—. ¡Sabes de sobra que siempre estaré aquí, esperándote!

«Lo sé», pronuncié en completo silencio, porque sabía que esa era una verdad que para él y para mí no admitía discusión alguna.

—¡Entonces, empieza a caminar, Mister! —Exclamé a la distancia, sobresaltándolo con mi extraña acotación—. ¿O qué? ¿Crees que te dejaré partir de aquí sin haber probado un solo bocado? —Y sonreí, cuando él lo hacía conmigo de la misma manera.

Terminaba de ordenar el grandísimo desorden que Gaspar tenía regado en su oficina comparándolo ineludiblemente con el que tenía yo, pero al interior de mi cabeza. ¿Qué este hombre no sabía lo que significaba la palabra “ordenar”? Creo que no, por lo que tenía acumulado en todos lados.

Me aboqué a mi tarea mientras él, junto a la ventana, charlaba animadamente a través de su móvil con uno de sus clientes, diciéndole:

—Sí, no te preocupes, “los papeles” —subrayó, admirándome de reojo—, aún siguen aquí y pretendo que aquí se queden. Claro que sí, cuenta con ello. ¿Cuándo te veré? Eso suena excelente. Realmente excelente —sonrió, pero esta vez regalándome un guiño con uno de sus ojos castaños—. Voy a cuidar del “prototipo” hasta que llegues. Confía en mí, ¿cuándo te he defraudado? Sabes de sobra que es un placer, aunque la verdad, aún le faltan algunos tornillos por apretar y su motor todavía tiene uno que otro circuito suelto.

¿Y así Gaspar pretendía vender una de sus creaciones? ¡Válgame Dios!

Lo oí reír como si me hubiera escuchado y como si “su cliente” se lo estuviera tomando todo de maravillas. Al parecer, estaba tan chiflado como él para adquirir un vehículo en semejantes condiciones.

—Sí, sí, estará todo bien hasta tu llegada. Eso intentaré. ¿Qué cuento con todo tu apoyo? ¡Eso suena genial! La verdad, no esperaba menos de ti...

Él y su labia... con ella ya tenía al futuro comprador chiflado metido en el bolsillo.

Intenté no poner más atención en su dichosa conversación con el “cliente ese” dedicándome a lo realmente importante, cuando el sonido del motor de la grúa en la que había salido disparado El Gringo nuevamente llegó al taller, consiguiendo con ello que Gaspar sacara la mitad de su cuerpo por la ventana para cerciorarse qué era lo que cargaba en ella.

—¿Podrías hacerte cargo, Magda? —Interrumpió su charla por el móvil para formulármelo, advirtiéndome como levantaba mi rostro hacia él bastante desconcertada.

—¿De qué quieres que me haga cargo?

—Del cliente que viene con Fitz. Por favor, estoy ocupado y esto también es importante.

—¡Pero no sé como debo lidiar con uno de tus clientes! ¿Qué quieres que le diga?

—Lo harás genial, sabes mucho sobre vehículos. Ah, es un Maserati y, por favor, usa toda tu dulzura, ¿quieres? —Consiguió con ese particular detalle sobresaltarme de inusual manera—. Ve, por favor, y asegúrate de entretenerlo mientras termino de hablar con el cliente que aún tengo al teléfono.

Después de bufar como un animal, dejé todo sobre el escritorio y salí de su oficina arrastrando

mi pies y a la vez tratando de pensar en lo que manejaba sobre los benditos Maseratis y... ¿Emanuelle? ¿Por qué diablos tenía que evocarlo en este instante?

“Porque él conduce uno de esos, ¿por ejemplo?” Escuché una maquiavélica voz susurrándome al oído.

—Claro. Gracias por el detalle —manifesté en voz alta ya aprestándome a abrir la puerta que separaba la casa del taller cuando... ¡Rayos, truenos, relámpagos y centellas! ¿Qué hacía él aquí hablando con El Gringo junto a su Maserati chocado?

—Pero... ¿y esto? —Inquirí sin podérmelo creer al abrir mis ojos como platos al tiempo que Emanuelle se volteaba hacia mí, al parecer, sin un solo rasguño en su semblante.

—Es un Maserati horriblemente chocado en el costado, Magdalena —me informó Fitz como si yo estuviera ciega para no notarlo, cuando la verdad todo lo que podía ver eran los ojos de Emanuelle depositados en los míos corroborándome que todo estaba en perfectas condiciones.

—¡Qué desperdicio! —Me situé a un lado del coche para admirarlo de mejor manera constatando que ambos no dejaban de observarme algo perplejos por mi “considerada” exclamación.

—Fue lo mismo que pensé yo, pero por respeto a nuestro cliente decidí no expresarlo en voz alta. Te presento a...

Volteé la mirada hacia él tras dibujar en mi semblante una prominente sonrisa.

—Gracias, Gringo, pero ahórrate las presentaciones. Al dueño de esta joya lo conozco. ¿Qué se supone que ocurrió, Emanuelle? ¿Quisiste constatar cuán dura era la carrocería del coche que usualmente sueles conducir?

Fitz se rascó la cabeza al no entender qué ocurría y Emanuelle, por su parte, solo se limitó a cruzar sus extremidades por sobre su pecho antes de asentir y sonreír.

—¿Y? —Lo insté a que respondiera—. ¿O se te cruzó un muro de contención?

—Es bastante cruel, ¿no? —Aseguró El Gringo.

—Y demasiado sincera y sarcástica —admitió Emanuelle interviniendo en la conversación—. ¡Qué tal, Magdalena! ¿Cómo estás? Yo muy bien, gracias. Y sí, también me encuentro de maravillas después de mi accidente.

Me arrancó con ello una enorme sonrisa que no pude dejar de dibujar en mi semblante, pero también una patente preocupación mientras notaba como Dallas iba y venía con su mirada desde la mía y hacia la de Emanuelle. Pobrecito, aún intentaba comprender lo que ya era más que claro a los ojos de cualquiera.

—Yo me hago cargo de él —dije, sin especificar si se trataba del cliente o del coche en sí.

—¿Sabes de mecánica? ¿Tú?

—Sé mucho más de lo que cualquier mujer quisiera saber sobre vehículos. Pero no hablo de él, sino de este otro “él” —señalé con mi dedo pulgar al hombre de cabello castaño, barba de algo más de tres días, pero recortada en el semblante, mirada atrevida, desafiante e inquisidora y figura monumental digna de una obra de arte.

—Si tú lo dices. ¿Dónde está Gaspar?

—Terminando de hablar con un cliente chiflado —me acerqué para analizar la prominente hendidura del coche que tenía inserta en su costado izquierdo.

—Gracias por el dato. Pero un consejo, si sigues tratando con tanta cordialidad a cada uno de nuestros clientes, el taller y todo el prestigio que nos hemos ganado no se dispararán precisamente hacia las nubes.

No respondí, solo dejé que fluyera de mí una sorisita despiadada al tiempo que lo oía agregar “voy por el jefe. Con permiso.”

Delineé cada uno de los raspones de la carrocería comprobando, fehacientemente, que sí había sido un muro de contención el causante de su accidente. ¿En qué rayos estaría pensando para no verlo?

—Definitivamente se te cruzó un muro de contención por el costado. ¿Debido a qué si puedo saberlo?

—Eres buena —se acercó a mí dando un par de pasos—. ¿Cómo fue que lo supiste?

Rocé uno de mis dedos por la superficie dañada, mostrándole enseguida los restos de concreto que todavía quedaban en ella

—Me retracto. Eres fenomenal.

—Fenomenal o no quiero mi respuesta. ¿Qué sucedió? ¿Cómo fue que chocaste? ¿Estás bien? ¿Te sucedió algo? —Sin quererlo o con quererlo terminé depositando una de mis extremidades sobre una de las suyas.

—¿Quieres una respuesta cuando has formulado cuatro preguntas?

—Ya me conoces. Hablo demasiado en muy poco tiempo y me gusta profundizar. Ahora responde sin tanto rodeo. ¿Cómo fue que un diestro conductor como tú terminó chocando contra un muro de contención? Y por favor, asegúrate de responder todas las preguntas anteriores también.

Asintió nuevamente tras suspirar como si lo necesitara para seguir existiendo mientras notaba mi mano en su brazo, la cual retiré, prontamente, como si hubiera cometido el peor de los errores al tocarlo.

—Lo siento, no debí...

—Necesitaba una excusa para encontrarte.

Se me congeló la piel y el corazón en cosa de segundos al asimilar lo que había oído de sus labios.

—Una buena excusa para llegar hasta aquí y poder hablar contigo de muchas cosas que están sucediendo y que van a suceder.

Contemplé el Maserati, luego lo contemplé a él y también lo hice con todo lo que nos rodeaba intentando comprender qué diablos significaban sus palabras.

—¿Una excusa? —Tomé mucho aire antes de proseguir—. ¿Una buena excusa, Emanuelle? ¿Qué te ocurre, por Dios? ¡¿Estás soberanamente loco o, de pronto, se te achicharraron las neuronas?!

Se encogió de hombros sin afirmar o negar lo que había exclamado con tanto énfasis.

—¡No puedo creerlo! ¿No podías venir hasta aquí como suele hacerlo la gente normal y preguntar por mí, por ejemplo?

Rió de maravillosa manera como si no le importara lo más mínimo cada uno de mis regaños y furiosas acotaciones.

—Y te estás riendo. ¡Qué descaró! ¿No te importa que me preocupe por ti?

Ante aquella interrogante su maravillosa sonrisa se le desdibujó del rostro.

—No es necesario que te preocupes por mí.

—Pues, ya es tarde para eso porque lo hago y porque no me parece una manera racional de venir hasta aquí y... —me detuve abruptamente—. Un segundo. Solo Silvina sabe que estoy aquí. ¿Cómo rayos me encontraste?

—Gracias a ella —me confió sin negármelo—. Como te lo comenté con anterioridad, necesito hablar contigo de muchas cosas que están sucediendo y otras que van a suceder.

Entrecerré la mirada al instante.

—Se trata de todo el lío en el que estoy envuelta, ¿verdad?

—Sí, y otras más.

—¿Qué otras más?

—Otras que... —pero no pudo seguir hablando al oír la voz de Gaspar irrumpiendo en ese sitio e interrumpiendo nuestra conversación que me había dejado más que intrigada.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí?

Un loco de mierda que tenía muchas cosas que contar y para lo cual había decidido nada menos que chocar el coche de lujo que solía conducir para la zorra mayor y así llegar hasta este taller con una buena excusa bajo el brazo. Fantástico, ¿no? ¡Maravilloso!

Después de que Gaspar analizara en detalle el vehículo junto a Fitz y ambos le dieran el presupuesto final de cuanto costaría el arreglo, Emanuele y yo salimos del taller con rumbo hacia los estacionamientos. El muy cabezota aún no hablaba sobre esas “otras cosas” y ya me estaba poniendo nerviosa con sus recurrentes negativas, además de crear en mí un terrible mal humor.

—¿Y? ¿Vas a hablar sí o no?

—Sí, pero no aquí.

—De acuerdo. ¿Dónde quieres hacerlo?

Fugazmente, sus ojos aniquilaron a los míos al oír mi subliminal interrogante.

—Lejos de aquí si te parece bien. Y en un lugar no tan público, por favor.

Eso me hizo sonreír, pero acaté su orden indicándole mi coche que se encontraba estacionado a un costado del inmueble.

—De acuerdo, señor pudoroso. Iremos en mi auto.

Creo que el modelito lo dejó sin habla. Para qué voy a entrar en detalles si saben qué me refiero específicamente a mi Mustang Shelby de 1967 que causaba furor en todas partes y más, frente a los hombres.

—Sí, es absolutamente mío —me aventuré—, pero otro día te contaré la historia sobre cómo llegé a mis manos. Por ahora, solo quiero escucharte a ti. ¿Tienes alguna objeción al respecto antes de montarte en él?

—Ninguna —volvió a situar su aniquiladora mirada sobre la mía, aquella que a todas luces me revelaba que algo no andaba bien con él.

—Me parece perfecto, pero antes quiero saber...

—¿Qué quieres saber, Magdalena?

—Toda la verdad, incluida la de tu accidente sin que dejes nada en el tintero. ¿Puedes darme eso y dejar tus constantes evasivas de lado, por favor?

Dos, cuatro, seis, diez segundos y Emanuelle no decía nada.

—Por favor —repliqué, dándole al cierre centralizado del coche—. No puede ser tan malo, ¿o sí?

—Depende de qué punto de vista lo veas.

—¿Hay varios puntos de vista, Emanuelle?

—Los hay, Magdalena. Los hay.

—Pues, por ahora solo me conforma conocer el tuyo.

—De acuerdo. Entonces, eso haré. ¿Estás lista para escuchar una historia?

—Sí, completamente lista y dispuesta.

—Pues bien, porque esta historia comienza así...

Diecinueve

Con mi Mustang detenido en plena carretera en las afueras de la ciudad no concebía, menos lograba asimilar lo que Emanuelle no dejaba de expresar con su fría voz y demandante mirada inserta en la mía. Porque palabra tras palabra, frase tras frase, oración tras oración que conseguía articular, lo único que sentía y ansiaba en ese maldito momento de mi existencia era propinarle un buen par de bofetadas por imbécil y mentiroso y luego, obviamente, iba a dármelas a mí por ser la reina de las estúpidas al dejarme caer redondita en cada uno de sus viles planes y engaños.

Tragué saliva con dificultad sosteniendo el volante de mi coche con ambas manos como si quisiera en cualquier segundo arrancarlo de cuajo pensando, únicamente, en la zorra de Loretta Santoro y mis poderosas ansias de partirle el rostro en dos. Porque no podía creer que ella... ¿había utilizado a su propio hijo a su antojo para sus fines nada más que personales? Claro, y el muy “inteligente” se había dejado envolver con su atrapante telaraña para que la “madre del año” pudiera conseguir y llevar a cabo todo lo que ya tenía trazado al interior de su cabeza. ¡Wow! ¡Era maravilloso lo que podían hacer y conseguir sus podridos genes de mierda!

Reí con completo descaro oyendo, además, su tanda de justificaciones sin sentido hasta que, debido a ellas, una punzada logró provocarme en el pecho cuando ahondó, aún más, en todo lo que no dejó de manifestar sin dejar de admirarme.

—Me equivoqué. Me dejé embaucar por mi madre creyendo que estaba haciendo lo correcto y que mi participación en esta historia no tendría la mayor relevancia.

—¿Qué creíste correcto? —Subrayé—. ¿Hacerte pasar por quién no eras y así seguirle el juego a la zorra de tu madre?

Al oírme, Emanuelle tensó su cuerpo de forma inmediata.

—Perdóname que hable con la verdad o, al menos, intente hacerlo cuando tú, precisamente, no sabes lo que eso signifique —mantuve a raya toda mi ofuscación que en ese momento era enorme.

—Te vigilaría —prosiguió, especificándomelo—. Ese fue mi trabajo desde el primer momento y por eso lo acepté. Además, se suponía que jamás iba a tener otra relación contigo que no fuera la de tu chofer y guardaespaldas.

Moví mi cabeza evocando aquellas veces.

—Jamás tuvimos una relación —le aclaré tras un suspiro que no pude dejar de emitir—. Así que deja de hablar pelotudeces, ¿quieres?

Ahora fue él quien suspiro hondamente, añadiendo:

—No te mientas a ti misma, Magdalena.

¿Más de lo que ya lo estaba haciendo por haber creído y confiado en él a pesar de que trabajaba para Loretta Santoro?

—Ese es mi problema, Emanuelle. Ahora dime, ¿y cuándo se suponía que terminaba tu participación en toda esta historia que no tendría la mayor relevancia para ti, por ejemplo? ¿Cuándo el maldito depravado de Martín De La Fuente consiguiera follarme en esa cena hasta partirme en dos? —Balbuceé un par de palabrotas de imposible reproducción consiguiendo que él bufara como un toro desbocado.

—¿Podrías moderar tu vocabulario? —Me exigió tajantemente clavando sus furiosos ojos aún más en mí. ¿Y qué obtuvo al instante? Mis más sinceras ganas de enviarlo a la mismísima mierda que por una extraña razón reprimí.

—Sal de mi coche ahora.

—Magdalena, tenemos que...

—Sal de mi coche ahora —demandé soberbiamente con una rabia infernal que sabía que salía disparada por cada uno de los poros de mi cuerpo—. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar cuando todo es más que evidente a la vista —me negué a observarlo cuando él lo hacía conmigo sin siquiera parpadear.

—No. No todo. Aún no conoces el...

—¡Me importa un reverendo rábano lo que prosiga cuando ya todo está más que dicho!
—Exploté sin saber por qué lo hacía y más de esa manera, como si yo fuera una persona totalmente irracional—. Lo hiciste por tu condenada madre porque el negocio algún día sería tuyo, ¿no? —Saqué mis propias conclusiones—. Y porque una mujer como yo que no sabe nada acerca de “su rubro” podría ser perjudicial tanto para ustedes como para quienes adquieren sus servicios de porquería.

—No es así —remarcó cada una de esas palabras—. Jamás me ha interesado ese negocio, Magdalena. ¡Tienes que creerme!

—Pero sí el dinero que involucra, ¿no? —Lo desafié con la mirada clavándola, en tan solo un segundo, sobre la suya—. No pretendas meterme la polla en la boca, que no soy una de las “chicas de la corporación”.

Nos fulminamos con nuestras vistas como si fuéramos dos fieras a punto de embestirnos en una cruel, salvaje y colosal batalla.

—Al fin y al cabo eres y serás el hijo de la zorra mayor, todo un Santoro y su fiel réplica.

—No por elección propia —me rebatió al instante—. Menos por gusto o convicción. No sabes nada de mí para juzgarme de esta manera.

—Y no me interesa llegar a saberlo. Así que puedes guardarte todas tus mentiras al interior de cada uno de tus bolsillos y decirle de mi parte a tu condenada madre que es fenomenal y que su condenado hijo, valga la redundancia, es digno de ella. Ah, y que aquí se termina todo esto porque a mí nadie me ve las pelotas que no tengo.

—Magdalena, por favor, deja que te explique...

—Nada —acentué—. Nada de nada. ¿Y sabes el por qué? Porque confié en ti creyendo que eras diferente. Deduje que eras un tipo respetable con el cual podía sentirme del todo segura y pensé, además, estúpidamente, qué querías mi bien a pesar de trabajar para ella.

—¡Quiero tu bien! —Estalló, sobresaltándome con su preponderante voz de mando—. ¿Por qué crees que estoy aquí? ¿Por qué crees que vine a buscarte?

—Para engañarme otra vez, ¿por ejemplo? Pero no, no te preocupes que ahora no caeré en tu juego tan fácilmente, porque sobre eso y muchas cosas más averiguaré por mi propia cuenta, pero con Silvina quien sí es de fiar —sonreí a mis anchas oyendo, a la par, como él articulaba improperios de dudosa procedencia y reputación—. Así que, señor Santoro, guárdese todas sus demás “verdades” donde mejor le quepan y baje mi coche ahora mismo, por favor.

—No lo haré hasta que me oigas completamente.

—¡Ja! De pronto me cansé de escucharte, ¿cómo la ves? No precisamente de cuadritos, ¿verdad? ¿Qué no me oíste, Emanuelle? Sal de mi coche.

—Magdalena.

—¡Sal de mi coche, miserable mentiroso y embaucador! —Vociferé encolerizada y negándome a admirarlo, como si solo quisiera quitármelo de encima para pensar con mayor claridad.

—No quise mentirte. Jamás pretendí hacerte daño. Solo me equivoqué una vez más creyendo en mi madre. Lo lamento mucho.

—¡F.U.E.R.A!

Así lo hizo abriendo y cerrando de un solo golpe la puerta del copiloto sin saber si me vería una vez más, pero percibiendo como yo encendía y, en cuestión de segundos, aceleraba mi vehículo rayando el pavimento, dispuesta a largarme lo más pronto de allí y sin nada más que hacer que ir tras los pasos de Silvina.

David Garret ingresaba al estacionamiento del edificio en el cual se situaba su despacho repasando cada uno de los instantes vividos esta mañana junto a Magdalena cuando el sonido de su teléfono, inesperadamente, lo apartó de sus pensamientos consiguiendo llevarlo, en nada menos que dos segundos, de vuelta a su realidad.

Tras suspirar algo molesto y después de aparcar su Jaguar de color negro, cogió el móvil para contestar la llamada que su secretaria le hacía precisamente a las diez con quince de la mañana.

—Buenos días, Teresa. Sí, ya estoy en el aparcamiento. ¿Algo para mí?

De inmediato, la serenidad que irradiaba su semblante dio paso a una evidente preocupación que lo intranquilizó.

—¿Cómo dices? ¿Qué Monique estuvo ahí? —Guardó silencio—. ¿Qué fue lo que te dijo? ¿Estás segura? ¿Solo eso? No, no te preocupes. Te agradezco la información y que no le hayas entregado detalles de mi paradero. Sí, seguramente se deba a eso. De acuerdo —observó prolijamente su reloj de pulsera—. Yo me hago cargo. No, no es necesario, Teresa. Nos vemos dentro de unos minutos —. Bastante extrañado por aquella situación, David bajó de su coche y dirigió su apresurado andar hacia el ascensor no sin antes sacar sus propias conclusiones al respecto sobre la inusitada visita de su ex esposa a las dependencias de su agencia de publicidad porque, quizás, se debía únicamente a que ya estaba al tanto de lo que él pretendía hacer sin dilatar aún más el tiempo.

Sin otorgarse más preguntas de las necesarias subió al ascensor en el mismo segundo en que su aparato volvía a sonar, atronadoramente. Tomó rápidamente el móvil desde el interior del bolsillo de su pantalón, creyendo que esa llamada obedecía a algo que Teresa había olvidado,

pero cual ingrata sorpresa se llevó al constatar, de buenas a primeras, que en la pantalla no se registraba el nombre de su secretaria sino, más bien, el de quien se hacía extrañamente presente en su vida por segunda vez y en tan poco tiempo. Pero “¿para qué?”, se preguntó antes de aceptarla y volver a pronunciar a regañadientes el nombre que ahora, y más que antes, le irritaba de sobremanera algo más que la piel.

—¿Qué quieres, Monique? ¿Verme? No lo creo, cualquier cosa se la puedes remitir a mi abogada y... No te entiendo. ¿Qué es tan importante? ¿Por qué lloras? ¿Podrías calmarte, por favor? —El ascensor en el cual ascendía hasta el piso doce finalmente se detuvo en el mismo momento en que ella pronunció con todas sus letras lo que tanto la acongojaba—. Pero... ¿Por qué le temes? —Le preguntó una vez más saliéndose de sus casillas—. ¿Qué ocurre con él? ¡Dímelo! —. Con el solo hecho de escucharla llorar a través del móvil a David se le congeló la piel y se le encogió el corazón. Rápidamente abrió sus ojos como platos mientras conseguía dar un par de pasos fuera del elevador asimilando, en gran medida, lo que ya no cesaba de rodar al interior de su cabeza sin una sola pizca de emoción y pronunciando, entrecortadamente, lo mismo que entre sollozos ella definitivamente le había revelado—. Tú... estás... ¿embarazada?

Al interior de su oficina, en la agencia de publicidad para la cual trabajaba, Silvina no paraba de dar vueltas completamente nerviosa por lo que había sucedido esta mañana y más, por como se había enfrentado a Loretta después de todo lo que en un momento las unió. Sí, y lo que la llevó a ser quien ahora era.

Realmente no se arrepentía de su pasado, menos de los secretos que guardaba solo para sí, porque para ella eran hermosos a pesar de que no fueran los más convencionales o normales para el común de la gente. Y entre esa gente se encontraba Magdalena, su amiga del alma, a quien por obvias razones se los ocultó. Tal vez, por miedo a que le diera la espalda si llegaba a conocerlos, por miedo a que la enjuiciara sin saber sus por qué, por pavor a que le reprochara su conducta, su modo de pensar y, por sobretodo, su forma de amar y ver la vida ahora que se encontraba situada en la vereda del frente.

Se llevó ambas manos al rostro pretendiendo con ello serenarse y respirar sin tanta dificultad, pero... ¿consiguió hacerlo? No del todo, y gracias a una figura en particular que irrumpió en su oficina inesperadamente, cambiando todas sus expectativas y nada menos que en ciento ochenta grados.

—¿Me puedes explicar qué fue todo ese show que montaste en mi casa esta mañana?

No se lo podía creer. ¡Qué hacía Loretta aquí y justamente en su lugar de trabajo!

—Loretta, por favor... —balbuceó sin quitarle los ojos de encima a quien la observaba de la misma manera.

—¿Te sorprende verme aquí? Tranquila, no te haré pasar un mal rato porque yo sí tengo educación y sé comportarme.

Silvina tragó saliva tras estremecerse.

—Podrías... ¿cerrar la puerta, por favor?

—¿A qué le temes, Silvina? ¿A lo que podría decir o a lo que los demás podrían escuchar sobre... nosotras? —Se sentó en una de las sillas que se encontraban frente a su escritorio al mismo tiempo que colgaba su cartera de diseñador en uno de los brazos de ésta misma.—. No tengas miedo de mí —le sonrió coquetamente—, solo he venido para charlar y dejar unas cuantas cosas claras.

—No te tengo miedo—le soltó de golpe—. De hecho, jamás te tuve miedo, Loretta.

—Me parece perfecto. Entonces, no tendrás reparos en que la puerta se quede abierta. Además, será algo breve. Sabes de sobra que voy directamente al grano, ¿o no?

Silvina entrelazó sus manos pretendiendo calmarse ante cada uno de sus firmes enunciados.

—¿Qué quieres?

—Ya te lo dije. Charlar en paz y dejar de pelear, por Dios. Esta mañana estabas irreconocible. Por un momento... —suspiró—. Da igual. Eso ya es parte de nuestro pasado.

—¿Nuestro pasado? ¿O el pasado que tú quisiste olvidar? —La atacó.

—Porque así me lo pediste —le recordó mientras cruzaba una de sus piernas por sobre la otra, perdía la mirada por unos segundos en sus finas medias de encaje y volvía a contemplarla a la profundidad de sus ojos claros—. Mi memoria con respecto a ti jamás será frágil, Silvina.

—¿Estás segura? —Le reprochó con descilución, la misma con la cual la había observado esta mañana.

—Muy segura. Me he arrepentido de muchas cosas en mi vida, pero de lo que viví junto a ti, jamás.

Silvina cruzó sus brazos por sobre su pecho pretendiendo con ello mantenerse en pie y no derrubarse ante sus palabras que aún le herían el alma.

—Pues, no te creo. Me lo dejaste muy en claro la última vez que nos vimos.

—Esa última vez... —evocó Loretta, cerrando sus ojos por unos cuantos segundos—... debía ser así. Sabías muy bien por qué no podía continuar a tu lado. Lo perdí, Silvina, con el dolor de mi alma lo dejé ir y esa vez, cuando todo ocurrió, tenía en mis manos la oportunidad de recuperarlo. Yo no podía...

—Seguir manteniendo una relación conmigo —le soltó sin que su voz le temblara—. Una relación que siempre fue una mentira. Una doble vida y solo una mera ilusión.

Loretta abrió sus ojos y se levantó de la silla, lentamente. Fijó su vista en la suya y de la misma manera caminó hacia ella hasta detenerse a unos pocos centímetros de su cuerpo y decir:

—Luché por ti. Te hice fuerte. Estuve a tu lado, te lo di todo... para mí jamás fuiste una mentira o una mera ilusión, pero indudablemente te merecías a alguien mejor en tu vida.

Ambas guardaron silencio ante los recuerdos que se agolpaban y se hacían patentes en sus mentes y en sus corazones. Unos maravillosos recuerdos que ninguna se atrevía a olvidar.

—Y elegiste por mí...

—No, Silvina, elegí por ambas. Pero por sobretodo, elegí por ti —queda y delicadamente dejó caer sus manos sobre sus descubiertas extremidades—, porque te quise, porque te amé. Porque eras demasiado importante para mí para intentar retenerte.

Silvina volteó el rostro negándose a escucharla.

—Soy quien soy porque lo quise así. Tomé mis propias decisiones sin que nadie cohartara mi libertad y terminé alejándome de mi querido hijo y de quienes más amaba para no involucrarlos en esto. No me siento orgullosa de la vida que he llevado. No me siento feliz de obtener dinero a costa del sufrimiento ajeno. Al padre de Emanuelle lo quise, pero jamás, escúchame bien, jamás lo amé como te amé a ti.

—Cállate...

—Silvina... —la tomó con mucha sutileza del mentón para que abriera los ojos y nuevamente su vista se depositara sobre su entristecida mirada.

—No quiero perder a mi hijo por segunda vez —le confió con sus ojos totalmente brillantes—. No quiero que Emanuelle me odie más de lo que ya lo hace por no haber estado junto a él cuando me necesitó a su lado. No quiero que termine viendo a su madre como lo que

realmente es.

—¿Y qué eres, Loretta? ¿Quién eres en realidad? —Inquirió, desafiante.

—Una ambiciosa, mentirosa, egoísta y cruel mujer que solo sabe hacerles daño a quienes más ama y adora en esta vida.

Un nuevo silencio las acalló cuando ambas no cesaban de observarse.

—Por eso te alejé de mí y por eso... —inhaló aire con mucha intensidad—, me niego rotundamente a que seas tú quien se entregue a Martín De La Fuente.

—Pues me temo que es muy tarde para ello porque ya lo decidí así —le apartó su mano de su mentón sin una pizca de delicadeza—. Tú tomas tus decisiones y yo tomo las mías.

Loretta movió su cabeza de lado a lado tras volver a sonreír.

—“A cambio de lo que quieras, pero con respecto a mí” —pronunció en voz alta, recordándose—. ¿No fue exactamente eso lo que me dijiste hace un par de horas atrás?

Silvina lo evocó de inmediato, afirmándose.

—Sí, eso fue lo que dije, pero...

—Entonces, ya sé lo que quiero para dejar a tu amiguita la mogijata en paz —la interrumpió.

—Habla ya y acabemos de una vez con todo esto.

Loretta se apartó de su lado. Caminó por la oficina sin nada que decir entrelazando sus manos, llevándose las hacia su cabello y hacia su vestido rojo de finísima seda que vestía y que le acentuaba de maravillas cada una de sus curvas hasta que, finalmente, se detuvo frente al enorme ventanal que le mostraba en todo su esplendor una parte de la ciudad que admiró en completo silencio antes de proseguir, añadiendo:

—¿Estás segura que quieres saberlo?

—No me hagas perder mi tiempo y habla ya. Sabes de sobra que por Magdalena haré lo que sea.

Asintió dándolo por comprendido y luego de clavar su vista sobre quien no la dejaba de admirar con algo más que expectación por fin se animó a emitir un sonido expresando lo siguiente:

—Lo que sea... lo que sea... pues.... te quiero a ti.

Silvina abrió sus ojos como platos negándose a creer en las jodidas palabras que se colaban fieramente por sus oídos.

—Te quiero a ti toda una noche para mí —se volteó para observarla—. Es eso o no hay trato.

—¿Qué estás diciendo? —Descolocada formuló aquella interrogante al tiempo que lograba sentarse en su silla que se situaba junto a su escritorio.

—He dicho toda una noche tan solo para mí. Tengo muchísimas ansias de... revivir nuestros buenos tiempos. Todo sea por la mogijata esa —le dio a entender dándolo ya por sentado—. Lo siento. Creo que le has vendido tu alma al diablo.

—Aún no —escuchó, de pronto, a su espalda, reconociendo enseguida ese singular timbre de voz—. Yo si fuera tú todavía no lo daría por asegurado.

—¡Magdalena! —Vociferó Silvina muy sobresaltada de la sola impresión que le causó verme entrar por el umbral de la puerta—. ¡¡¿Qué estás haciendo aquí?!!

—Oír más de la cuenta —respondí sin dejar de admirarla al tiempo que Loretta se volteaba hacia mí como si su alma se le hubiese hecho añicos en tan solo una milésima de segundo—. ¿Cómo estás, Loretta Santoro? Nos volvemos a encontrar. ¿Te acuerdas de mí? Es un bendito placer volver a verte y más en esta insospechada situación. ¿No me dirás nada? Creo que no estás en condiciones de hacerlo, ¿verdad?

—Magdalena... —insistía Silvina ya con lágrimas en sus ojos—... por favor...

—¿Y ahora? —Obvié sus palabras hablándole solo a la zorra mayor con una fuerza implacable en el tono de mi voz—. Como decía mi abuela... me parece que la que tiene la sartén por el mango ahora soy yo o debería decir... ¿al Santoro por los cuernos?

—¡Qué quieres! —Exclamó con su poderosa y demandante cadencia colmada de furia y excitación—. ¡Qué demonios quieres! ¿Amenazarme con mi hijo? ¿Verme caer? ¡Dímelo! ¡Qué es lo que quieres!

Moví mi cabeza de lado a lado, negádoselo, y observándola con fiereza tal y como ella lo hacía conmigo, pero sin saber qué rayos decir. Porque ciertamente podía amenazarla, podía

chantajearla a mi antojo incluso, podía acabar con todo este lío de una vez contándole toda “su verdad” a su querido hijo Emanuele. ¿Y qué sacaría con eso? Nada más que convertirme en la mismísima Loretta Santoro.

«Piensa, Magda, Piensa. ¿Qué mierda harás ahora?». Era lo que necesitaba y ansiaba saber antes de dar, como toda una zorra, mi primer y último zarpazo.

Veinte

Silvina no cesaba de llorar en mis brazos con su rostro sumergido en mi pecho mientras me abrazaba y se sostenía de mí negándose a soltarme, logrando que escuchara una y otra vez aquella única palabra que pronunciaba con agonía y desesperación, como si ella le estuviera haciendo trizas el corazón y también el alma.

—¡Perdón, Magda, perdón! —Decía—. ¡No quise que sucediera así! ¡Juro que no quise que me sucediera a mí!

La abracé con fuerza percibiendo su dolor, su vergüenza, su impotencia, su aflicción y, por sobretodo, su enorme frustración que también era la mía. Porque no había que ser muy inteligente para dilucidar que cada una de sus palabras y sentimientos contradictorios se debían únicamente a la figura de quien ya no se encontraba junto a nosotras al interior de esta sala.

—¡Lo intenté! —Vociferaba sin querer alzar su vista enjuagada en lágrimas hacia la mía—. ¡Juro por Dios que no quise...!

—¡Basta, Silvina! —La acallé, cerrando mis ojos por tan solo un segundo—. ¡Basta ya! —Repliqué, abriéndolos de par en par para con ellos perderme en la profundidad de su bella y cristalina mirada—. Te quiero por lo que eres y por lo que significas para mí. ¿Qué no lo comprendes?

Al oírme, sollozó tal y como si fuera una niña pequeña que estaba siendo regañada.

—Silvina... —articulé su nombre en tan solo un hilo de voz mientras acariciaba con una de mis manos su largo y lacio cabello rubio—. No tienes que jurarme nada.

—Pero Magda...

—Te adoro, ¿me estás oyendo? Te adoro y nada ni nadie va a cambiar lo que siento por ti.

Inesperadamente, un par de lágrimas se derramaron presurosas por sus enrojecidas mejillas, las cuales limpié con la yema de uno de mis pulgares, añadiendo:

—Estoy aquí y aquí me quedaré.

—Pero yo tengo que...

—Lo harás —le di a entender, dedicándole una cordial sonrisa—, sé que lo harás, pero cuando te sientas segura de ti y no presa de tus propios miedos y secretos.

Nos observamos sin siquiera parpadear.

—No quise engañarte, Magdalena, no quise mentirte...

Asentí tras suspirar profundamente.

—Eso solo lo sabes tú.

—Estoy hablando en serio.

—Lo sé —acaricié su mejilla brindándole con ese simple gesto un poco de serenidad—. Lo demás... ya tendremos tiempo para charlarlo con más calma —me separé de su cuerpo, pero no de nuestras entrelazadas extremidades.

—Lo siento —tembló de absolutos nervios y profunda emoción ante cada palabra que conseguía oír de mis labios.

—Dime una cosa. ¿Te arrepientes de haber amado?

Guardó silencio tragando saliva con indiscutible dificultad.

—¿Te arrepientes de todo lo que viviste a su lado? ¿Te arrepientes de haber sido feliz junto a ella?

Un solo movimiento de su cabeza me bastó para que me lo confirmara.

—Entonces, no lo sientas porque conmigo ya no tienes que fingir. Si conseguiste aceptarme con todas mis meteduras de pata, con cada una de mis locuras, con mis melodramas, rarezas y con mi poca sutileza... ¿porqué no voy a aceptarte yo a ti?

—Tal vez... ¿por que soy lesbiana? —Proclamó como tal.

—¿Es eso una interrogante o una afirmación?

Al comprender a qué me refería con ello, clavó de inmediato su mirada en el piso ocultando así su inevitable vergüenza y la cobardía que la inundaba en ese crucial momento de su existencia.

—¿Hay alguna diferencia en ello?

—Claro que la hay —le aseguré—, porque antes de ser lesbiana eres Silvina Montt, mi amiga, a la que quiero y querré por siempre. Nadie es perfecto en esta vida, Divina. ¿Por qué quieres serlo tú ocultando tu condición sexual? —Apreté sus manos que todavía mantenía unidas a las mías antes de depositar un tierno beso en su frente y añadir—: Jamás te avergüences de lo que eres y de lo que haya significado esa mujer para ti. El amor es y será el amor aquí o en la mismísima China. ¿Por qué debes huír de él y de tus sentimientos? Incluso, de lo que en un minuto de tu vida pudo significar.

No decía nada. Creo que de cierta forma aún no era capaz de comprender que yo me estuviera tomando de tan buena manera el mayor de sus secretos.

—Así que no esperes críticas o recriminaciones de mi parte porque ese no es mi rol. No estoy ni estaré a tu lado para enjuiciarte, pero sí para apoyarte infinitamente, comprenderte y brindarte todo mi cariño sincero. Somos amigas, las mejores amigas del alma, y nuestras decisiones son y serán “nuestras decisiones”, aquí o allá o en donde sea, solo serán nuestras y de nadie más, ¿me oíste?

Percibí como su cuerpo temblaba mientras me admiraba sin podérselo creer.

—Descubrí quien era Emanuelle esta mañana al enfrentar a Loretta en su casa y exigirle que te dejara en paz —manifestó como si ya no pudiera seguir callándolo.

—¿Qué tú hiciste qué?

—Eso ya no importa, Magda. Solo escúchame, ¿quieres? Apenas me vio al interior de esa casa Emanuelle quiso contarte toda la verdad.

Sentí una leve opresión en mi pecho, pero... ¿debido a qué?

—Pero yo no quería que lo hiciera. ¿Por qué? Porque lo descubrí con las manos en la masa. El muy miserable ya tenía atada la soga al cuello y... ¿de pronto solo quería hablar?

Obvié su mirada como si no me interesara lo más mínimo aquello que conseguía explicar con tanto detalle.

—Pero insistió e insistió y yo terminé accediendo. Sabes que haría cualquier cosa por ti.

No tenía que decírmelo porque lo sabía de sobra.

—Me equivoqué más de una vez, Magda...

—Silvina, ya está...

—No —me interrumpió decididamente endureciendo su cadencia—. Lo siento, aún hay más.

¿Más? ¡Vaya con los secretos! Al parecer, todos teníamos los nuestros.

—Fue por ello que a regañadientes le di la oportunidad de que lo hiciera, pero cumpliendo una condición a cambio.

—¿Qué... condición?

—Que se alejara de ti olvidándose de que existías. Ya te había mentido una vez, ¿quién me aseguraba que no lo haría dos veces?

¡Maldita opresión en mi pecho! ¿Qué quieres conseguir?

—Pero después de como sucedieron las cosas y de todo lo que Loretta me confió creo que con él... me he equivocado.

—Tal vez sí o tal vez no —. ¡Bendita dualidad la mía! Recordé la forma en la que me había suplicado que escuchara de sus propios labios toda “su verdad”, la que me negué a oír rotundamente—. Solo él lo sabe, Silvina. Mal que mal, lo hizo por su madre, ¿o no?

—Nadie es perfecto en esta vida, Magda. ¿Por qué quieres serlo tú? —Citó mis propias palabras, pero ahora regalándomelas de vuelta.

¿Perfecta yo? Para nada, porque lo que me sobraban eran imperfecciones, con las cuales había aprendido a convivir, a aceptar y a lidiar.

—Perfecta o imperfecta, ciertamente se lo merecía —sonreí de inesperada manera antes de soltar sus manos y colocar las mías en cada una de mis caderas.

—¿Qué se merecía? —Formuló Silvina evidentemente extrañada ante mi acotación.

—Quedarse varado en plena carretera por mentiroso y embaucador y... ¿me creerías que el muy idiota chocó su Maserati solo para tener una justificación válida con la cual encontrarme?

Ahora cruzó sus brazos por sobre su pecho realmente asombrada antes de decir:

—¿Lo dejaste varado como un idiota en plena carretera a una infinidad de kilómetros de la ciudad y con la palabra en la boca?

Seguí sonriendo, pero sintiéndome algo culpable. ¡Rayos!

—Bueno, Magda, ¿qué quieres que te diga? Conociéndote como te conozco era de esperar.

Me rasqué el cuello como si mi propia culpa me estuviera provocando una maravillosa urticaria de solo recordar ese episodio.

—Lástima que el amor sea el amor aquí o en la mismísima China —acotó—, y que siempre debas huír de él.

No comprendí qué carajo quiso decir con eso, pero aún así me atreví a responderle:

—No estoy huyendo de él o de quien sea. Solo me estoy haciendo a un lado para que el condenado transite a sus anchas, pero sin llegar a tocarme. Con Teo ya tuve suficiente. ¿Quiero más? Por de pronto, no, muchas gracias. Además, ¿qué tiene que ver Emanuelle en toda esta conversación sobre el puto amor?

—Mmm... —lo meditó en voz alta antes de proseguir—. ¿Por qué no lo averiguas por ti misma?

—Créeme, no tengo nada que averiguar y menos con él.

—¿Estás segura? ¿Después de todo lo que acabas de oír sobre Loretta y sobre mí? Tú lo dijiste con todas sus letras: “tengo al Santoro por los cuernos”. Eso fue demasiado poético, linda. En serio, lo deberías patentar.

Rodé los ojos hacia un costado.

—¿Qué quieres conseguir con todo esto, Silvina Montt? ¿Qué te traes entre manos?

—¿Yo? Nada. Pero tú sí podrías hacer mucho con la información que tienes en las tuyas, como ir y vomitarle en el rostro a Emanuelle que su madre es lesbiana y una mierda.

—No me compares. Jamás funcionaré como lo hace la zorra mayor. ¿Para qué? ¿Qué sacaría haciéndolo sufrir de esa manera? ¡Es aberrante de solo imaginarlo!

—Lo sé, te conozco muy bien para no dudar de tus palabras. Entonces... podrías terminar de escuchar todo lo que quiso decir antes de que lo abandonaras en plena carretera. Me pregunto... ¿cuánto habrá tenido que caminar de vuelta a la ciudad? Si hasta lástima me da el pobrecito.

—A mí no me da ni una pizca de lástima y te lo aseguro, no es un pobrecito —sentenció ya sintiéndome muy, pero muy culpable. ¡Demonios!

—Lo es, Magda.

Enarqué una de mis cejas al oírla.

—Lo es —reiteró muy segura de sí misma—, porque jamás pidió ser hijo de quien es. Conoces el beneficio de la duda, ¿verdad?

Silvina, Silvina, Silvina... Sí, malditamente conocía muy bien ese jodido beneficio, porque en varias ocasiones había hecho uso de él.

—¿Se lo puedes conceder?

Casi me atraganté al escucharla.

—¿Qué yo qué? Perdóname, pero lo veo y no lo creo —pretendí convertirme en una fría e insensible mujer sin sentimientos—. ¿Me estás pidiendo que...?

—Sí —me interrumpió—. Tengo mis razones para hacerlo.

Abrí la boca y luego me la cerré yo misma, tal y como si me hubiera dado un bofetazo.

—Por favor... —me pidió con sus ojos nuevamente encharcados en lágrimas—. Nadie es perfecto en esta vida.

—Deja de repetir todo lo que digo —pensé únicamente en mis propias palabras, las que ahora me parecían que, al salir disparadas por su boca, tenían más sentido y, por ende, más razón.

—No hasta que una de las dos por fin aprenda a hacer las cosas de la manera correcta.

De nuevo pretendí abrir la boca, pero no conseguí hacerlo porque... ¿Qué se supone que iba a decir?

—Emanuelle tomó una decisión —volvió a confiarme—. Se alejará de ti. ¿Quieres eso? Realmente, ¿lo dejarás ir sin que te haya dicho toda “su verdad”?

—En este momento no sé lo que quiero —contesté de la forma más juiciosa que pude, pero asombrándome de cada cosa que Silvina lograba articular con tanto convencimiento—. En este momento... solo sé que no lo quiero volver a ver.

—De acuerdo, como tú digas. Al fin y al cabo nuestras decisiones son y serán “nuestras decisiones”, Magdalena.

—Así es —temblé sin saber el por qué—, solo nuestras y de nadie más, aquí, allá o en la mismísima China.

Después de dejar a Silvina conduje hasta mi edificio. ¿Para qué? Para encontrar en ese lugar la tan ansiada paz y tranquilidad que, al parecer, una vez más había perdido.

Unos minutos después, aparqué mi coche en los estacionamientos, subí las escaleras con suma rapidez para luego entrar de la misma manera a mi departamento donde, sin perder el tiempo, me desnudé mientras iba dejando regada cada una de mis prendas de vestir por el suelo.

Bajo el chorro del agua caliente bloqueé mi mente de muchas cosas en las que ahora no necesitaba pensar, como en Silvina, Loretta y su relación, por ejemplo. Ah, y en las palabras de David y en la confesión de Emanuelle. ¡Dios! ¿Qué ni siquiera podía tomar una ducha a gusto sin tenerlos a todos metidos en la cabeza al mismo tiempo?

Posteriormente, me vestí con ropa deportiva, peiné mi cabello, preparé algo de comer mientras escuchaba, a la par, música de “Mikky Ekko” con la cual pretendí relajarme. ¡Fantástico! A eso yo lo llamaba disfrutar de la paz, de la quietud y de la bendita serenidad, hasta que un maullido que oí desde el balcón atrajo toda mi atención y consiguió, con ello, apartarme de mi momento de gloria porque... ¿quién se encontraba allí? Nada menos que Midas, mi pequeño y felpudo amigo que en ese sitio me estaba esperando.

Al verlo me senté sobre el piso para acariciarlo y disfrutar de su compañía, una que

simplemente en esos minutos me hizo desprenderme de mi realidad hasta que... sucedió lo inevitable.

—¡Hey, viejo! ¿Dónde estás? —Expresó una masculina voz desde el balcón de su departamento que quedaba junto al mío—. Tu comida está...

Al oír esa inconfundible cadencia mi mirada, de forma automática, se elevó hacia la figura de quien ya se encontraba del otro lado, admirándome, sosteniendo un plato de comida en una de sus manos y, obviamente, guardando un debido silencio. ¿Y yo? Pues, también procuré enmudecer en ese inquietante momento de mi afortunada existencia. (Afortunada es igual a sarcasmo). ¡Ja! Era que no.

Tragué saliva en reiteradas ocasiones sin saber que más hacer al tiempo que a él le sucedía lo mismo. ¿Y cómo podía asegurarlo? Por la forma un tanto especial en la que evitaba mi mirada. ¿Y esto iba a ser siempre así? Digo... ¿Tendría que evitarlo todos los días de mi vida como si no existiera? ¡Claro que no! Porque a pesar de todo a Teo lo quería con mi alma, pero me había dado cuenta, a partir de todo lo acontecido, que no era para mí y que, por ende, yo tampoco sería para él porque aún seguía enamorado hasta el dedo mequiñe de sus dos pies de la odiosa de Laura. Entonces, seamos sensatos y sinceros... ¿tendría que estar evadiéndolo y evadiéndolo para así no tener que sufrir por algo que jamás sucedería? Esa pregunta tenía una sola respuesta y esa era: ¡Masoquista, jamás! Por lo tanto, me armé de valor, me levanté del piso, inhalé mucho aire, saqué la voz y evité temblar como un flan para definitivamente decir:

—Hola.

¿Qué esperaban? ¿Un soberano monólogo de mi parte? Al menos, me había animado a abrir mi bendita boca y eso, en cuento a mí, era fenomenal.

—Hola —murmuró un tanto nervioso dejando el plato de Midas en el piso—. ¿Qué hace él ahí?
—Quiso saber, expresándolo de la misma manera.

—Vino a verme. No es la primera vez que lo hace —le expliqué sin entregarle tantos detalles.

—¿Ah no? —Formuló sorprendido, fijando la mirada en el pequeño animal que no cesaba de ronronearme mientras disfrutaba de cada una de mis caricias.

—No —clavé mi vista en el brillante pelaje de mi felpudo amigo—. No lo regañes. Te aseguro que aquí aún no ha comido.

Un silencio nos invadió. Un profundo e inquietante mutismo que fue coronado por el sonido que Teo emitió al pronunciar por primera vez su nombre.

—¡Midas! La cena está servida y hoy sí me esmeré. ¿No vienes a probarla?

Un último ronroneo me brindó hasta que finalmente, y de un solo salto magistral digno de un acróbata circense, fue a parar al balcón de junto donde su cena y amo lo esperaban.

Sonreí, pero sin querer marcharme de mi sitio esperando, quizás, que Teo volviera a entrar en su departamento, cosa que no hizo tras acuclillarse y acariciarle el lomo a quien comía de su plato como si no existiera un mañana para él.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¡Maaaaammbooo! No, no era precisamente eso lo que deseaba que saliera de mis labios. ¿Y ahora? ¿Te quedarás callada, Magda, cuando puedes perfectamente hablar con él y saber cómo está?

—Y... ¿cómo estás, Teo?

¡Brillante! ¡Eres todo un fenómeno, muchacha!

—Bien —contestó, pero sin alzar la vista—. La soledad me sienta muy bien.

—¿Soledad? ¿No se llamaba Laura?

¡Chiste cruel! ¡Chiste cruel! ¡Ay, Magda, tú definitivamente te pasas!

—Tú lo has dicho, se llamaba.

Un segundo. Bueno, tal vez dos, pero... ¿Cómo es eso de que la condenada mujer esa “se llamaba”?

—Se fue —añadió como si no quisiera hablar de ello—. Fue lo mejor para los dos.

Por una extraña razón oír eso no consiguió alegrarme del todo.

—Lo... siento.

—Gracias, aunque sé que no lo dices de corazón.

Entrelacé mis manos, retorcí mis dedos y por un segundo quise enterrarme viva. ¿Qué tanto se me notaba mi profunda y sincera “admiración” por esa chica? Sarcasmo, sarcasmo, sarcasmo.

—No hagas eso —me pidió, pero ahora asegurándose de levantar la vista para depositarla sobre la mía—. Es desesperante. ¿Todavía no logras controlarlo?

Como una autómatas moví mi cabeza de lado a lado, confirmándoselo.

—Es una de mis...

—Conozco cada una de tus manías —me aseguró, delineando una media sonrisa que poco a poco comenzó a relajarme—, pero oír como retuerces tus dedos es y seguirá siendo toda una experiencia desesperante.

Reí. Lo necesitaba.

—Bueno, suelen decir eso de mí.

—¿Qué suelen decir de ti?

—Que soy desesperante y melodramática también.

Teo se levantó del piso, irguió su cuerpo y suspiró hondamente mientras “creo” se debatía con su yo interno en seguir en su sitio o perderse tras la ventana de su sala para definitivamente alejarse de mí. No lo culpo, estaba en todo su derecho.

—No eres desesperante, sino única, irreplicable y especial.

Coloqué mis manos sobre cada una de mis caderas, evadiendo el color de sus ojos, pero cerciorándome de cada uno de los movimientos que hacía. Como el que realizó segundos después al apoyar cada una de sus extremidades en la barandilla del balcón para contemplarme.

—Tal vez sí o tal vez no.

—¿Tu dualidad ataca de nuevo, Magdalena Villablanca?

Al escuchar como pronunciaba otra vez mi nombre de tan significativa y dulce manera, temblé, deduciendo que aquello se debía claramente al círculo que con él aún no había cerrado.

—Ya la asumí como tal. Es parte de mi vida.

—La extraño, ¿sabes? Ciertamente... me hace muchísima falta.

—Bueno, sabes que siempre estará aquí... junto a su dueña, tu amiga.

Teo solo asintió y tras un par de parpadeos evitó levantar la cabeza tal y como si le costara de sobremanera hacerlo.

—Las cosas cambian... la vida sigue... lo que se ha roto por más que intentes componerlo o reemplazarlo sabes que no volverá a ser igual.

—¿Me odias,? —Inquirió de golpe.

—No. Tal vez... ansí destrozarte y luego cortarte en pedacitos —sonreí, consiguiendo que el también lo hiciera—, pero no, Teo, jamás podría odiarte.

—¿Por qué? Si te hice...

—¿Daño? No, el daño me lo provoqué yo misma con mis propias convicciones que lamentablemente jamás fueron del todo reales. Claro que, si lo pienso mejor, me entregaste bastantes alas para que me las creyera, ¿eh?

Aquello de significativa manera lo avergonzó. Pude notarlo por el rubor que encendió sus mejillas y la forma en como ansió desplazar, por un instante de mis ojos, su entristecida mirada.

—Pero te lo repito, no fue tu culpa, fui solo yo. Mi obsesión fue mayor que el cariño que por ti sentía.

—¿Sentías? —Preguntó extraño.

—De acuerdo, siento, tiempo presente. ¿Mejor así?

—Sin duda alguna, porque no me perdonaría jamás que tú me odieras. Sé lo que provoqué, sé lo que hice y no imaginas cuán arrepentido y avergonzado estoy de ello.

—Eso solo lo sabes tú. A mí no me compete criticar o juzgar lo que en ese momento creíste que era correcto para tu vida. Estabas enamorado y el amor de tu magnífica existencia había vuelto. Jamás conseguiste olvidarla, solo usaste tu lógica y bueno, ya está.

—¿Por qué no conseguí enamorarme de ti?

—Quizás, ¿porque uno no elige de quién se enamora? Solo sucede, Teo; solo te atrapa, te envuelve, te retuerce las entrañas y... ¡lotería! ¡De un instante a otro estás frito!

Conseguí con ello arrancarle otra bella sonrisa, de esas que siempre me gustó contemplar.

—Y es tan simple de entender como comparar al amor con una pequeña semilla que siembras en un corazón ajeno con la esperanza de que algún día se convierta en un gran árbol que nos cobije y nos dé su sombra.

—Yo... no pude darte la mía, Magdalena.

Me acerqué a la barandilla de mi balcón y, sin que lo sospechara, terminé alzando una de mis extremidades hacia él colmando, con ese inusitado gesto, el amplio espacio que nos separaba.

—Tal vez no, pero ahora estás aquí y para mí con eso es suficiente.

Sus ojos recayeron en mi mano; aquella pálida mano que nerviosa y quedamente entrelazó.

—Perdóname, Teo. Perdóname por ocultarte la verdad y hablarte de la forma en que lo hice.

—¿Estás loca? —Alzó la voz un tanto desesperado—. ¡El que debe pedirte perdón soy yo por todo el dolor que te causé!

—Yo, tú, nosotros, a estas alturas créeme, eso da igual. Relájate, ¿quieres? Que como dice Silvina “aquí nadie se ha muerto”. Y, además, no me hace menos mujer reconocer mis propios errores. Al contrario, es reconfortante. Todos nos equivocamos, nadie es perfecto ni nadie lo será.

Sentí cada una de sus caricias que afectuosamente me brindó y que yo disfruté a cabalidad sin que mi corazón pudiera verlo de otra manera.

—Aún así, necesito que me perdones.

—Bueno, Teo Sotomayotr, si eso te hace feliz y dormir como un lirón, déjame decirte que estás perdonado. Asunto arreglado. ¿Punto final?

—¿Así tan fácil? Por un momento creí que me ibas a destripar cuando volviéramos a encontrarnos.

—No, yo no, pero Silvina sí tuvo esa nefasta idea. ¿Adivina lo que te salvé?

Puso sus ojos en blanco tras percibir como una leve ventisca estremecía mi cuerpo.

—Conociéndola podría asegurar que... —admiró junto conmigo lo que obviamente no podía ver en la parte baja de su cadera y a través de su pantalón deportivo, pero que de igual manera conocía como la palma de mi mano—. ¡Vaya, muchas gracias! ¡Me siento afortunado! Estaré totalmente agradecido por ello, Magdalena.

Le otorgué un guiño al tiempo que conseguía separar nuestras unidas extremidades.

—Solo lo hice por la futura reproducción de tu especie. No te merecías vivir unos cuantos años más sin... aquello.

Ambos reímos cuando el viento comenzaba a hacer de las suyas con mi cabello.

—¿Puedo agregar algo más?

Asentí.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé, pero todavía no he olvidado que me debes unos cuantos botes de pintura. Así que si tanto me quieres como profesas, supongo que me los vas a reponer.

Un par de sonoras carcajadas dejó escapar viendo como retrocedía hasta mi ventana.

—Cuenta con ello.

—Más te vale, ¿eh?

—¡Magda! —Interrumpió mi andar cuando estaba a punto de perderme tras las cortinas que se encontraban entreabiertas—. Antes que te vayas, quiero que sepas que fuiste y serás la casualidad más hermosa de mi vida.

Presentí que aquellas hermosas palabras cerraban por completo nuestro círculo y le colocaban definitivamente la palabra “Fin” a nuestra breve historia de amor.

—¿Estás seguro?

—Muy seguro —acotó.

—Pues, muchísimas gracias por eso. Sabes lo que significa para mí.

Asintió colocando una de sus manos en su pecho.

—Y para mí —señaló su corazón—, pero aquí dentro.

02:30 A.M.

A raíz de la conversación con Teo no lograba conciliar el sueño, menos paraba de dar vueltas al interior de mi habitación con mi móvil en las manos evocando, situación tras situación, lo que no conseguía calmarme del todo. ¿Por qué? Porque sabía que había incurrido en un error. Sí, un gravísimo error que, tal vez, había callado y negado por no tener el coraje suficiente para encararlo.

«¿Y ahora?». ¡Bendita pregunta de mi vida!

—Solo debes marcar su número y decir... solo lo que tengas que decir. Sea para bien o para mal, Magda. ¿Te animas?

El fugaz movimiento que ejecutó mi mano izquierda me lo dijo todo, al buscar con impaciencia entre mis contactos el número telefónico con el cual ansiaba hablar. ¡Sí! ¡Y nada menos que a las dos con treinta minutos de la madrugada!

Pues bien, así lo hice y tras varios segundos de espera el primer sonido oí...

—Tranquila.

Y luego, dos sonidos asimilé...

—No te acobardes ahora.

Posteriormente, tres sonidos percibí y ya presentía que estaba cometiendo una locura...

—Aún no es tan tarde, Magda.

Y al cuarto sonido... ¡Santo Dios! Una voz masculina me sobresaltó como si hubiera recibido de su parte una enorme descarga eléctrica.

—Hola... sí, soy yo. Disculpa que te llame a esta hora, pero... ¿podrías concederme un minuto de tu tiempo para escucharme, por favor? No. Quiero decir sí, todo está bien conmigo. Eso creo. La verdad, solo te pido que me oigas y trates de comprender lo que quiero decir. ¿Puedes hacerlo? —A pesar de mi patente nerviosismo conseguí detenerme, sentarme en mi cama y volver a expresar con sumas ansias—: Gracias. Yo... no sé que ocurre conmigo esta noche, pero... creo que me he dado cuenta que te necesito y que... no quiero estar sin ti.

Veintiuno

—Sí, estoy bien. Solo necesitaba un tiempo a solas, el que obviamente no tendría en el taller con ustedes dos dando vueltas a mi alrededor como moscas. No, no estoy siendo sarcástica, estoy siendo honesta. ¿Te podrías calmar, por favor? Sí, acabo de decírtelo, todo está bien conmigo. No, no fue uno más de mis arrebatos estúpidos, Gaspar —confesé, admirando lo que llevaba conmigo en el asiento del copiloto de mi Mustang mientras conducía hacia mi destino—. ¿Tu cliente? ¿Esta noche? Pero, ¿para qué me necesitas ahí? —Quise saber realmente interesada en ello—. No estás hablando en serio —sonreí como una boba—. ¡Por Dios! ¿Estás seguro? Es que... ¡no lo puedo creer! ¿Que trabaje contigo? Pero, ¿sabes lo que eso significa? —Reí ante su acotación—. ¡Vaya! No sé que decir al respecto —estaba tan asombrada de su repentina propuesta de trabajo que me costaba respirar y comprender que fuera del todo real—. ¡Sí, claro que sí, Australopithecus! —Por primera vez oí su risa aflorar naturalmente de sus labios debido al apodo tan característico con el cual solía llamarlo—. ¡Me encantaría! ¡Qué sí, Gaspar, qué sí! —Reiteré, al tiempo que frenaba bruscamente mi Mustang debido a una inesperada luz roja que no vi hasta que la tuve encima—. ¡Mierda! —Oí los bocinazos tan cordiales que me regalaron otros automovilistas que tan tempranamente transitaban junto conmigo por la calzada—. ¡Perdón, perdón! —Rápidamente saqué la cabeza por la ventanilla—. ¡A cualquiera que está tan feliz le sucede, de acuerdo! ¡Sí, sí, espero que usted también tenga un buen día! —Grité a todo pulmón interrumpiendo la charla telefónica con mi nuevo jefe—. Pelotudo de mierda —mascullé entre dientes—. No, Gaspar, esas tan amenas palabras no iban dedicadas a ti. Sí, estoy conduciendo. Tal vez, ¿porque no me lo preguntaste? No precisamente hacia el taller —retomé la marcha hacia donde tanto ansiaba llegar lo antes posible—. Iré más tarde para que charlemos sobre ello. Ahora —después de ese impasse volví a dibujar en mi semblante una radiante sonrisa de auténtica felicidad—, tengo que ocuparme de algo muy importante que no puede esperar. No, no puedo decírtelo, rey de los curiosos. ¡Qué no! Pero... ¿podrías hacer algo por mí? Cruza tus dedos y todo lo que tengas a la mano, por favor, que me estoy jugando algo más que mi pellejo en esto —suspiré cuando ya se hacía presente ante mis ojos la enorme casa ante la cual finalmente me estacionaría—. Lo siento, debo colgar. Sí, estaré bien, no te preocupes, y también estaré ahí para conocer a tu flamante cliente extranjero y cenar con él, con El Gringo y contigo. Pero antes de colgar, dime como debo lucir, ¿despampanantemente sexy o formalmente aburrida? —Bromeé, obteniendo de él un gruñido como respuesta—. Sí, yo también te quiero. Lo haré. Nos vemos más tarde. ¡Besos! —Concluí la llamada, deshaceleré mi vehículo y aparqué frente al inmueble que recordaba bastante bien porque ya había estado con anterioridad en ese sitio, pero bajo otras condiciones. ¿Y qué vino a mi mente en tan solo un segundo? Pues sí, la bendita pregunta de mi vida. ¿Y ahora? Reí como la más boba de las bobas mientras me respondía a viva voz y observaba lo que había comprado para ambos.

—Pues bien, creo que llegó la hora, David Garret.

Bajé de mi coche recordando nuestra conversación de la madrugada y todo lo que en ella nos

habíamos dicho, como su tono de voz que me encendía por completo, su maravillosa y contagiosa risa que me hacía estremecer, cada una de sus palabras que, ¡rayos!, me hacían pensar en él a cada minuto, y más de la cuenta, sintiéndome verdaderamente afortunada de que un hombre como él deseara estar conmigo y, por primera vez en mi vida, presentí que estaba haciendo las cosas bien por alguien que también se estaba jugando algo más que su propio pellejo por esta humilde servidora.

Cargando lo que ambos disfrutaríamos en el desayuno, con el cual lo iba a sorprender, caminé hacia la propiedad evitando sentirme del todo nerviosa, pero... ¡a quién rayos iba yo a engañar, si a cada paso que conseguía dar intuía que mi corazón, en cualquier minuto, por mi boca saldría disparado!

—¡Ay, Magda, te estás convirtiendo en la reina de las bobas! ¿Lo sabías? —Por ahora no, pero cuando tuviera a David frente a mi rostro seguro podría dar fe de ello.

Sonreí al tiempo que ingresaba al jardín de su casa oyendo como alguien abría la puerta en ese exacto momento. Y ¡válgame Dios! Me detuve como si hubiera pisado el freno de mi vehículo y el de mano también mientras conducía a más de ciento ochenta kilómetros por hora al ver lo que me dejó, simplemente, impactada y que no me gustó para nada.

—Gracias, David. Sinceramente, no sé lo que haría sin ti.

¿Qué diablos sucedía aquí? ¿Y por qué la perra afgana salía de su casa manifestándole esas palabras y nada menos que a las ocho de la mañana?

Quise retroceder, quise huir, quise responderme de una buena vez todas las malditas interrogantes que con respecto a ella ya deambulaban al interior de mi cabeza. Pero no lo conseguí al ver la monumental escena que me tenía al borde de caer a un abismo sin fondo porque ella, vestida con suma elegancia con un finísimo vestido que no era el adecuado para salir a trabajar —si es que en su vida lo había hecho—, se volteó hacia mí observándome como si yo fuera absolutamente... nada.

—David... —pronunció en voz alta, rodando los ojos hacia la puerta entreabierta—... creo que tienes una entrega. Hay una muchachita en el jardín sosteniendo algo en sus manos.

¿Una muchachita? Se había referido a mí como... ¿una muchachita? Bueno, la verdad, al verme vestida con mi atuendo para nada sofisticado y sexy como lo era el suyo, con mis jeans oscuros, una de mis blusas de encaje, mi chaqueta de cuero, mis botas de estilo equitador, yo ni siquiera conseguía llegarle a los talones.

—¿Una muchachita? —Formuló él desde dentro con fuerza, dejando que su cadencia se colara inmediatamente por mis oídos—. ¿A qué muchachita te refieres, Monique? —Atravesó el umbral colocándose su chaqueta azul de vestir y se detuvo a unos cuantos pasos de ella como si

hubiera visto a un fantasma—. ¿Magdalena?

Nos observamos como si ninguno de los dos supiera qué hacer o cómo reaccionar en ese extraño momento de nuestras vidas.

—¿Quién es Magdalena, David? —Prosiguió ella, analizándome en detalle como si quisiera ver más de lo que ya lograba admirar con sus ojos escanadores—. ¿La conoces?

—Claro que la conozco —afirmó enseguida, apresurando el paso hacia mí con su rostro totalmente preocupado, pero... ¿de qué? Y yo... pues... ni siquiera supe a ciencia cierta si seguía respirando después de todo lo que no cesaba de contemplar.

David intentó sonreír, gesto que no logró realizar del todo, al tenerme frente a sus ojos azul acero con mi rostro sin ningún atisbo de emoción inserta en él.

—Magdalena... —pronunció por segunda vez, pero ahora tras un susurro—. ¡Qué sorpresa tenerte aquí!

Tragué saliva arrepintiéndome en el acto de todo lo que había pensando y hecho desde que abrí mis ojos esta mañana. Y luego, clavé la mirada en el verde y envidiable césped recortado que toda persona desearía tener en su jardín percibiendo, también en el acto, que este no era mi lugar y que, por más que así lo había meditado como una idiota, jamás lo sería.

—Perdón por... presentarme así —murmuré sin ánimos de levantar la vista—. Yo... —cerré mis ojos por unos largos segundos hasta que sentí sus cálidas manos depositarse sobre cada una de mis cubiertas extremidades—... lo lamento.

—Y yo lamento haberte hecho caso esta madrugada cuando me impediste que fuera por ti para tenerte entre mis brazos.

Como si sus palabras hubieran sido un bálsamo para mí alcé la mirada, instantáneamente, para dejarla caer en la suya.

—¿Qué? —Pregunté como si me hubiera hablado en alemán.

Al instante sonrió cuando una de sus manos ya ascendía hasta detenerse en la curvatura mi cuello.

—Lo quería... lo deseaba muchísimo, Magdalena, pero me lo impediste.

Mis ojos, no exactamente por inercia, rodaron hacia la figura de su ex esposa que no se encontraba para nada contenta y saltando de la emoción con la dichosa escenita.

—¿Ah sí?

Notó que no le prestaba la debida atención por causa de quien no nos quitaba la vista de encima.

—Puedo explicarlo —añadió, pero esta vez no en un hilo de voz—. No es lo que parece.

Sonreí con descilución porque esa frase, lamentablemente, ya la conocía de sobra.

—Ella y yo...

Mal comienzo, Mister, muy mal comienzo.

—Teníamos una conversación pendiente. Anoche...

Un agrio sabor de boca sentí tras ello. Un agrio sabor que sospechaba que no me concedería buenas noticias porque... ¿quería oír y saber más sobre su famosa conversación de anoche que, al parecer, había terminado esta mañana? Claro, con justa razón la perra afgana llevaba ese sexy y coqueto vestido rojo acentuado, esos tacones de infarto, el abrigo de piel en sus manos y el cabello... ¡Ya no más, Magda! ¡Ya no pienses más, por favor!

—¿Ella estuvo contigo? —Me atreví a formular cortándole la inspiración y, por ende, sus ansias de seguir hablando—. ¿Antes y después del llamado que realicé?

David no apartó sus ojos de los míos mientras me taladraba con ellos.

—Por favor... —murmuré suplicante—... es importante para...

—Sí —me interrumpió—, pero no de la forma...

—¿No nos vas a presentar, David?

Oí a su espalda la chillona voz que antes ya había escuchado en el elevador cuando él y yo, de casual manera, nos habíamos conocido. Y asimismo, observé caminar a la dueña de esa horrenda cadencia hacia nosotros, totalmente sorprendida ante la familiaridad que él y yo le demostrábamos en ese particular momento.

David cerró los ojos y sé que maldijo entre dientes aún cuando no articuló palabra alguna. ¿Cómo me di cuenta de ello? Por la tensión que generaba su cuerpo, por la forma en que frunció el ceño y por la manera un tanto posesiva en que su mano se aferró a mí, negándose a soltarme.

—Tú y yo, ¿no nos conocemos? —Preguntó Monique deteniéndose frente a nosotros—. No sé, pero creo que te he visto en otro sitio —sonrió a medias mientras seguía mirándome como si intentara minimizarme más de lo que ya lo estaba consiguiendo.

—No —respondí al segundo—. La verdad, no lo creo.

—Bueno, ya que David no se anima a presentarnos lo haré yo. Soy su esposa, Monique. Mucho gusto —enarcó una de sus blondas cejas al tiempo que alzaba una de sus manos hacia mí mientras yo... ansiaba deshacerme y convertirme en una nebulosa o, tal vez, en una maldita estrella fugaz que viajaba a la velocidad de la luz por el universo.

—Magdalena —centré la vista en su interesada mirada—. Es... un placer conocerla —reaccioné al movimiento de su mano, la cual estreché con una de las mías.

—El placer es totalmente mío —comentó sonriendo.

—Técnicamente —profirió David, irrumpiendo en la charla, abriendo los ojos de golpe y sacando la voz con una fuerza impresionante con la cual me estremeció. Acaso, ¿querría dejarlo más que en claro con aquello?—. Estamos divorciándonos —especificó sin que diera lugar a dudas.

—Pero todavía falta un gran detalle —bromeó Monique aún sonriendo como una estupenda idiota—, todavía no estampamos nuestras firmas, así que ese técnicamente “técnicamente” no existe.

¡Ja, ja! Estoy que me meo de la risa. ¡Perra afgana y la puta que te...!

Le solté la mano de golpe y dibujé en mi semblante una fina línea de desilusión con la cual le di a conocer a David toda mi grandísima incomodidad debido a este, para nada, favorable encuentro.

—Sí existe —certificó—. No olvides que mi abogada se está encargando de ello y el tuyo también. Cada uno hace bastante tiempo tiene una vida por separado y...

¡Ya basta! Me harté de los detalles. Me harté de la risita graciosa del demonio de su esposa en conjunto con sus incisivas miradas y me harté de estar ahí cuando, la verdad, sabía que sobraba.

—Bueno, creo que eso solo les compete a ustedes dos. Me olvidaba, aquí está lo que me pediste para desayunar —les otorgué a ambos un guiño—. Espero que sean de tu total agrado —le hice entrega de lo que había comprado para los dos, desenchajándolo con aquello—. Anoche... creo que eso da igual. ¡Que los disfrutes!—. David sostuvo la caja completamente atónito ante lo que no comprendía.

—¿Ustedes dos son amigos? —Quiso saber Monique observándonos de reojo.

—No —me adelanté. ¡Para qué íbamos a entrar en detalles!—. Solo soy la muchachita de las entregas. Bueno, ya está. Con permiso y espero, sinceramente, que ambos tengan un muy buen resto del día —me despedí antes de voltearme y por fin desaparecer de sus vistas, pero con una sola convicción inserta en mi cabeza: jamás, pero jamás de los jamases hagas caso a la vocecita estúpida de tu interior que cobra vida a las dos con treinta minutos de la madrugada para animarte a que vomites tonterías sobre el puto y condenado amor y nada menos que por teléfono. ¡Y ojo, que me encontraba totalmente lúcida y en mis cabales!

—David, ¡David! —Oí a mi espalda la horrenda voz de esa mujer chillando como loca rematada, preguntándome... ¿qué estaría ocurriendo entre los dos para que ella pronunciara su nombre de esa forma? Y lo supe, cuando una poderosa mano detuvo mi apresurado andar consiguiendo, además, girarme del todo hacia el encuentro de unos labios que yo bien conocía y que terminaron apoderándose de los míos en un santiamén para regalarme el beso de mi vida con el cual creí desfallecer, pero en sus brazos. Porque mientras David me besaba con frenesí, sus manos rápidamente me estrecharon contra su firme cuerpo y las mías... ¡Maldición! Se perdieron en la sedosidad de su cabello, en la tibieza de su piel, a lo largo de su ancha espalda para, definitivamente, dejarse caer en cada una de sus mejillas y así conseguir separarlo de mi boca y decir:

—¿Qué crees que estás haciendo? —Reaccioné ante aquel sublime y pasional beso que me había plantado.

—¿Dónde crees que vas, muchachita de las entregas? —Atacó, cercenándome la mirada con la excitación que brotaba de la suya.

—Yo pregunté primero —le devolví.

—Sin ofender, la pregunta que acabas de hacerme es algo estúpida, ¿no crees?

—Estúpida o no de igual forma la vas a responder.

Sonrió al tiempo que su boca desesperada asaltaba nuevamente la mía. ¡Dios! ¡Qué manera la suya de hacerme perder la razón!

—¡Epa! ¡Que tu mujer...!

—Ex mujer —especificó, divertido—. Y por mí que se joda. Ya hice bastante por ella recibéndola en mi casa y dejando que se quedara a dormir.

Tragué saliva abriendo mis ojos como platos.

—En el cuarto de invitados —detalló tras morder uno de mis labios.

—¿Por qué? —Me sumergí en el delirio que me provocaba con cada beso y mordisco que me daba.

—Porque... no podía abandonarla en su estado.

—¿Qué estado?

David alzó sus manos y con ellas se apoderó de mi rostro para que no intentara, “creo”, moverme de mi sitio ante lo que iba a expresar.

—Me vas a escuchar, por favor, y por nada del mundo saldrás corriendo como lo acabas de hacer haciéndote pasar por la “muchachita de las entregas”.

—¿Qué estado? —Repetí cuando ya comenzaba a sacar mis propias conclusiones al respecto.

—Magdalena, por favor...

—¿Qué estado, David? —Inquirí una vez más preparándome física, psicológica y moralmente para lo que iba a conocer de su propia boca.

—Está embarazada —confesó con todas sus letras sin dejar que mis ojos abandonaran los suyos.

Abrí la boca para decir algo que jamás salió de mis labios. ¿Por qué? No lo sé, ¿impresión, quizás? ¿Miedo? ¿Pavor a perder lo que “técnicamente” aun no era mío? Gracias por eso, Monique.

—Lo siento, no podía abandonarla. Y más, debido a la situación que la atormenta y que tiene que ver directamente con...

—Basta, David —desvié la vista de sus ojos azul acero—. No quiero saber más de lo que no me incumbe.

—¿Cómo que no te incumbe? —Estalló—. ¿Qué no recuerdas todo lo que nos dijimos anoche? ¿O ya olvidaste lo que siento por ti?

—No, no lo he olvidado —pretendí apartarme de su firme agarre, pero cada vez que ansié hacerlo me estrechó más y más contra él. ¡Rayos!

—Entonces, ¿por qué siento que quieres marcharte? ¿Y por qué sospecho también que solo deseas alejarte de mí ahora que ya conoces la respuesta a la pregunta que hace unos segundos me formulaste?

No podía mirarlos a los ojos porque, de un momento a otro, me sentí aterrada de contestar.

—¿Por qué, Magdalena, por qué?

¡Responde, maldita sea! ¡Responde de una buena vez lo que creas que es más sensato!

Y después de un par de minutos así lo hice.

—Porque anoche cerré mi círculo con Teo y me decidí por ti creyendo que ya tenías el tuyo concluido con ella.

David guardó silencio por algo más que un instante.

—¿Y qué conseguí?

—Ese bebé no es mío, Magdalena.

Cerré los ojos obviando su contestación.

—Te lo juro. Ella y yo no hemos estado juntos.

—No tienes que jurarme nada, solo debes hacer lo que creas que es correcto con tu esposa y su estado. Mal que mal, te buscó a ti pudiendo buscar a...

Temblamos al unísono ante mi acotación y después de ello abrí los ojos dispuesta a terminar de una vez con la fantasía y la falsa ilusión que me había creado inútilmente esta madrugada.

—Y técnicamente, David, aún lo es —le corroboré—. Lo siento.

—No. No lo es —dictaminó—. ¿Y por qué lo sientes?

Fugazmente me apoderé de su boca, a la cual volví a besar con desespero, con pasión y también con algo de miedo de no volver a disfrutar de ella con libertad y como verdaderamente lo anhelaba.

—Por irme así.

—No quiero que te vayas. Quiero que te quedes conmigo, por favor.

—Lo siento —repetí, pero ya luchando contra sus manos y el poderío de su cuerpo—. No puedo quedarme.

—¿No puedes quedarte o no quieres quedarte? ¡Explícamelo!

—No puedo quedarme cuando ese capítulo de tu vida llamado Monique aún no ha sido concluído del todo.

—Mi vida con ella hace mucho tiempo que se acabó.

Rodé los ojos hacia quien no cesaba de contemplarnos, logrando con ello que comprendiera que eso no era real. Porque su esposa seguía ahí y podía verla con mis propios ojos sin que resultara una alucinación de mi mente.

—No te mientas a ti mismo, ¿quieres? Y de paso, no intentes mentirme a mí —tras manifestarle esa determinante oración conseguí desprenderme quedamente de sus manos—. Haz lo que tengas que hacer, David. Termina de escribir tu historia y cuando eso ocurra y logres colocar la palabra “Fin” en ella, tal y como yo lo hice con Teo, ya sabes donde puedes encontrarme.

—Magdalena, no estás comprendiendo lo que quiero decir.

—Tal vez sí o tal vez no. Pero así, sin que estés del todo seguro y con ella todavía formando parte importante de tu vida yo... lamentablemente no puedo tener nada contigo. Lo siento —. Retrocedí un par de pasos con el siguiéndome de cerca.

—¡Esto no es justo para ti ni para mí, y tú lo sabes! —Afirmó muy molesto, pero más que

conmigo creo que lo estaba consigo mismo por toda esta estupenda situación.

—Lo sé de sobra. Pero en la vida a veces se gana y otras se pierde. Y en lo que respecta a mí, no suelo tener mucha suerte.

—Magdalena...

—Que tenga un buen resto del día, Mister. Nos vemos... por ahí.

—Magdalena... ¡Magdalena!

Fue lo último que escuché a mi espalda sin saber si estaba haciendo lo correcto con él, conmigo y con mis sueños que parecían desvanecerse cada vez que intentaban cobrar vida. Porque había metido la pata una vez más al querer arriesgarme y demostrar todos mis sentimientos y... ¿qué obtuve de ello? Bueno, quitarle el titanio a mi corazón que nuevamente yacía al interior de mi pecho partido en unos cuantos pedacitos por culpa del condenado y puto amor. Maravilloso, ¿no? Simplemente, fantástico.

Mi teléfono no cesó de sonar gran parte del día entre llamados, mensajes de texto y de voz que se fueron acumulando y acumulando gracias a una única persona con la cual no deseaba hablar por ahora. ¿Para qué? Si por mi parte todo estaba dicho. (Quiero dejar muy en claro que no le había cerrado la puerta a mis sentimientos por David, pero tampoco estaba dispuesta a desarrollar mis ahelos con quien aún no estaba seguro de los suyos, por más que así lo reafirmara teniendo a su ex mujer todavía bajo su alero.)

Sonreí mientras terminaba de arreglarme el vestido negro que me había puesto para la ocasión en la cual recibiríamos al cliente extranjero de Gaspar y al cual él había ido a buscar al aeropuerto mientras El Gringo se ocupaba de preparar la cena. Por lo tanto, para despejar mi mente y dejar de pensar en David, lo mejor que pude hacer fue guiar mis pasos hacia la cocina donde encontré a quien, por ahora, se movía en ese sitio con cierta elegancia, destreza y precisión al tiempo que cocinaba y escuchaba una sexy canción en inglés que bailaba y cantaba con cierto ahínco.

Me quedé en el umbral admirando y disfrutando de aquella escena en particular hasta que Fitz notó mi presencia, se volteó hacia mí, sonrió de increíble manera, dejó el paño de cocina y un par de utensilios que sostenía en una de sus manos sobre uno de los muebles, caminó a paso veloz hasta donde yo me situaba, me tendió para mi enorme pasmo una de sus manos y finalmente exclamó:

—¡Por Zeus y los Dioses del Olimpo! ¡Pero qué ven mis ojos! ¿Qué no es Afrodita a quién

tengo frente a mí?

«¡Andaaaaaa, Gringo!». Puse los ojos en blanco al escucharlo.

—Soy solo un simple mortal postrado a sus pies, Diosa de la belleza, en cambio usted... ¡Woow! Se ve realmente deslumbrante colmando este sitio con su sola presencia.

Consiguió que riera a carcajadas con su tan rimbombante acotación, porque cuando El Gringo quería exagerar sí que lo hacía con creces.

—¿Qué pretendes?

—¿Que te parece... conseguir que bailes al ritmo de esta canción con el simple mortal que tienes en frente?

—La comida, Fitz —le señalé.

—Puede esperar. Esto es más importante, créeme.

Volví a reír.

—Adulador.

—Sí, sí, entre otras cosas más, pero no olvides que también soy un romántico por esencia.

Ahora terminamos riendo los dos mientras me regalaba uno de sus coquetos guiños.

—*¿Do you dance with me, beautiful woman?*

—*Sure*, Dallas. Pero tenlo presente, el baile no es lo mío —me animé a tomar su mano justo cuando jaló de mí hasta conseguir que chocara de inevitable forma con su cuerpo.

—No te preocupes. Tranquilízate y deja que yo te guíe. Desde ahora, todo corre por mi cuenta —sentí su mano caer de lleno en mi cadera mientras la libre sostenía una de las mías y comenzábamos a movernos suavemente al ritmo de B.B. King.

—De acuerdo, pero... ¿puedo confiar en tí? ¿Cómo sé que no terminarás pisándome?

—Honestamente, Magdalena... tendrás que arriesgarte a bailar este blue con este cautivador gringo texano para saberlo.

—¿B.B. King? —Formulé entrecerrando la mirada.

—*¡Oh yeah, baby!*

Y después de ello comenzamos a bailar al ritmo de la música que nos envolvió, riendo y bromeando mientras Fitz cantaba en su idioma materno y gestualizaba cada palabra consiguiendo que yo olvidara, por ese único momento, la situación acontecida esta mañana con David Garret.

—Lo haces bien para ser todo un “Minions” —alardeé.

—Y tú para ser toda una hermosa, boca floja y vil delincuente —añadió, ganándose de inmediato de mi parte un pisotón con el taco de mi zapato.

—¡Ouch! ¡Perdón, me retracto! —Alzó la voz.

—¿Cómo fue que me llamaste?

—Hermosa, salvaje, boca floja, y vil delincuente —corroboró al tiempo que me hacía girar inesperadamente hacia la puerta que no había sentido abrirse de par en par y en la cual ahora se encontraba un hombre que yo... conocía de sobra.

—¡Por Dios! —Creí morir. Y también creí que me desmayaría en ese minuto de mi existencia al sentir como mi corazón latía desbocado, como todo de mí temblaba como si me estuviera congelando, como mis ojos se enguajaban en lágrimas y éstas empezaban a derramarse por mis mejillas sin querer detenerse al admirar a quien me contemplaba de la misma manera con un ramo de flores amarillas en sus manos.

—¿No merezco un gran abrazo, “palomita” mía? —Pregutó mi padre a viva voz con su ronca cadencia dando un par de pasos hacia donde me encontraba paralizada, imposibilitada de pronunciar su nombre, hasta que lo conseguí, pero tras un largo sollozo que colmó el silencio reinante de la habitación que nos cobijaba.

—¡Pa... pá! —Balbuceé sin creer que su figura estuviera finalmente frente a la mía después de tanto tiempo de ausencia, con su largo cabello castaño claro que le caía sobre los hombros, su prominente barba que ocultaba gran parte de su semblante y su cálida sonrisa; sus ojos oscuros muy parecidos a los míos junto a su incomparable mirada con la cual siempre me decía que todo iba a estar bien—. ¡Estás... aquí!

—Sí, al fin en casa y contigo. ¿No vienes aquí?

No tuvo que preguntármelo dos veces cuando mis extremidades inferiores respondieron por mí corriendo hacia él, tal y como lo hacía cuando era una niña y terminaba acucillado en el piso para recibir un abrazo colmado de afecto y amor con el cual solía esperarlo cada vez que volvía del trabajo, y que otra vez le otorgaba, pero ahora sin la necesidad de que se agachara para estrecharme de la misma manera. Porque “su palomita”, como solía llamarme, había crecido convirtiéndose en toda una mujer. Una mujer que ahora se refugiaba en su pecho al igual que si fuera una pequeña indefensa que disfrutaba de esta maravillosa e inigualable sensación de tenerlo nuevamente aquí, ahora y algo me decía que también lo tendría a mi lado... para siempre.

Veintidos

A su lado me parecía que el tiempo no avanzaba. A su lado, y siendo confortada por uno de sus cálidos abrazos, ya nada me parecía igual, sino mejor. Sí, muchísimo mejor, porque estando junto a mi padre la vida, para mí, había cobrado otro sentido y, en definitiva, tenía otro sabor. Y más, después de la charla que hasta estas altas horas de la madrugada nos mantenía despiertos y, literalmente, echados sobre un sofá en la sala de estar de Gaspar.

—Vaya historia, palomita —comentó de buenas a primeras intentando asimilar todo lo que con lujo de detalles le había relatado sobre mis aventuras y posteriores desventuras—. Es... hasta casi increíble de comprender.

—Dímelo a mí —percibiendo la caricia que me regalaba con una de sus manos a lo largo de mi cabello.

—Magda, aún no me has dicho lo más importante —prosiguió realmente interesado en cada uno de mis movimientos que delataban con creces mi evidente nerviosismo.

—¿A qué te refieres? —Alcé la vista para dejarla caer en la suya.

—Sabes perfectamente a qué me refiero, palomita mía.

Sin que lo especificara, comprendí que mi padre se refería expresamente a “si había tenido sexo” con Martín De La Fuente.

Tragué saliva con dificultad y realmente avergonzada al recordar el episodio en el cual el miserable había intentado ponerme las manos encima para propasarse conmigo.

—No, no tuve sexo con él, pero hubo un momento... —temblé y terminé cerrando los ojos al mismo tiempo que callaba.

—Estoy aquí —sentí el susurro de su ronca voz envolviéndome y tranquilizándome por completo—, y aquí me voy a quedar. Lo sabes, ¿verdad?

Sonreí, abriendo de par en par mi mirada y evocando aquellas mismas palabras que le había expresado a Silvina en el momento de conocer “su verdad”. ¿Se dan cuenta de quién las había

aprendido?

—Claro que lo sé, papá.

—Entonces no sientas vergüenza de mí, porque soy y seguiré siendo tu padre por el resto de mi existencia en este universo terrenal y en donde sea.

—¿Sabes que te amo por sobretodas las cosas? ¿Y sabes que me haces inmensamente feliz al estar aquí conmigo, Renato Villablanca?

—Mmm... creo que lo puedo llegar a imaginar. Pero no te me vayas por la tangente y continúa respondiendo lo que quiero saber sobre cada una de tus aventuras y posteriores desventuras, ¿de acuerdo?

Suspiré totalmente resignada a abrir la boca una vez más, recibiendo de su parte un cariñoso beso sobre mi frente.

—De acuerdo —continué—. Como te comentaba, en un momento determinado todo se me fue de las manos. Yo... creí que estaba haciendo lo correcto aparentando quien no suelo ser y quien jamás seré. Por eso me decidí a actuar como la más zorra de las zorras al...

Mi padre tosió, deteniéndome y dándome a conocer con ello su evidente molestia.

—Por favor, remítete a lo más importante y procura dejar de lado esos apelativos, Magdalena Paz.

¿Magdalena Paz? ¡Vaya! Hace mucho tiempo que no escuchaba mi nombre por completo salir de sus labios, tal y como si estuviera recibiendo un regaño.

—¿Cómo fue que me llamaste? —Sonreí a mis anchas tras entrecerrar la mirada.

—Por mí te habría llamado “Paz a secas”, pero la terca de tu madre optó por Magdalena como primer nombre echándolo todo a perder, como siempre.

No pude dejar de reír, excusándome ante su comentario.

—Perdón, papá, pero... ¿Paz a secas? ¡Qué bonito e interesante nombre ibas a darme!

Enarcó una de sus cejas al entender que estaba bromeando.

—Agradece que no te llamé “Agua de lluvia”. Esa era mi segunda opción que tuve que desechar por culpa de...

—Sí, sí, ya lo sé, por mi madre.

—¡Lotería, palomita! —Exclamó a la par que sonreía entusiasmado—. Pero bueno, no nos desviemos del tema en discusión que aún no me apetece hablar sobre tu madre.

—¿Sabe que estás aquí?

—No. Pero pronto lo sabrá cuando le haga una visita.

—¿Qué tipo de visita?

Mi padre suspiró al mismo tiempo que elevaba la vista hacia el cielo de la sala y decía:

—Consigue que entre en razón, ¿quieres?

—¿A quién le hablas, papá?

—Al sujeto de allá arriba. Él y yo hemos estado algo conectados en este último tiempo.

—¿Ah sí? —Inquirí bastante sorprendida, porque mi padre no era precisamente un tipo de religiones sino, más bien, un hippie ateo—. ¿No me digas que le estás poniendo los cuernos a la Pachamama?

Al oírme soltó una enorme carcajada que brotó de sus labios con suma naturalidad mientras volvía a centrar su vista sobre la mía.

—No. No le estoy poniendo los cuernos a nadie. De paso, ella está muy bien y te envía saludos desde Ámsterdam. Ahora, ¿podríamos continuar, por favor, y dejar a la Pachamama fuera de esto y en paz?

Asentí, pero reprimiendo mis ansias de reír a destajo.

—¿Qué ocurrió después? Y procura ir al grano sin tanto rodeo —insistió, endureciendo el semblante y el tono de su voz.

Inhalé aire en profundidad antes de evocar y relatar con precisión lo que había ocurrido esa

noche de la cual creí que no iba a zafar hasta que tuve que nombrar, posteriormente, a Emanuelle al ser él, junto conmigo, uno más de los protagonistas de esta historia.

Al escucharme mi padre me abrazó con fuerza sin nada que acotar. Creo que mi relato lo había preocupado más de la cuenta, porque sentí fechacientemente como temblaba y maldecía entre dientes.

—Estoy bien —le recordé, viendo como se separaba de mí para admirarme de mejor manera a los ojos y decir:

—Tal vez lo estés, pero yo no lo estoy después de escuchar y asimilar lo que acabas de decirme. Tu madre, evidentemente, desconoce todo esto, ¿verdad?

Ahora fui yo quien tembló entre sus brazos del solo pavor que me provocó su interrogante.

—No sabe nada y espero que no lo sepa nunca, porque este es tan solo mi problema, papá.

—No, Magda, es mi problema y también el de Amanda —me corrigió sin que diera lugar a dudas—. Independientemente que seas una mujer hecha y derecha y que tomes tus propias decisiones, sean éstas favorables o no, somos tus padres y, juntos o por separado, todavía lo seguimos siendo. ¿Por qué no confiaste en mí? ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué cada vez que te pregunté si estabas bien lo afirmabas aún sabiendo que no era del todo cierto?

La verdad, no supe como responderle.

—Tomaste una decisión en la cual sacarías de apuros a Silvina, lo entiendo. Quisiste ser una buena amiga, muy bien. Pero lo que no comprendo ni dejaré de comprender nunca es... ¿Por qué seguiste adelante si sabías que podría resultar peligroso para ti? ¿Qué una vez no fue suficiente?

—Papá...

—Aún no he terminado, señorita —me interrumpió, decididamente—. ¿Y tu seguridad qué, Magda? ¿No pasó por tu cabeza, por un momento, la sola idea de que alguien podría hacerte daño? ¿De que algún hijo de puta podría aprovecharse de ti?

Cerré los ojos percibiendo como estos se humedecían con ligereza. Mi padre jamás se salía de sus cabales. Al contrario, él era todo amor y paz y ahora... parecía una bestia que había resurgido de las cavernas.

—Eres mi sol, eres mi vida, eres mi todo, Magdalena Villablanca.

—Lo sé y lo siento tanto, tanto, tanto...

Las manos de mi padre se apoderaron de mi rostro en cuestión de segundos, consiguiendo con ello que abriera mi cristalina vista de par en par.

—Dime, ¿qué hubiera hecho yo sin ti? ¿Qué habría sido de mí si algo te hubiese pasado?

Sollocé muy avergonzada dejándome caer en sus brazos.

—No todas las personas son ni serán buenas, hija. No todas las personas querrán lo mejor para ti. Lamento mucho que tengas que oír esto, pero Silvina se equivocó rotundamente pidiéndote ese favor. Porque si te hubiera querido de corazón, si hubiera sido tu amiga del alma, como tú sueles llamarla, jamás lo habría hecho.

Guardé silencio sin nada que rebatir porque sus palabras eran del todo ciertas.

—Perdona que te abra los ojos de esta manera, palomita, pero te quiero y me preocupo por ti —afectuosamente terminó besándome la coronilla un par de veces—, y es mi deber guiarte y hacerte entrar en razón aunque la verdad duela.

—Lo sé, y sabes que te amo por eso y por muchas cosas más. Pero dijiste “hijo de puta”.

Mi padre movió la cabeza de lado a lado, sonriendo.

—Todo es culpa de la Pachamama —se excusó, logrando hacerme reír con su divertida acotación—. Sabes que no soy un hombre violento y que tampoco me gusta denigrar o hablar mal de las personas, pero ese infeliz se lo merecía y se lo buscó. A todo esto, ¿me puedes presentar a Emanuelle, por favor?

¡¡¿Alóóóóóó?!! Abrí mis ojos como platos y al segundo terminé irguiendo la cabeza.

—¿Qué tú qué?

—Si me puedes presentar a Emanuelle —replicó.

En ascuas me dejó tras haber pronunciado esa significativa respuesta.

—Pero... ¿Para qué quieres... conocer tú a... Emanuelle?

—Bueno, para personalmente darle las gracias por haber cuidado y protegido a mi hermosa palomita. ¿Puedes pedirle que venga hasta el taller? Me gustaría charlar con ese muchacho. Porque supongo que es un muchacho...

Asentí quedamente pretendiendo no haber escuchado lo que ya había oído con creces. Porque... ¡Santo Dios! ¡Rayos, truenos, relámpagos y jodidas centellas! ¿Presentarle a Emanuelle? ¿Yo? ¡Mi padre no podía estar pidiéndome precisamente eso!

Y después de su tan sincera petición-afirmación solo pude expresar en mi defensa: ¡Bravo, Magda! ¡Bravísimo! ¡Maldición! ¿Y ahora qué?

A la mañana siguiente el taller era un verdadero caos. Gaspar iba y venía dando órdenes a diestra y siniestra tanto al Gringo como a tres hombres más, a los cuales no había visto en toda mi condenada vida, quienes desarmaban y trabajaban con suma rapidez, concentración y ahínco en lo que sea que estuvieran montando y que, obviamente, tenía que ver con vehículos.

Luego de prepararme un café y retomar mi labor al ordenar el desastre que Gaspar mantenía en su oficina, entre documentos, facturas, registros, mi teléfono empezó a sonar sobresaltándome de la sola impresión que me causó su vibración en mi bolsillo cuando, al sacarlo de allí, tan solo vi el nombre de Silvina inserto en la pantalla.

Suspiré evocando las palabras de mi padre —“la verdad que duele” como la había definido—, antes de contestar y decir:

—¿Qué tal, Divina? ¿Todo bien?

—Eso me gustaría saber, Magda. ¿Tú lo estás?

—Muchísimo —a pesar del intento fallido con David Garret que, en parte, había sido compensado por la inesperada llegada de mi padre desde Ámsterdam—. Mi padre está aquí —le informé.

—¡Es fenomenal! Por eso se te oye tan feliz. Sinceramente, me alegro que así sea.

—Gracias, Silvina. También yo porque lo necesitaba y extrañaba un montón y...

—¿Y? —Preguntó con ansias.

—Él ya conoce toda la verdad —me animé a confesar, porque me había cansado de utilizar a mi antojo las mentirillas piadosas de ocasión.

—¿Qué verdad, Magda?

—Toda, pero toda la verdad. A excepción de la tuya, claro está.

Mi amiga guardó silencio. Un profundo silencio que a todas luces me dio a entender que algo le sucedía.

—No quiero imaginar lo que piensa de mí —murmuró, apenada.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro que puedes.

—¿Y tú puedes ser del todo sincera al responderla?

—Sabes que lo haré.

—Si tuvieras la oportunidad de devolver el tiempo,... —tomé aire repetidas veces antes de finalmente formular—, ¿volverías a pedirme que me convirtiera en una zorra por accidente?

—No —contestó al instante—. No lo haría. ¿Y sabes el por qué? Porque no hay hora o momento del día que no me arrepienta por haberlo hecho.

Y algo me decía que no estaba tomándome el pelo con aquello y que hablaba nada menos que desde el corazón, aunque claramente sus palabras salieran desde su boca. ¡Ja! Sí, eso fue un estúpido chiste sin importancia.

—¿Ahora puedo hacerte una pregunta yo a ti?

—Claro que puedes, Divina.

—Algún día... ¿conseguirás perdonarme?

Rápidamente un pensamiento vino a mí. Uno en particular que tenía que ver directamente

con...

—Con una condición, Silvina.

—Por favor, Magda, esto ya parece un Deja Vu —logré oír el profundo suspiro que me brindó por el aparato telefónico—. ¿Me tengo que asustar? ¿Ponerme histérica? ¿Asesinar a alguien, tal vez?

—Por de pronto ninguna de las anteriores, aunque meditándolo bien... tu pregunta número uno y número 2 tienen mucho que ver con lo que voy a pedirte a cambio.

—Pues escúpela ya que me están entrando los nervios y el pánico. ¿Qué quieres, Magdalena?

Lo que quería poseía un solo nombre. Uno que bien conocía y al que, de una vez por todas, debía hacerle frente como Magda y Leonora, juntas.

—Necesito ver a Loretta —respondí—. Llegó la hora de ver y enfrentar a la zorra mayor.

El enorme y ostentoso inmueble de Loretta Santoro al fin lo tuve frente a mí, al cual admiré en todo su esplendor, embobada. ¡Vaya! ¿Qué veían mis ojos? Nada menos que lujo y sofisticación combinado con la petulancia y arrogancia típica de una poderosa mujer que lo tenía todo y, a la vez, no tenía nada. La dualidad perfecta, ¿no? Y la que le quedaba como anillo al dedo.

—¿Algo más que deba saber con respecto a ella? —Pregunté valientemente antes de utilizar a Silvina como mi conejillo de indias en lo que iba a suceder.

—Sí. No dejes que te subestime. Recuerda que tienes al Santoro por los cuernos.

Sonreí a medias evocando a Emanuelle y a la dichosa petición de mi padre.

—No vine aquí para jugar sucio sino para pactar un trato que estoy segura le interesará.

—¿Qué tipo de trato tienes en mente? —Silvina no podía mantener su intranquilidad a raya—. Necesito saber que harás para apoyarte en ese momento y...

—¡Oh no! —La detuve—. Tú no estás considerada en esto.

—Pues te tengo noticias, ya es tarde para ti, porque si vas a entrar en la guarida de esa zorra lo harás, pero conmigo. Te dejé sola una vez, no me pidas, menos pretendas que lo haga de nuevo.

Clavé fervientemente mi mirada sobre la suya antes de oír:

—Es eso o nada, amiga. ¿Lo tomas o lo dejas?

—Silvina...

—Lo tomas o lo dejas —replicó alzando la voz y apartando una de sus manos del volante de su coche para depositarla sobre una de las mías—. La conozco como la palma de mi mano y sé muy bien como funciona esa mujer. Por lo tanto, vuelvo a repetírtelo, ¿lo tomas o lo dejas, Magdalena Villablanca?

¿Tenía otra opción? Al parecer, no me quedaba ninguna.

Asentí a regañadientes, observando al mismo tiempo como tomaba su móvil y comenzaba a buscar con suma templanza un número entre sus contactos telefónicos.

—De acuerdo. Aquí está. Pero antes de marcar necesito saber qué tipo de trato le ofrecerás a cambio.

—El que jamás se imaginó que alguien como yo llevaría a cabo. Ahora, Silvina Montt, haz la llamada que yo me encargo de todo lo demás —la animé mientras ambas nos observábamos sin siquiera parpadear frente a la enorme mansión en la cual estábamos estacionadas.

Al cabo de unos minutos ya hacíamos ingreso a la propiedad. Y al cabo de otros —y luego de aparcarnos a un costado de la enorme fuente de agua que se encontraba situada al frente del jardín—, ya éramos conducidas por un mayordomo hacia una sala de estar donde impaciente nos esperaba la mujer con la cual hoy tendría el placer de lidiar, pero lamentablemente para ella lo haría bajo mis propios términos y condiciones.

—Estoy aquí, preciosa —susurró Silvina otorgándome un guiño y a la vez un cordial apretón en mi mano izquierda que correspondí al instante mientras seguíamos avanzando hacia lo que nos deparaba un incierto destino.

Después de cruzar una enorme estancia entramos de lleno en una habitación en la cual Loretta se encontraba bebiendo y fumando un cigarrillo. ¿Mi primera impresión? Estaba sumamente nerviosa y angustiada ante lo que iba a suceder y me lo demostró cuando, finalmente, volteó su rostro hacia nosotras, pero invadiendo mi mirada con la frialdad de la suya.

—Señora... —anunció nuestras presencias el mayordomo entrado en años que se detuvo a un costado de la puerta entreabierta.

—¡Tú y tú, fuera! —Exclamó Loretta con evidente cólera en clara alusión a él y, por supuesto, a Silvina a quien taladreo con la oscuridad de sus ojos negros—. Esto es entre ella y yo, y a ti no te concierne.

—Pues estás loca si piensas que me voy a largar —le rebatió mi amiga en un segundo.

—¡He dicho que fuera! —Golpeó el vaso contra la mesa del escritorio que adornaba el interior de esa lujosa sala plagada de fotografías que se apostaban en las paredes y que retrataban, en su totalidad, la figura de un pequeño niño de cabello rubio que yo bien conocía—. No me hagas repetírtelo dos veces, ¿quieres?

¡Rayos! La quería y necesitaba en sus cabales y no precisamente echando chispas volátiles por sus ojos. Por lo tanto, Silvina con su presencia, no me estaba ayudando para nada.

—Espérame afuera —pedí de dulce manera rodando mis ojos hacia ella—, por favor.

—No, Magda, ni lo sueñes.

—Haz lo que te pido. Loretta tiene razón. Esto es entre ella y yo.

Movió su cabeza de lado a lado, negándose a hacerlo, y se estremeció al oír el poderoso rugido con el cual la zorra mayor inundó hasta el más recóndito espacio vacío de esa sala.

—¿Qué no la oíste? ¡¡Fuera!!

Asentí dándole a entender, por amor de Dios, que eso hiciera, no sin antes constatar como ella empuñaba sus manos en señal de verdadera frustración e impotencia.

—¡He dicho fuera, maldita sea! —Vociferó una vez más, iracunda, al tiempo que el mayordomo y Silvina se perdían, definitivamente, tras la puerta que se cerraba por completo a mi espalda.

«De acuerdo. Paso uno, conseguido. Vamos por el dos, Magda. Tú puedes hacerlo».

Volteé mi rostro hacia ella demostrándole mi serenidad frente a lo que ocurriría. Gesto que no se tomó del todo bien al darle una última calada a su fino cigarrillo.

—Ya era hora —comentó con sarcasmo—. No sabes cuántas ansias tenía de que este momento

llegara.

—Lo mismo digo. Pero ya que estamos aquí iré directo al grano, si te parece bien.

—Me parece perfecto. Tú dirás, muchacha. ¿Qué te trajo hasta aquí?

—En primer lugar, no estoy aquí por ti, sino por Silvina y Emanuelle.

—¡Qué es lo que quieres! —Exclamó furiosa e impaciente al oír el nombre de su hijo salir disparado de mis labios—. ¡Sé clara y no me hagas perder mi valioso tiempo porque yo...!

—No necesito de tus amenazas, Loretta. Afortunadamente, no funciona así. Por lo tanto, si quieres que sea clara y no te haga perder tu valioso tiempo me vas a escuchar guardándotelas en cada uno de tus bolsillos, ¿te parece?

Bebió con ansias el último sorbo de lo que aún contenía el vaso de licor que sostenía en una de sus manos.

—Estoy aquí por mi libertad, por tu hijo...

Al oírme tensó hasta el más mínimo músculo de su cuerpo.

—Y por un trato que tú y yo debemos pactar.

—¿Qué trato es ese?

—Un trato que versa sobre mi silencio y Martín De La Fuente.

Entrecerró la mirada en el acto a la par que pretendía hacerme añicos con ella.

—Ya veo. Suena interesante. ¿Quieres negociar?

—No. No te confundas. No vine a negociar, vine a pactar lo que harás sin dar tu brazo a tocer y nada menos que por Emanuelle Santoro, tu hijo —reiteré tras replicar con fuerza ese apelativo notando, de inmediato, como se cristalizó su vista al centrarla en cada una de las fotografías de ese salón—. Quiero que sepas que tu secreto está a salvo conmigo —confesé sin moverme de mi sitio, percibiendo como la adrenalina de ese momento fluía a raudales por mis venas mientras se me disparaba a mil—. Jamás diré nada sobre tu “otra vida”. ¿Por qué? Simplemente, porque nada de ella me incumbe. Si elegiste amar a Silvina fue tu opción y yo no soy nadie para destruir la vida de Emanuelle y la tuya revelando lo que no me concierne. ¿No

crees que ya tiene suficiente con ser el hijo de Loretta Santoro?

Sin que lo advirtiera, un par de fugaces lágrimas terminaron derramándose por las comisuras de sus ojos.

—Solo quiero recuperar mi libertad. Solo ansío volver a ser la mujer que un día fui, pero sin tener miedo; sin tener que estar escondiéndome o transformándome cada noche en quien jamás seré. Yo... soy solo Magdalena Villablanca, tal y como me ves aquí, frente a ti. Jamás iré por la vida destruyendo a la gente. ¿Por qué tendría que hacerlo contigo? Dímelo. ¿Por ambición? ¿Por avaricia? ¿Por conseguir más y más arrastrando conmigo a quién se me cruce por delante? —Luché contra mis propios sentimientos encontrados que, en ese momento eran bastantes—. No. Lo siento. Jamás podría hacer algo así.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto, muchacha? ¿Qué quieres conseguir?

—Eso no puedo decírtelo yo, pero tal vez algún día puedas respondértelo tú misma. Aunque... ¿nunca has hecho algo por alguien más sin esperar o pedir nada a cambio? —Ahora fui yo quien admiró las fotografías que se situaban a mi alrededor mientras ella sollozaba en silencio. Y posteriormente, nos observamos otra vez por unos largos minutos cuando se aprestaba a responder con un poco más de calma y entereza lo siguiente:

—Con todas sus letras —irguió la mirada—. ¿Qué es lo que quieres a cambio de recobrar tu libertad?

—Es bastante simple de entender si me dejas explicártelo.

—Habla —pidió, concluyentemente—, y asegúrate de entregarme todos los detalles, por favor.

¡Wow! ¿Había dicho, “por favor”? ¡Vaya! Eso significaba que... ¿cedería así sin más?

—¿Estás segura? —Inquirí, precipitadamente.

—Elegiste venir hoy aquí por tus propias convicciones y yo acepté escucharte porque también tengo las mías. Así que dime lo que quieres a cambio y terminemos con esto de una vez.

—Una última cita con Martín De La Fuente —especifiqué de golpe y sin que me temblara la voz—. Eso es lo que quiero. Una última cita en la cual... tú también estarás presente.

Unos minutos después la charla entre nosotras llegó a su fin. ¿Y yo? Salí de esa habitación a paso veloz con Silvina pisándome los talones.

—Tranquila, Magda. Tranquila —decía como si estuviera repitiendo una letanía—. Todo va a estar bien.

—Larguémonos de aquí —suplicué con ansias—. Por mi parte, ya no tengo nada más que hacer o decir.

Avanzamos por aquella gigantezca casa con el mayordomo siguiéndonos de cerca y al cual Silvina quiso desechar, manifestándole en reiteradas ocasiones que conocía de sobra dónde se situaba la puerta. ¿Y qué ocurrió después? Lo que no creí que sucedería en tan poco tiempo al detenerme de intespestiva manera en las escaleras del umbral cuando, de un todoterreno aparcado junto al deportivo rojo de Silvina, descendió Emanuelle aniquilando mi respiración y mis ganas de seguir luchando contra lo que sea que estaba luchando.

Nos observamos detenidamente. Nos admiramos como si ninguno de los dos comprendiera a cabalidad que hacía el otro aquí cuando, la verdad, ésta era la casa de su madre y, por ende, la suya. ¡Qué bruta, Magda, por Dios! Bueno, ¿y qué querían que pensara si en este instante todo de mí estaba más que revolucionado debido a la charla con Loretta?

—Hola —saludó contrariado a la vez que se quitaba sus gafas de sol de modelo aviador.

—Hola —respondió Silvina por mí ante mi inusitado mutismo.

—¿Está todo bien? —Quiso saber, pero centrando más bien sus ojos en los míos.

—Eso te lo puede responder ella —comentó en clara alusión a mí, sorprendiéndome, al tiempo que palmeaba mi espalda con cariño—. ¿No es cierto, Magda?

—Eeehhh, sí —afirmé obnubilada por el brillo de sus ojos y su rostro que ahora, y más que antes, me parecían realmente difíciles de no contemplar.

Silvina nos dejó a solas mientras dirigía su andar hacia su vehículo y yo... suspiré, presintiendo su evidente interés en que hablara de una vez para entender todo lo que aquí se suponía que estaba sucediendo.

—Magdalena —pronunció mi nombre en una suave cadencia que se filtró con rapidez por mis oídos, invadiéndolo todo—. ¿Podrías...?

—Lo siento. No quise dejarte varado en plena carretera.

Al segundo, cruzó sus brazos por sobre su pecho dándome a entender que no me creía una sola palabra.

—Bueno, tal vez en ese instante sí deseé hacerlo —corregí—, pero luego me arrepentí de ello.

Emanuelle sonrió de medio lado.

—¿Segura?

Asentí, pretendiendo recuperar el ritmo normal de mi respiración un tanto agitada.

—Debí escucharte —añadí honestamente—. Lo siento también por eso.

—Sí, debiste, pero ya está. Ahora, ¿podrías hacerme el favor de explicarme a qué se debe tu presencia en esta casa?

Moví mi cabeza de lado a lado, negádoselo. ¿Por qué? Sencillamente, porque a su madre le había entregado mi palabra de guardar un estricto silencio sobre lo que ella y yo habíamos pactado.

—No.

—Magdalena...

—No insistas. No es necesario desde mi punto de vista —alcé mis hombros como si estuviera restándole importancia a este asunto, cuando sabía perfectamente que este asunto en particular sí era demasiado importante para obviarlo.

—¿Y desde mi punto de vista? —Ansió saber.

—Desde tu punto de vista... —lo medité a la par que dibujaba en mi semblante una maquiavélica sonrisa que lo perturbó—. ¿Podrías venir al taller más tarde o cuando te apetezca hacerlo?

Tragó saliva como si lo necesitara o... ¿se atragantó con ella?

—Quizás te suene ilógico que yo te lo esté pidiendo después de lo que entre nosotros ocurrió, ¿verdad?

—Me acabas de leer el pensamiento.

—Bueno, Emanuelle, te lo estoy pidiendo porque hay una razón de peso.

—¿Y esa razón de peso es?

—Mi padre. Él acaba de llegar desde Ámsterdam y su hija, a la cual tienes enfrente, le ha contado toda la verdad sobre... “todo” —me rasqué el cuello presintiendo que mi condenada urticaria comenzaba a cobrar vida y hacer de las tuyas en este exacto momento. ¡Qué maravilla!—. Y cuando me refiero a todo es “todo”. Inclusive, a tu participación como James Bond aquella noche en particular, ¿la recuerdas?

Susurró algo entre dientes, enarcó una de sus cejas y evocó aquella situación que, al igual que a mí, no nos traía muy gratos recuerdos.

—Y él quiere... —. ¡Por Dios! ¡Por qué me costaba tanto hablar mientras él no cesaba de observarme!—... que tú... o sea, que yo...

—Magdalena, si lograras hablar con cierta fluidez, te lo agradecería y, por ende, comprendería mucho mejor lo que quieres decir.

Y yo también me lo agradecería de corazón porque, sin duda alguna, me estaba comportando como la más boba de las bobas sin conocer el bendito por qué.

—De acuerdo. Solo deja que normalice mi respiración. Okay, ya está —tres, dos, uno, cero—. Él quiere conocerte.

—¿Conocerme?

—Así es. ¿Podrías, tal vez, planteártelo?

Sin entender por qué lo hizo, volteó el rostro hacia Silvina y luego clavó la mirada sobre la gravilla del piso como si algo sucediera con él. ¿Pero qué?

—No puedo —comentó, sobresaltándome de la sola impresión que me causó su inesperada respuesta. La verdad, jamás pensé que me diría eso y tan suelto de cuerpo—. Lo lamento.

Y ahí estaba, al interior de mi pecho, aquella maldita opresión que resurgía de entre mis cenizas para hacerme trizas el alma. ¿Lo lamento?

—¿No... puedes? —Formulé extrañada intentando por todos los medios posibles e imposibles también que alzara su mirada para conectarla con la mía—. ¿Por qué no puedes?

—Porque no puedo —replicó, logrando al fin levantar la vista con la cual ni siquiera quiso observarme—. Tan simple como eso —suspiró antes de dar el primer paso para retomar su marcha—. Discúlpame con tu padre, por favor, y... adiós —. Volvió a colocarse las gafas de sol antes de abandonarme a mi suerte sin nada más que decir al respecto. Y de la misma manera, caminó hacia la entrada de la casa consiguiendo que mi opresión se hiciera más patente en mí, a tal grado de percibir como si algo en mi interior se hubiera roto en mil pedazos. Unos pedazos que me herían de sobremanera al tenerlo tan cerca y a la vez tan lejos pronunciando un “Adiós” que me negué a asimilar del todo. Porque cuando ya no significas nada para alguien solo lo sabes, aunque ese alguien no te lo diga con palabras; solo lo sientes en lo más profundo de tu ser. Porque lamentablemente la indiferencia jamás pasa desapercibida para nadie y puede provocar tanto daño. Sí, tal y como el que yo estaba sintiendo en este preciso momento... gracias a él.

Veintitres

Dos días después...

—¿Te das cuenta que así puedes llevar todo en orden en lo que respecta a cada uno de tus clientes, proveedores y acreedores sin que esta oficina parezca un bendito caos? —Formulé, mostrándole a Gaspar todo lo que había conseguido hacer en estos dos días, en los cuales me había abocado en mente, alma y corazón solo a trabajar obviando, por lo demás, las situaciones que había vivido con Emanuelle y David Garret.

—Eres buena. Realmente buena —admiró bastante sorprendido como su despacho parecía otro y no el desastre con el que continuamente tenía que lidiar cada día de su vida—. ¿Estás segura que todo se encuentra ahí? —Acotó no muy convencido entrecerrando la mirada e indicando las carpetas que se encontraban debidamente apiladas en orden sobre uno de los libreros que, al parecer, ni siquiera sabía que existía al interior de esa habitación.

—¿Con quién crees que estás hablando, Australopithecus?

—¿Con mi mano derecha y también la izquierda? —Sonrió gratamente complacido a la par que caminaba hacia el sofá en el cual yo me situaba, y en el que segundos después se sentó tras suspirar profundamente y añadir—: estupendo trabajo, peque. Estás contratada. Pero dime una cosa, todo esto... ¿siempre estuvo aquí?

—Sí, pero bajo tu desorden —confirmé—, y lo que no ves se encuentra respaldado en tu computadora.

—¡Vaya! —Demás está decir que este hombre parecía realmente desconcertado con la reorganización de su oficina que incluía también a su negocio. Porque no me había encargado solamente de archivar, guardar, registrar, limpiar, ¡no señor! Todo esto iba más allá de ello y él, poco a poco, se estaba dando cuenta de eso.

—¿Puedo decir algo a tu favor y, por ende, a mi favor?

Sonreí al escucharlo, asintiendo al instante.

—Olvídate de buscar otro trabajo porque tú aquí te quedas.

—¡Wow! Viniendo de ti hasta parece un halago. ¿Es también una declaración de amor, Gaspar Villablanca?

—Así es —quedamente una de sus extremidades me rodeó por completo—. ¿Dónde estuviste toda mi vida, corazón?

—Mmm... ¿metiendo la pata, cometiendo error tras error y viviendo situaciones desacertadas?

—Y creciendo —me abrazó mientras me atraía hacia él—. De eso se trata la vida, peque. Caerse es igual a ponerse de pie, pero con la diferencia unánime de que lo haces para avanzar con más fuerza y seguridad con la cual lo hiciste antes. ¿O qué? ¿Creíste que todo era fácil de conseguir?

Apoyé mi cabeza en su pecho para oír el latido de su corazón.

—No me estoy quejando. Solo estoy exponiendo los hechos. Sé que la vida no es fácil, Gaspar, y sé también que lo que uno siembra, finalmente, lo cosecha.

—¿Qué ocurrió? —Me brindó un cálido beso en mi coronilla—. ¿Tu móvil ya dejó de sonar?

No supe si debía reír o llorar frente a su sarcástico y cruel comentario.

—¡Cabrón!

Reímos como dos locos sin remedio al tiempo que un largo suspiro se me arrancaba del pecho.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro que puedes, pero antes quiero que sepas que no pagaré vacaciones en el Caribe o algo semejante. Ya El Gringo me puso al tanto de tu tan amena forma de tratar a los clientes.

Alcé la mirada hasta depositarla en la suya.

—Ese Gringo tiene la boca muy floja, ¿lo sabías?

—Lo siento, pero ya no puedo deshacerme de él. Es mi mejor mecánico, nena.

—Aún así sigue siendo un boca floja —confirmé, sintiendo como una de sus manos buscaba una de las mías para entrelazarla—. Pero está bien. Aprenderé a vivir con ello.

—Sé que lo harás al igual que con lo que te aqueja. ¿Te encuentras bien?

Sinceramente, me habría gustado responder a esa pregunta con suma facilidad.

—Lo estaré, solo necesito algo de tiempo. Creo que también debo aprender a convivir con mi bendita suerte antes de avanzar.

—No pienses más en ello. Lo que ocurrió ya ocurrió y para bien o para mal, quizás debía suceder de esa manera.

—Una que, por lo demás, aún no me es sencilla de comprender.

—Hay muchas cosas que jamás vamos a comprender y otras que son, y serán, siempre un completo misterio.

Suspiré mientras el recuerdo de David y Emanuelle invadían cada ínfimo recoveco de mi mente.

—Quizás tengas razón.

—O quizás no —insinuó alzando nuestras unidas manos para besarlas con ternura—. Con el condenado y puto amor, como le llemas tú de tan singular manera, nunca se sabe, Magda. A veces ganas, a veces pierdes...

—Y otras... te quedas sola.

—Tú no estás sola —me repitió como tantas otras veces lo había hecho—, y jamás lo estarás. Creo que no lo recuerdas en este momento, pero... —sonrió antes de brindarme un leve apretoncito en uno de mis hombros—: te lo comenté hace algo de tiempo; una noche, para ser exactos. Y solo porque eres tú, mi nena favorita, te lo repetiré otra vez.

Clavé mis vista en la suya oyendo aquellas palabras que, sin duda alguna, calaron con fuerza dentro de mi, por ahora, alicaído y confundido corazón.

—El mundo es redondo, ¿lo sabías? Y cualquier lugar que hoy pueda parecer el fin, tal vez mañana pueda significar tan solo el principio. Por lo tanto, si decides avanzar asegúrate de hacerlo a paso firme y sin que nada ni nadie te detenga. De lo contrario, si vas a mirar hacia atrás, que solo sea para tomar impulso, Magdalena. ¿No es tan difícil o sí?

—No. No es tan difícil de conseguir.

—Entonces, ven aquí —manifestó tras ponerse de pie y alzar hacia mí una de sus extremidades—. Nunca es tarde para empezar desde cero.

Y yo lo sabía muy bien, porque no era la primera vez que lo estaba haciendo.

Renato Villablanca permanecía sentado sobre uno de los sofás de la enorme sala de espera del bufete de abogados para el cual trabajaba su ex esposa. Mientras observaba su reloj de pulsera con atención, su impaciencia crecía a raudales con el paso de los minutos. ¿Por qué? Nada menos que porque con ella hoy había decidido lidiar sin dilatar más el tiempo y las eventuales posibilidades que se suscitarían a partir de las que ya barajaba en su cabeza con algo más que precisión y detenimiento.

Con la mirada perdida en algún punto equidistante, y con los boletos de avión que sostenía en su mano derecha, se preparó física, psicológica y moralmente para lo que iba a acontecer. Porque sabía de sobra que hablar con Amanda jamás sería una tarea sencilla de llevar a cabo, menos al poner en el tapete la situación que los involucraba a ambos como padres y a Magdalena como el único fruto de su relación.

Suspiró profundamente y sonrió a medias al mismo tiempo que la puerta del despacho de su ex esposa se abría de par en par oyendo, desde el interior, como su voz rasposa se colaba con ligereza hacia sus oídos. Y pensó, mientras se ponía de pie en un acto reflejo, en las mejores palabras con las cuales empezar a hablar, porque conociéndola como la conocía evidenciaba —por no decir que intuía—, que entre los dos todo no iba a ser tan ameno ni tan cordial vislumbrando, además, que una posible discusión terminaría exaltándolos, como había sucedido la mayoría de las veces en cada uno de sus anteriores encuentros.

Renato, algo nervioso, volvió a suspirar pensando únicamente en Magdalena y en lo que posteriormente le propondría a su regreso al taller. Y de la misma manera, deslizó una de sus manos por su castaño y largo cabello que le caía sobre los hombros al tiempo que prestaba mayor atención a lo que Amanda no dejaba de manifestar a viva voz:

—Sí, no se preocupen por nada que yo me encargo de redactar los documentos. Apenas todo esté en regla se los hago llegar para que los analicen y podamos darle curso al advenimiento lo antes posible, por favor.

Decidida, metódica y muy capaz... tal y como la recordaba.

—Ha sido un placer, caballeros. Estamos en contacto. Hasta pronto —finalizó tras despedir a sus clientes sin siquiera percatarse de quien se encontraba ahí, admirándola a la distancia. Y la

verdad, ¿cómo iba a hacerlo? Si hace muchos años y por voluntad propia había decidido apartar a ese hombre de su vida, de sus pensamientos y también de su corazón.

Renato la oyó suspirar, la vio sonreír y también notó que lo hacía desde la boca hacia afuera. ¿El por qué? Todavía le era tan simple de comprender a pesar de los años que habían transcurrido tras su abrupta separación y posterior divorcio. Amanda estaba cansada de tener que lidiar con los problemas de otras personas cuando ni ella misma podía darle solución a los suyos. Y eso lo constató una vez más cuando la oyó formular “¿hay algo más para mí? ¿Mi esposo ha llamado? ¿Magdalena o, tal vez, Piedad?”, sin claramente obtener nada más que a él a cambio.

—Solo el señor que la espera, abogada —le comunicó la recepcionista, indicándole donde se encontraba aquella persona.

—¿Qué señor? —Inquirió de vuelta, girando el rostro hacia quien la dejó completamente perpleja, sorprendida, boquiabierta y hasta paralizada de la impresión que le ocasionó reconocer a su ex marido luciendo una sexy pinta de capitán de barco noruego más que la de un científico y botánico reconocido y premiado por sus pares que trabajaba para la National Geographic y vivía en el extranjero—. ¿Renato? —Formuló su nombre como una fugaz interrogante—. Pero... ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo llegaste?

—Ayer —No iba a entrar en detalles. No estaba aquí para eso—. Necesitamos hablar, Amanda, ¿tienes algo de tiempo?

Ella entrecerró la mirada en el acto antes de decir:

—¿Es importante?

—¿Crees que habría viajado miles de kilómetros desde otro continente para expresamente estar hoy aquí si no lo fuera? —Mantuvo en estado “neutro” su grandísima impaciencia.

—La última vez...

—Fue la última vez —la interrumpió de golpe—. Por mi parte ya no existen motivos para enrostrarte lo que con nosotros sucedió. Hace mucho tiempo cada uno tomó sus propias decisiones y un rumbo diferente.

—Entonces, ¿debido a qué estás aquí?

Renato sonrió a medias tras enarcar una de sus claras cejas.

—Por Magdalena, nuestra hija —enfaticó.

—¿Qué ocurre con ella? —Quiso saber al instante, acercándose más hacia él.

—Pues verás, este no es el lugar apropiado para hablar de ello. ¿Tendrías la amabilidad de invitarme a entrar en tu despacho, por favor?

—¿Qué ocurre con mi hija? —Sentenció eufóricamente sacándolo de sus casillas.

—Si no lo sabes tú que estás tan cerca de ella, ¿por qué razón crees que debería saberlo yo?

—Porque solo en ti confía. ¿Te parece esa una buena razón? —Aseveró, revelando un cierto grado de desilusión en su semblante.

¿Qué podía añadir Renato en su defensa? Nada más que aceptar que eso era del todo real.

—Por favor —pretendió calmarse—, si quieres que hablemos de ello lo haremos en otro sitio, pero no aquí enfrente de todo el mundo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —fijó a la par la mirada expectante en los boletos de avión que él sostenía en una de sus manos—. Marisa —volteó rápidamente la vista hacia la recepcionista—, no me pases ninguna llamada hasta que yo te lo indique. No quiero interrupciones de ninguna índole, por favor. El señor y yo debemos charlar en paz y a solas —puntualizó, decisivamente.

¿Paz? No era precisamente eso lo que ambos tendrían cuando Renato se aprestara a abrir la boca.

—Ahora tú —dirigió nuevamente la mirada hacia la de quien no cesaba de observarla—, hablarás entregándome hasta el último detalle sobre lo que sucede con Magdalena.

—Así lo haré.

—Pero antes dime una cosa... eso... —los indicó con su dedo índice—, ¿es lo que creo que es?
—Fulminó los boletos de avión una vez más, pero ahora con la vista entrecerrada.

—Sí, lo son. Y directo a Ámsterdam —le contestó al tiempo que comenzaba a caminar consiguiendo que ella lo siguiera de cerca.

—¿Dónde está mi padre? —Pregunté mientras trabajaba incansablemente, desde la laptop, reorganizando las cuentas bancarias del taller con respecto a algunos cobros y pagos.

—Solo sé que tomó el Corvette y partió de aquí con rumbo desconocido —respondió Fitz a la par que salía y entraba, de la oficina de Gaspar, con mucha regularidad y cargando un par de documentos en sus manos.

—¿Y Gaspar?

—Charlando por teléfono con un cliente. Hoy es día de entregas —me informó—. El Cadillac y el Maserati ya están listos.

Al segundo aparté la vista de la pantalla al relacionar al Maserati con Emanuelle elucubrando, como toda una experta en teorías conspirativas y no precisamente del FBI, que eso significaba claramente que él vendría hasta este sitio para llevárselo.

—¿Ambos los entregarán hoy? —Inquiri realmente entusiasmada percibiendo como mi corazón latía desbocado.

—Así es, pero después de las pruebas de rigor.

—¿Qué pruebas de rigor?

Se detuvo dejando de hacer lo que hacía para verme a los ojos y decir:

—Las que hacemos en terreno con los vehículos ya terminados. Depende del coche, llevamos al cliente a dar una vueltecita por ahí para que certifique, tanto dentro como por fuera, todo nuestro trabajo.

—Maserati —especifiqué.

—A la pista para sacarle algunas millas. ¿Por qué?

Sonreí encantada pensando en la posibilidad fortuita de...

—¿Quién hará la entrega del Cadillac?

—Este servidor.

Asentí notando como Fitz no cesaba de observarme realmente interesado en la sonrisa bobalicona que no dejaba de dibujar en mi linda carita de desquiciada.

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada o... tal vez sí. Eso quiere decir que necesitarán otro chofer, ¿verdad?

—¿*What?*—Inquirió al instante—. ¿Qué otro chofer?

—La que tienes enfrente de ti, por ejemplo.

—¿Tú? —Preguntó socarronamente al no ver a nadie más que a mí—. No me jodas, ¿quieres? Un Maserati no es precisamente un citicar, Magdalena.

—No me van los citicar, Gringo, te lo aseguro —le otorgué un guiño mientras me levantaba desde la silla en la cual me encontraba sentada junto a la mesa de trabajo—. Mi última marca personal en esa pista de velocidad fue de doscientos cuarenta y cinco kilómetros por hora en el Corvette de Tony “La Cobra”. ¿Qué tal, dulzura? ¿Cómo la ves?

—¡No me jodas! —Reiteró nada más que boquiabierto debido a la impresión que se llevó al haberme escuchado—. *¿Are you fucking kidding me?*

Me arrancó algo más que un par de carcajadas con su maravillosa y tan directa acotación.

—No. No estoy jodidamente bromeando contigo. Sé de lo que hablo y Gaspar también porque aún no lo ha olvidado. Por lo tanto, si no me crees, pregúntaselo. Ah, y haz lo que tengas que hacer con el Cadillac que yo me ocupo del Maserati y su prueba de rigor.

—Ya. ¿Y eso significa que te vas a ocupar también de su dueño? —Ansió saber, sonriendo a medias.

—Sí —afirmé envalentonada—, y de su dueño también porque él y yo tenemos algo pendiente.

Tomar la decisión de regresar a la mansión de Loretta, después de todo lo que había ocurrido, no fue nada de fácil para Silvina. Pero aquí estaba otra vez, lidiando contra cada uno de sus sentimientos encontrados y, a la par, con el mayordomo, quien no deseaba dar su brazo a torcer frente a lo que le solicitaba con suma compostura. Una que, por lo demás, sabía que perdería en cualquier instante si éste, finalmente, se negaba a ir por Emanuelle.

—Le estoy diciendo por las buenas que no me moveré de aquí sin antes hablar con él.

—Y yo le estoy diciendo también por las buenas que el señor Emanuelle, en este momento, no puede atenderla porque está ocupado, señorita.

—Entonces no se preocupe por mí porque tengo todo el tiempo del mundo disponible para esperarlo. Así que... —sonrió con perversidad mientras se sentaba en uno de los grandes y finos sofás de esa sala de estar que la cobijaba—, haga lo que tenga que hacer y olvídense de mí cuanto antes.

El mayordomo, al oírla, enarcó una de sus oscuras cejas en clara señal de que no llevaría a cabo lo que ella le pedía con tanto entusiasmo.

—Por favor, comprenda, señorita. No puedo hacer nada más por usted y...

—Sí, sí puede, pero no quiere. ¡Asúmalo! —Vociferó, tomándolo por sorpresa—. Y es tan fácil de entender, ¿sabe? Solo tiene que ir hasta donde tenga que ir y decirle al señor Santoro que Silvina Montt está aquí y que le urge hablar con él en este preciso momento.

—Señorita...

—¿Hablo en chino o en japonés por amor de Dios? —Nuevamente alzó la voz un tanto eufórica, desconcertándolo con ella—. ¡Es importante que hable con él! Ni siquiera se ha movido de su sitio desde que pisé esta casa, ¿y me está afirmando que “el señor Emanuelle” —subrayó—, está ocupado? ¡No me vea la cara de bruta que hoy no la he traído conmigo, por favor! Así que... —tomó aire repetidas veces antes de volver a expresar—: se lo diré detenidamente por si aún no lo ha entendido. Vaya donde tenga que ir y dígale al señor Santoro que...

—No hace falta —pronunció Emanuelle con la respiración un tanto agitada, apareciendo de golpe por un pasillo aledaño a la sala y sudado hasta rabiar como si hubiera vuelto de correr la maratón de la gran manzana—. Ya estoy aquí. Tu singular y tan dulce cadencia llamó mi atención mientras hacía ejercicio y me dio a entender que habías vuelto a esta casa. Ahora mi pregunta es, ¿debido a qué?

—La tercera es la vencida —comentó Silvina poniéndose de pie como si fuera un resorte—, y una situación en especial que me rompió el corazón y que tiene que ver directamente contigo y con Magda.

Emanuelle suspiró un tanto resignado, tal y como si se estuviera adelantando a cada uno de los hechos que iban a acontecer.

—Tú dirás. Soy todo oídos.

Antes de hablar, Silvina admiró de reojo al mayordomo que aún se encontraba en ese sitio, junto a ambos.

—Preferiría hacerlo sin público, por favor —sonrió con descaro—. No me lo tome a mal, pero no es nada contra usted.

El mayordomo bufó con ansias consiguiendo que Emanuelle riera ante el significativo gesto que realizó.

—Gracias, Conrado. Yo me ocuparé de la señorita.

—¿Está seguro, señor?

—Muy seguro —se limpió el sudor perlado de su frente con una de sus extremidades al mismo tiempo que advertía como él hacía abandono del lugar dejándolos, finalmente, a solas.

—Tú tampoco me lo tomes a mal, Emanuelle, pero... ¿Quién mierda se puede llamar Conrado?

—Él —le contestó al instante—. Pero no creo que estés aquí para debatir acerca del nombre del mayordomo de mi madre, ¿o sí?

—No —aseveró fuerte y claro—. Lo que me trajo hasta aquí es una razón en particular que no me tomará mucho tiempo explicártela.

—¿Y cuál es esa razón en particular, Silvina?

—Pedirte disculpas y liberarte de la condición que te exigí que llevaras a cabo con respecto a Magdalena.

Emanuelle no habló. Ni siquiera un solo sonido deseó emitir ante lo que con tanto interés ella había expresado.

—Fui muy egoísta al exigirte que la dejaras en paz cuando sabía de sobra que no tenía ningún derecho a imponerte o a reclamarte nada. Por un segundo pensé que hacía lo correcto, pero después de ver lo que vi reaccioné, y me di cuenta de que estaba equivocada.

—Agradezco tus palabras, pero equivocada o no ya tomé mi decisión, la cual pretendo cumplir como tal por el bienestar y la seguridad de Magdalena.

—No tienes que cumplir nada. ¿Qué no oíste lo que acabo de decir?

—Te oí perfectamente, Silvina, pero soy un hombre de palabra.

—Pues a mí me parece que para ser un hombre de palabra no estás comprendiendo nada —replicó—. ¿Qué no viste su rostro aquel día cuando estuvimos aquí? ¿Qué no notaste desilusión en su mirada? ¿Qué no advertiste lo que yo a todas luces vi y que fue demasiado enfático para cualquiera?

Silencio. Solo un sepulcral silencio los envolvió, el que fue reemplazado en cuestión de segundos por el sonido y la vibración del móvil que Emanuelle tenía alojado al interior del bolsillo del pantalón de deporte que llevaba puesto. Y el que cogió en el acto, dándose cuenta de donde provenía esa llamada que de tan afanosa manera anheló contestar.

—Disculpa, Silvina, pero debo...

—¡Haz lo que quieras! —Le manifestó muy molesta asesinándolo con la mirada—, pero si tienes tiempo de razonar piensa en lo que acabo de decirte. Créeme, no te tomará mucho tiempo hacerlo. Si no, por mí puedes irte a la mismísima mierda. Que tengas un buen día. Yo me largo —finalizó, dando sus primeros pasos hacia la entrada de la sala—. ¡Ah! Me olvidaba de algo sumamente importante —dijo a la distancia tras detener su apresurado andar—. Si ella después no desea verte o hablarte no digas que no te lo advertí —. Y así, desapareció de su vista dejando alojada en él una extraña sensación al igual que una completa incertidumbre que, en algo más que un par de segundos, resolvió al contestar la llamada, diciendo:

—Buenos días. Sí, soy yo. Perfecto. ¿Dentro de una hora en el taller? Claro que sí. Muchas gracias por avisarme.

—Te quedarás a cargo, nena.

Observé a Gaspar algo intrigada desde donde me encontraba trabajando, sin comprender a qué se refería expresamente con eso de “te quedarás a cargo, nena”.

—El cliente del Maserati en una hora estará aquí —añadió mientras revisaba un sin fin de boletas y documentos.

—¿Y se supone que tú irás con él a la prueba de rigor en la pista? —Pregunté.

—Supones bien. El Gringo acaba de entregar el Cadillac a su dueño e irá a la ciudad por algunos repuestos e insumos que necesitamos. Quien más que...

—Yo —pronuncié al instante—. Yo puedo llevar al dueño de ese coche a que realice la prueba de rigor.

Gaspar me observó algo aturdido tras mi efusivo comentario.

—¿Qué? ¿Tú?

—Sí —le corroboré muy segura de mis palabras—. Sería como mi prueba de fuego, ¿no crees? Ya estoy metida en el negocio y bueno, debo adquirir experiencia en el trato con los clientes. Tú me lo dijiste y yo lo acepté como tal. Además, quiero ganarme mis vacaciones en el Caribe, Australopithecus.

Gaspar sonrió en el acto.

—¿Estás segura?

Recité de memoria y de principio a fin, y sin tomar un poco de aire, el informe que Fitz había elaborado sobre el trabajo que se le había hecho al Maserati para restaurarlo.

—¿Qué te parece? Por lo demás es solo un auto y una prueba de velocidad. ¿Qué podría ocurrir? Y lo prometo, me morderé la lengua antes de expresar cualquier tontería que pueda arruinar el prestigio de tu negocio.

—Más te vale.

¿Eso había sido un rotundo sí de su parte?

—Pero quiero que vuelvas a leer ese informe —me advirtió, centrando la vista en los documentos que revisaba con sumo afán en su mesa de trabajo—, y coloques mucha atención en cada detalle técnico del vehículo, por favor.

—Sí, señor —sonreí a mis anchas.

—Y remítete solo a lo más importante con el cliente —añadió.

Eso ya lo sabía de sobra.

—No quiero sorpresas, Magda.

—No las tendrás. Puedes confiar en mí, te lo aseguro.

—En ti confío, pero no en él.

¿Qué había dicho? ¿De qué rayos hablaba Gaspar tan honestamente?

Lo observé, lo observé y lo observé. ¡Maldición! ¡Por qué no podía dejar de observarlo!

—No me mires como si estuvieras contemplando y a la vez hablando con un idiota —vaticinó—. Y responde lo que quiero saber, ¿cuántos Santoro existen en la ciudad, Magdalena?

Abrí mis ojos como platos y tragué saliva con suma dificultad comprendiendo, de buenas a primeras, lo que pretendía decir con aquello.

—¿Y cuántos pueden ser hijos de la tal Loretta? —Acotó, pero esta vez mirándome por el rabillo de uno de sus ojos.

«¡Válgame Dios! ¿Solo uno?».

—Haz lo que tengas que hacer —alzó la vista para depositarla finalmente sobre la mía—, estás en todo tu derecho, pero esta vez procura hacerlo bien.

Asentí como una autómatas con mi rostro enrojecido por completo.

—Te lo repito, no quiero sorpresas y eso incluye también a tu corazón.

Intenté balbucear, más no conseguí hacerlo.

—O el tipo sabrá de lo que soy capaz. ¿Me oíste?

¿Oírlo? ¿Cómo podía responder a eso? Ya sé: fuerte, claro y con todas sus letras.

—Puedo parecer un idiota —sonrió malévolamente mientras me lo reiteraba una vez más—, pero créeme, jamás lo seré del todo.

Y yo... me estaba dando cuenta de ello.

“En boca cerrada no entran moscas”. Dicho y hecho, porque desde que habíamos salido del taller con destino hacia la pista, Emanuelle se había negado a hablar obviando mi presencia todo el maldito camino. ¡Fenómeno! De paso, ¿qué quería conseguir con ello? ¿Volverme loca? ¿Sacarme de mis casillas, quizás? ¡Ja! No si yo conseguía hacerlo primero.

—Innovador, pero fiel a la tradición —recordé a cabalidad lo que había leído en la página web de la empresa de dicha marca de vehículos—. Todo un deportivo de raza —. Mutismo. Solo un indescifrable e incomprensible mutismo obtuve de su parte. ¡Maldición, Emanuelle! ¿Por qué no abres tu maldita boca?—. Me gusta su silueta por la natural fluidez de su volumen y el largo de su capó que está surcado por las clásicas hendiduras en forma de “V” que el restaurador corrigió en su totalidad para que no se vea dañada su imagen dinámica y agresiva —añadí, preguntándome: ¿Aló? ¿Hay alguien en casa?—. Siete mil cien vueltas por minuto en sus cambios de marcha... no está nada mal para su motor V8 de 4,2 litros de capacidad y la excepcional transmisión hidráulica que posee —mantuve mi serenidad tras morderme el labio inferior cuando vislumbraba la pista de velocidad que se mostraba en todo su esplendor a la distancia—. No como mi Mustang del ‘67, claro está, pero para unas cuantas vueltecitas creo que podría llegar a gustarme. ¿Qué opinas? ¿Llevas puesto el cinturón de seguridad?

Un solo y rápido vistazo me otorgó al notar como hacía ingreso a la pista sin siquiera deshacer un poco.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Sonreí al escuchar de nuevo el fiero sonido de su voz. Lo había conseguido. ¡Lotería!

—Conducir y certificar en gran medida que los mecánicos de nuestro taller han hecho un gran trabajo. De eso se trata la prueba de rigor, ¿o no?

—No, no lo harás —me advirtió, posando enseguida sus enigmáticos ojos en el velocímetro que, poco a poco, ascendía y ascendía—. Puede resultar peligroso si no estás segura de...

—¿Hacerlo? —Le otorgué un guiño al instante—. No te preocupes por mí, intentaré no llegar a los doscientos ochenta y cinco kilómetros por hora. Esa es su velocidad máxima, ¿verdad?

—Magdalena, estoy hablando en serio.

—De cero a cien kilómetros en 5,2 segundos. ¡Muy bien!

—¡MAGDALENA!

—Ya me cansaste, Emanuelle. Así que por ahora, hazme un favor, ¿quieres?

—¿Qué favor? —Inquirió sorprendido, interesado y preocupado.

—Vuelve a mantener tu boca bien cerrada y solo asegúrate de disfrutar del paisaje y mi conducción, que ya tengo enfrente la primera curva —enfaticé, concentrándome en tomar con fuerza lo que para mí era nada menos que un maravilloso deleite, tanto al tacto como a la vista.

Decir que estaba feliz volando como un ave en casi plena libertad era quedarme corta. Me refiero a “casi plena libertad”, porque Emanuelle, tenso en su asiento, no daba crédito a lo que veía, comprobaba, y trataba de entender mientras me veía alcanzar con suma facilidad los ciento ochenta kilómetros por hora sin siquiera chistar o volverme loca.

—¿Dónde aprendiste a conducir así?

—En los autitos chocadores —bromeé en clara alusión a las ferias itinerantes de juegos de entretenimientos que visitaba cuando llegaban a la ciudad cada cierto tiempo.

—Hablo en serio, graciosa.

—Es parte de la cultura de mi familia paterna —le di a entender cuando ya rebasaba con creces la primera curva—. Te lo contaré en otra oportunidad. Ahora me urge saber otra cosa.

—¿Cómo conseguir que mi coche frene sin que terminemos volcándonos, por ejemplo?

—Cobarde. Todos los hombres son una tropa de cobardes cuando ven conducir a una mujer.

Rió como si le hubiera contado el mejor de los chistes. Al menos, eso me dio a entender que se estaba relajando. Punto positivo para mí.

—Aparca.

¿Había oído bien?

—Lo siento, pero estamos desarrollando la prueba de rigor y...

—Estaciónate junto a los “Pits” —me señaló con evidente tono de exigencia—. Tú y yo debemos hablar. Te lo debo.

Y ante esa frase que manifestó muy seguro de sí mismo, deshaceré y terminé aparcándome donde me había dicho que lo hiciera.

Unos minutos después, escuché con mucha atención la historia de su niñez y evidencí el vacío que había dejado Loretta en su vida al momento de dejarlo al cuidado de su propio padre, a quien hasta el día de hoy Emanuelle también lo consideraba el suyo.

—Mi madre tenía una vida hecha y un “trabajo” —subrayó—, que no estaba dispuesta a dejar de lado por un pequeño niño, aunque ese niño fuera su único hijo. Por lo tanto, decidió vivir una vida sin mí, obligándome a tener que vivir mi vida sin ella.

—Lo siento muchísimo, Emanuelle.

Suspiró al escucharme, volteando instantáneamente la cabeza hacia un costado para que no contemplara el cierto grado de desilusión que aún reflejaba su semblante.

—Gracias, pero cada quien toma sus propias decisiones, Magdalena, y cada quien sabe de sobra lo que debe y no debe hacer. A pesar de todo lo que ha sido y lo que ha hecho en su vida es y seguirá siendo mi madre y si decidió dejarme al cuidado de mi abuelo para que él velara por mí siento que no soy nadie para juzgarla. Y en cierta medida, agradezco que todo haya sucedido de esa forma, de lo contrario, no sé que habría sido de mí bajo el cuidado de Loretta.

—Y... ¿tu padre? —Ansié saber notando como rodaba sus ojos hasta posicionarlos en los míos.

—No lo sé —lo dijo como si en realidad no le importara lo más mínimo la presencia de ese hombre en su vida—, y aunque suene algo frío o egoísta de mi parte, no me interesa saber quien es o quien un día fue. Mi abuelo fue quien se preocupó por mí, fue quien me educó y me entregó lo necesario con lo cual salí adelante. A él le debo todo lo que soy —esta vez dejó caer la vista en el carísimo reloj de pulsera que llevaba puesto en una de sus muñecas y el que yo había visto con anterioridad—. De él conservo los mejores y más hermosos recuerdos y estoy seguro que no quiero ni necesito tener otros con alguien más—. Y no tenía que decírmelo dos veces para que yo lo diera por sabido.

—Tal vez fue solo esperma —deduje, suspirando.

—Sí, tal vez fue solo esperma y algo de suerte —repitió.

Nos observamos un instante guardando ambos un debido silencio. Un mutismo que a todas luces nos decía que algo se había roto entre los dos.

—Entonces...

—Deberíamos regresar —manifestó, desconcertándome. ¿Quería alejarse de mí? Sí, lo quería. No había que ser muy inteligente para dilucidarlo y comprenderlo. ¿Se había cansado de mí? Eso era más que evidente a los ojos de cualquiera.

—De acuerdo —sonreí a medias—. Ya veo que es una terrible tortura para ti estar hoy aquí conmigo.

—Sí, lo es.

Oír eso dolió como un demonio, porque si quería llegar a ser el hombre más cruel y despiadado del planeta lo estaba consiguiendo y nada menos que a raudales.

—Valoro tu honestidad después de todo lo que ha ocurrido —bajé inesperadamente de su coche—. ¡Es... admirable! ¿Podrías conducir, por favor? De pronto se me han quitado las ganas de seguir haciéndolo.

Emanuelle no dijo nada. En cambio, solo se limitó a realizar el mismo movimiento que segundos antes había hecho yo, bajando del vehículo y rodeándolo para posteriormente ocupar mi sitio.

—¿Lo valoras porque a pesar de todo digo lo que siento?

No conseguí mirarlo a los ojos por más que lo intenté mientras subía al coche.

—¿Lo valoras aún cuando querrías que dijera algo diferente? ¿Algo que solo tú desearías oír?

Moví mi cabeza de lado a lado negándome a responder cada una de sus interrogantes al tiempo que cerraba la puerta.

—¿Algo con lo cual he tenido que lidiar cada vez que estoy contigo? —Cerró la suya de un solo y fuerte golpe que me hizo estremecer—. ¿Algo que no me deja ser quién soy? ¿Algo que me priva de mi paz y mi soledad a pesar de que solo ansío mantenerte al margen de mi vida?

—Solo deja de hablar y ya vámonos, ¿quieres?

—¿Deseas marcharte? ¿Estás segura?

—Sí, solo quiero largarme de aquí y cuanto antes lo haga mejor.

—¿Mejor para quién? ¿Para ti?

—Indudablemente. Soy yo quien se siente demasiado extraña estando junto a ti.

Emanuelle tensó su cuerpo mientras sus manos se apoderaban del volante el cual, por un segundo, creí que terminaría arrancando de cuajo.

—No deberías sentirte así, Magdalena, y yo... tampoco.

Tragué saliva repetidas veces tratando de no pensar más allá de lo que ya lo hacía al notar como él, quedamente, apartaba una de sus extremidades del volante hasta dejarla caer temerosamente sobre una de las mías, añadiendo:

—No sería justo para ti ni para mí.

¡Qué la vida no podía ser más cruel! Porque esas mismas palabras las había escuchado con anterioridad, pero nada menos que de los labios de David Garret.

—¿Por qué no? —Clavé la mirada en nuestras manos que, poco a poco, comenzaron a entrelazarse como si ambas tuvieran vida propia.

—Porque no soy un buen hombre para ti. Y porque mereces, sin duda alguna, a alguien muchísimo mejor y honesto a tu lado.

—Nadie es completamente honesto en esta vida, Emanuelle. Y con respecto a que aparezca “un buen hombre para mí”, eso nadie sabe si ocurrirá con certeza.

—Yo sí lo sé —aseveró realmente convencido de ello.

—¿Lo sabes? ¿Me darás la razón? ¿Me dirás el porqué?

—No. Preferiría darte un abrazo.

Sus palabras solo consiguieron que intespestivamente alzara la mirada para dejarla caer en la suya y así decir:

—¿Por qué todo esto me huele a despedida?

—Porque lo es. Y porque, sinceramente, no deseaba marcharme sin antes haberme despedido de ti.

Suspiré, percibiendo como mis ojos automáticamente se enguajaban en lágrimas y mi pecho... ¡Rayos! ¡Maldita opresión que volvía para torturarme!

—¿Marcharte?

—Sí, marcharme.

—¿No dirás nada más? ¿Cómo explicarme debido a qué lo haces o adónde vas, por ejemplo?

—No, lo siento.

—De acuerdo —balbuceé en tan solo un hilo de voz al tiempo que me acercaba a él para finalmente abrazarlo—. Sabes que no debes irte, ¿verdad? —Sollocé en su oído.

—Y también sé que no debo quedarme.

Me aferré a él con fuerza percibiendo como sus poderosas extremidades me estrechaban a su cuerpo de la misma manera. Y lloré. Lloré entre sus brazos como una niña pequeña, pero en completo silencio sin dilucidar el por qué lo hacía mientras oía:

—Te pido perdón por haber esperado demasiado y por no haber hecho las cosas de la mejor manera. Te pido perdón por haber mentido y engañado. Pero por sobretodo, te pido perdón por haber hecho que creyeras en quien jamás resulté ser, cuando pude haberte dicho desde el principio que era el hijo de Loretta.

—No tienes que hacer esto, Emanuelle...

—Sí, debo hacerlo —me corrigió al separarse de mí para que pudiéramos, el uno al otro, reflejarnos en cada una de nuestras cristalinas y radiantes miradas—. Y quiero hacerlo. Lo necesito —acentuó—. ¿Sabes el por qué, Magdalena Villablanca?

Un enorme suspiro se me arrancó desde la profundidad de mi garganta impidiéndome responder.

—Por si algún día te vuelvo a ver. Y por si algún día, sin mentiras, sin engaños, tengo la fortuna de volver a cruzarme en tu camino.

Sin que lo advirtiera, terminé deslizando una de mis manos por la dura y cuadrada línea de su mandíbula, añadiendo:

—¿Tal y como lo hiciste aquel día en el muelle cuando me atropellaste con tu bicicleta?

Sonrió de bella manera, recordándolo, sin siquiera decir nada al respecto mientras se limitaba a delinear el fino contorno de mi boca con uno de sus tibios dedos.

—Porque eso suena muy bien para mí, Emanuelle Santoro. Sin mentiras y sin engaños de por medio eso para mí suena... realmente muy bien.

—Y para mí —finalizó, sellando nuestra despedida con algo más que un cálido y delicado beso que me otorgó en mis labios, logrando con ello que evocara lo que me había dicho con anterioridad... *“Cada quien toma sus propias decisiones, Magdalena, y cada quien sabe de sobra lo que debe y no debe hacer.”*

Veinticuatro

—Uno, dos, tres... ¿Cuántas estrellas ves? —Preguntó mi padre, inesperadamente a mi espalda, sacándome de mi ensimismamiento al tiempo que alzaba la mirada para depositarla en el estrellado y despejado cielo que se mostraba ante nosotros y al cual, precisamente, observaba con detenimiento.

—Muchísimas —respondí, dejando que mi cabeza recayera sobre su pecho y percibiendo, a la par, como me abrazaba con ternura—. Tantas que no sé definir donde comienzan o donde terminan.

—¿Cómo lo que te tiene así? ¿Tan abstraída? Ni siquiera tocaste la cena, palomita.

¿Podía mentirle? ¿Engañarlo, quizás? No. Eso ya lo había hecho antes y nada menos que con creces.

—¿Qué sucede?

—No tenía apetito, papá, y si realmente lo supiera, créeme que no me sentiría como me siento.

—¿Mal de amores? —Comentó, inevitablemente—. ¿O temores?

Podía afirmar con suma seguridad que lo primero iba directamente entrelazado con lo segundo.

—¿Cómo me conoces tanto, Renato Villablanca?

—Tal vez, ¿porque soy tu padre? —Sonrió a la par que me regalaba uno de sus cálidos besos en mi coronilla—. ¡Vaya! Eso se oyó más a "*Darth Vader*" en la guerra de las galaxias que a mí.

—Pues, siendo "*Darth Vader*" o no el que lo haya dicho, tú sigues siendo mi único padre.

—Y tú la más bella y radiante estrella de mi firmamento —sentenció.

Cerré los ojos mientras me aferraba a él como si, de un momento a otro, temiera perderlo.

—No me gusta verte así, Magda.

—No me gusta sentirme así —evoqué necesariamente el beso que Emanuelle me había regalado como despedida.

—Entonces, deja que haga algo por ti.

No comprendí que quiso decir con eso hasta que se separó de mí unos cuantos centímetros y terminó sacando algo desde el interior de uno de los bolsillos de su chaqueta oscura de vestir que... ¡Por Dios!... terminó sobresaltándome. Porque aquello era... ¿Un boleto de avión? ¿Para mí?

—Todavía no es mi cumpleaños —manifesté completamente asombrada, fijando la vista en lo que sostenía en una de sus manos frente a mi pálido y absorto semblante.

—Lo sé, pero dentro de un mes sí lo será y me gustaría, solo si así lo deseas, que pudiéramos celebrarlo por primera vez juntos, pero en Ámsterdam.

—¿En Ámsterdam? —Vociferé fuera de mis cabales ante la tamaña impresión que me ocasionó el destino de ese boleto—. Estás...

—¿Loco? Siempre, palomita. Chiflado, un poco tal vez. ¿Totalmente cuerdo? Por el bien del sujeto de allá arriba, espero que nunca —bromeó, sonriendo de maravillosa manera logrando que yo lo hiciera de la misma forma que lo hacía él.

—No iba a decir precisamente eso —corregí embobada desde la punta de mi cabeza hasta cada uno de mis pies ante tan increíble obsequio adelantando que había recibido de su parte—. Pero tú estás... ¿seguro que deseas que yo...?

—A ver, palomita mía —colocó sus manos en cada uno de mis hombros para que todo lo que pudiera ver fueran sus ojos—. ¿Con quién crees que ansío estar toda mi vida?

—Mmm... ¿Con Kate Moss y Angelina Jolie al mismo tiempo? —Le otorgué un guiño consiguiendo, en tan solo un segundo, que riera a carcajadas frente a mi inesperada acotación.

—No me des a elegir, por favor, que este cuerpo todavía no está del todo inerte.

Moví mi cabeza sin siquiera pensar en aquello. ¿Mucha información para mí? Y, ciertamente, la que no pedí oír del todo y en tan poco tiempo.

—Pero no, hija, no me refería expresamente a esas dos guapas bellezas, sino a ti.

—¡Vaya! Muchas gracias por lo que me toca. Eres tan considerado.

Volvimos a reír como dos locos sin remedio, pero sin obviar el tema en discusión.

—Te quiero conmigo —pronunció así sin más, pero dejándomelo más que en claro con su sereno y, a la vez, honesto tono de voz—. Te quiero a mi lado, palomita.

Temblé ante sus palabras. Temblé ante mis ineludibles recuerdos que me erizaron la piel. Y temblé, al evocar nada menos que a Emanuelle y a David Garret.

—Y sé que te tendré —agregó—, pero cuando tú lo creas necesario.

Suspiré, cerrando por un largo momento los ojos.

—No voy a obligarte a que lo aceptes. Lo sabes, ¿verdad?

Asentí sin conseguir todavía admirarlo.

—Menos te obligaré a que tomes una apresurada decisión que ponga en duda lo que, por ahora, estás sintiendo —. Con su mano libre tomó una de las mías en la cual, quedamente, depositó el boleto de avión—. Solo quiero que lo tomes como una posibilidad, como una opción o, tal vez, como una forma de comenzar desde cero.

Comenzar dejando todo atrás y también lo que poderosamente sentía por esos dos hombres tan diferentes, pero a la vez tan parecidos.

—Papá —articulé tras abrir de par en par mi oscura mirada—. ¿Se puede amar a dos personas a la vez sin que todo el mundo piense o crea que eres una condenada zorra por hacerlo?

Mi padre sonrió de medio lado mientras que, cariñosamente, acariciaba el contorno de una de mis mejillas, diciendo:

—¿Desde cuándo te preocupa lo que lo demás digan o piensen de ti?

¿Desde que me había convertido en una zorra por accidente, por ejemplo? Y... ¿desde que había empezado a querer más de la cuenta a David y a Emanuelle?

—Bueno, yo...

—Lo que tú sientas es solo tuyo —manifestó decididamente—, y a quien o a quienes tú ames solo debe importarte a ti. ¿Para qué condicionarte si eres completamente libre para hacerlo? Es tu vida, Magda, son tus decisiones, son tus actos y es tu corazón —especificó, colocando una de sus manos a la altura de mi pecho—, para bien o para mal y le pese a quien le pese. Dime una cosa, ¿quién manda aquí?

—Solo yo —afirmé convencidísima cuando él asentía dándome la razón.

—Así es. Porque con tu corazón siempre podrás amar a muchas personas, pero con tu alma definitivamente no. Eso ya es muy distinto, Magdalena.

Sin cesar de parpadear, entrecerré la vista al instante.

—¿Muy distinto? —Formulé confundida—. ¿Por qué tan distinto?—Deseé saber.

—Deja que te lo explique de esta forma. Dicen que siempre llegarán dos hombres a la vida de una mujer: su alma gemela y el amor de su vida. El alma gemela cuidará de ella, la hará sentir bien, la acompañará en los momentos difíciles, la escuchará y será lo que siempre ella ha soñado. Pero por el contrario, el amor de su vida la hará llorar y casi nunca estará disponible cuando lo necesite. A veces, romperá su corazón, pero no con la intención de hacerlo y cuando esté lejos lo necesitará cerca porque sin él ella no estará completa. Entonces, cuando se dé la oportunidad en la que ambos aparezcan al mismo tiempo su mente se volverá un caos y en ella solo habrá confusión y empezará a preguntarse... ¿Se puede amar a dos personas a la vez? Y cuando lo sepa y esté del todo segura se responderá así misma: con el corazón sí, pero con el alma tan solo a una.

«Con el corazón sí, pero con el alma tan solo a una».

—¿A quién crees que ella elegirá?

Tragué saliva con dificultad al mismo tiempo que solo un rostro invadía por completo mi mente.

—¿Conoces la respuesta? —Insistió.

—Sí, creo que ya la tengo —respondí totalmente convencida de ello.

—¿Y cuál es, Magdalena?

—Ella elegirá al amor de su vida, papá, porque, a pesar de todo, es él quien siempre gana.

—Y porque el amor de tu vida no te mira con los ojos, mi amor, sino que lo hace siempre con su alma.

Mi madre acudió muy temprano al taller y nada menos que para llevarme con ella a la ciudad para que desayunáramos y charláramos sin que nada ni nadie nos interrumpiera. ¿De qué? Creo que responder no viene al caso después de todo lo que oí salir efusivamente de sus labios. Porque con ello comprendí a cabalidad dónde se había ido a meter específicamente Renato “Misterio” Villablanca en su desaparición del día de ayer. ¡Gracias, papá! Yo también te quiero.

Al menos, al oír mi historia de principio a fin, “La Doña” se había comportado como toda una mujer adulta sin estallar en lágrimas, histeria u otro sentimiento irracional que la mayoría del tiempo terminaba sacándola olímpicamente de sus casillas. ¡Bravo! Aunque, la verdad, tengo que admitir que mi madre ansiaba por todos los medios probables y los improbables también, estamparle una grandísima demanda a Loretta, la que yo le exigí por su propio bien y por el mío que no lo hiciera porque... ¿Quería agregarle más problemas a mi jodida existencia ahora que las aguas se estaban aquietando? ¡No, señor! ¡Olvídalo! ¡Jamás! ¡Ni lo sueñes! Ya me había hartado de los los líos y librado de la zorra mayor tras nuestra charla, de cierta manera y claro está, pero sabía y algo me lo decía con creces que no faltaba mucho tiempo para que todo esto terminara de una buena vez y así pudiera colocarle al fin a mi condenada historia un merecido y concluyente punto final, obviamente dejando de lado el dichoso y añorado “y vivieron felices para siempre”.

Sonreí mientras hacía ingreso al taller llevando mis auriculares puestos en los oídos y al mismo tiempo que tarareaba una pegajosa canción que llamó poderosamente la atención del Gringo y la de Gaspar cuando la escucharon, quienes trabajaban incansablemente junto a otros mecánicos en lo que parecía ser uno de sus famosos “prototipos” que me dejó, literalmente, babeando al admirarlo a la distancia. Porque... ¡Wow y más wow! Ese vehículo era irreal, increíble, un completo sueño a la vista de cualquiera y un modelito al cual yo ya quería meterle mano o, en este caso, pie para claramente sacarle algo más que unas cuantas millas de kilometraje.

Y así, sin dejar de contemplarlo, seguí caminando de espaldas hacia la entreabierta puerta de la oficina aún tarareando la misma pegajosa canción, pero sin darme cuenta de quien esperaba por mí en ese sitio. Hasta que lo tuve enfrente, hasta que reaccioné y, ¡vaya que me sorprendió su presencia!, encandilándome la mirada y encediéndome la piel con el inigualable color de sus ojos azul acero que volvía a tener frente a mí en ese exacto momento.

—¡Santo Dios! —Vociferé eufórica al ver a David situado a un costado de la ventana, tal y como si hubiera visto a un fantasma, pero no a uno cualquiera sino a uno en particular, quien al oírme

se volteó rápidamente hacia mí tras dedicarme una sugerente sonrisa con la cual, aparte de cautivarme, me aniquiló por completo la existencia, logrando que perdiera mi maravilloso poder de concentración en tan solo un instante.

—No es precisamente ese mi nombre, pero creo que de igual forma haces referencia a mi persona con ello, ¿verdad?

Eeeeehhh...

—Magdalena...

—Sí, por supuesto, claro, obvio... seguro —. ¿Qué rayos había dicho?

Sonrió aún más prominentemente al escucharme balbucear incoherencias mientras se animaba a dar sus primeros pasos en dirección hacia mí o... ¿hacia la puerta?, para cerrarla del todo y decir:

—¿Podrías otorgarme un momento de tu tiempo? Me gustaría que pudiéramos hablar, por favor.

Tragué saliva apartándome los auriculares de mis oídos y pidiéndole al señor de allá arriba mucha, pero mucha sensatez, además de serenidad para enfrentar lo que fuera que iba a enfrentar con él sin que de mi bendita boca saliera alguna tontería o un mero disparate.

—¿Hablar? —. ¡Pedí sensatez, señor, sensatez! ¿Qué no me estás oyendo?

—Eso fue lo que dije —me corroboró, situándose frente a mí para admirarme de mejor manera—. Tres días sin saber de ti, tres días sin escuchar tu voz, tres días sin verte para un tipo como yo ya es demasiado tiempo. ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo?

¿Tres días? ¿Ya habían transcurrido tres días? ¡Enfoca y centra tus ideas, Magda! ¡Enfócalas de una vez por amor de Dios!

—Estoy bien y mi padre ha llegado desde Ámsterdam, así que... —sonreí a medias ansiando decir lo que no me atreví a expresar. Qué bonito, ¿no? ¡Rayos!—... todo mejora. Gracias.

—Eso suena muy bien. Me alegro que así sea.

Asentí tras suspirar y suspirar y suspirar.

—Al menos, conseguiste descansar unos días de mí.

¡Ouch!

—Y tú de mí —clavé la vista en el piso para necesariamente evadir la suya.

—Lamento decir en mi defensa que eso no es del todo correcto, señorita Mustang.

¿Ah no? Y como si hubiera oído y vaticinado que mi mente formularía aquella interrogante respondió:

—No. ¿Y deseas saber el por qué?

¡Sí! ¡Sí lo quería y nada menos que ahora mismo! ¿Puedes decírmelo ya?

—Porque ya no puedo sacarte de mi mente por más que así lo desee, Magdalena. Y por más que tú lo quieras, tampoco logro arrancarte de mi corazón.

Instantáneamente, alcé la mirada hasta depositarla en la suya, y en todo el conjunto de sus rasgos faciales que, con solo verlos, conseguían hacerme perder la razón.

—No estás hablando...

—Muy en serio —me interrumpió—. Tanto que me asombra sentir lo que por ti siento.

Abrí la boca, pero me obligué a cerrarla al percibir como sus cálidas manos se apoderaban sutilmente de las mías.

—Se supone que después de un engaño y un posterior quiebre matrimonial, que no es grato recordar, un hombre deba tener miedo a sentir algo por alguien más.

—David, no tienes que hacer esto...

—Lo sé, pero tampoco quiero callarlo.

Y el brillo de sus ojos así me lo estaba más que confirmando.

—Por favor, ¿puedo proseguir?

Nos observamos por algo más que un extenso instante en el cual ninguno de los dos necesitó nada más que perderse en la incomparable claridad de la vista del otro.

—Por mucho tiempo creí que Monique era la mujer de mi vida con la cual quería estar y formar una familia, pero ya ves... nada dura para siempre por más que así lo deseemos. Porque todo lo que soñé, todo lo que pretendí llevar a cabo, todos y cada uno de mis sueños, planes y esperanzas se las llevó el viento al comprobar, con mis propios ojos, lo que hacía tras mi espalda, engañándome, pero no con un hombre, sino con el que se le cruzara por delante —confesó, suspirando como si lo necesitara, al mismo tiempo que lo hacía yo mientras oía y, a la par, pretendía comprender y asimilar lo que la perra afgana había hecho teniéndolo a él a su lado. ¿Qué estaba completamente chiflada, además de desquiciada o qué?—. Cuando lo supe y lo comprobé me lo pregunté tantas y tantas veces, diciéndome: “¿en qué fallaste como hombre, David? ¿Qué no hiciste por ella como esposo, como amigo, como amante y como quien más la amó en su vida?

«Seguramente, se lo diste todo y más a quien no se lo merecía.»

—Sinceramente, aún me lo seguía preguntando una y otra vez hasta que te vi, te conocí y todo lo que estuvo estancado por tanto tiempo comenzó, lentamente, a fluir y a tomar un rumbo diferente —sonrió al entrelazar todavía más nuestras manos, consiguiendo con ello que yo avanzara hacia él—. Tenía tantos fantasmas en mi cabeza, Magdalena, tanto dolor, tanta ira acumulada, tantas ganas de mandar todo a la mierda, pero apareciste tú, así sin más, y te encargaste directa o indirectamente de que “mi carga” se fuera haciendo más ligera e insignificante, tal y como si no existiera.

Ahora fue mi turno de sonreír mientras que, con mi mano libre, acariciaba la barba de tres días que llevaba alojada en su semblante.

—Y que no sé cómo debo llamar.

«Por favor, no digas gratitud. ¡Por lo que más quieras, David, todo menos eso!»

—Porque no es precisamente gratitud lo que por ti siento.

—Y... ¿qué es lo que sientes? —Quise saber, ansié saber, deseé saber, preguntádoselo como si toda mi jodida existencia dependiera de la respuesta que iba a darme.

—Siento que me haces falta, siento que ya no puedo dejar de pensar en ti. Siento que necesito verte más de lo habitual, llamarte, oírte... no lo sé. ¿Te parezco, quizás, un psicópata?

Solo consiguió liberar de mí unas cuantas carcajadas que no pude reprimir por más que así

deseé hacerlo mientras advertía como él enarcaba una de sus castañas cejas bastante preocupado al respecto.

—No eres precisamente un psicópata, David.

—¿Aunque también sienta que te extraño y necesito tanto por las noches como en el día?

—¡Vaya! Y no comprendes el por qué, ¿verdad?

Movió su cabeza de lado a lado tras soltar mis manos y con ellas ascender hasta dejarlas caer, una a cada lado de mi cabeza, añadiendo:

—Lamentablemente para ti, sé muy bien cual es la respuesta a ese por qué.

¡No es justo! ¿Por qué todo el mundo conocía las respuestas a las preguntas que se formulaban y yo todavía no conseguía responder ni siquiera una sola de las mías?

—¿Lo... sabes? —Inquirí con temor—. ¿Seguro que... lo sabes?

Asintió cuando ya se encargaba de hacerme desfallecer al rozar el puente de su nariz con la fina línea de mi mandíbula.

—¿Y me la dirás?

—No —ronroneó junto a mi oído, logrando que todo de mí temblara ante su placentero y tibio aliento que se alojó en la curvatura de mi cuello, erizándome con él la piel y hasta el más mínimo vello de mi cuerpo.

—¿No? —Me relamí los labios ante las maravillosas sensaciones que me otorgaba su significativo y sensual gesto—. ¿Entonces?

—Pienso demostrártelo una vez más —susurró muy seguro cuando su ávida boca tentaba a la mía a jugar un peligroso juego de seducción en el que prontamente sabía que caería completamente rendida.

—¿Cómo?

—Nada menos que así —concluyó, apoderándose inevitablemente de mi boca en un desesperado y apasionado beso que me dio, consiguiendo abrir en mí el apetito voraz que sentía por ese hombre, quien me aferró a él como si su vida dependiera de ello derrochando en

cada caricia, en cada movimiento, en cada gimoteo de absoluto placer toda su sensualidad e increíble sexualidad que salía expedida, como bala de cañón, por cada uno de los poros de su cuerpo. ¿Y qué sucedió conmigo? Pues... ¡Ay madre santa! Me dejé llevar, me dejé arrastrar, me dejé tentar por todo lo que me ofrecía, por todo lo que me brindaba al recorrer cada ínfimo espacio de mi boca con su lengua, devorándome, penetrándome, volviéndome una soberana dependiente y loca, pero no solamente “de” y “por” ella, sino también de sus manos que ascendían y descendían con exaltación y ardor, y sin una sola pizca de sutileza, por cada pedazo de mi cuerpo que lo anhelaba nada menos que a gritos—. Te deseo tanto, tanto, tanto... —logró balbucear mientras continuábamos besándonos como si el mundo fuera a acabar en tan solo un segundo con nosotros dos—... tanto que... —ansíe gritarle con todas mis fuerzas “¡Tómame ahora mismo, semental! ¿Qué demonios estás esperando?”, pero me contuve ante el inesperado movimiento que realizó al levantarme y separar mis pies del piso y así, llevarme en andas hacia el escritorio de Gaspar en el cual me montó mientras que, por mi parte, separaba mis piernas para con ellas aferrarme a sus caderas porque esto, señoras y señores, estaba comenzando.

Y así lo comprobé cuando mis manos le apartaron con suma rapidez la chaqueta que vestía, la corbata gris que desanudé y le quité en menos de dos segundos, un par de botones de su camisa que conseguí arrancar mientras él hacía lo mismo con la camiseta que yo llevaba puesta, dejándome con tan solo mi sujetador al descubierto. Porque, al parecer, nada ni nadie podría detenernos. ¡Qué va! Nada ni nadie osaría parar el irrefrenable deseo y la excitación que nos quemaba la piel en ese instante en el cual... ¡Mierda! ¡Pero del verbo mierda! Sí, sí, ya sé que “mierda” no es precisamente un verbo sino una maldita palabrota que nos quedó como anillo al dedo y que ambos utilizamos al unísono al oír como mi móvil empezaba a sonar una y otra vez sin detenerse.

Jadeé. ¡No, señor! Gemí, suspiré y creo que hasta gruñí como una fiera en celo al escuchar como el condenado vibraba y no cesaba de sonar al interior del bolsillo trasero de los jeans que yo llevaba puestos. Porque mi maravillosa suerte no me podía estar jodiendo así. ¿Con qué fin, eh? ¡¿Con qué fin?!! Ahora que David se estaba encargando de exorcizar todo lo que Emanuelle había dejado inserto en mí tras su beso de despedida. Pero no, tenía que suceder justamente ahora, ¿verdad? Sí. ¡Tenía que ocurrir y nada menos que ahora!

—Si no contesto ya sabes que sucederá —murmuré.

—Hazlo —me desafió sonriendo con perversidad—, mientras yo me ocupo de ti y de todo tu cuerpo.

¡Ja! Por mí encantada, Mister. Pero la verdad era otra y al sacar el móvil desde la parte trasera de mi pantalón la descubrí, apartándome de él como si hubiera recibido en ese momento una poderosa descarga eléctrica al contestar y reconocer, fehacientemente, la voz femenina de quien la efectuaba.

—Sí, soy yo. Aquí estoy —al oír la voz de Loretta sentí que mi respiración me abandonaba—. De acuerdo. Dame un segundo, por favor —busqué afanosamente mi camiseta hasta que di

con ella, la levanté del piso, me acerqué a la mesa de trabajo de Gaspar y terminé estampándosela a David en el pecho, para luego buscar lápiz y papel y así escribir lo que ella me diría—. Ya está —anoté lo que a todas luces deduje que eran las coordenadas de nuestro último encuentro—. Lo tengo. Sí, conozco el sitio. Okay. Ahí estaré —inhalé bastante aire tras finalmente depositar mi inquieta y a la vez atribulada mirada sobre los confusos ojos de David que no cesaban de observarme—. Nos vemos esta noche —y colgué, oyendo a la par los gritos ensordecedores de Gaspar que lograron estremecerme al colmar con creces cada recóndito espacio de esa habitación en la cual David ya empezaba a recoger del piso tanto su corbata como su chaqueta de color azul del traje que vestía—. ¿Qué demonios fue...? —Pretendí preguntar más no conseguí hacerlo.

—¿Esta noche? —Me interrumpió Garret alcanzándome la camiseta—. ¿Puedo saber qué sucederá esta noche, Magdalena?

—Sí —afirmé sin querer engañarlo—. Todo se acaba para Leonora —pero los gritos del Australopithecus Históricus se oían cada vez más y más fuertes, desconcertándome—. ¿Pero qué demonios es eso? —Tomé mi prenda de vestir, la cual me coloqué al tiempo que él también comenzaba a colocarse las suyas.

—No lo sé, pero iré contigo —respondió encarecidamente, conmocionándose, porque... punto 1: no se refería a ir conmigo a ver qué rayos sucedía con El Gringo y con Gaspar. Punto 2: lo quería lejos de esto. Punto 3: si se daba cuenta de quien era realmente “su amigo” Martín De La Fuente ya sabía yo la que se iba a armar. Punto cuatro: no hay más puntos, así que... ¡olvídalo, Mister!

—Me vas a escuchar y lo harás...

—Magdalena...

—Sin interrupciones, ¿de acuerdo?

Suspiró algo molesto.

—¿De acuerdo? —Insistí avanzando hacia él—. Por favor —pedí con la voz suplicante mientras mis manos se posicionaban en su atractivo semblante—. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Ten por seguro que puedo hacer eso y mucho más por ti.

Sonreí al tiempo que mi boca volvía a besar la suya, pero esta vez con un cierto dejo de delicadeza.

—Aún así, no vendrás conmigo —le solté de golpe—, Por tu propio bien, no vendrás conmigo,

David.

Me admiró bastante confundido sin siquiera parpadear.

—Dame una buena razón para meditarlo.

Tragué saliva y pedí clemencia a Alá, Buda, Krishna y a Jesucrito Superstar. ¿Por qué? Porque los necesitaba a todos reunidos en este momento intercediendo por mí ante lo que iba a expresar y que, de seguro, David no iba a “meditar” tan serenamente cuando lo oyera.

—Martín De La Fuente. No me preguntés el por qué.

Enarcó una de sus castañas cejas al instante.

—Sí, sí lo haré y me lo dirás ahora mismo.

—¡A la mierda, Gringo! ¡El negocio se nos ha ido a la mismísima mierda! —Gritó Gaspar con suficiente efusividad como para echar abajo el taller, consiguiendo con ello que me volteara rápidamente hacia la puerta, preocupadísima, preguntándome: “¿negocio y mierda en la misma oración?”. Eso no sonaba para nada bueno.

—Dame un segundo o esos dos terminarán decapitándose. Ya regreso.

—Magdalena, aún no me has respondido lo que quiero saber con respecto a... —pero no corrió con tanta suerte al verme salir, disparada segundos después, hacia donde ambos se encontraban discutiendo a viva voz—. O tal vez sí —se dijo, arrugando el entrecejo al mismo tiempo que dirigía su andar hacia el escritorio de Gaspar donde encontró el papel que yo había escrito con anterioridad, el cual leyó en voz alta un par de veces, añadiendo—: “Radisson. Bar del hotel. Veintidos horas” —entrecerró la mirada sin relajar el gesto—. Muy bien, porque también conozco ese lugar. Así que... nos vemos esta noche, Magdalena.

—¡Estás loco si crees que lo haré! ¡No me pidas eso! —Chillaba Monique desesperada mientras discutía con Martín en la sala de su departamento, hasta donde él había llegado esa mañana tras recibir el inminente llamado de Loretta.

—No te lo estoy pidiendo, sino exigiendo. ¿Qué no sabes diferenciar una palabra de la otra, corazón? —Demandó con suma altanería mientras la arrinconaba contra uno de los muros de su casa—. Por lo tanto, vas a efectuar esa llamada te guste o no porque sabes muy bien que no tengo paciencia para soportar tus patéticos juegos.

Monique tembló de pies a cabeza ante el fiero e implacable sonido de su voz.

—No es un favor, tampoco es una puta sugerencia la que te estoy haciendo. ¿Qué no comprendes, maldita sea, el español?

—¿Y tú no comprendes cada una de mis palabras? —Lo desafió envalentonada—. ¿Qué quieres conseguir? ¿Por qué quieres hacerle daño?

—Porque tiene algo que es mío —le contestó duramente jalándola con fuerza por una de sus delgadas extremidades—. Y ese “algo” no es esencialmente para un hombre como él.

—¡No me toques, por favor! ¡No me hagas daño! —Pedía al grado del descontrol intentando apartarlo de su cuerpo.

—¡Entonces hazlo si no quieres que yo...!

—¡Estoy embarazada! —Le gritó con todas sus fuerzas—. ¡Estoy embarazada y voy a tener un hijo tuyo! —Chilló nuevamente como si no lograra guardar por más tiempo ese temible secreto que le hacía añicos el alma—. Si David tiene algo tuyo, tú ya tienes algo de él y por partida doble, así que déjalo en paz, ¿quieres?

Martín sonrió a medias tras recobrase de tamaña impresión que lo había dejado un tanto sorprendido y boquiabierto.

—¿Qué has dicho, Monique?

—¡Qué me dejaste preñada, miserable! ¡Qué lo di todo por ti y mira lo que conseguí a cambio!

—¿Lo que conseguiste? —Casi se atragantó ante la incoherencia que estaba oyendo—. ¿Tienes el maldito descaro de refregarme en mi propia cara lo que conseguiste de mí cuando tu culo y tu coño estaban al servicio de cualquiera?

—¡De cualquiera no! —Le gritó, obteniendo de él algo más que un par de sonoras carcajadas.

—Tienes razón. Discúlpame. Por un instante olvidé mis modales y que llevas colgado en tu pecho un cartel que dice “propiedad privada”, pero no precisamente de mi querido amigo David Garret. ¡No me jodas! ¿Quieres? Vas a llamarlo ahora mismo si no quieres que yo...

—¡No! —Volvió a gritarle al rostro pretendiendo zafarse de su poderoso agarre—. Ya tuvo

suficiente de mí como para ocasionarle más daño.

—¿Suficiente de ti? Por favor, si jamás lo amaste tanto como lo hiciste con su puto dinero y su posición. A mí no me mientas, mujerzuela. A mí menos que a nadie me vas a engañar haciéndote pasar por la esposa arrepentida y abnegada que no eres. Porque ese rol, querida mía, hace mucho tiempo te quedó bastante grande.

Monique suspiró con fuerza, enrojeciéndose frente a esa absoluta verdad que no admitía discusión alguna.

—Y además, no me vengas a echar en cara al bastardo que llevas en tu vientre cuando podría ser de cualquiera, ¿me oíste? ¡De cualquiera!

—¡No es un bastardo, es tu hijo! —Le corroboró, aniquilando en cuestión de segundos la poca paciencia que a Martín le quedaba—. ¡Del cual debes hacerte cargo! ¿O crees que me acosté contigo una infinidad de veces solo por bolitas de dulce y placer?

—¡Cierra la boca! —Vociferó al oírla, exaltadísimo—. Y piénsalo bien antes de volver a exclamar una imbecilidad como esa.

—¡No es una imbecilidad lo que estoy diciendo y...!

—¡Silencio! —La acalló con un endemoniado grito que consiguió helarle a Monique hasta el más ínfimo sitio de su cuerpo—. Te vas a callar por las buenas o juro que terminaré callándote la boca yo por las malas. Y sabes muy bien que cuando hablo no bromeo, corazón.

Se contemplaron por algo más que un instante en completo silencio cuando ambos parecían retarse con sus fieras miradas.

—Entonces, haz algo por mí si tanto anhelas que cierre la boca frente a lo que ahora nos une, corazón —le contestó cambiando de inevitable y rotunda manera el curso de esa charla—. Dinero —articuló sin siquiera adornar esa palabra con alguna otra—. Eso es lo que quiero a cambio de mi silencio para largarme de aquí, vivir una vida cómoda y terminar de una buena vez con todo esto.

—Pues, ve y pídele ese dinero a tu maridito, cariño.

—No, cariño, te lo estoy pidiendo a ti —le sonrió con descaro antes de finalmente agregar—: y sé que me lo vas a dar porque eres un hombre demasiado inteligente al que no le conviene que esto se sepa y porque... ¿No deseabas que efectuara cuánto antes una llamada telefónica?

—¡Vaya, Monique! —Comentó realmente sorprendido tras su inesperada sugerencia—. Eres una mujer de una sola línea —ironizó—, tanto que para ti el sucio, pero necesario y vil dinero puede comprarlo todo —suspiró hondamente—. Desde tu inmenso y considerado afecto por Garret hasta mis magníficas ansias de voltear todo a mi favor.

—Te lo repito... ¿no deseabas que hiciera cuanto antes una llamada telefónica?

—Aún lo deseo, corazón. Con toda mi alma ansío que lo hagas en este preciso momento —manifestó teatralmente, acercando su peligrosa boca hacia sus labios para incitarla.

—Entonces dame el puto teléfono mientras yo te doy la cifra de cuánto cuesta mi silencio. Anda, Martín, ¿qué estás esperando?

Gaspar estaba intratable y comportándose como todo un condenado energúmeno encolerizado mientras caminaba de un lado hacia otro sin mantenerse lo bastante quieto, al tiempo que David y yo lo admirábamos sin conseguir que nada coherente saliera de sus labios más que la olímpica frase *“el negocio se ha ido a la mierda”*.

No sé cuantas veces le pedí que se calmara y me detallara a cabalidad qué rayos le sucedía, pero... ¿qué obtuve todas esas veces de su parte? Nada más que las mismas vagas palabras que no cesaba de pronunciar, hasta que El Gringo se animó a hablar explicándonos en detalle lo que ocurría.

—Se suponía que mañana ofreceríamos este prototipo, que ambos ven aquí, a un comprador extranjero —comentó sin que le encontráramos algún problema a ello—, en una carrera en la cual otros dos fabricantes también harán lo suyo con sus creaciones.

—Y al hijo de su madre de Rubén se le ocurre irse de joda y conducir en estado de ebriedad, resultando posteriormente detenido por la policía tras la colisión que ocasionó sin ponerse a pensar en nosotros y en el maldito negocio, ¡maldita sea!

Un segundo... ¿Quién mierda era “Rubén” y como pintaba en toda esta historia?

—No te entiendo —demandé, talandrándolo con la mirada.

—No hay mucho que entender, Magdalena —se volteó hacia mí para finalmente detener su andar a unos cuantos pasos de donde David y yo nos encontrábamos—, solo... ¿Por qué mierda llevas puesta tu camiseta de revés?

—¿De que qué? —. ¡Mierda! Me di cuenta de como vestía por culpa de mi maravilloso estado de post-calentura con Garret.

—De revés —insistió, cruzando sus fornidos brazos por sobre su pecho mientras Dallas enarcaba una de sus claras cejas en señal de que también ansiaba saber lo mismo.

—Ah sí, de revés... claro... es que yo... bueno... sencillamente porque... ¡es para la buena suerte! —Respondí estúpidamente sin saber de dónde había salido específicamente eso—. Es lo que se lleva en Europa, Gaspar. ¿Sabes algo de moda? No —respondí por él dejándolo con la palabra en la boca—. Entonces no lo preguntes más porque no estoy aquí para responderlo. Ahora... —suspiré desviando el tema de mi camiseta de revés—... explícame, por favor, ¿qué rayos sucede con el prototipo, el famoso Rubén, su estado de ebriedad y el posterior accidente?

—¡Se ha ido todo a la mierda! —Subrayó cada una de esas palabras con muchísimo énfasis.

—Ya. Eso lo oí al menos unas cuatro o cinco veces. ¿Conoces la palabra “especificidad”, por ejemplo? ¿Sabes lo que realmente significa?

—Rubén era nuestro chofer —comentó Fitz por él tras llevarse las manos a la cabeza—. Él conduciría a “Trueno” en la carrera de mañana frente a los otros dos competidores. Y ahora, con una fractura en uno de sus brazos, ¿crees que podrá?

Enseguida oí a Gaspar vociferar palabras de imposible y dudosa reputación. «¡Ay, mijo! ¿Con esa boca besas a tu madre?»

—Estamos fuera —concluyó Fitz, apoyando una de sus manos sobre el plateado capó del vehículo que momentos antes me había dejado, nada menos, que sumida en la gloria cuando lo contemplé a la distancia.

—Mmm... yo creo que no —. Me acerqué al coche para deslizar uno de mis dedos por sobre uno de los costados de la impecable carrocería—. ¿Sabían que para todo hay solución?

Gaspar entrecerró la vista, creo que intentando vaticinar a qué me refería con ello mientras El Gringo y David, realmente interesados, no me quitaban los ojos de encima.

—Ábrelo, Dallas. Quiero ver de qué está hecha esta joyita.

—¡No! —. ¿Eso había sido un ladrido de parte del Australopithecus Histicus?—. ¡Ni se te

ocurra, Magdalena!

—Pues ya es demasiado tarde, querido primo. Vamos que no tengo todo el tiempo del mundo disponible solo para ti. Ábrelo, ¿quieres?

Gaspar volvió a exclamar un sin fin de palabrotas mientras David se acercaba para admirarme detenidamente, creo que también vaticinando lo que aquí iba a acontecer.

—A tus órdenes, jefa —. Obviando el poderoso y bestial ladrido de Gaspar, Dallas me mostró en detalle el motor del increíble coche de carreras que me dejó realmente impactada y a punto de padecer nada menos que un orgasmo múltiple gracias al modelito.

—¡Por Alá, Buda, Krishna y Jesucrito Superstar! ¿Pero qué ven mis ojos?

En detalle recibí las especificaciones técnicas del vehículo de competición en el cual Gaspar y su tropa de mecánicos habían trabajado incansablemente durante tantos y tantos años.

—Es una belleza. Es... ¡Santo Dios! ¡Increíble! ¡Fenomenal! Es...

—Una locura lo que tu mente desquiciada ya está pensando llevar a cabo —volvió a expresar caminando hacia mí—. Ni lo sueñes, peque. Ya está. Este año no competiremos y se acabó. Historia resuelta.

—Tal vez para ti, pero no para mí, muchachito. ¡Fitz, las llaves!

—¡Oh no! ¿Qué no me escuchaste?

—¡Fitz! —Repliqué muy segura obviando sus enfebrecidas palabras—. ¿No quieres conocerme echa una furia, verdad?

Esto parecía un verdadero partido de Wimbledon entre las hermanas Williams, porque las miradas de David y El Gringo iban y venían desde mí hacia Gaspard y viceversa.

—¡He dicho que no, Magdalena!

—Lamentablemente para ti soy yo quien toma mis propias decisiones y el destino lo ha querido así. Además, culpa a mi camiseta de revés quien me ha traído a mí tanto como a ti muchísima suerte.

—¿Qué estás sorda o qué? ¡He dicho que no! ¡Tú menos que nadie conducirá a “Trueno”! ¡Por

sobre mi cadaver, nena!

Sonreí como una loca sin remedio, advirtiendo como me observaba con un cierto dejo de temor que reflejaba su mirada.

—Necesitas un conductor —comenté—. Y yo soy uno de ellos. Has trabajado en este diseño desde que tengo uso de razón, no creas que lo he olvidado.

—Magda...

—Magda nada, Gaspar. ¿No confías en mí?

Casi se atragantó al escucharme.

—¿No confías en mí? —Repliqué con todas mis fuerzas, desconcertándolo aún más de la cuenta—. Somos familia y estamos para ayudarnos en las buenas, en las malas, en las maduras y en las podridas, recuérdalo. ¡Tú me lo dijiste!

—¡Esto no se trata de una simple carrera!

—Lo sé —estuve de acuerdo con él por una vez en la vida—. Se trata de tu sueño, Gaspar, por el cual has luchado con el sudor de tu frente todos estos años. ¿Y lo dejarás ir así como así?

No dijo nada al respecto. Solo se limitó a observarme fijamente al rostro sin siquiera parpadear.

—Tony supo desde siempre que eras un grande y que algún día llegarías muy lejos —evoqué a su padre—. Ahora es tu oportunidad de demostrarle a todos ellos esa convicción para que constanten, con sus propios ojos, lo grandioso que es Gaspar Villablanca.

Apartó su furibunda vista de mí y cerró su bendita bocota, ¡gracias a Dios!, por algo más que un largo momento mientras David alcanzaba una de mis manos para, con una de las suyas, entrelazarla brindándome, con ese significativo gesto, todo su apoyo incondicional.

—Tienes esta increíble oportunidad frente a ti. Por lo tanto, no dejes que nada ni nadie te la arranque de las manos.

Silencio... silencio... silencio. ¿A dónde había ido a parar su bendito tono de voz?

—Trescientos cincuenta kilómetros por hora a tan solo trece punto sesenta y tres segundos

—reveló al fin, ¡cediendo, maldita sea! ¡Pero qué brutalidad!—. Los muelles y amortiguadores de la suspensión han sido ablandados para mejorar el comportamiento del vehículo en curvas y baches.

Sonreí al punto de que en mi condenado rostro ya no cabía tanta felicidad.

—Las distintas piezas que componen el motor son excesivamente livianas para asegurar una ligereza en este mismo, consiguiendo que “Trueno” vuele, Magdalena.

¡Santo Dios!

—Asímismo, las marchas de la caja de cambios se han alargado para equilibrar la aceleración y, por ende, la velocidad máxima, mejorando la precisión al tomar una curva abierta.

—Sistema de frenos —ansié saber.

Sonrió, otorgándole con ello la oportunidad al Gringo de que respondiera.

—Que te lo diga nuestro experto. Fitz...

—Está hecho con discos de diámetro hiperventilados, todo para que exista una mayor circulación de aire dentro de los neumáticos, contribuyendo así al enfriamiento del sistema. ¿Qué tal?

—*It's so perfect*, Dallas. No esperaba menos de ti.

Al instante, me regaló una de sus maravillosas sonrisas en agradecimiento.

—Y a ti, ¿qué te parece, Mister? —Rodé los ojos hacia David.

—Me parece que... —asintió tras tomarme de la mano con más fuerza mientras que con la otra se acariciaba la barbilla, añadiendo—... debes probarlo en su totalidad. No hay como la práctica para hacer al maestro. ¿No crees, Gaspar?

Ante aquella frase el Australopithecus terminó exhalando el poco aire que todavía retenía en sus pulmones.

—Y yo que creí que eras mi as bajo la manga, Garret —ironizó—, y mi última posibilidad para que...

—¿Desistiera? —Volví a inquirir—. Ni que fuera el guapo y sexy modelo inglés David Gandy —bromeé, otorgándole un sorpresivo guiño—. Pero ya basta de tanta formalidad. Gringo, quiero en mis manos las llaves de “Trueno” *right now*.

—Qué dices, *boss*, ¿se las damos?

Una y otra vez Gaspar suspiró y suspiró, meditándolo concienzudamente hasta que, tras observarme como nunca lo había hecho en toda su vida —con su alma y su corazón—, elevó muy seguro de sí mismo el tono de su cadencia para finalmente decir:

—Sí, dáselas, porque tenemos por delante una carrera que llevar a cabo, la cual estoy seguro que ganaremos gracias a nuestra nueva adquisición.

—Eso significa que...

—Confío en tí —sonrió—. Bienvenida al equipo, nena. Bienvenida al Team Cobra.

Esa noche, apenas puse un pie al interior del bar del hotel me di cuenta que el lugar se encontraba a tope. Okay. Ya estaba aquí y podía lidiar con esto. Pero aún no estaba del todo segura si podría llevar a cabo tan tranquilamente lo que con Martín y Loretta iba a acontecer.

Decir que estaba nerviosa era quedarme corta y lo constaté al beber, de un solo sorbo, el corto de licor que pedí el cual, infinitamente, necesitaba tener como un demonio al interior de mi cuerpo.

De acuerdo. Del miserable no había señas, y de Loretta... tuve que cerrarme la boca de un solo bofetazo al verla entrar enfundada en un hermosísimo y deslumbrante vestido de encaje negro que acentuaba su cuerpo de una increíble manera el cual, al parecer, se había puesto solo para esta ocasión, arrastrando con él muchas miradas libidinosas. ¡Era que no! Porque si Loretta quería provocar con ese modelito en particular, ¡vaya que lo estaba consiguiendo!

Admiré mi vestido entallado de color azul con un corte en el muslo que llegaba hasta el final de la tela y que nada tenía que envidiarle a la transparencia de Loretta que no dejaba nada para la imaginación. ¿Y qué podía decir de los zapatos a juego que Silvina me había regalado? Simplemente que eran... ¡woooowww! Porque, sin duda alguna, mis primeros tacones de infarto color plata muy al estilo “zorra por accidente” me quedaban fabulosos, además de fantásticos.

—Buenas noches —me saludó sonriendo.

—Buenas noches —contesté de la misma manera admirando todo a mi alrededor como si, de pronto, solo deseara ver a Emanuelle en medio de toda esta escena.

—Mi hijo no está aquí, si es a él a quien buscas tan interesadamente con la mirada.

Su respuesta me avergonzó y no solamente por lo que afirmó con respecto a Emanuelle, sino también por lo que hoy yo había vivido al interior de la oficina de Gaspar con David Garret.

Clavé la vista en el piso negándome a alzarla, preguntándome, ¿por qué mierda me tenía que pasar esto a mí? ¿Por qué querer a alguien tenía que ser tan complicado? Y... ¿por qué no podía...?

—Se fue de viaje —prosiguió, entregándome aún más información sin que se la hubiese pedido—, pero regresará. Lo sé. Me lo prometió antes de marcharse.

Tragué saliva sintiéndome culpable. ¡Qué va! Sintiéndome demasiado culpable hasta que una ronca cadencia me sobresaltó al colarse rápidamente por mis oídos.

—Buenas noches —expresó Martín deteniendo su andar frente a nosotras—. Es un magnífico placer tenerlas a ambas hoy aquí.

Levanté la vista, la fijé en los ojos de quien no cesaba de contemplarme y la entrecerré, al tiempo que Loretta me sonreía en clara señal de que mantuviera la calma.

—¡Martín, que guapo estás esta noche! —Exclamó, saludándolo.

—Lo mismo digo, Loretta. Tú... estás deslumbrante.

—Muchísimas gracias, querido, pero no olvidemos a...

—Magdalena —intervine, sonriendo dramáticamente sin nada más que decir mientras escuchaba de su parte todo tipo de halagos que iban dirigidos hacia mi persona. «¡Miserable petulante y desgraciado!»

—Bueno, ya que estas aquí, creo que no debemos dilatar más nuestro valioso tiempo. ¿Subimos? —Prosiguió Loretta, otorgándole un descarado y sexy guiño.

Me estremecí al recrear en mi mente... lo único que por ahora tenía cabida al interior de mi mente. ¿Subimos? Perdón, pero... ¿de qué me perdí?

—Claro que sí —pronunció él tras observar de reojo su carísimo reloj de pulsera—. El tiempo apremia, bellas damas, pero antes...

Tragué saliva con dificultad, cerciorándome de que aquí algo no estaba del todo claro. Al menos, no para mí.

—Dejaré un mensaje en recepción, si no les parece mal. Por de pronto, pueden adelantarse y esperarme en la suite un tanto más... cómodas.

¿Cómodas? Rápidamente taladré la vista de Loretta con mi desconcertada e inquieta mirada, ansiando que me diera una pronta respuesta que me calmara los nervios, satisficiera todas mis grandísimas ansias de no matarla con mis propias manos y respondiera sensatamente y con creces cada una de las malditas interrogantes que yacían bulliciosas al interior de mi cabeza porque... ¿De qué iba todo esto? ¿Así debía finalizar? ¿Con un *ménage à trois* como despedida? ¿Con una maldita orgía sexual? «¡Qué me parta un rayo por la mismísima mierda!»

—Claro que no, querido. Haz lo que tengas que hacer mientras Magdalena y yo bebemos antes unos tragos. Debemos prepararnos. Tú comprendes, ¿verdad?

Esto no tenía buena pinta. Esto estaba tomando otro color. Y uno que yo, claramente, no lograba diferenciar y apreciar del todo.

—Me parece excelente, porque donde juegan tres —sonrió perversamente tras relamer sus labios al tiempo que no pretendía apartar su indescifrable mirada de la mía—, perfectamente pueden hacerlo cuatro.

«¡Maldita sea! ¿Qué? ¿Cuatro?»

—Mi amigo muy pronto estará aquí —concluyó, volviendo a observar la hora en su lujoso reloj de pulsera.

—Pues, que te aproveche tanto a ti como a él —le solté de golpe, sonriéndole a más no poder, consiguiendo con ello que centrara sus ojos en mi mirada.

—Creo que no me has entendido lo que quise decir...

—No. Creo que tú no has entendido lo que realmente yo quise decir. ¿Verdad, Loretta?

Martín rodó su indescifrable vista hacia la de quien no cesaba de observarlo —con una media sonrisita burlona alojaba en sus carnosos labios—, al parecer, para pedirle con ella algo más que unas prontas justificaciones.

—Bueno, ¡qué remedio! —Suspiró Loretta con ansias—. Ya que te adelantaste a lo que se suponía que íbamos a tratar en la suite como tres personas civilizadas, no me queda más por decir que... me temo que Magdalena está fuera de todo esto —le informó con suma tranquilidad—. Ya no es parte del negocio, lo quieras o no aceptar.

—¿Y por qué se encuentra aquí, maldita sea? —Formuló encolerizado.

—Porque yo se lo pedí —ensanchó todavía más su sonrisa despiadada.

—Tú y yo teníamos un trato —le recordó, acentuando cada una de esas fieras palabras—. ¡Tú y yo teníamos un trato, maldita zorra!

—Pues lamento decirte que ella y yo también —le contestó sin siquiera sentirse amedrentada por el despectivo apelativo con el cual la había llamado—. Y lamentablemente para ti este sigue siendo mi negocio, con mis reglas y aquí la única que pone las condiciones de quien se queda y quien se va soy yo.

—¿Estás segura? —La desafió, asesinándola con la mirada.

—¿Qué parte de todo lo que dije no te quedó claro? ¿Qué parte de todo lo que dije te debo repetir?

El aire que todos respirábamos poco a poco se fue tensando, al igual que lo hizo el bravío rostro de Martín.

—Ahora tú —Loretta fijó su poderosa vista en mí—, sal de aquí cuanto antes.

No tuvo que repetírmelo dos veces.

—No hasta que yo lo decida —intervino el miserable, fríamente, obstaculizando mi andar—. Lo siento por ti y también por ti, pero tu participación en esta historia aún no ha terminado.

Tan solo reí al escuchar su preponderante voz de mando colándose por mis oídos.

—¿Recuerdas lo que te dije una vez? —Lo perturbé con aquella inusual y para nada premeditada interrogante—. Pues creo que no porque tu pervertida mente sigue siendo bastante limitada. Pero no te preocupes, de igual forma te lo repetiré. ¡Púdrete, desgraciado! —Le escupí al rostro pretendiendo con ello darle fin a todo lo que aquí estaba sucediendo, sin advertir o adivinar como esta situación se voltearía de cabeza, nada menos que en un dos por

tres, al dar mis primeros pasos, demostrándome así cuán equivocada estaba.

—Limitada o no, tú aquí te quedas —exigió soberanamente cabreado jalándome inesperadamente con fuerza por una de mis extremidades—. Limitada o no, aún tengo planes para ti y para mí.

—¿Ah sí? —Quise zafarme de inmediato de su poderoso agarre, más no conseguí hacerlo al sentir en mí su desmesurada opresión—. ¿Qué tipo de planes tienes en mente, por ejemplo?

—Unos bastante excitantes en los cuales participaremos David y yo —subrayó en tan solo un susurro que emitió, asombrándome—, y nada menos que contigo.

David Garret aparcó su Jaguar en los estacionamientos del hotel, preguntándose una y otra vez lo que no cesaba de rodar al interior de su mente con suma insistencia: ¿qué tenía que ver Magdalena con Monique? ¿Y por qué ambas habían decidido venir esta noche al mismo sitio? ¿Mera casualidad? ¿Azar, quizás? No. Nada de eso le daba la razón cuando ya sacaba sus propias conclusiones al respecto. Unas que, por lo demás, no tenían el mayor de los sentidos, pero que en definitiva se encargaría de averiguar y esclarecer sin que nada quedara en las manos del destino.

Entró al hotel con prisa y de la misma forma caminó por el hall con destino hacia la entrada del bar, donde su ex esposa lo había citado, pensando únicamente en Magdalena porque... ¿ella ya estaría allí? ¿Tal vez a solas o...? No tuvo que formularse otra pregunta más al ver, lo que en resumidas cuentas, respondió con creces cada una de sus inquietas y fastidiosas interrogantes.

“Martín De La Fuente. No me preguntés el por qué”, evocó fugazmente, comprendiendo a la perfección que querían decir esas palabras y el trasfondo al que tanto ella le temía y callaba. Porque la respuesta la tenía ahí, tan nítida, tan clara y solo a unos cuantos pasos de su cuerpo de la mano de un solo nombre y esperando finalmente ser pronunciada.

—¡Suéltala, Martín! ¡Estás montando un espectáculo! —Le pedía Loretta intentando interponerse entre nosotros dos, pero él no le respondía. Al contrario, ni siquiera le prestaba atención o se daba por aludido, cuando más parecía obnubilado por su propia cólera que le corroía la piel, cegándole por completo algo más que su insano juicio.

—¡Suéltame, maldito demente! —Exigí luchando cada vez más contra la opresión de su mano que se negaba a soltarme—. ¡Suéltame, por favor! ¡Me estás haciendo daño! —Pero Martín solo sonreía sin preocuparse de las curiosas miradas que se dejaban caer sobre él y, por

supuesto sobre mí, en ese exacto momento.

—Camina —pronunció con todas sus letras erizándome con esa única palabra hasta el más fino vello de mi piel.

—Ni lo sueñes.

—¡He dicho que camines! —Alzó deliberadamente su voz al mismo tiempo que otra ronca y agresiva cadencia se unía a la suya a su espalda, sorprendiéndolo.

—¡Suelta a Magdalena ahora mismo! ¿Qué no la oíste?

¡Ay por Dios! ¿David? ¿Pero qué rayos hacía él aquí?

—¿Qué no me escuchaste, Martín? —Prosiguió, endureciendo los rasgos de su serio semblante—. He dicho que...

—¡Pero qué sorpresa, David! Veo que Monique te dio mi mensaje, —lo interrumpió, dejándolo con la palabra en la boca—. ¿Sabes que tu linda y fogaosa mujercita por dinero es capaz de hacer “cualquier cosa”? —Enfatizó, volteándose hacia él, pero sin apartar su mano de mi antebrazo.

¡Mierda! Advertí la grandísima ofuscación en el rostro de David que se evidenciaba en la forma en como abría y cerraba las manos, empuñándolas y desempuñándolas.

—No lo escuches —suplicué, sin saber si lo que decía el miserable era del todo cierto. Porque no lo hacía por la perra afgana, claro está, pero sí por él y la enorme frustración con la que sabía que estaba luchando en este preciso momento.

—Sabes que todo lo que digo es cierto —afirmó Martín, sonriendo con descaro—. No sé tú, “amigo mío”, pero sinceramente creo que las putas no te van, aunque las atraes como las moscas a la miel. O debería decir, ¿al dinero? Por un lado, tuviste a la sexy Monique que te puso los cuernos cada vez que se le dio la gana hasta que se cansó de ti y se largó con una buena tajada bajo el brazo y por este otro... —su mirada rodó hacia la mía en tan solo un segundo—, tienes a la puta de colección que trabaja para ésta otra —eso lo dijo con sorna en clara alusión a Loretta, quien todavía se mantenía entre nosotros dos, forcejeando, para que el imbécil me soltara—, y de la cual te voy a liberar, porque un hombre como tú no merece algo como esto.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —Exclamé sin que me temblara la voz al mismo tiempo que David acotaba:

—Me dijiste que no la conocías —se desaflojó el nudo de la corbata—. Me dijiste, si mal no lo recuerdo, que no sabías quien era ella, y ahora te encuentro aquí intentando llevártela a la fuerza.

—Estás en un error, no me la llevo a la fuerza. Solo estoy cobrando todo el dinero que pagué por ella.

—¿Cobrando? —David rió a carcajada limpia, sobresaltándome con el sonido grave y profundo de cada una de ellas—. ¡Vaya, vaya, Martín! Hablas de Monique tan despectivamente cuando te comportas igual o, quizás, hasta peor que ella —. Movi6 su cabeza de lado a lado descolocándolo con una deslumbrante y demoledora sonrisa que terminó esbozando de oreja a oreja—. Ustedes dos son tal para cual, unas completas aves carroñeras. ¿Cómo no me di cuenta de ello antes y de lo bajo que has caído, “viejo amigo”? Dime, ¿qué aspiras conseguir?

—Sudar, gozar y pasármela de maravillas con la puta de tu amiguita.

—¡A la cual, y por tu propio bien, soltarás ahora mismo! —Le exigió con rudeza alzando debidamente el soberano sonido de su voz, cuando le golpeaba el pecho con fuerza una, dos, tres veces, mientras éste retrocedía un par de pasos ante la fuerza desmedida que David utilizaba para amedrentarlo.

—¿Para qué? ¿Te quieres unir? ¿Qué tienes en mente, mi buen amigo?

—Por de pronto, nada menos que... ¡esto! —Lo sorprendió echándosele encima como un fiero animal desbocado, desestabilizándolo con un fuerte puñetazo que le propinó y que recayó de lleno en su mandíbula, consiguiendo que el miserable me soltara en el acto cuando todos mis pronósticos se hacían nada menos que patentes. ¡Porque la batalla campal entre estos dos colosos, señoras y señores, había comenzado!

—¡David, David! —Grité con todas mis fuerzas mientras Loretta se encargaba de alejarme rápidamente de los dos fieros titanes que en el piso luchaban de una manera brutal dejándonos en claro, a todos los que allí nos encontrábamos y presenciábamos aquella inusitada situación, que esto no iba a parar hasta que alguno de los dos pidiera clemencia.

—¡Vamos, Magdalena! ¡Aléjate!

—¿Estás loca? ¡No puedo dejarlo aquí!

—¿Y qué pretendes hacer? ¿Separar a esas dos bestias cuando ya nadie puede conseguirlo? ¡He dicho que vamos! —Pero ante sus enormes ansias de sacarme lo más pronto de allí opuse mayor resistencia, negándome a abandonarlo.

—¡No! ¿Estás loca? ¡No me iré sin él!

—¡Vamos, carajo! —Eso ciertamente no fue una cordial súplica de su parte sino un claro requerimiento con el cual me arrastró hacia afuera del bar y del hotel mientras dentro el caos y los golpes, segundo a segundo, se intensificaban—. Te vas a largar ahora mismo —demandó una vez que ambas estuvimos fuera—. Yo me encargo de todo lo demás.

¿Qué significaba eso de “todo lo demás”? Iba a abrir la boca, pero no me dejó siquiera balbucear palabra alguna.

—¡He dicho que te largas ahora mismo! ¡Sal de aquí! ¡Ya! —Respiró profundamente—. Y, por favor, al montarte en tu coche olvídate que algún día tú y yo nos conocimos o siquiera cruzamos la mirada, ¿de acuerdo?

Y eso fue lo que hice asintiendo, pero a regañadientes, sin saber a ciencia cierta el por qué le obedecía con tanta prontitud, cuando todo de mí solo ansiaba estar con David Garret.

Conduje por la carretera sin ningún tipo de precaución, con la mente bloqueada, suspirando a rabiar, preocupadísima al grado de la desesperación y fuera de mí pensando, únicamente, en todo lo que había sucedido y más, en las palabras que el desgraciado le dedicó, sin una sola pizca de sutileza, a David sobre su ex esposa. ¿Sería todo aquello verdad? No es que me importara, la verdad, pero... ¡Qué va! ¡A quién rayos iba a engañar si yo anhelaba saberlo!

—¡Maldito miserable hijo de puta! —Grité a todo pulmón y totalmente enfurecida pisando cada vez más el acelerador de mi Mustang, cuando éste ya marcaba en el velocímetro los ciento cincuenta kilómetros por hora—. ¡Eres y seguirás siendo por toda tu jodida y puta existencia un maldito y degenerado hijo de...! —Pero no pude seguir hablando cuando, a toda marcha, un Jaguar que yo conocía bien apareció de la nada, adelantándose como una bala de cañón, con su conductor tocando la bocina una, dos y hasta tres veces con efusividad e insistencia. ¡Santo cielo! Mi primera reacción fue disminuir gradualmente la velocidad de mi vehículo y no frenar de improvisado o, de seguro, terminaría volcándome espectacularmente como lo hacían los coches en las películas hollywoodenses de acción arrastrando, de paso, al Jaguar y a su conductor que no dejaba de tocar su claxon como un soberano loco endemoniado. Mi segunda reacción fue mantener a mi desbocado corazón en su sitio que solo anhelaba salir, en cualquier momento, disparado por mi boca. Y mi tercera reacción fue nada menos que vociferar como toda una condenada ¡frena, maldita sea! ¡Frena!

Finalmente aparqué y bajé a toda prisa de mi coche al mismo tiempo que David detenía el suyo unos metros más adelante para, posteriormente, descender también de su vehículo con su rostro... ¡Por Dios santo! ¡Hecho añicos!... logrando que mis pies interrumpieran su andar y que mi pequeño corazón se encogiera de dolor frente a lo que no conseguía despegar de mi mirada. Porque al verlo, al admirarlo, al tenerlo nuevamente frente a mí comprendí tantas y tantas cosas con respecto a lo que había dicho mi padre sobre los dos hombres importantes que aparecen siempre en la vida de toda mujer.

—¿Por qué? —Fue todo lo que logré formular cuando se plantó solo a unos cuantos centímetros de mi cuerpo, robándome un par de sollozos que emití automáticamente.

—Por ti —respondió, dedicándome un gesto de dolor—, y evidentemente también por mí —confesó—. El muy imbécil se lo merecía por varias razones que ya no me interesa mencionar y menos recordar, porque —pero no dejé que concluyera al depositar, inesperadamente, mis labios sobre los suyos en un delicado beso que le regalé y del cual ambos terminamos disfrutando.

—No tenías que hacerlo —susurré junto a su boca al mismo tiempo que sus manos me envolvían para acercarme más y más hacia él, y las mías ascendían hasta delinear la total curvatura de su golpeado semblante.

—Significas tanto para mí. Creo que ya te lo he demostrado muchas veces, Magdalena. ¿O qué? No me digas, por favor, que ya lo olvidaste.

¿Olvidar todas esas increíbles veces con las cuales consiguió que perdiera algo más que la razón frente a sus deliciosos besos que me robó y sus enfebrecidas caricias que solo me hacían desearlo con locura? No señor, jamás podría olvidar algo semejante, aunque así lo deseara. Y así se lo confirmé, pero sonriendo como una boba, tal y como él un día me había conocido.

—Gracias, David.

—No me des las gracias porque este hombre haría lo que fuera por su chica.

¡Qué increíble había sonado eso!

—¡Ja! ¿Ahora resulta que soy “tu chica”? —Repliqué, mordiéndome el labio inferior.

—Sí, mi deslumbrante, sexy y hermosa chica con la cual quiero comenzar esta carrera.

Tragué saliva una, dos, y hasta tres veces intentando no asaltar su boca, pero esta vez como una reverenda y calentona desquiciada.

—¿Esta carrera? Pero eso quiere decir que tú... o sea, ¿estás... seguro? Porque...

—Es lo único que ansío, mi amor —me interrumpió alzándome, en tan solo un segundo, del piso con sus fornidos brazos a la vez que me llamaba de esa singular y maravillosa manera—. ¿Te animas a participar? Es totalmente gratis y solo te costará quedarte conmigo y... —mordió

mi labio inferior de una sensual forma, logrando que todo de mí vibrara y lo deseara todavía más ante su inminente cercanía.

—¿Y? —Recordé esas precisas palabras que le había manifestado hace algún tiempo atrás, pero bajo otro contexto.

—Traer la comida, Magdalena.

—Ya. ¿Y qué tipo de comida sería esa, Mister? —Pregunté un tanto coqueta colmándole el rostro de suaves y cortos besos.

—Tú. Mi irresistible menú favorito de día, de tarde, de noche, de madrugada y al cual tengo unas insaciables ansias de devorar.

—Mmm... devorar... ¿sin cubiertos, Mister? —Ronroneé junto a su oído cuando mi lengua ya se encargaba de lamer el lóbulo de su oreja.

—Sin cubiertos, mi amor. Solo con mis propias manos y mi boca —volvió a gruñir, pero esta vez como un cachorro hambriento, erizándose por completo la piel y cierta parte de mi cuerpo que, al parecer, y después de algo de tiempo de vivir en la completa oscuridad, volvía en gloria y majestad a la vida—. ¿Desea venir, señorita Mustang?

Al instante entrecerré la mirada antes de animarme a responder:

—¿Dónde se supone que quiere llevarme, Mister?

—A casa, mi amor. Y a mi vida, conmigo.

Eso sonaba muy bien para mí. No, me retracto. Eso, ciertamente, sonaba estupendo para mí.

07:30 A.M.

—¡Maldición! —Fue lo primero que chillé entre dientes al ver la hora en el móvil de David que yacía sobre la mesita de noche que se situaba al lado de la cama en la que él y yo lo habíamos pasado ¡la bomba!

Sí, sí, ya sé que quieren que les entregue detalles escabrosos y candentes sobre nuestro para nada furtivo revolcón o, debería decir, ¿revolcones? ¡Ja! Era que no. Después de todo lo que había acontecido y después de todos los líos, las metidas de pata, las decisiones erradas, las experiencias desafortunadas y... creo que ya saben a que me refiero, ¿verdad? Pues sí, él y yo terminamos liberando la tensión que acumulamos por tanto tiempo y, además, por algún lado esa “tensión” debía fluir, ¿o no?

Y bueno, después de lo de anoche y esta madrugada debía salir corriendo de aquí y nada menos que... (léase en modo histeria las siguientes dos palabras, por favor, y procure alzar debidamente la voz mientras, por mi parte, corro como una loca desesperada de un lado hacia otro por la habitación, pero en puntillas, eso sí, porque David duerme. Y también lo hago completamente desnuda buscando mi maldita ropa interior que no sé donde mierda fue a parar anoche. Olviden lo último. Eso estuvo de más.) ¡¡ahora mismo!! Porque en una hora más se llevaría a cabo la carrera en la cual yo iba a participar. ¿Recuerdan a “Trueno”? No, no me refiero específicamente a mi frase favorita “Rayos, truenos, relámpagos y centellas”, ¿o debía considerarla? Ahora que lo medito mejor, me venía como anillo al dedo tras ponerme las bragas y el sujetador que encontré a los pies de la cama y luego, mi vestido azul junto a mis zapatos plateados con los cuales recordé a Silvina. ¡Rayos!

En un abrir y cerrar de ojos, tomé prestado el móvil de David para enviarle un escueto mensaje a mi amiga.

—Gracias, “bello durmiente” —susurré junto a su boca regalándole, segundos después, un suave beso en sus labios que ansié profundizar al instante porque ese hombre, ¡Mi Dios!, era una verdadera y brutal máquina a la hora de follar y... ¡Basta, Magda! ¡Qué tienes una carrera que correr y recalentada al punto de padecer una combustión espontánea no llegarás ni siquiera a dar la primera vuelta!

Eso era muy cierto. Sí, muy, muy cierto. Por lo tanto, adopté mi modo zen y salí echa una bala del dormitorio en dirección hacia el pasillo para, posteriormente, volar por las escaleras y, de la misma manera, correr por la sala hasta cruzar el umbral de la puerta y llegar a mi Mustang todo y en un tiempo récord. ¡Sí! Y la pregunta que ahora me hice con mucha naturalidad y tranquilidad fue... ¿Dónde mierda había dejado las llaves de mi coche?

¡Mierda! De la misma forma en la que salí volví a entrar en la casa, crucé la sala de estar, subí las jodidas escaleras, corrí a través del pasillo y entré finalmente en la habitación al tiempo que de ellas no había señas hasta que... ¡Alabado seas, Jesucristo Superstar!... las hallé, pero no eran precisamente las mías las que se encontraban sobre uno de los tantos muebles del dormitorio.

¿Y ahora? Me pregunté, notando como David se acomodaba de mejor manera sobre la cama mostrándome, en todo su esplendor, su prominente erección matutina que me hizo agua la boca al verla y... ¿Te puedes concentrar, por amor de Dios? ¡Esto sí es importante?

—Y eso también lo es —susurré muy despacio y solo para mí tras morder mi labio inferior pidiendo, a la par, un poco de bendita clemencia.

Okay. Okay. Prosigo. Tomé las llaves del Jaguar porque el tiempo no cesaba de transcurrir y si no salía en dos segundos de aquí no me quería llegar a imaginar la que se iba a armar a mi llegada a la pista cuando me encontrara, frente a frente, con el Australopithecus Histéricus a punto de echar vapor por las orejas y el cerebro. Por lo tanto, con ellas en mis manos salí de allí realizando todo el ritual que antes les describí para, finalmente, montarme en el coche y conducir a toda velocidad hacia la pista de carreras.

Al cabo de unos minutos, David Garret comenzó a palpar el costado de su cama que, para su mala suerte, encontró vacío; situación que lo llevó a abrir rápidamente los ojos constatando que, en definitiva, en ese sitio no había nadie más que él.

—Magda —pronunció el nombre de la mujer a la que le había hecho el amor con locura por tantas horas sin escuchar de su parte una sola respuesta—. ¡Magdalena! —Replicó, obteniendo como resultado solo el eco de su propia voz, hasta que recordó donde había ido a parar quien ahora formaba parte importante de sus sueños y también de sus pesadillas—. ¡Demonios! ¡La carrera! —Exclamó frenéticamente, levantándose de la cama como un resorte para ir en busca de ropa con la cual vestirse rápidamente y tomar lo que jamás encontró y que buscó con desesperación—. ¿Dónde están las llaves del Jaguar? —Se preguntó, observando incansablemente, de un lado hacia otro, lo que no encontró hasta que, al acercarse a mirar por la ventana de su habitación, vio al Mustang que aún seguía estacionado junto al jardín. Lástima que de su vehículo no pudo decir lo mismo, al comprobar que se había evaporado por arte de magia y nada menos que con ella al volante—. ¡Demonios, Magdalena! —Se quejó entre dientes vislumbrando la última posibilidad que le quedaba cuando ya, a medio vestir, salía de la habitación cargando sus zapatillas de deporte para, a toda prisa, correr por el pasillo y volar posteriormente por las escaleras.

—¿Pensabas conducir así? —Me insinuó Fitz sin dejar de observar mi hermoso y sugerente modelito de color azul con el corte en el muslo, cuando ambos nos encontrábamos al interior de los “Pits” a tan solo diez minutos de que se llevara a cabo la carrera.

—Solo dame la ropa de competición y voltéate, ¿quieres? Esto no es precisamente un espectáculo.

—Yo no lo afirmaré como tal —sonrió de manera socarrona, entregándome las botas y la vestimenta sin que yo comprendiera una sola palabra de lo que decía.

—¿Dónde está Gaspar y mi padre? —Era lo único que me interesaba conocer.

—Gaspar charlando de negocios y tu padre... bueno... —se volteó para darme la espalda antes de proseguir—... con tu hermana y tu madre en la línea de salida.

Abrí mis ojos como platos al mismo tiempo que se me desencajaba la mandíbula al oírlo.

—¿Qué con quién?

—*Relax, baby*—se metió las manos en los bolsillos de su pantalón—. Anoche ambas estuvieron en el taller. Al parecer, venían por ti para llevarte a cenar. Eso fue lo que escuché. A propósito, tienes una hermana muy linda, Magdalena.

—Cuidado, Dallas —le advertí, quitándome rápidamente el vestido y los zapatos de tacón para enfundarme la ropa de competición que llevaba, tanto en la parte delantera como en la espalda, simbólicamente bordado el Corvette de Tony enredado en una cobra.

—¿Lo dices por tu hermanita pequeña?

—No, bobo, lo digo por ti —le corregí en tan solo un segundo—. Es mi hermana y siempre lo será, pero lamento decirte que es una víbora.

Oí la risa de Fitz al instante.

—Ya puedes voltearte —pedí, a lo cual él se giró de inmediato quedándose pasmado ante lo que tenía frente a sus ojos y que no cesó de contemplar en completo silencio—. Allá tú a quien encuentres linda. ¿Y? ¿Qué tal luzco?

—*jYou look absolutely sexy!*—Exclamó, analizándome en detalle—. *jWow!* ¿Tienes tiempo esta noche para mí? Creo que, de pronto, me he enamorado —afirmó con sumo convencimiento, logrando hacerme reír y pensar en la mala fortuna que esta vez estaba de su lado.

—*I'm so sorry*, Gringo. Y un consejo, nunca dejes para mañana lo que, ciertamente, pudiste haber hecho ayer o antes de ayer.

—¿Ciertamente? ¿Qué quisiste decir con “ayer” y “antes de ayer”? —Preguntó realmente confundido con mi frase, recibiendo sorprendido mi vestido azul, el cual le planté de lleno en el pecho junto a mis tacones de infarto.

—Cuídamelos con tu vida, ¿okay? —Enarqué una de mis oscuras cejas mientras suspiraba—. Y

deja de hacer tantas preguntas, por favor, que tenemos una carrera por delante. ¿La quieres ganar por el bien de Gaspar, el taller y, por ende, por tu propio trasero?

—*Of couse, sweetie.*

—*Me too, Gringo* —dejé caer una de mis manos sobre una de las suyas—. *Me too*—concluí.

La carrera estaba por empezar y mientras caminaba con Fitz a mi lado observé a mi padre, a mi madre y a Piedad como alzaban sus manos a la distancia, saludándome, sin entender —y vaya que me costaba asimilarlo—, como “La Doña” había decidido venir hasta aquí después de mi accidente y nada menos que trayendo consigo a la víbora de mi hermana.

Bueno, si lo meditaba con serenidad y sin partirme la cabeza en el intento, podía responderme de la siguiente manera y citando las palabras de Gaspar: “hay muchas cosas que jamás vamos a comprender y otras que son, y serán siempre, un completo misterio.

¡Lotería! ¿Algo más en qué pensar? No. Creo que por ahora ya lo había hecho más que suficiente.

Unos minutos después y ya montada sobre “Trueno” escuchaba con muchísima atención las últimas indicaciones que Gaspar y El Gringo me daban sobre cada detalle técnico, tanto del coche como sobre los otros dos competidores con los cuales tendría que lidiar en la pista. ¿Estaba asustada? Lo normal. ¿Nerviosa? Sí, lo estaba, pero no por quienes me amedrentaban con sus fieras miradas y sus coches bestiales, sino por mí y lo que significaba este gran momento en mi vida que, hasta hace unos años, solo había sido un sueño y ahora era una completa realidad.

—Deshacelera cuando la tengas enfrente.

—Lo siento,*coach*, pero no me pidas lo que evidentemente no haré.

—Debes hacerlo —acentuó, taladrándome una y otra vez con su impaciente y preocupada mirada.

—Ya. ¿Y dejar que esos dos bólidos me rebasen como si yo fuera una tortuga? No me detendré si eso es lo que quieres, Gaspar.

—Dije “deshacelera” no “detente”. No puedes dejar que las ansias hablen por ti. Sé inteligente, ¿quieres? Esos tipos que ves allí —en clara alusión a los competidores—, son dos

expertos al volante. Créeme cuando te lo digo. ¿Pero que buscan esos dos de allá? —Ahora en clara alusión al cliente extranjero y a quien lo acompañaba—. Un híbrido que reúna todas las especificaciones técnicas con las que sueña cualquiera, desde potencia, elegancia, dinamismo, modernidad y seguridad. ¿Entiendes lo que quiero decir? Si te lanzas en picada a tomar cada curva como el pajarraco ese del correccaminos solo lograras desestabilizarte.

Entrecerré la vista analizando en detalle cada cosa que decía.

—Solo evita tomar cada curva con mucha potencia y cuando estés a un paso de rebasarla y ya con un pie en la recta, hazlos añicos y acelera.

—Vibrará —le di a entender, recordando por sobretodas las cosas a Tony y a todo lo que me había enseñado sobre el increíble y fascinante arte de la conducción.

—No si lo haces de la manera correcta.

Sujeté con fuerza el volante deduciendo que, tal vez, y solo por hoy, él podría tener razón frente a lo que con tanta seguridad manifestaba.

—De acuerdo, Gaspar —oí el primer llamado por los altoparlantes.

—¡Conductores a la línea de salida!

—Así lo haré. Será... —encendí el motor del vehículo para luego acelerarlo un par de veces, añadiendo—... como el ataque de la cobra. ¿Te parece?

Asintió, esbozando en su rostro y bajo su barba una estupenda sonrisa con la cual me relajó.

—Me parece perfecto —se acercó a mí para depositar en mi mejilla un tierno, pero a la vez caluroso beso—. Haz lo que mejor sabes hacer, peque.

—¿Meter la pata? —Comenté divertida, logrando que riera a carcajadas tras mi acotación.

—Corrijo. Haz lo segundo mejor que sabes hacer.

—¿Y eso es? —Percibí al interior de mi estómago todo tipo de bicharracos revoloteadores.

—Confiar en ti y en quien eres. ¿De acuerdo, nena?

—De acuerdo, Gaspar.

—Te quiero. Nunca lo olvides.

—También yo.

—Y ahora... ¡ve por ellos, maldita sea, que te quiero ver volar!

No tuvo que repetírmelo dos veces.

David llegaba a la pista al mismo tiempo que lo hacía Silvina cuando la carrera estaba a un par de minutos de comenzar.

Ambos descendieron de sus respectivos coches, se observaron preocupadísimos y con la tensión a flor de piel desviando sus vistas hacia la línea de salida y oyendo, a la distancia, las voces de Renato y Amanda pronunciando sus nombres, cerciorándose de que ambos estaban ahí por la misma persona.

—No tengo el placer, pero soy Silvina Montt.

—Lo mismo digo. Soy David Garret.

«¿David Garret?». Pensó ella en silencio tras estrechar sus grandes manos y decir solo para sí: “y tú que te quejabas de tu suerte, Magdalena.”

Ambos caminaron hacia donde se situaban los demás, siendo Amanda la primera en saludar a David y preguntar extrañada:

—¿Qué haces exactamente tú aquí?

—¿Lo conoces? —Intervino Renato uniéndose a la charla.

—Claro que lo conozco. Es uno de mis clientes del bufete.

—Y el futuro novio de Magdalena, señor —se presentó muy seguro de lo que decía, dejándolos a todos boquiabiertos con sus palabras—. Es un placer y todo un honor conocerlo, señor, soy David Garret. Tiene usted una maravillosa y hermosa hija.

—¡Un segundo! —Lo detuvo Amanda con su áspera y enérgica voz—. ¿Cómo que futuro novio de Magdalena? Qué yo sepa aún no te has divorciado, Garret, y sobre eso estoy bastante informada. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro que lo sé —sonrió de bella manera—. Pero después de lo que aconteció anoche me da exactamente igual lo que mi ex esposa haga con su vida. ¿El por qué? Te lo comunicaré todo a su debido tiempo. No te preocupes por ello. Sinceramente, Monique ya no es un problema para mí. Y soy muy sincero al afirmarlo, lo que más me importa ahora es mi presente y que Magdalena forme parte de él. Asimismo, de todos los planes que, juntos, el futuro nos depare.

Amanda enarcó una de sus cejas al mismo tiempo que Renato la admiraba gratamente complacido con todo lo que oía.

—Podría decir muchas cosas más, pero para qué hacerlo cuando puedo perfectamente demostrárselo a cada uno de ustedes, a mí mismo y, por sobretodo, a Magdalena, a quien quiero y deseo hacer feliz.

—¿Qué opinas? —Le preguntó Renato a su ex esposa—. ¿Le otorgamos el beneficio de la duda?

Ella suspiró y suspiró mientras Piedad algo le expresaba al oído.

—Tú te callas porque es tu hermana, sangre de tu sangre. Y demás está decir que a ti nadie te pidió la opinión. Y con respecto a ti, Garret —avanzó hacia él muy decidida a confrontarlo—, beneficio de la duda o no, si le haces daño a mi hija, ya sabes lo que conmigo te espera. ¿Está claro?

Renato intercedió al ver a su ex esposa ya echando chispas por sus ojos.

—Creo que le ha quedado bastante claro, Amanda, ¿no es cierto David?

—Lo he entendido todo de principio a fin —asintió un par de veces cuando que la voz de Silvina se hacía patente, diciendo:

—Me van a disculpar y sé también que me van a odiar por interrumpir este hermoso momento familiar en el cual yo tampoco debo dar mi opinión, pero la carrera está a punto de comenzar. ¿Se la van a perder? Porque yo, ¡ni muerta! —Finalizó, cuando por los altoparlantes estaban a punto de dar la largada.

Montada en “Trueno”, y a punto de pisar el acelerador a fondo, las palabras de Gaspar no cesaban de rodar al interior de mi cabeza. “Confía en ti”, oía su voz.

—Solo confía en ti —repetí tranquilamente, cuando la largada se hizo patente ante mis ojos y todo lo que conseguí hacer fue actuar, saliendo disparada desde la segunda posición en la que me encontraba situada.

Mi adrenalina se disparó a mil rápidamente mientras transitaba la recta a punto de entrar de lleno en la primera curva, la cual fue mi prueba de fuego para llevar a cabo las indicaciones de Gaspar, consiguiendo mantenerme en mi ubicación al tiempo que volvía a pisar el acelerador para retomar la velocidad perdida.

—Eso es, Magda. Vas bien, muy bien —expresé sin dejar de admirar por el parabrisas al primer contendor que me sacaba, más o menos, cien metros de ventaja y al segundo contrincante, a quien contemplé a través del espejo retrovisor, pisándome los talones—. No por mucho tiempo —fue mi clara reacción al abrirme en la recta y tomar la pista derecha por la cual transité a más de doscientos treinta kilómetros por hora en dirección hacia la segunda curva más pronunciada y larga que la anterior—. De acuerdo, chicos, necesito espacio. ¿Me lo van a dar? Por lo que veo y presiento no. Entonces, a joderse, guapos —reclamé en mi defensa tras volver a posicionarme en la otra vía para tomar de lleno la segunda curva que se abría ante mis ojos—. Deshacelera, Magda. Así. Optimiza, nena. ¡Vamos! —Pero esta vez no todo resultó de la mejor manera cuando, inesperadamente, el segundo corredor se abrió por mi costado, adelantándose, y dejándome en tercera posición—. ¡Mierda! —Vociferé a todo pulmón realmente fastidiada al perder la precisión y, por ende, también la concentración en lo que hacía.

«Cálmate. Todavía queda una de ellas», pensé en mi fuero interno, acelerando y ascendiendo fácilmente hasta situar la aguja del velocímetro en los doscientos cincuenta y ocho kilómetros por hora, dejando atrás con creces mi marca personal.

—Y es toda mía —acoté, serenándome, muy segura de que esta vez sí conseguiría hacerla trizas al igual que lo había hecho con el Corvette de Tony “La Cobra”. Y al evocarlo precisamente a él, tras mi momento de furia, y como si mi mente me hubiera jugado la más irreal, pero a la vez más prodigiosa, increíble y maravillosa invención volví mi rostro hacia un costado y me pareció verlo ahí, a mi lado, en el asiento del copiloto sonriéndome encantado, tal y como lo recordaba, tal y como se había quedado grabado en mí su semblante al expresarme aquellas palabras de las cuales jamás me iba a olvidar.

“Entonces ve por ella, y haz que todo lo que anhelas con tu corazón se vuelva realidad. Sé que puedes hacerlo, Magda. Sé de sobra que puedes conseguirlo. Después de todo, eres una Villablanca, nena, y siempre lo serás.”

—Sí, Tony —me estremecí ante aquel imprescindible recuerdo que lo mantenía vivo en mi memoria—, y una Villablanca nunca se deja vencer. Eso fue lo que aprendí de ti y de mi padre —dibujé en mis labios una enorme sonrisa de absoluta satisfacción mientras aceleraba y aceleraba para retomar mi posición en la carrera—. Jamás subestimen a una mujer, guapos, porque no saben de lo que es capaz. Menos a una desquiciada como yo. Y ahora, “Trueno”, haz lo tuyo, nene.

La tercera curva se mostró ante mí poderosa, aún más larga que la anterior, relativamente cerrada, demasiado rápida y para nada fácil de manejar cuando ya alcanzaba los doscientos ochenta kilómetros por hora y al segundo híbrido, el de los alerones, específicamente, consiguiendo que en tan solo tres segundos estuviéramos, los dos, par a par, luchando incansablemente por mantenernos en ese sitio.

Sujeté el volante con fuerza —tal y como lo había hecho la última vez—, y utilicé la misma fiereza y valentía para pisar el pedal del acelerador más a fondo, centrando todas mis ideas y firmes convicciones en obtener la primera posición mientras notaba como mi respiración se agitaba y se disparaba hacia las nubes repitiendo, una y otra vez, “Vamos, Magda. ¡Vamos, maldita sea!”. Porque podía oír la potencia del motor y sus caballos de fuerza, podía sentir la perfecta sincronización de todo mi cuerpo uniéndose a la estabilidad del vehículo. Podía imaginar la resistencia del chasis y la carrocería a la predominante presión a la que estaba siendo sometido y, por sobre todo, volvía a sentirme sumamente dichosa disputando esta ardua batalla y totalmente enfocada en este nuevo salto de fe que estaba dando cuando me abrí hacia un costado para pelear con el primer contendor la punta de la carrera.

—Deshacelera solo un poco. Eso es. Solo una milésima antes que la presión termine volcándote. ¡Sí, sí! ¡Vamos, nene, no me falles ahora!

Mi cuerpo estaba a mil, mi corazón latía desbocado y yo sudaba como una condenada al mirar el velocímetro como se mantenía en los doscientos noventa y nueve kilómetros por hora al tomar de lleno la tercera curva.

—Estabiliza el punto más cerrado. No te dejes amedrentar. Sigue así por la mierda y procura hacerla polvo nada menos que... ¡Ahora! —Grité con euforia pisando el acelerador a tope con la aguja ascendiendo y ascendiendo a los trescientos diez kilómetros por hora. Luego a los trescientos veintitrés, seguido de los trescientos treinta y cinco cuando “Trueno”, prácticamente, era una máquina en potencia y volaba sobre la pista dejando atrás al primer contrincante al que rebasé, tal y como si nunca, para mí, hubiera existido—. ¡Sí! —Chillé con todas mis fuerzas al ver la línea de meta frente a mí—. ¡Sí! Una y mil veces ¡Sí!, ansié vociferar como una desequilibrada al recorrer la recta a esa extrema velocidad a la cual había llegado por primera vez en toda mi jodida existencia—. ¡Sí! ¡Y nada más que sí! —Proclamé con lágrimas en los ojos al voltear, por un segundo, la mirada al sitio vacío del copiloto, sonriendo como la más boba de las bobas cuando rebasaba la línea de meta y nada menos que en la primera

posición, desatando la algarabía de todos quienes en ese sitio me acompañaban—. Esto fue gracias a ti —pronuncié al evocar con creces a mi querido Tony “La Cobra”—. Y donde quiera que te encuentres corriendo una más de tus carreras, sabes de sobra que te adoro y que te amo con mi alma.

Y finalmente reí como una idiota, pero como la idiota más feliz que poseía unos cojones del demonio que hoy había vuelto a utilizar para enfrentar esta adversidad con la cual el destino había intentado frenarme, sin saber éste que a una suicida en potencia como yo ya nada ni nadie podrían jamás detenerla.

Después que aparqué y bajé del coche entre vítores, apaludos y gritos de efusividad, tanto de Gaspar como del Gringo, corrí a los brazos de mi padre, los cuales me recibieron, contuvieron y refugiaron mientras no cesaba de llorar —sí, sí, bien pensado—, como una magdalena, uniéndose también mi madre a ese momento, tal y como si los tres no nos hubiésemos separado nunca. Luego, le tocó el turno a Piedad, pero con la diferencia que solo nos estrechamos nuestras manos dejando de lado, con ese simple gesto, todo tipo de absurdas discusiones y peleas para, quizás, algún día, sobrellevar nuestras vidas nada menos que en paz y en calma.

Silvina era la mujer más feliz del planeta y la más hiperventilada también, al no cesar de expresar todo tipo de halagos hacia mi persona, como si su divina boca estuviera articulando cada una de esas palabras nada menos que a la velocidad de la luz. ¡Bendita loca!

Y para finalizar, o mejor dicho para colocarle la guinda al pastel, allí estaba David esperándome con una inmensa sonrisa estampada en sus adictivos labios junto a sus brazos abiertos de par en par a los cuales me dirigí sin perder más mi tiempo. ¿Por qué? Porque solo con él quería estar. Porque solo con él quería disfrutar de una nueva vida y porque en él había encontrado realmente eso que todos llaman “amor” y que a veces puede resultar demasiado esquivo. Y porque...

“Después de un tiempo aprendí que el sol quema si te expones demasiado. Acepté también que las personas buenas pueden herirte más de una vez, pero que siempre llegará un momento determinado en que lograrás perdonarlas.

Aprendí, incluso, que hablar puede aliviar los dolores del alma y que la mentira jamás será la solución a los problemas, aunque estos sean nada menos que titánicos.

Descubrí que lleva años construir eso que llaman “confianza” y apenas unos segundos destruirla. Y que yo también podría hacer cosas de las que me arrepentiría el resto de mi vida.”

Pero lo más importante de todo lo aprendí hoy al creer y confiar en mí, como me había dicho Gaspar que lo hiciera, no precisamente ganando la carrera sino ganándole a mis miedos, a mis temores y por sobre todo ganándome a mí misma, a la Magda melodramática que, libre de todos sus líos y metidas de pata, hoy volvía a brillar.

—Me siento orgulloso de ti. ¡Ganaste! —Oí de los labios de David mientras me separaba unos escasos centímetros de su pecho para admirarlo.

—No —lo confundí con mi negativa—. Tú ganaste —le corroboré, acercándome a su deliciosa boca—, porque después de todo el amor de tu vida es el que siempre gana. Y anoche lo descubrí.

—¿Ah sí? —Formuló coqueto, incitándome a besarlo con locura—. ¿Descubriste al amor de tu vida, Magdalena?

—Sí. Y nada menos que al amor de mi vida lo descubrí en ti.

—¡Vaya! ¿Eso significa que me estás brindando una oportunidad para amarte?

—Más que una oportunidad, David. Eso significa que estoy arriesgándome a correr esta carrera a tu lado, en la cual quiero y estoy dispuesta a entregarte lo mejor de mí.

—¿Y lo mejor de ti que vas a entregarme es, señorita Mustang?

—Todo mi amor, Mister, y mi vida entera.

Y después de manifestar esa frase para el oro deducirán que fue lo que ocurrió, ¿verdad? Ya lo creo que sí. Son bastante inteligentes para dilucidarlo. Por lo tanto, querida lectora o lector, no me queda más que ahorrarme las palabras y decirte con todo mi corazón, gracias por vivir junto conmigo esta aventura denominada “Zorra por accidente”, y añadir también aquello que dice... “y vivimos felices, pero no precisamente para comer perdices.” ¡Qué bruta, Magda, sigues siendo la misma de siempre! Pues, la verdad, sí.

¿Y ahora? Solo me queda despedirme de ti, tal y como lo haría Silvina “La Divina” tan poéticamente, diciendo: ¡Mueve tu cola, zorra! Hasta la próxima.

FIN

Agradecimientos

Son muchísimos, la verdad, pero el primero de ellos va dirigido a mi pedacito de cielo, al amor de mi vida y a quien amo por sobretodas las cosas, mi hija Celeste. Gracias por ser quien eres, gracias por creer en mí y gracias, infinitamente, por quererme tanto y alumbrar mi camino con tu maravillosa y radiante luz.

A mis padres por ser mi bastón de apoyo. ¡Los amo!

A mi familia por estar siempre en la buenas y en las malas junto a mí. Pero en especial a Rosita, a quien adoro con mi alma. Creo que ya lo sabes, ¿verdad?

A Maylee, gracias por ser mi incondicional, por ser mi aguante y muchísimas veces mi conciencia. ¡Te quiero, bella! Y sabes de sobra que, donde quiera que tú vayas, ahí estaré, siempre.

A Sandra, gracias por nuestras conversaciones, por tus consejos, por tus risas, a veces por tus regaños y, de corazón, gracias por tu cariño sincero. ¡Te espero en Chile, hermosa!

A Karly, Alexa y Rubi, por dejarme ser parte de sus vidas y haberme brindado la increíble oportunidad de conocerlas y quererlas tanto.

A cada una de mis amigas(os) lectoras(es) por su afecto y apoyo constante, ya sea con una sonrisa, con un gesto, con una palabra de aliento y hasta con un abrazo. ¡De corazón, muchísimas gracias por ser parte de mi vida!

A mis compañeras(os) escritores que son ¡la bomba! Gracias por su amistad, por su empuje, por su apoyo y su cariño sincero.

Y en especial, agradezco a quienes el destino me ha otorgado el privilegio de conocer. Gracias por tolerarme, por reír y llorar junto conmigo, por confiar en mí y en cada uno de mis sueños, por brindarme su tiempo, su dedicación y, sobretodo, por transitar este arduo andar junto conmigo y hacerme feliz cada día de mi vida.

A todos, y a cada uno de ustedes,
se les quiere muchísimo.

Andrea Valenzuela Araya



Andrea Valenzuela Araya, escritora chilena, desde muy pequeña soñó con algún día dedicarse al maravilloso arte de las letras escribiendo historias románticas para así encantar y cautivar a sus lectores.

Entre sus obras publicadas podemos encontrar: *“El Precio del Placer”*(2014), novela de corte romántico con tintes eróticos que, en su reedición, será publicada por Ediciones Coral en el mes de enero de 2016. *“Treinta Días”*(2014), novela romántica contemporánea. *“Con los ojos del Cielo”*(2014), novela de corte romántico paranormal. *“Ahora o nunca”*(2015), novela romántica contemporánea. *“Todo de ti, todo de mí”*(2015), la segunda entrega de la trilogía “El Precio del Placer” y *“Zorra por accidente”*(2015), novela romántica contemporánea y su último trabajo.

Actualmente, la autora se encuentra inmersa en preparar la última entrega de lo que será el tercer libro de la trilogía que espera tener concluida antes que finalice el presente año.

“Porque los sueños no son inalcanzables en la medida que se luche por ellos”, afirma realmente convencida y continúa trabajando, dedicándose con esfuerzo y constancia, para conseguir cada uno de ellos.

Contacto:

andreavalenzuela.escritora@gmail.com

A través de mis letras – Andrea Valenzuela Araya
(Página de autor en Facebook)

Andrea Valenzuela Araya

(Perfil en Facebook)

andreavalenzuelaaraya.blogspot.com
(Blog de Autor)

@AndreaVA32
(Twitter)